

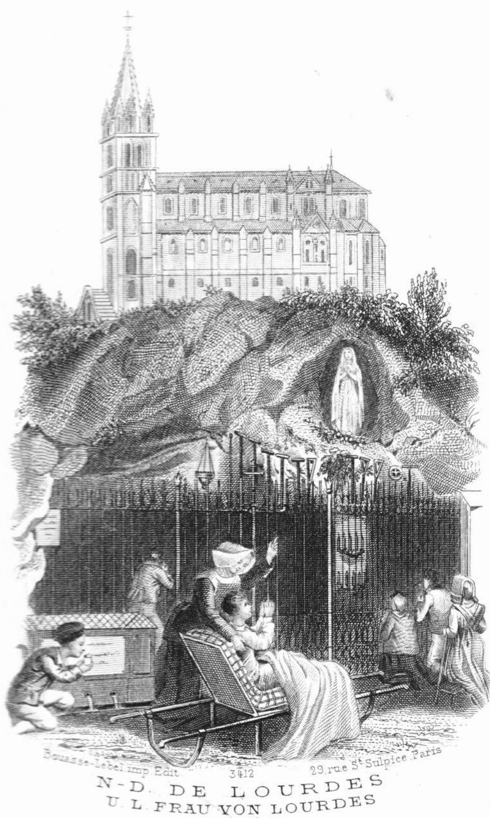
SEGUR

MILAGROS de Ntra. Sra. de LOURDES





SEGU



N-D. DE LOURDES
U. L. FRAU VON LOURDES

CIENTO CINCUENTA
MILAGROS ADMIRABLES
DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

COLECCIONADOS SEGÚN LOS DOCUMENTOS MÁS AUTÉNTICOS

POR

MONS. DE SEGUR

TOMO PRIMERO

Versión española de la segunda edición francesa

Con licencia eclesiástica



BARCELONA
LIBRERÍA Y TIPOGRAFIA CATÓLICA, Pino, 5
1893



MI *primer trabajo, que tiene por título* Las Maravillas de Lourdes, *es un pequeño compendio de la admirable historia de las apariciones de la Virgen Inmaculada á la humilde Bernardita en 1858. Contiene el fallo episcopal que cuatro años después, en 1862, dió el venerable Mons. Laurence, entonces obispo de Tarbes, sobre la autenticidad de este incomparable prodigio; y después de un rápido bosquejo de la vida y dichosa muerte de Bernardita en la casa matriz de las Hermanas de Nevers en 1878, ofrece al lector la narración de aquellos milagros de Lourdes que me parecieron más conmovedores y más auténticos, desde los principios de la peregrinación hasta la época tristemente célebre en que nuestra pobre Francia fué castigada por su apostasía política y social, y en que Pío IX, el grande y santo Papa de la Inmaculada Concepción, comenzó su vida de prisionero en el Vaticano.*

Desde entonces, Nuestra Señora de Lourdes ha continuado obrando milagros, ó por mejor decir, los ha multiplicado sin número, admirando, no solamente á toda Francia, sino al mundo entero. Ade-

más, muchos prodigios que la Virgen había obrado antes, no menos admirables que los ya referidos, no han sido conocidos hasta más tarde, cuando la excelente publicación de los Annales de Lourdes, *hizo comprender más y más á los favorecidos por Nuestra Señora la especie de obligación que les imponían la fe y el agradecimiento de publicar altamente las bondades y las glorias de la Inmaculada Concepción.*

No es, pues, de extrañar se hallen en esta nueva colección relatos que se remontan á una época anterior á mi primera publicación; algunos de ellos no han sido recibidos y publicados por los Annales *hasta 1872 y 1876, los cuales referiremos aquí simplemente por orden cronológico con el solo deseo de aumentar el amor y la devoción á la Virgen Inmaculada. Acaso esté reservado á estas páginas penetrar en muchos lugares donde no son conocidos todavía los* Annales de Lourdes, *y susciten por lo mismo nuevos lectores á esta preciosa publicación, consolando al mismo tiempo á algunos pobres enfermos tentados de abatimiento.*

En esta modesta colección (lo declaro sin rodeos) no hay, por decirlo así, nada mío. No he hecho más que escoger y reunir una serie de relatos ya acabados, escritos ó firmados en su mayor parte por las mismas personas á quienes han sucedido las maravillas que contienen y que se encuentran esparcidos, por no decir olvidados, en la colección ya considerable de los Annales de Lourdes, *en donde muy pocas personas irían á buscarlos.*

Impedido además por enfermedad para dedicarme á un trabajo de composición demasiado serio, y no pudiendo tampoco resolverme á permanecer inactivo sin hacer á las almas el bien á que la bondad de Nuestro Señor se había dignado acostumbrarme, he creído que el conjunto de las maravillas obradas en Lourdes desde hace veinte años por la Madre de Dios podrá consolar á muchos corazones y llevar á Dios á más de un espíritu recto aunque vacilante todavía en el umbral de lo sobrenatural.

Los relatos que tengo la dicha de ofrecerte aquí, mi buen lector, son á cual más hermosos, más piadosos y más admirables, y yo no he podido leerlos y releerlos sin conmoverme hasta el fondo del corazón, y he pensado que á otros muchos sucederá lo mismo que á mí.

Los deposito, pues, como otras tantas coronas de rosas, siempre frescas, siempre perfumadas, á los pies de la Santísima Virgen. ¡Dígnese esta dulce Madre de misericordia y de amor, á quien toda mi vida me he esforzado en amar y en hacer amar, bendecir y fecundar las sencillas narraciones de sus maternales favores! Y también me atrevo á suplicarla que bendiga á todos los fieles que las lean.

Queriendo someterme de corazón y de alma á los decretos del Papa Urbano VIII, declaro que no pido sino una fe puramente humana á los hechos extraordinarios referidos en esta obra, y que si empleo la palabra milagro para calificar un hecho, es reservando expresamente todos los derechos de la Iglesia.



PRÓLOGO



De cómo la fe sencilla y firme de una pobre mujer de Tarbes, obtuvo desde el principio grandes favores de Nuestra Señora de Lourdes.

He aquí algunos sucesos que se remontan á los principios mismos de las maravillas de la Gruta de Lourdes. Por mucho tiempo han sido ignorados del público, y acaso fueran relegados al olvido si la lectura de los *Annales* no hubiera hecho comprender á las personas curadas el deber que tenían de manifestarlos al público (1).

I

La primera de estas personas es una humilde obrera de Tarbes llamada Francisca Majesté. No tenemos de su informe más testigo que ella misma, pero éste bas-

(1) Tomamos estos conmovedores relatos de los *Annales de Lourdes* (Marzo de 1871), que se publican con la aprobación del Obispo de Tarbes.

ta. Lleva impresa en su rostro la señal de una alma inocente, recta, inteligente, modesta. Su palabra es grave, y cincuenta años de una vida irreprochable y piadosa le dan autoridad.

Cerca de tres años antes de las Apariciones de Lourdes, estuvo sujeta á suspensiones momentáneas de la vista. Ocurríale esto de repente, sin que nada hiciera presentir su aproximación; de pronto una niebla espesa cubría sus ojos y los oscurecía rápidamente, y luego la luz desaparecía. Francisca, entonces sumergida en una noche profunda, se quedaba estupefacta; frotábase los ojos y esperaba á que apareciese de nuevo la claridad, lo que sucedía poco después. En lo demás, no sentía ningún dolor ni alteración sensible en los ojos.

Consultó con un médico, quien después de varios experimentos, como ella le instara para saber toda la verdad, la dijo: «Debo declarároslo; creo que no puedo nada.—Pero ¿piensa V. que me quedaré ciega?—No sé.»

Estas respuestas eran dolorosas, pero ella las había solicitado porque prefería conocer la realidad de su situación. Desde aquel día la pobre mujer, asustada, temblaba de miedo de perder enteramente la vista.

Ella estaba familiarizada con el dolor, porque su vida había sido una cadena casi continua de enfermedades; mas de todas las pruebas pasadas ninguna la había apesadumbrado como ésta. ¡Ciega!... Antes quería morir.

Los rumores de la Aparición de Massabieille llegaron á su oído. Cuando se confirmaron, creyó con fe sencilla y firme en la Providencia. «Para Dios nada hay imposible, decía, y El no permitirá que seamos así engañados.»

Oyó hablar de curaciones milagrosas, y una vaga esperanza pasó por su corazón, pero sin inclinarla todavía á hacer el ensayo. Dijéronla varias veces: «Francisca, V. que es tan piadosa, ¿no piensa ir á buscar su curación á la Gruta de Lourdes?» Y ella contestaba: «Todavía no siento la confianza necesaria; si Dios me la envía iré.»

Hizo esfuerzos para merecerla, y Dios se la dió. Un día se sintió muy inclinada á ir á la Gruta; la esperanza llenaba su alma, y ella, comprendiendo que esta inspiración venía de Dios, dispuso el viaje en los primeros días de Mayo de 1858.

Francisca no había visto la Gruta. Cuando divisó la roca santificada por la presencia de la Virgen Inmaculada, su alma se conmovió profundamente. Un fervor muy sensible la inundó de gozo, y su oración era tan dulce que no podía apartarse de allí. Se lavó los ojos devotamente con el agua milagrosa y con una fe grande en su virtud sobrenatural, y mientras la bebía, su corazón decía: «¡Curaré!...»

Desde este momento ni una sola vez, ni un solo segundo se ha ocultado la luz á sus ojos. En ninguna parte, en doce años, le ha hecho pararse la suspensión de la vista como en otro tiempo.

Francisca tenía también largo tiempo había en una de sus rodillas un tumor como del tamaño de un huevo de pato que no la molestaba porque de ordinario

no le dolía, y sólo le incomodaba algo para rezar, porque entonces tenía la rodilla en el aire. Esta dificultad la hizo pensar en la Gruta, y se dijo á sí misma sin ningún sentimiento marcado: «Puesto que me hallo aquí voy también á lavar el tumor.» Hecho esto fué á arrodillarse enteramente sin la menor molestia; pero absorta por la alegría de su oración y por el pensamiento de sus ojos, en su convicción curados para siempre, no pensó ya en el tumor. Continuaba siempre que rezaba haciéndolo hincada con ambas rodillas en el suelo, y sólo al cabo de algunos días miró su tumor. Este no existía ya, y no volvió á aparecer.

II

Francisca no había sentido físicamente en la Gruta la curación que la mano de la Virgen operó en su cuerpo. No gustó en sí misma sino las suavidades de la oración y de la esperanza.

Al partir habíase llevado con ella á una pobre joven de la vecindad atacada de un mal casi sin esperanza de remedio. Ya hemos dicho cuán grande era la confianza que le había sido inspirada. Tenía más de la que pedía su propia curación, y quería derramar sobre otra la excedente.

Esta desgraciada niña la era querida por la índole de su enfermedad, así es que la mañana misma de la peregrinación suplicó á su madre que la dejara ir con ella. La madre puso dificultades porque, doliente y de-

bilitada como estaba, la pobre criatura no podía efectivamente viajar. Pero Francisca insistió. «¡Bah! dijo con dulce familiaridad, hoy no es V. el ama de su casa; yo me llevo á la niña, voy á hacerla curar por la Santísima Virgen, y esta noche me dará V. las gracias cuando se la traiga.» Cedió la madre. ¡Y cuán dichosa fué de confiarla á su piadosa amiga! Francisca era la mensajera de la Santísima Virgen en este momento.

La joven enferma se arrodilló delante de la Gruta al lado de su protectora Francisca, la cual, después de lavarle los ojos, la llamó.

Jacquette Lacaze tenía quince años, aunque por su pequeña estatura y su fisonomía mezquina á cualquiera haría sospechar que no tenía más que diez ú once, pues desde los siete años estaba consumida por humores fríos. La habían llevado á Barèges durante varias estaciones termales, siempre sin ningun resultado.

Era incapaz del menor trabajo; una fiebre casi continua la consumía sordamente: lánguida y triste pasaba los días acostada en el suelo sobre un cojín, hecha una pelota. Su suerte inspiraba compasión á toda la vecindad, y su muerte se creía no estaba lejana.

Al lado de la fuente de la Gruta, Francisca quitó el vestido que protegía los hombros de la niña, y descubrió el sitio del mal. Entre el cuello y la articulación del brazo había tres grandes agujeros de los que manaba una supuración continua y muy abundante, que para impedir su extensión estaba cubierta con varios trapos, uno sobre otro, tanto que la pobre ma-

dre había acudido á todas las mujeres del barrio para procurarse bastantes trapos viejos.

Francisca dijo á la niña: «Jacquette, he aquí el momento en que la Santísima Virgen va á curarte... haz la señal de la cruz y reza.» Después de un momento: «Jacquette, ¿tienes confianza?—Sí, respondió la niña.—Pues bien, déjame á mí hacer.» Y la piadosa mujer echó agua con una botella sobre las asquerosas llagas, y el líquido frío corrió por todo el hombro. «¡Oh!... me moja V., dijo Jacquette.—No temas, niña, no temas, que esta agua no te hará daño; ten confianza, Jacquette, que la curación empieza ya, las carnes se van poniendo blancas...» Blanqueaban, efectivamente, á los ojos de la mujer maravillada y conmovida, y Francisca aplicó una compresa de agua y volvió á poner el vestido sobre los hombros de la niña, rezaron ambas, y en seguida, al renovar la operación, Francisca lanzó un grito de sorpresa. Las llagas estaban desconocidas; habían perdido su aspecto repugnante; las carnes habían tomado vida. Francisca las baña de nuevo, pone la compresa, y cubriendo á la niña la repite la palabra que hacía la maravilla: «¡Confianza! ¡confianza! ¡Oremos! yo te llevaré curada á tu madre.» Y humedeció otra vez el hombro. El vestido estaba todo empapado y frío, mas la infeliz Jacquette se cuidaba poco de esto.

Durante un nuevo baño, Francisca, con voz temblorosa, exclamó: «¡Jacquette, los agujeros se cierran, lo estoy viendo!!» Y verdaderamente, nos ha asegurado, ella vió estos agujeros abiertos reunirse en las tres aberturas. En su vida había experimentado emo-

ción semejante. Palpaba un milagro, era instrumento de la Virgen para hacerlo.

Cuando miró por última vez, las carnes se habían juntado; ya no existían llagas. Puso no obstante una compresa en varios dobleces y bien empapada en agua, que debía conservar la paciente hasta Tarbes, pues ya no había miedo de que la humedad ocasionase ningún daño. Después de haber arreglado el vestido de la niña oró de nuevo, dió gracias á la Virgen de la Gruta, á la Virgen tan bondadosa para su amiguita y para ella misma, y emprendió la marcha.

Parecía que Jacquette había nacido de nuevo en la Gruta. Obróse una verdadera transformación en su organismo. El mal la había tenido raquítica, desmedrada y enclenque, y el vigor vino con el bienestar, y con el vigor la alegría, pudo trabajar, y fué creciendo de allí en adelante.

Por espacio de once años Jacquette disfrutó de una salud inalterable y puede decirse floreciente: de las fuentes de humores, ocho años abiertas, por las cuales se había deslizado su vida durante ellos, no quedaban más que grandes cicatrices. En 1869 uno de los agujeros se volvió á abrir. Fué éste un suceso que alarmó á Jacquette y su familia. La joven, toda apurada, fué á ver á Francisca. «Hija mía, le dice la piadosa mujer, me extraña esto. Ten cuidado. La Santa Virgen te ha curado milagrosamente, y durante once años te ha conservado la salud. Jacquette, ¿estás agradecida?—Bien sabe V. que todos los años voy á Lourdes á dar gracias á la Virgen.—Esto no es suficiente; tú eres buena y no hay nada que reprocharte; pero

¿estás tan agradecida como debieras? ¿Está contenta la Santísima Virgen de tu piedad? ¡No seas ingrata! Haz remedios y procura ser más piadosa.»

Un vejigatorio cerró otra vez la llaga en algunos días; hubo un aumento visible de fervor en la vida de Jacquette, y desde entonces siguió muy bien y no le quedaron en el hombro más que las cicatrices perfectamente cerradas, que vienen á ser como testigos de la obra de Nuestra Señora de Lourdes.

III

Las gracias se atraen, y el reconocimiento al primer favor nos hace dignos de otros nuevos. Además, la oración, fortalecida con el buen éxito de otra oración anterior, toma una firmeza y plenitud de confianza que lo obtiene todo, y por eso los milagros conocidos producen nuevos milagros. También Dios tiene ciertas predilecciones, cuyas causas secretas no alcanzamos las más de las veces. Hay familias favorecidas.

La hermana de Jacquette, María Marcère, estaba casada con un ebanista que vive en Tarbes, calle de Carmelitas, n.° 2. Su segundo hijo Pablo nació con una enfermedad que afligió á sus padres. Eran dos *hernias* enormes. A los quince días fué menester aplicarle un vendaje, y desde entonces la pobre criaturita no pudo estar un instante sin él; apenas se lo quitaban, asomaban las hernias.

Varios médicos fueron consultados, y uno de ellos lo visitaba casi todos los días, pero la hernia no podía ser vencida, y sólo con el aparato se sostenían los intestinos y se facilitaban las funciones de la vida.

Pero era éste un medio trabajoso, pues se comprende que en las largas horas que la criatura debía pasar en la cuna, el braguero mojado tenía que enmohecerse en seguida y perder su elasticidad. Era preciso, pues, uno nuevo casi cada ocho días, y costaba cuatro francos, que había que sacar del menguado presupuesto de esta familia de obreros.

En el mes de Marzo de 1866 Pablo tenía ya un año, y la carga se hacía pesada para los padres, quienes sin embargo nada omitían para salvar á su enfermito. Los vecinos, compadecidos á la vez del niño y de los padres, habían dicho varias veces: «¡Dios debería llevarse á este pobre niño!»

Hacía tiempo que María Mercère pensaba en la maravillosa curación de su hermana Jacquette; poco á poco iba perdiendo la confianza en los médicos y la ponía en Nuestra Señora de Lourdes. Una resolución, vaga al principio, fué acentuándose cada vez más en su alma; y un día en que al fin se decidió, se veía patente que los hombres nada podían, y que el niño estaba condenado sin esperanza humana á una incurable enfermedad, ó lo que es más probable, á una muerte poco lejana. Pues bien, la pobre madre fué á intentar el remedio supremo: el agua de la Gruta de Lourdes. Allí donde su hermana fué curada, allí llevaría á su niño, y coriendo todo riesgo lo bañaría en la piscina milagrosa.

Su marido no tenía más confianza que ella en la me-

dicina, pero tampoco se ocupaba en buscar socorros sobrenaturales. Con la energía de su determinación, María Mercère le impuso su voluntad y casi su fe, y partió.

El 4 ó 5 de Marzo de 1866 llegaba á eso de medio día á la Gruta con su madre, su suegra y su niño. La oración fué bastante larga, y con tanto fervor como seguramente no la había hecho en su vida esta joven y piadosa madre.

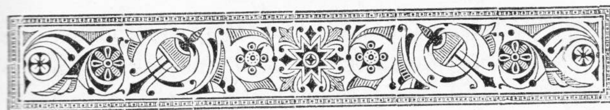
Desnuda á su pequeño Pablo y le quita el braguero, apareciendo al instante las dos hernias. El niño sumergido en la piscina que llena el agua de la Gruta, se resiste violentamente y grita. Las dos abuelas ayudan á María á contenerlo. La frialdad de la fuente pone amoratada la piel del niño y tiesos sus miembros, y algunas mujeres que lo estaban mirando acusan á la madre de imprudente por tener tanto tiempo á la criatura dentro del agua.

María no hace caso, mas ellas insisten diciendo: «¡Qué corazón de piedra tiene V.!» La tierna madre, devorada de ansiedad, se impacienta un momento y exclama: «¿No es mi hijo después de todo? ¿Lo quieren Vds. más que yo? ¿No ven Vds. que el niño está perdido si la Virgen no lo cura aquí? ¡Déjenme Vds.!»

Se pone de nuevo á orar interiormente. El niño permanecía inmóvil, y su pobre madre estaba en una verdadera angustia; pero la confianza, una confianza dulce y profunda en la bondad de la Virgen, sostenía su valor. Por fin, levanta el niño y lo pone sobre sus rodillas para secarlo. La doble hernia había totalmente desaparecido.

Jamás ha vuelto á ser aplicado el vendaje en este pequeño cuerpo. Pablo, voluntarioso é irascible, ha tenido después largas rabietas de lloros en la cuna y fuera de ella; ha crecido, gritado, saltado y se ha entregado á todos los pasatiempos de la infancia con la violencia de una naturaleza impetuosa, sin que nunca, jamás, se haya visto señal de sus dos hernias que parecían incurables.

Lo hemos visto á los cuatro años. Estaba vigoroso y avispado.



CIENTO CINCUENTA MILAGROS ADMIRABLES

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

AÑO DE 1863

Edmundo Remy.— Máximo de Robineau

I

Curación súbita y maravillosa de una cojera declarada incurable. (Edmundo Remy, de Ploërmel, diócesis de Vannes, el 28 de Febrero de 1863).

Trátase aquí de un niño de tres años cuya enfermedad y curación refería su abuela la Sra. Anger del modo siguiente:

De resultas de una caída que tuvo mi nieto Edmundo Remy, de tres años de edad, dando un paseo el 25 de Enero de 1863, sufría horriblemente de la pierna izquierda. Dos personas reputadas hábiles habían cui-

dado de él sin obtener ningún resultado; por lo que sus padres, siguiendo el consejo que les dieron, lo condujeron á Rennes y lo presentaron al Dr. Aubrée, el cual reconoció una hinchazón tal en los cartílagos de la articulación del fémur que la una pierna, alargándose más que la otra, amenazaba dislocarse completamente. Anunció que probablemente se formaría un absceso encima de la articulación, y prescribió cataplasmas, diciendo secretamente á la Sra. Chartón, amiga de la familia y presente en la visita, que este niño estaba perdido y que no había para él ningún remedio.

Cuando el pequeño Edmundo estuvo de regreso en Ploërmel, me apresuré á que viniera á verle el médico de la familia, Mr. Pringué, á quien hicimos conocer la consulta que tuvimos en Rennes. Al ver al niño desesperó también de su curación; y en este sentido habló á varias personas, especialmente á la Rda. Madre María Angel, superiora de las Señoras Ursulinas de Ploërmel, que inmediatamente nos envió un frasco de agua de la fuente de Lourdes, é hizo que sus Religiosas empezaran una novena por la curación del querido enfermo. Todos los días aplicamos sobre la pierna del pobre niño algunas gotas del agua milagrosa; pero la Santísima Virgen, que sin duda quería probar nuestra fe, no otorgó á nuestros ruegos el favor que solicitábamos.

Transcurrieron quince días y el mal aumentaba sensiblemente, llegando á ser tan violento que el niño no cesaba ni de día ni de noche de dar gritos desgarradores que nos arrancaban lágrimas.

El martes 24 de Febrero, necesitada de consuelo, fuí á ver á la M. María Angel. La dije que no habíamos hecho la novena en unión de la Comunidad, pero que habíamos aplicado el agua de Lourdes sobre la pierna del niño, cuyo estado empeoraba cada vez más. La anuncié también que debiendo venir á Ploërmel Mr. Pinaud, célebre médico de Rennes, Mr. Pringué había prometido llevarlo para que viese á nuestro enfermo. «Muy de veras celebro cuanto me decís, me respondió ella con un acento de fe que nunca olvidaré; estoy segura que vuestro nieto curará. La Santa Virgen, á fin de mostrar mejor su poder, espera para obrar la curación, que el niño haya sido desahuciado por los mejores médicos. Consolaos; id á la iglesia; haced un voto, prometed una Misa, un cirio y una ofrenda al santuario de Lourdes. Voy á daros otra botella de agua de la Gruta, de la que mezclaréis una gota en las cataplasmas que aplicaréis sobre el sitio del mal. Mis Religiosas y yo vamos á comenzar una segunda novena, y el sábado próximo, día consagrado á Nuestra Señora, recibiremos todas la Santa Comunión por vuestro niño.»

No puedo decir lo consolada que me quedé oyendo hablar á esta buena Religiosa con el acento de fe que le caracteriza. Inmediatamente me dirigí á la iglesia para hacer lo que ella me aconsejaba; y mientras estaba arrodillada delante de la imagen de la Virgen, me pareció que esta buena Madre me aseguraba en el fondo del corazón que mi nieto iba á sanar. Sentíme entonces penetrada de tal confianza, que aunque intentaran todos los médicos del mundo quebrantarla no lo hubieran logrado. Al volver á casa encontré á mi

hija llorando. La consolé participándole todo lo que acababa de pasar, y en este momento hizo ella un voto á Nuestra Señora de Lourdes.

El viernes por la tarde vino Mr. Pinaud con monsieur Pringué á visitar al pequeño Edmundo. Prescribió que se le aplicase dentro de ocho días un vejigatorio, y mientras tanto la continuación de las cataplasmas. Recomendó vigilaran con el mayor cuidado que la pierna no cambiara de posición, pues el menor movimiento era capaz de descoyuntar enteramente la articulación. Después de irse el médico, hicimos lo que habíamos hecho desde el miércoles precedente para cumplir la segunda novena; añadimos á las cataplasmas una gota del agua de Lourdes, é hicimos también beber al niño otra gota haciéndole rezar con nosotros una *Ave María*. La noche la pasó muy mal el pobrecito, y no cesó de dar gritos arrancados por la violencia del mal.

Al día siguiente por la mañana, 28 de Febrero, me fuí á Misa, recibí con las Religiosas Ursulinas la Santa Comunión y volví á mi casa á eso de las ocho. El niño me oyó hablar y me llamó en seguida diciéndome: «Mamá Anger (así es como me llama siempre), ven á verme; estoy curado.»

Fuí allá en seguida, y lo encontré abrazando la rodilla enferma con la mayor facilidad. Su padre y su madre acudieron pronto y pudieron, como yo, convencerse de la curación milagrosa que acababa de obrarse. Digo curación *milagrosa,* porque es imposible explicarla naturalmente, pues fué tan pronta, que debió ser instantánea, porque su madre, que había pasado á su lado una noche horrible, acababa de dejarle en el mismo estado de sufrimiento hacía un cuarto de hora cuando más.

Todos llorábamos de alegría viendo á este niño hacer uso de su pierna como si nunca hubiera tenido mal, y que para convencernos mejor de su completa curación se puso en pie sobre su almohada y pidió le dejaran andar. Su madre le hizo dar algunos pasos sosteniéndolo por precaución, aunque no cojeaba absolutamente. Sin embargo, creímos deber impedirle que se levantara hasta que el Dr. Pringué hubiera comprobado su completa curación.

Este doctor, considerando inútil toda visita, no había vuelto desde que estuvo con Mr. Pinaud. El martes 3 de Marzo fuí yo misma á buscarlo; y si consintió en venir fué á fuerza de mis instancias reiteradas, pues no daba ninguna fe á mis aserciones. Después de un examen minucioso dijo al niño: «Niño mío, estás verdaderamente curado: no tienes necesidad de vejigatorio, no tendrás absceso; es asunto concluído: ya no queda ninguna señal del mal.»

«Verdaderamente, añadió dirigiéndose á nosotros, esto es extraordinario. No puedo explicarme esta curación. No hubiera yo querido ver este mal en un hijo mío por doscientos mil francos. El Dr. Pinaud me hablaba continuamente de este pobre niño; lo desahuciaba como yo, y pensaba que lo menos que podría sucederle era arrastrar la pierna durante toda su vida; y ahora me cabe el gusto de aseguraros que no será cojo.»

Y, en efecto, todos podemos afirmar que nuestro querido enfermo no ha sentido ninguna consecuencia

del mal horrible que tan vivamente nos inquietó. Su pierna está tan firme y tan ágil como si nunca hubiera sufrido. Pocos niños habrá de su edad dotados de tanta fuerza y flexibilidad como él. Algunos días después de su curación se dió unas caídas muy grandes que no tuvieron consecuencias desagradables.

Cuando hicimos anunciar al Dr. Aubrée este hecho milagroso, contestó á la Sra. Chartón que no le daría fe sino después de haber visto al niño, pues «no se curan jamás enfermedades de esta naturaleza.»

Yo soy de su opinión. Los médicos que han prodigado sus cuidados á mi nieto han probado suficientemente la impotencia del arte médico para casos semejantes; pero cuando la ciencia humana carece de recursos, hay en el cielo un poder maravilloso para el cual los milagros no son más que un juego.

En cuanto á nosotros, que hemos sido testigos afortunados de este poder misericordioso, no cesaremos de dar gracias á la Santísima Virgen, quien al sanar á nuestro niño nos obliga con especial deber á darle el dulce nombre de Madre (1).

(1) Véase el comprobante n.º 1.

II

Curación sobrenatural del joven Máximo de Robineau en 1863

He aquí otro milagro de Nuestra Señora de Lourdes que no ha sido conocido hasta pasado algún tiempo. Tuvo lugar, como el precedente, en 1863, y fué referido por la madre del joven que obtuvo la curación á uno de los Padres Misioneros de Lourdes durante el invierno de 1869. «Lo redactamos inmediatamente, dice el Padre, bajo la impresión de la palabra conmovida de la Sra. de Robineau, cuya voz se turbaba frecuentemente por las lágrimas.» Nada tan conmovedor como esta narración dictada por la fe y el agradecimiento maternal.

El joven Máximo de Robineau había nacido con un temperamento excelente. Siendo pequeñito padeció una fiebre tifoidea, sin que ninguno de sus órganos se alterara. Fuerte, listo é impetuoso, daba á sus padres toda suerte de gozo y de esperanzas, cuando de repente, á los siete años, fué atacado de parálisis ó perlesía.

Ya se había notado en él cierta debilidad de la vista; pero un día se apercibió su madre que sus miembros estaban embarazados, y poco después no le fué posible andar solo sin caer. El mal hacía todos los días visibles y espantosos progresos. La agilidad y la firmeza disminuían en los brazos y piernas, y la lengua se entorpecía. El germen de la enfermedad estaba en

el centro mismo de la vida, en el cerebro y en la medula espinal; todos los nervios sufrían un invencible reblandecimiento.

La Sra. de Robineau asistía con indecibles angustias á la descomposición progresiva de su hijo tan amable y tan querido. La voz se fué alterando poco á poco, y el sonido argentino que salía de la garganta del niño se convirtió en un gangueo desagradable, y con el organismo animal también la inteligencia se paralizaba lentamente. La desgraciada madre hallaba cada día menos luz en el ojo de Máximo, menos sentido en sus palabras, y en su entendimiento progresiva torpeza. Esto la tenía muy preocupada, y de seguir aumentando este entorpecimiento temía que pasadas algunas semanas su hijo quedaría reducido á la condición de un idiota tullido ó de un cadáver. Cuando ella nos contaba estas penas desde tanto tiempo desvanecidas, su corazón parecía encontrarse aún bajo el peso de ellas.

Sobre todo, una escena de aquel triste tiempo permaneció viva en su memoria: Máximo se había levantado y se arrastraba solo por el cuarto, y de repente se cae de bruces, choca su cabeza en una cama y se queda tendido, inmóvil en el suelo. La madre da un grito, se precipita, levanta esta cabeza que ella cree rota, y ya en sus brazos lanza el niño una carcajada imbécil é inextinguible, con lo cual quedó partido el corazón de la pobre mujer como si hubiera oído el último suspiro de su hijo.

Llamaron á médicos reputados, y sus consultas fueron contradictorias; siguieron, sin embargo, las prescripciones de uno de ellos muy experimentado. El débil cuerpo del enfermo fué cubierto de vejigatorios y enérgicos excitantes de diferentes clases; sometiéronlo á fumigaciones sofocantes, mas todo en vano.

Viendo la Sra. de Robineau que el procedimiento no surtía ningun efecto, y que el médico andaba á tientas, le suplicó un día le dijera la verdad de lo que pensaba, y si creía salvar á su hijo. «Señora, le contestó el doctor titubeando, el caso es muy extraordinario; ¿qué le diré á V.?... Le prometo hacer cuanto pueda...» La pobre madre comprendió lo que estas palabras querían decir.

La parálisis empeoraba desde hacía seis meses; en los últimos quince días el organismo entero se hallaba consumido. Para que el niño diera un paso, era preciso mover sus piernas una después de otra; sus ojos apenas distinguían los objetos grandes; el balbuceo era más difícil; los dedos perdían su elasticidad.

La Sra. de Robineau abrigaba pocas esperanzas: veía ya á su Máximo tullido é idiota, acaso muerto dentro de algunos días. ¡Y los hombres nada podían hacer!

La piadosa madre, en medio de sus angustias, no había cesado de orar. De repente (era un domingo) un recuerdo, como un rayo del cielo, ilumina su espíritu: ¡Nuestra Señora de Lourdes!

Hacía tiempo que había oído este nombre, pero su historia sólo la sabía vagamente. Con toda la energía que causa una tribulación tan grande como la que dejó en su corazón la última palabra de la ciencia humana, que no podía prometer más que ofrecimientos de afección, recurre, como á su única esperanza, á

Nuestra Señora de Lourdes. Piensa en una novena y en el agua, y ésta es la medicación en que espera el restablecimiento de su Máximo.

Pero quería conocer enteramente los motivos de su esperanza, y ensayar esta devoción todavía oscura para ella. La prestan un libro sobre las Apariciones, lo lee y se enciende su confianza. La ofrecen además una pequeña redoma del agua milagrosa.

Y dice al niño enfermo: «Máximo, no quiero hacerte más remedios: rogaremos á la Santísima Virgen, y Ella te ha de curar. ¡Reza, Máximo, reza!...» El niño miró, se sonrió con su sonrisa atontada, y respondió con una articulación defectuosa. Pero ¿comprendió? ¿pudo orar? Su madre sí, oró.

Un sentimiento profundo, vivo, penetrante, llenó su alma: ella creyó y sintió que su niño se salvaría. Cuando la duda enfriaba su corazón, un pensamiento venía á fortificarla. «¡No, no, se decía á sí misma con energía, la Santísima Virgen no puede dejar á mi hijo idiota; no me lo dejará morir. ¡Máximo sanará... sí, ¡oh María! sanará!»

Su alma recibió la gracia de la confianza, prometió llevar al niño ya curado á Lourdes y comenzó una novena. Después de la primera oración hizo beber al niño agua de la gruta, y le dió con ella fricciones en las piernas y en la espina dorsal, que era la residencia principal de la enfermedad, y después acostó al pobre enfermo.

La Sra. de Robineau no aguardaba la curación hasta el fin de la novena, pero al día siguiente levanta á su niño y reconoce que está ya mejor; sus miembros parecen fortalecidos, y la consunción no progresaba. Continuó las prácticas de la novena con mayor confianza, y al siguiente día encontró á su querido enfermo mucho más fuerte. Desde entonces el vigor fué creciendo de una manera visible, juntamente con la satisfacción de la madre. No se había acabado la novena, y ya el progreso de la vida era tan rápido, y el restablecimiento tan seguro, que la Sra. de Robineau no hizo más uso del agua de la Gruta, continuando sin embargo sus oraciones, ó más bien, trocando sus súplicas en acciones de gracias.

Al noveno día, avivado Máximo en todo su sér, andaba con la agilidad de otro tiempo, se servía de todos sus miembros sin vacilación ni debilidad, el timbre de su voz había vuelto á la dulzura antigua; sus padres veían en la sonrisa inteligente del hijo el despertar de su alma; en las palabras y en las caricias de Máximo comprendieron que había vuelto á su ser de antes.

Este hecho pasó en 1863.

Máximo es un niño de bendición. La mano de Nuestra Señora Inmaculada sostiene su alma. Se ha mostrado siempre juicioso, dulce, piadoso: hizo la primera Comunión con un sentimiento profundo y vivo de la gracia que alcanzaba. Su madre estaba enajenada de gozo viéndolo tan recogido y tan dichoso. La Virgen bendita le ha dado la preciosa gracia del agradecimiento, y él la ama con todo su corazón.

Las dificultades de una vida nómada en los empleos de los ferrocarriles impidieron mucho tiempo á la Señora de Robineau cumplir su promesa de peregrina-

ción; mas cuando pudo visitar la Gruta fue para Máximo un día de alegría y de piedad expansiva.

Su amabilidad y su ternura hacen la dicha de sus padres. Tiene catorce años, y no se ha visto el menor síntoma de reproducción de su enfermedad; está siempre espavilado y vigoroso. En cuanto á su inteligencia, su madre creía decir bastante con anunciarnos, no sin algún orgullo, que su hijo Máximo, que estudiaba en el pequeño Seminario de Carcasona, era el tercero en la clase de griego entre treinta y nueve ó cuarenta alumnos.

Un hombre alejado de la Religión, hostil si se quiere á las prácticas católicas, había visto este niño en su angustia y había participado más que ningún otro de las penas de la familia; fué testigo de la curación inesperada y maravillosa, mas ¡ay! no se ha convertido á Dios, aunque da valerosamente testimonio de la gracia de la Santísima Virgen. En más de una ocasión se han mofado en presencia suya de la Religión, y se ha callado, pero cuando han negado y ridiculizado lo que parece sobrenatural en la cura del joven Máximo, entonces ha dicho con un acento convencido y que imponía silencio: «Por lo que toca á esto no hablemos. Lo he visto yo...»

El doctor quedó muy sorprendido del restablecimiento maravilloso del enfermito. «Os seré franca, le dijo la madre; ya desesparada, abandoné todos los remedios y me dirigí á Nuestra Señora de Lourdes; lavé á mi niño con un poco de agua de la Gruta, y no obstante toda su frialdad, helo aquí curado.—¡Ah! dijo el médico con embarazo, esto debía suceder así.»

Cuando se trató de los honorarios, los padres del niño no podían creer lo que oyeron; ¡tan modesta fué la petición del doctor! Las visitas habían sido numerosas, los cuidados asiduos; la estación donde ellos vivían distaba de la población, y, no obstante, movido ciertamente el doctor por un sentimiento de justicia, no quiso cobrar nada.

Hoy (1881) Máximo de Robineau es abogado y estudia para el notariado. «Sigue siendo excelente cristiano, nos escribe un eclesiástico eminente, y gracias á la protección de Nuestra Señora de Lourdes, sus buenos sentimientos han prevalecido.



AÑO DE 1869

La Srta. Leonia Chartron.—Juana Peyres.—Sor María Regis

I

Maravillosa curación de la Srta. Leonia Chartrón, de Lormes, diócesis de Nevers, en Lourdes el 21 de Julio de 1869.

La interesante relación que sigue no fué enviada á Lourdes hasta cerca de dos años y medio después del suceso; y el redactor de los *Annales,* sin duda para tener tiempo de tomar á su gusto los informes necesarios, no la publicó hasta pasados otros seis meses, es decir, en Mayo de 1872. Como se verá luego, este hermoso milagro de Nuestra Señora de Lourdes es todo cuanto hay de admirable, de auténtico y de perentorio; y, como hace observar el excelente médico que lo refrenda, puede «desafiar al doctor más instruído, de más valer y más experimentado.»

Lormes, 18 de Noviembre de 1871.

Mi reverendo Padre:

El Espíritu Santo nos dice que es honroso, dulce y bueno manifestar las obras de Dios. Los *Annales* de Nuestra Señora de Lourdes nos dan de ello pruebas numerosas y muy interesantes.

Yo también, que he sido objeto de uno de estos se-

ñalados favores del cielo, había resuelto desde el principio pagar mi deuda de reconocimiento enviando á V. la narración de mi curación milagrosa. Varias causas me lo han impedido; pero al fin aquí estoy, y puede V. hacer de estas lineas el uso que quiera, que en cuanto á mi grito de amor y de gratitud está lanzado, y aunque tardío, espero subirá hasta el trono de nuestra buena Madre.

Soy de naturaleza endeble, de complexión delicada; sin embargo, á parte de algunos dolores en la espalda pasajeros, sentidos en diferentes ocasiones, he llegado á los treinta años sin enfermedad. En 1866, después de varias semanas de un malestar que no podía explicarme, fuí atacada de una fiebre lenta; mi respiración se hizo difícil; mis piernas no podían llevarme, ni hacer ningún movimiento sin dolores, y tuve necesidad de guardar cama. Hice llamar entonces al doctor Edmi Gagniard, de Avallón (tan buen cristiano como buen médico, y á la vez excelente cirujano), quien previo un examen serio dijo era «una protuberancia en el extremo de los huesos de seis ó siete vértebras dorsales;» ó en términos más claros, reconoció una afección de la columna vertebral de las más graves, que estos señores llaman enfermedad de *Pat*.

Me ordenó un régimen severo y me prescribió las aguas de Salies, á las cuales me dirigí poco tiempo después, pero sin gran resultado. Volví allí, sin embargo, dos años seguidos, y no adelanté gran cosa. Fuí á respirar el aire del mar que me habían aconsejado como fortificante. Me dejé conducir á París, en donde fuí visitada por los padres de la ciencia Nelatón, Piorry y Rouvier, los cuales estaban contestes en reconocer la gravedad de mi estado; y me prescribieron de nuevo, con el corsé de muletas, moxas, unciones yoduradas, cauterios. Durante tres años largos sufrí estos tormentos; y al fin, mi pobre espalda estaba tan quemada, que ya no podía sufrir estos tratamientos demasiado enérgicos, á pesar de mi buena voluntad.

Y sin embargo, la debilidad y flaqueza aumentaban; el apetito había totalmente desaparecido: me fué preciso guardar casi siempre la postura horizontal; todo trabajo y ocupación me fué imposible; experimentaba en los brazos, dedos y piernas, tan pronto punzadas agudás, tan pronto comezones fatigosas acompañadas de frío: mi cabeza se puso pesada y dolorida; mi memoria me faltaba á veces; y luego me vinieron náuseas, crisis nerviosas, lágrimas y gritos involuntarios, síncopes, etc. ¡Oh! me puse tan mala, que en presencia de estos síntomas alarmantes mi pobre doctor desesperó de salvarme.

Yo misma veía bien que los remedios humanos eran impotentes, inútiles. No había sentido más que un pequeño alivio durante este último año después de una novena á Nuestra Señora de Lourdes, de donde deduje que sólo por Ella podía ser curada; y, llena de fe en su poder y de confianza en su bondad, resolví ir á pedirle mi curación en el teatro mismo de sus triunfantes misericordias, delante de la Gruta misteriosa de su aparición.

Era asunto ímprobo para mí, pues no podía dar un paso sino apoyada en el brazo de una persona de un lado, y del otro sobre un bastón; y se trataba de

un viaje de más de mil kilómetros, y tenía que andar ochenta en coche para dirigirme de Lormes á Nevers, en donde debía tomar el ferrocarril... No importa; la mano bondadosa de María me atraía, y su dulce voz me llamaba, y me puse en camino el lunes 12 de Julio de 1869 acompañada de los buenos deseos de mis vecinos y amigos, que no pensaban volverme á ver viva. Verdaderamente fué dura esta primera jornada... En el camino tuve que permanecer tres horas tendida sobre un lecho de posada, enervada y jadeante... Los otros fueron menos penosos, y bajamos en Toulouse á eso de las cinco de la tarde del jueves siguiente.

El viernes fuímos á encomendarnos á Santa Germana, suplicándola intercediera por mí á la Santísima Virgen. El domingo volvíamos á Pibrac para comulgar en una Misa que debía decirse por mi intención en la capilla de la Santa, y ese fué para mí un día de deliciosas emociones.

Mi esperanza se aumentó más, y al día siguiente me sentí mucho más fuerte para hacer el trayecto de Toulouse á Lourdes, á donde por fin llegamos el lunes 19 de Julio por la noche.

Al día siguiente me dirigí en coche á la santa capilla, en donde oí la Misa, y de donde volví sin mucha fatiga. El miércoles, después de la Santa Comunión, bajé con grandes precauciones á la piscina, testigo ya de tantos prodigios; y apenas había tocado el fondo de ella cuando sola y con gran admiración de mi excelente tía que no me abandonaba, sin esfuerzos ni conmociones, sin poder explicarme lo que pasó en mí, me encontré fuera del agua. Estaba curada sin haber sentido la incomodidad que causa el frío glacial, que no puede comprender bien sino el que la ha experimentado.

Sin embargo, al arrodillarme delante de la reja de la Gruta para dar gracias noté un cierto malestar en los riñones. Eran las últimas despedidas de mi enfermedad, que pronto desaparecieron dejándome sin temblores ni debilidad, comiendo con apetito, andando libremente y con facilidad, aunque con alguna precaución. Los días siguientes oí la Misa en acción de gracias, y el lunes 26 emprendimos otra vez con alegría y reconocimiento el camino de Lormes, en donde admiré á todos los que me veían andar tan fácilmente.

Mi buen viejo doctor, llamado y recibido por mí en el umbral de la casa, no podía creer lo que sus ojos veían; pero después de comprobar mi perfecta curación, me dijo con torno firme y resuelto: «Cuando una enfermedad tan peligrosa como la de V., complicada con una complexión débil, ha resistido á los cuidados más asiduos y á los esfuerzos de los maestros de la ciencia; cuando se va agravando cada vez más y cuando la caquexia se manifiesta, y en un día, súbitamente, y por la simple inmersión durante un segundo en agua fría desaparece enteramente, preciso es decir con Ambrosio Paré: Dios la ha curado; y yo debo añadir: *es un milagro.*»

Dos años han transcurrido después de este bendito día, sin sentir rastro de mi antigua enfermedad: no soy de complexión robusta, y mi naturaleza ha continuado la misma; pero la gibosidad ha desaparecido con todo mi mal; puedo andar, subir y bajar escaleras, subir

al monte, sobre cuya cima está situada nuestra iglesia, abajarme y levantarme sin sufrimiento, lo cual no he podido hacer durante los tres años que esta terrible afección ha durado.

¡Gloria, pues, á Nuestro Señor, siempre bueno y misericordioso! ¡Alabanzas á Santa Germana, que se ha dignado interceder por mí en favor de mi petición! Pero sobre todo ¡gracias, bendición y amor á Nuestra Señora de Lourdes, que me ha curado! Sus beneficios, así como los de su Divino Hijo, son permanentes, y Ella se dignará continuar sosteniéndome en las penas de cuerpo y de alma que pueden sobrevenirme, porque quiero amarla y bendecirla hasta el fin.

LEONIA CHARTRÓN.

Este milagro hizo naturalmente mucho ruído en todos los países circunvecinos. Se escribió sobre el particular al Dr. Gagniard, que había asistido á la enferma, y la *Revue de l'Ione* publicó en seguida la respuesta formal de este sabio Doctor, llena de reflexiones concienzudas y bien escritas. Estas reflexiones son por desgracia de una aplicación muy frecuente en los tiempos que corren. Dicen así:

«Señora:

«He tardado en contestar á V. porque un pobre médico tan ocupado como yo tiene pocos momentos disponibles. Es cierto que la señorita L. Chartrón ha sido curada milagrosamente en Lourdes.

«Si V. me conociera, señora, sabría que no soy inclinado de ninguna manera á ver y buscar milagros ni á tentar á Dios pidiéndoselos por todas partes. No debe uno pedirlos á cada momento. El *fiat voluntas* es para el cristiano lo más perfecto.

«Un milagro más ó menos, decía una buena vieja, no supone mucho, puesto que hay más de los necesarios para tener la dicha de creer en Dios.

«Pero volvamos á nuestro milagro. La señorita Chartrón perdió á sus padres y á otros parientes de la tisis, y yo la he asistido largo tiempo (cosa de cinco ó seis años) con motivo de una afección grave de la columna vertebral, á consecuencia de la cual la parte saliente de los huesos espinosos dorsales se le desvió considerablemente por el reblandecimiento y flaqueza de su cuerpo, que le produjo además supuración purulenta. Todo lo cual fué reconocido por los doctores Nelatón, Piorry y Rouvier; á que se añadía que el apetito era nulo, la flaqueza completa, la fiebre continua, el insomnio constante y la muerte por tanto inminente.

«La señorita Chartrón hace el viaje sostenida, ó mejor dicho, llevada en peso por dos personas, acompañada de un tío, venerable sacerdote, que acaba de morir en Lormes en olor de santidad. La colocan como pudieron en un coche, y luego en un vagón-cama del ferrocarril. En Lourdes la llevan á la piscina; entra, y sale curada, andando sin que nadie la sostenga, yendo y viniendo, ágil, alegre y feliz, alabando á Dios, por supuesto.

«Su salud ha sido después excelente. Todavía ayer me estuve paseando con ella más de media hora en su jardín con su hermano y su cuñada, y yo estaba más cansado que ella.

«Venga ahora un médico instruído, cualquiera que sea, y explique una curación semejante. He desafiado al efecto á muchos de mis colegas, de los cuales unos, como Ambrosio Paré, creen que Dios sana, y como Pascal, que es preciso tener poca razón para no saber que hay una infinidad de cosas que nuestra razón no alcanza, y éstos se someten. Los otros, atribuyéndose gran talento, hinchan el buche de su vanidad delante de los simples, y tratando á sus compañeros de imbéciles: «Esas son imaginaciones,» dicen, y dando media vuelta á la izquierda asunto concluído.

«¡Pobres hombres, incapaces de llegar á los zancos de los Récamier, Laënnec, Gruveiller, Dupuytren, y toda esa fuerte generación médica de 1830, tanto más religiosa cuanto más sabia!

«Dispense, señora, la extensión de mi carta, que tiene por causa la indignación casi invencible contra estos espíritus fuertes que, con su incapacidad y sus doctrinas, acabarán por trastornar á nuestra pobre Francia y hacerla desaparecer de entre las naciones.

«La historia, créalo V., llamará á nuestro tiempo el de los necios.

«Sírvase V. aceptar, etc.

«E. Gagniard, padre,
«Doctor médico.»

Habiendo escrito otra señora á Mr. Gagniard para saber si esta carta era realmente suya, ha contestado:

Avallón, 15 de Diciembre de 1872.

«Señora:

«La curación súbita, instantánea de la señorita L. Chartrón en Lourdes es ciertamente milagrosa y no hay nada mas auténtico.

«Tengo además el honor de asegurar á V. que la carta insertada en los periódicos con tal motivo es mía. En este momento comunico documentos curiosos sobre este milagro á uno de mis colegas, que hablará de él en un pequeño trabajo que está preparando, y que V. leerá con gusto, porque el verdadero cristiano repasa con ardor las pruebas de su fe, que son títulos de su grandeza.

«Mientras tanto, puede V. desafiar al médico más instruído, más reputado y más experimentado á que explique la curación de la enfermedad de la señorita Chartrón (enfermedad que llegó al último período de parálisis, de fiebre y de marasmo, con supuración de seis vértebras) en algunos segundos con la medicación que quiera, y que cite un solo ejemplo semejante sacado de la ciencia médica.

«Sírvase V. aceptar, etc.

«E. Gagniard, padre,
«Doctor médico.»

venido de antemano se encontraba ya en casa; y así se apresuró á confesar á la enferma y darle el Viático, desde cuyo momento se observó alguna mejoría en ella, y fué aumentando rápidamente hasta encontrarse fuera de peligro.

«El Dr. Gabert, que se había ausentado ocho días, no pudo menos de sorprenderse cuando volvió y vió que Juana estaba en vías de curación. Declaró que de cien casos semejantes ninguno se habría salvado, y repetía á cada instante: «Hay gentes que tienen suer«te; muchas personas darían su fortuna por la cura«ción de un mal análogo.»

«En la Cuaresma de 1870 Juana hizo su peregrinación de acción de gracias. La Virgen quiso probar su confianza. A la vuelta de Lourdes sufría todavía un poco de la rodilla, mas el agua de la Gruta hizo desaparecer el dolor; y desde hace quince meses la curación es perfecta. Cualquiera que viese hoy esta rodilla no podría creer nunca lo que yo he visto y cuidado en compañía de las piadosas mujeres que velaban á la enferma.

«Dirijo á V. estas líneas con el fin de que entresaque de ellas lo que juzgue digno de ser publicado para gloria de Nuestra Señora de Lourdes.

«E. VILLARS.»

III

Curación instantánea de una Religiosa tísica en último grado en el convento d'Estaing, diócesis de Rodez, en Octubre de 1869.

En el mes de Junio de 1872, cerca de tres años después del milagro conmovedor que vamos á referir, el Rdo. P. Cipriano María, de los Frailes Capuchinos, dirigía al Padre Superior de los Misioneros de Lourdes la carta siguiente conteniendo la relación detallada de la curación súbita, inesperada y evidentemente sobrenatural de una tisis pulmonar, absolutamente incurable, en una joven religiosa de diecinueve años, Sor María Regis, de la Comunidad de San José, de Estaing:

Tolouse, 24 de Junio de 1872.

Mi reverendo Padre:

No sé si se acordará V. de una conversación que hace dos años tuve con V. sobre una curación notabilísima entre las curaciones extraordinarias debidas todos los días á la poderosa bondad de Nuestra Señora de Lourdes. Prometí á V. enviarle la relación de este hecho, que me parecía á propósito para edificar á los lectores de los *Annales*, pero al hacerle esta promesa había contado sin la rara modestia de la persona que ha sido objeto de este insigne favor. Hacer pública esta narración relatando las circunstancias que la han acompañado, era llamar la atención y hacer pública

II

Curación de un tumor de cuarenta años. (Juana Peyres, de Peyrehorade, diócesis de Aire, Septiembre de 1869).

El 20 de Octubre de 1871 Juana Peyres, humilde sirvienta de sesenta y seis años, venía segunda vez á la Gruta en acción de gracias del prodigio que obró en ella Nuestra Señora de Lourdes. Su fe y su piedad eran de las más conmovedoras. He aquí la interesante historia de su curación, dirigida á los Padres Misioneros por su piadosa y caritativa señora:

«Peyrehorade, 23 de Agosto de 1871.

«Reverendo Padre Superior:

«En la primera semana de Cuaresma de 1870 Juana Peyres, de sesenta y seis años de edad, fué á la Gruta á dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes por su curación milagrosa.

«Esta mujer, que desde hace muchos años está sirviendo en mi casa, tenía hacía *más de cuarenta años* sobre la rodilla izquierda un tumor del tamaño de un huevo. Este tumor iba siempre creciendo en medio de los más crueles sufrimientos, tanto que desde hace diez años la pobre Juana no podía volver á su casa, y pasaba la noche en la mía.

«Mandé llamar al Dr. Suyé, médico á la sazón en Peyrehorade, quien declaró que no se podía hacer

ninguna operación sin gran peligro de la vida de esta pobre mujer, pero que cuidándose podría vivir algunos años.

«El mal fué creciendo, y el tumor llegó á ser tan grande como la cabeza de un hombre. El Dr. Gabert, que había reemplazado á Mr. Suyé, declaró que si se abría la rodilla la enferma sucumbiría infaliblemente.

«En el mes de Septiembre de 1869, tomando Juana un baño de pies sintió horribles sufrimientos. La rodilla acababa de reventarse, saliendo de ella una materia asquerosa como hez de vino que no cesó de correr hasta la mañana del día siguiente, y el olor que despedía era tan infecto, que varias personas, durante ocho ó diez días, han estado sintiendo su repugnancia.

«Juana pensó había llegado su última hora, y el temor de los juicios de Dios vino á turbar su alma cristiana. Yo la tranquilicé lo mejor que pude, aconsejándola que pusiese su confianza en Nuestra Señora de Lourdes y que hiciera voto de peregrinación á la Gruta si sanaba. Lo hizo así con todo corazón, y comenzamos una novena á la intención de esta pobre mujer; y por todo medicamento echamos agua de la Gruta en las llagas repugnantes que se habían formado sobre su rodilla, rociando también con la misma agua las cataplasmas de harina de linaza prescritas por el médico para calmar la violencia del dolor.

«Durante la novena el estado de la enferma fué cada vez más desesperado, y el doctor me dijo que si deseaba mandar llamar al señor Cura era ya tiempo de hacerlo, lo cual no fué menester, porque estando pre-

una gracia que por modestia se quería tener secreta; y no me fué posible por este motivo tan delicado obtener los datos que me eran necesarios para la relación que deseaba mandar á V.

Pero la Santísima Virgen lo ha dispuesto de otro modo, dando á la persona interesada una prueba inequívoca de que no le agrada el silencio guardado sobre esta curación, y que por el contrario quiere se haga pública. En consecuencia, la persona objeto de tan señalados favores de la Santísima Virgen, ha venido personalmente á buscarme; y sin que yo le hiciera nueva indicación, me ha traído los datos con los cuales yo no contaba.

He aquí, mi reverendo Padre, la relación exacta y concienzuda del suceso, que prueba una vez más el poder y la bondad maternal de Nuestra Señora de Lourdes.

En el mes de Septiembre de 1869 fuí llamado á dar los Ejercicios del retiro anual á las Religiosas de San José, de Estaing (Aveyrón), los cuales me detuvieron ocho días en el seno de esta excelente Comunidad. Habíamos llegado al quinto ó sexto día de los Ejercicios, cuando me previno la reverenda Madre Superiora que una joven Religiosa estaba en la enfermería con un mal muy grave, y me invitó para que fuera á verla. Me apresuré á complacerla yendo en seguida al lado de la enferma, Sor María Regis, de diecinueve años de edad.

¡Cuál no fué mi sorpresa al encontrarla en peligro de muerte próxima, ó por lo menos con todos los síntomas aterradores que la caracterizan! Viéndola en

este estado, mi primer pensamiento fué preguntar si la habían administrado los últimos Sacramentos, á lo que respondió negativamente la Superiora que me había acompañado, añadiendo que no creía el peligro tan inminente; y así era, en efecto, pues la enfermedad en pocas horas había hecho grandes progresos. Se llamó al Cura de la parroquia, y mientras tanto me vino la idea de hablar á la enferma sobre Nuestra Señora de Lourdes y de su poderosa intercesión para obtener de Dios toda suerte de gracias hasta las más extraordinarias. Mi palabra fué acogida con entusiasmo. Pusimos en el cuello de la enferma una medalla de Nuestra Señora de Lourdes, y acto seguido se hizo promesa por voto á la Santísima Virgen de ir á visitarla en su bendito santuario de Lourdes si se alcanzaba la curación. El mismo día, en el ejercicio de la noche, propuse á las noventa y cinco Religiosas que estaban en ejercicios, que hicieran una novena á Nuestra Señora de Lourdes para su joven Hermana amenazada de próxima muerte, cuya novena comenzó inmediatamente.

Desde este momento la enfermedad no hizo ya ningún progreso, y el mal quedó como contenido en su curso; lo que pude notar bien porque todavía permanecí tres días en dicha santa casa, y cuando me fuí dejé á la enferma en el mismo estado en que la había encontrado la primera vez que la vi.

Apenas transcurrieron algunos días después de mi regreso á Toulouse, recibí una carta de la Madre Superiora de las Religiosas de Estaing en que me hacía saber la digna Madre la completa curación de Sor Ma-

ría Regis, acontecida, decía, el último día de la novena. Al mismo tiempo me informaba su partida para Lourdes en compañía de la Religiosa milagrosamente curada, á fin de cumplir sin demora la promesa hecha á la Santísima Virgen.

¿Qué había pasado después de mi ida á Estaing? Esto es precisamente lo que nos va á decir la misma Sor María Regis en un escrito que puso en mis manos en forma de carta, y en el cual esta afortunada hija de María entra en algunos pormenores muy interesantes sobre su enfermedad y curación. Dicha carta dice así:

«Mi reverendo Padre:

«Después de una estancia de dos años en las montañas de los Alpes, en donde mi salud estuvo seriamente expuesta á causa del frío excesivo que allí sufrí, y acaso también por las fatigas que tuve que soportar, mis superiores comprendieron la necesidad de hacerme cambiar de residencia, y fuí llamada á Niza, en donde tiene una casa nuestro Instituto. Todo se puede esperar, decían, de la temperatura de dicha ciudad, favorable de ordinario á los que tienen mala salud.

«Apenas llegué á Niza caí gravemente enferma, y el médico de la Comunidad, á quien llamaron en seguida, declaró que tenía el pecho dañado, y me ordenó el régimen que se prescribe á los tísicos. Lo seguí durante un mes en continuas alternativas de vida y de muerte; mas lejos de mejorarse mi estado, se hizo

cada vez más alarmante, hasta el punto de que creyeron conveniente llamar á un segundo médico.

«Este no se hizo ilusión sobre mi estado. Como su colega, reconoció desde el principio que mi enfermedad era del pecho: confirmó el peligro inminente en que yo me hallaba, y recurrió á los remedios enérgicos que sólo se emplean en el último extremo y cuando toda esperanza está casi perdida. Estos remedios obraron al parecer cierta reacción en mi estado, y me dieron un poco de fuerza. Aprovechando esta circunstancia se apresuraron á llamarme á la casa matriz de Estaing, esperando que el aire natal pudiera serme más saludable que el de Niza.

«No fué así, probablemente porque Dios, en sus adorables decretos, había decidido sin duda que todos los medios humanos fueran impotentes para devolverme la salud.

«Confiada á los cuidados de una de nuestras Hermanas, que quiso acompañarme en este triste viaje, partí para Estaing. El cansancio del camino agravó mi posición; mis piernas se hincharon de un modo extraordinario; y aumentando el mal de día en día, me vi pronto reducida al estado en que V., reverendo Padre, me encontró cuando vino á darnos los Ejercicios.

«Entonces fué cuando tuvo V. la suma bondad de hacerme conocer á Nuestra Señora de Lourdes, de quien yo oía hablar por primera vez. Demasiado débil para tomar parte en la novena que hizo V. empezar para mí el 25 de Septiembre, no pude hacer otra cosa que unirme en espíritu y corazón á las oraciones de

nuestras Hermanas; pero desde este momento sentí nacer en mi alma una grande confianza. Todos los días durante la novena me hicieron beber algunas gotas de agua de la fuente milagrosa, y yo llevaba en el cuello con grande devoción la medalla que se sirvió V. darme.

«Sin embargo, nada indicaba aún el fin próximo de mi enfermedad. Durante los nueve días de la novena mi estado fué el mismo, señalándose el último por un acrecentamiento de debilidad y de dolores. La noche de este día inspiraba yo los más vivos temores á las personas que me acompañaban, pues temían, según parece, que acaso sería la última noche de mis sufrimientos y de mi vida.

«Si en este momento hubiesen dicho á las Religiosas que estaban á mi cabecera prodigándome esos cuidados (cuyo secreto sólo posee la caridad religiosa), que al día siguiente estaría completamente curada, estoy segura de la respuesta que cada una de ellas no hubiera dejado de dar: «Esto no podrá hacerse sin mi«lagro,» habrían contestado unánimemente. Pues bien, reverendo Padre, el milagro se ha cumplido. Esta noche, que debía ser para mí la última, fué por el contrario muy tranquila; gusté por espacio de varias horas las dulzuras de un sueño reparador de que no había gozado hacía mucho tiempo.

«Al día siguiente aprovecharon esta calma para traerme el Santo Viático. Este fué el momento solemne que la Santa Virgen había escogido para hacer á su pobre sierva la más insigne de las gracias, una de esas gracias que no se olvidan y que transforman una

vida entera. ¡Dios quiera que no sea yo infiel á esta gracia!

«Apenas había yo hecho la Santa Comunión y dado gracias, según mi flaqueza, en el fondo de mi corazón, al Señor que acababa de darse á mí con tanta bondad en este Sacramento llamado justamente Sacramento de su amor, cuando en el mismo instante y súbitamente ya no sentí ningún dolor, ni siquiera ese pequeño malestar que es la consecuencia de alguna ligera indisposición; al contrario, sentí nacer en mí una fuerza nueva. En seguida pedí levantarme.

«La Hermana enfermera se sorprendió de esta proposición. Al principio no quiso consentir, y no cedió sino en presencia de mi decidida resolución, pensando que ésta no tendría consecuencias y que me faltarían fuerzas para ponerla en ejecución.

«¡Cuál no fué su admiración cuando me vió vestir sin su ayuda! Todavía me parece verla abriendo cuanto podía los ojos cuando yo salté de la cama. Pero á la admiración sucedió una verdadera estupefacción cuando esta buena Hermana me vió abrir la puerta, atravesar la terraza, subir veinte gradas de una escalera muy rápida, y dirigirme á toda prisa hacia el aposento de nuestra Madre Superiora, que aquel día se hallaba indispuesta.

«¿Cómo describir ahora la escena que pasó cuando me presenté así inopinadamente delante de esta buena Madre? Esta no quería dar crédito á sus ojos. La sorpresa no le permitía hablar, y sólo pudo recibirme en sus brazos. Mientras ella me abrazaba, sentí que sus lágrimas humedecían mi frente.

«La noticia se extendió rápida como el rayo por toda la Comunidad. Todas las Hermanas se precipitaron en pos de mí en el aposento de nuestra querida Madre; y al verme, la misma exclamación salió de todas las bocas: ¡Milagro! ¡milagro!

«Sí, milagro, mi reverendo Padre, Nuestra Señora de Lourdes acababa de obrarlo en mi favor. Yo estaba curada, curada contra toda esperanza.

«Con todo, en los días que siguieron á esta curación tan extraordinaria me encontré un poco débil. Todavía me costaba alguna molestia entregarme al trabajo, y comprendí que la Madre de Dios, antes de completar su obra, quería el entero cumplimiento de mi promesa. Partí para Lourdes el 27 de Octubre, y una vez en la Gruta sentí romperse los últimos lazos, y cuando concluí mi oración me volví á levantar enteramente libre.

«De vuelta á Estaing, después de este viaje cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi memoria, me entregué de nuevo á mis ocupaciones ordinarias, y gocé posteriormente de una salud mucho mejor que la que había tenido antes de mi enfermedad.

«Tal es el favor, reverendo Padre, de que he sido objeto á pesar de mi indignidad. V. sabe la razón religiosa por la cual quería yo tenerlo en secreto; pero la Santísima Virgen no lo ha querido, y V. conoce el motivo poderoso que me obliga á publicarlo hoy.»

Aquí termina la carta de Sor María Regis.

Mi reverendo Padre:

Encargado por la Hermana María Regis de transmitir á V. la relación de su milagrosa curación, é instruído del motivo secreto que á ello le obliga después de un silencio tan largo, temería faltar á mi deber demorando un solo día la santa comisión que se me ha confiado.

P. CIPRIANO MARÍA,

Guardián del convento de Padres Capuchinos de Toulouse



AÑO DE 1870

Filiberto Lombard.—Clemencia Mouche.—Josefina N.—Viuda de Gauget.

I

Curación instantánea de Mr. Filiberto Lombard, alcalde de Baigneux-les-Juifs, diócesis de Dijón, el 24 de Mayo de 1870.

La relación de este hermoso milagro está sacada de la *Chronique Religieuse* de la diócesis de Dijón (6 Diciembre de 1879). Es debida á la pluma del señor Cura Arcipreste de la misma parroquia donde reside Mr. Lombard, y corroborada por las más respetables firmas.

Hace dos días oí la conmovedora narración de un hecho que prueba una vez más la poderosa intercesión de la Santísima Virgen.

Hoy, impresionada todavía mi alma, no puedo resistir al deseo y deber de repetir esta relación que fué hecha en presencia de tres sacerdotes y de un magistrado, quienes confirman la verdad de mi narración.

Si, bien á pesar mío, no puedo describir la ternura que á cada palabra se observaba en su semblante; si me es imposible hacer sentir la simpática influencia de las lágrimas que el reconocimiento hacía subir de su corazón á sus ojos, ni decir la dulzura de las que se encubrían á nuestras miradas, estoy seguro á lo menos de reproducir íntegramente, con la más minuciosa y la más escrupulosa exactitud, todas las circunstancias y todos los detalles de la relación. El afortunado á quien María ha favorecido es Mr. Filiberto Lombard, antiguo oficial de ventas públicas en Dijón.

Hacía varios años que este señor había dejado su oficio, y libre de cuidados y del tráfago de los negocios, había venido á buscar á Baigneux-les-Juifs, su país natal, un poco de esa calma, de ese reposo y dulce descanso merecidos por toda una vida de actividad y de trabajo.

Pero otra cosa le esperaba. Después de una permanencia bastante larga y pacífica que parecía prometerle por largo tiempo el goce de sus legítimas esperanzas, su constitución se debilitó. Su salud se vió gravemente comprometida: una afección muy dolorosa se le declaró en el hígado; algunos accidentes se manifestaron en los pulmones; la respiración fué siendo corta y penosa; en el estómago se presentaron graves desórdenes, y las funciones digestivas se hacían con dificultad é imperfectamente. Ahora dejemos que él mismo refiera los dolores atroces, los síntomas alarmantes, los sucesos doblemente interesantes y característicos que llenaron los ocho meses, durante los

cuales la enfermedad lo condenó á no salir del cuarto y ordinariamente ni del lecho.

«Mis sufrimientos más crueles fueron ocasionados por cólicos hepáticos. Durante el acceso me revolcaba en la cama haciendo contorsiones. Tenían que poner un aro para retirar las mantas, cuyo peso no podía yo soportar, y con frecuencia hasta después de un largo suplicio iba cediendo la violencia del mal, y volvía á gozar de un poco de calma y tranquilidad.

«Este, sin embargo, no era el mayor peligro. Mi estómago iba debilitándose de día en día; no podía soportar ningún alimento sólido, y durante cinco meses yo no viví, por decirlo así, más que de caldo; pero al cabo de este tiempo ya ni eso podía pasar ni digerir. Entonces fué cuando mezclando mi mujer casualmente este caldo con un poco de leche, observó en las evacuaciones que había expulsado el caldo y conservado la leche, de donde dedujo que mi estómago se acomodaba más á este alimento, y me sometió á este nuevo régimen. Algunos días después, este último alimento siguió el curso del primero, y me creí perdído. Mi médico imaginó cortar la leche con la mitad de agua de cal destilada, y el ensayo dió buen resultado, pues pude soportar de dos á siete cucharadas por día de esta preparación.

«Este fué, por decirlo así, todo mi alimento durante los tres últimos meses que precedieron á mi curación: ¡júzguese á qué estado me hallaría yo reducido! Viendo mi mujer que mi cuerpo se debilitaba pensó en mi alma. Se empeñó en que me confesara, y le contesté estas solas palabras: «No me hables de esas cosas.»

«Entre sus libros de piedad tenía ella una obra escrita por Mr. Lasserre sobre Nuestra Señora de Lourdes, y los milagros obrados por intercesión de la Santísima Virgen. Un día me lo presentó. Lo cogí maquinalmente, leí algunas páginas y lo dejé diciendo: «Esto me cansa.—Pero si te cansa ¿quieres que yo «lea? No tendrás más que escuchar.—Como quieras.» Y ella leyó bastante tiempo. Al cabo de una hora me preguntó si estaba cansado. «No, continúa,» le dije.

«Cuando cerró el libro yo me decía interiormente: «Mr. Lasserre es un hombre mucho más instruído que «yo, y ha escrito todo esto, y cree en todo lo que ha «escrito.» Esta lectura me impresionó profundamente, me preocupaba á pesar mío, y probablemente me inspiró.

«Pocos días después descubrí por casualidad un rosario en el cajón de mi mesa de noche. Digo *por casualidad,* aunque sé que en esas cosas no la hay, y más cuando se tiene una mujer como la mía. Lo cogí, lo oculté debajo de mi almohadón, y todas las noches pasaba las cuentas en secreto pidiendo á la Santísima Virgen me ablandara y obtuviera la fe.

«Un poco más tarde, la misma *casualidad* hizo venir á mis manos un pequeño libro conteniendo las oraciones que se rezan durante la novena en honor de Nuestra Señora de Lourdes. Me apoderé de él igualmente, y, siempre en secreto, hice mi novena pidiendo á la Santísima Virgen que me iluminara y me obtuviera la voluntad de confesarme.

«Mis oraciones parecían estériles; yo seguía siempre el mismo; descontento de mí, me decía con despe-

cho: «Vas á morir como un perro.» Hoy me explico mejor esta dureza de corazón. En esta época, señores, yo no creía en el poder dado al sacerdote, y me decía: «Confesarse con el cura ó confesarse con el vecino, es «la misma cosa; ¿para qué hacerlo entonces?» Esta conclusión me parecía autorizar mi dureza.

«Me hallaba en estas disposiciones de espíritu cuando recibí la visita de mi cura. Al verle exclamé diciendo: «Ya sé para que viene V.; da V. un paso inútil.» Por mas que él dijera que yo interpretaba mal sus intenciones, que había venido para hablarme de negocios y traerme á firmar algunos documentos relativos á la oficina de beneficencia, yo no era cándido; y al despedirse le dije: «Todavía no; tal vez pronto.»

«Había llegado el mes de Mayo, y yo me sentía movido interiormente á hacer la confesión. Y me decía: «Este es el mes de María; no tiene que pasarse sin «que yo me haya confesado.» Pero los días se sucedían sin ningún cambio en mi espíritu ni en mi voluntad; cuando una noche (el 22 de Mayo de 1870), como movido por una inspiración repentina, llamo á mi mujer. Eran las nueve. «Ve á buscar al señor cura, quiero «confesarme.» Ella me objetó sobre la hora, y me suplicó aguardase al día siguiente. Yo insistí, casi me enfadé; y temiendo la insconstancia de mi voluntad, exclamé: «Hoy no quieres tú; mañana quizás no querré «yo tampoco; no me confesaré, y tú serás la responsable.» Y guardé silencio.

«El siguiente día, apenas se había levantado, reiteré mis instancias, y ella renovó sus dificultades diciendo: «Iré á Misa, y cuando se acabe traeré al se-

«ñor cura.» Consentí en ello, y á la hora dicha estaba el ministro de Dios á mi cabecera. Le dirigí estas palabras: «Debo grandes favores á los Padres Dominicos; les estoy muy agradecido; si no lo toma V. á «mal, deseo que vayan á buscarme un confesor de entre «ellos.—¿Cuál?—Poco importa... Si V. prefiere me «dirigiré á V., pues estoy preparado.»

«Pronto nos pusimos de acuerdo. Un mensajero partió á la carrera para Flavigny, y volvió muy pronto.

«Al día siguiente, 24 de Mayo, mi conciencia estaba purificada.

«Me trajeron la Santa Comunión. Me hallaba extenuado, casi completamente aniquilado. Pude, sin embargo, comulgar; pero asustado el señor cura de mi palidez, apresuró la última ceremonia y se retiró en seguida, para dar lugar á que mi mujer me asistiese como lo reclamaba mi estado.

«Cuando me repuse un poco de esta fuerte sacudida física y moral, tenía en mi aposento un frasco de agua de la fuente de Lourdes, y me vino la idea de ensayar la virtud del remedio. Para ser sincero, debo decir que tuve muchos movimientos de vacilación. Luchaba con mi deseo y mi desconfianza, porque la experiencia me hacía temer mucho la sensación del frio. Tenía sobre el costado dos cauterios, y en cada curación la sola frialdad del trapo me hacía experimentar en el interior un sentimiento de dolor como si me arrancasen las carnes del pellejo. Por eso en el ensayo del agua que yo quería hacer veía en perspectiva y como resultado un dolor cierto y una experiencia dudosa. Sin embargo, me decidí.

«—Vamos, pues, me dije, es preciso creer ó no «creer;» y en seguida me senté, vacié mi frasco en una taza, tomé mi pañuelo, lo puse en cuatro dobleces, lo empapé, lo llené de agua, me lo apliqué luego en el costado, y en lugar de un dolor sentí un bienestar extraordinario...

«Me acosté respirando profunda y fácilmente. Volví á hacer lo mismo, y obtuve idéntico resultado. Pasé así cerca de un cuarto de hora haciendo largas y profundas aspiraciones. Ni la menor molestia; el juego de los pulmones se ejecutaba regularmente.

«En este momento estaba sólo; me levanté, me vestí, me puse de rodillas y di gracias á la Santísima Virgen. Entró mi mujer.

«—¡Qué imprudencia!

«—Estoy curado.

«—Pero, amigo mio...

«—Estoy curado, te digo; arrodíllate y da gracias «conmigo.»

«Después de dar gracias sentí debilidad de estómago: *tenía hambre*. Tomé una sopa; comí un cuarto de gallina fría, roí el hueso de la pierna y los tendones con un apetito desconocido desde mucho tiempo, reemplacé mi leche cortada con una media botella de vino cuyo sabor había olvidado, y comí un buen trozo de pan que no era, por decirlo así, sino un objeto de gula. Después de este exceso no sentí ni la menor incomodidad, mas sí el bienestar de un hombre hambriento que ha satisfecho el apetito.

«Me levanté de la mesa y me fuí al jardín, me puse á regar las flores y saqué seis ú ocho cubos de agua

que llevé y derramé sobre las plantas. Me sentía revivir, y tenía una necesidad increible de movimiento. Entonces dije á mi mujer: «Mis piernas quieren an«dar. Están mejor inspiradas que nosotros y quieren «ir á la iglesia. Allí está nuestro lugar. Vamos á dar «gracias á la Santísima Virgen en su capilla.»

«Fuímos allá. Después de haber explayado nuestros corazones á los pies de Aquella que me había vuelto la salud, nos dirigimos al presbiterio. Nos recibió la hermana del señor cura, y parece que estoy viendo todavía la sorpresa y el aturdimiento que mi presencia la causó.

«El señor cura estaba en el jardín, y fuí á encontrarle allá. El se adelantó hacia mí, y yo veía á cada paso que se aumentaba la admiración de sus ojos y que palidecían las facciones de su rostro. Llegó á mí y me dijo:

«—¡Cómo! ¿es V. Mr. Lombard?

«—Sí, señor, el mismo ciertamente, y curado por «añadidura.»

«Al día siguiente había rogativas. Desde la mañana toda la población de Baigneux miraba con sorpresa al moribundo de la víspera vuelto á la plenitud de la salud, el cual andaba con paso alegre y ligero para incorporarse á la procesión y acercarse al estandarte de su Protectora. Desde entonces siempre me he encontrado bien de salud.»

La experiencia es completa. Después de su curación, Mr. Lombard ha tenido que atravesar días muy malos. Alcalde de Baigneux, la invasión fué para él

origen de graves inquietudes, de cuidados innumerables, de fatigas extraordinarias, de peligros efectivos, y sobre todo ha sufrido el golpe terrible de perder á su querida compañera, á quien Dios había escogido para preparar la curación de su alma y de su cuerpo, y la cual ha ido á unirse á la Virgen Santísima á quien tanto amó y oró. Con este golpe su corazón se hizo pedazos, pero su salud no se resintió. El *Médico* Divino no hace nunca las cosas á medias.

Los infrascritos Juan Reuillón, juez de paz del cantón de Baigneux-les-Juifs (Côte-d'Or); Juan Bautista Lereuil, cura arcipreste de Baigneux; Didier Dumontier, cura de Touillón; Georges Boudoux, cura de Jours, declaramos que la relación de Mr. Lombard que se acaba de leer ha sido, según promesa del autor, reproducida por él con la más minuciosa y escrupulosa exactitud.

Firman: BOUDOUX, DUMONTIER, REUILLÓN.

Yo, Filiberto Lombard, reconozco y declaro que la presente relación es en todo conforme á la verdad; que refiere fielmente las ideas que he tenido, los sentimientos que he experimentado, las palabras que he dicho y los hechos que han pasado en el curso de mi última enfermedad. Afirmo además que dicha relación expresa perfectamente el estado actual de mi salud.

Firmado: LOMBARD.

El Dr. Brulard, que ha asistido á Mr. Lombard y que calificaba su enfermedad en estos términos:

„Gastralgia con dispepsia ácida,” me ha autorizado á decir que no sin sorpresa ha visto la convalecencia instantánea de Mr. Lombard, bien que la enfermedad haya podido desaparecer por el efecto de la emoción ocasionada por la Confesión y Comunión en semejante circunstancia *(sic)!!* J. B. Lereuil, arcipreste de Baigneux.—Extracto del registro parroquial.

Baigneux-les-Juifs, 21 de Octubre de 1871.

J. B. Lereuil,
Cura arcipreste de Baigneux.

II

Admirable curación de Clemencia Mouche, de Tergnier, diócesis de Soissons, en Julio de 1870

Un sacerdote de la Misión, un hijo de San Vicente de Paúl es el que envía á los Padres Misioneros de Lourdes los detalles de este gran milagro que él ha visto y comprobado con sus propios ojos durante la Misión que predicaba en Tergnier.

Gran Seminario de Angulema, 25 de Enero de 1871.

Mi reverendo Padre:

No habiendo regresado á Angulema hasta el sábado pasado, me ha sido difícil enviar á V. antes la relación que se sirvió pedirme el 18 del corriente.

He aquí el hecho en cuestión:

Clemencia Mouche, de veinticuatro años, de la parroquia de Tergnier (diócesis de Soissons), en donde yo daba una Misión el 12 de Julio de 1870, estaba atacada de una enfermedad inexplicable á consecuencia de un gran susto. Adelgazaba visiblemente, y los pocos alimentos ó líquidos que tomaba la excitaban en seguida al vómito. Hacía cerca de tres meses que se hallaba en este triste estado, cuando en la primera quincena de Junio se vió obligada á guardar cama constantemente, y desde entonces con solo tragar algunas

gotas de líquido experimentaba sofocaciones extraordinarias que la hacían dar horrorosos gritos en medio de convulsiones terribles. Estas crisis eran seguidas de una postración completa que la privaba del conocimiento, del oído y de la vista, y la daban el aspecto de una persona que está en agonía. Dos médicos, á quienes sucesivamente se consultó, habían declarado después de frecuentes visitas que no curaría de esta enfermedad.

Durante la Misión, después de haberla confesado y administrado los últimos Sacramentos (pues yo no le daba un día de vida), la propuse, así como á su marido y á las personas de la vecindad, que hiciesen una novena de oraciones en honor de Nuestra Señora de Lourdes, asegurándole que una fe grande le obtendría de aquella Señora, que había obrado tantas curaciones en los lugares de su aparición y en otras partes, un auxilio especial, y la curación si le convenía, según los designios de la Divina Providencia.

Aceptó de muy buen grado mi proposición, porque era persona de fe y confianza sin límites en María.

Aun no estaba concluída la novena, cuando me hizo llamar para anunciarme con tono de certidumbre que sería enteramente curada á las cinco de la tarde del viernes siguiente, hacia el fin de la novena, y que su curación sería precedida de una crisis aún más terrible que las otras, á las dos de la misma tarde. Al principio creí en una divagación de espíritu.

A las dos me dirigí á la casa de la enferma para asegurarme del valor de la predicción; y en efecto, los gritos lamentables que se oían desde lejos me advirtieron había venido la crisis. Yo creí que se iba á morir; le di de nuevo la absolución, y me retiré hasta las cinco.

¡Cuál no fué mi sorpresa y mi alegría cuando la vi á esta hora de pie y andando con facilidad! «Estoy curada, me dijo, y completamente curada. Mañana haré la Comunión para dar gracias á Dios y á Nuestra Señora de Lourdes, á quien debo la gracia de mi curación. Una voz interior me decía que á las cinco de la tarde sería curada.»

Durante el resto de la Misión la vi asistir á la Santa Misa; y cuando la volví á ver en el mes de Septiembre último, estaba radiante de salud y de alegría, expresando su agradecimiento y llena de una confianza inquebrantable en la eficacia de la invocación de la Virgen Inmaculada de Lourdes.

Con esta ocasión varias personas alejadas de los Sacramentos volvieron á la práctica de la Religión.

El señor Cura de Tergnier y todas las personas de la vecindad, maravilladas de una curación tan pronta y tan inesperada, no vacilaron en decir que era milagrosa, y ofrecían sus acciones de gracias á Nuestra Señora de Lourdes.

He aquí, reverendo Padre, la relación del hecho. Puede V., si lo juzga conveniente para edificación de las almas y la gloria de María, insertarlo en sus *Anales*.

EUG. ROBINET,
Procurador del Gran Seminario.

III

Una pequeña niña de seis meses curada súbitamente de viruela, en la diócesis de Digne, en Septiembre de 1870.

La misma madre de la niña da cuenta del milagro obrado ante sus ojos, al Padre Superior de Lourdes.

Señor Superior:

Permita V. á la más dichosa de las madres que venga á darle parte del insigne favor que ha recibido por intercesión de Nuestra Señora de Lourdes, lo cual servirá para proclamar á la vez el poder de María y alentar la devoción á su Concepción Inmaculada.

En Septiembre último mi pequeña Josefina, que apenas contaba seis meses de edad, fué atacada de repente de viruela, enfermedad que hacía grandes estragos en el país. Mi ternura maternal se alarmó vivamente. En vano prodigué los cuidados más asiduos á mi angelito; en vano emplearon los más hábiles médicos todos los recursos de su arte para curar á mi niña; nada pudo detener los progresos del mal, y al cabo de algunos días mi pobre niña estaba en el último extremo. Los muchos granos que tenía en la garganta le impedían tragar el menor líquido, y la respiración era tan molesta, que parecía iba ahogarse... Ya el estertor de la muerte se oía en su pecho, y todas las personas que me rodeaban creían que mi niña iba á dar el último suspiro. Llorosa, loca, me viene la inspiración de pedir un milagro, cosa que no me había atrevido á solicitar en mi vida.

Pocos días hacía que había leído los *Annales de Notre Dame de Lourdes*. Los rasgos conmovedores de la bondad de María excitaron mi alma á la confianza, y en esta penosa lucha de mi corazón me dirigí á la Consoladora de los afligidos, y exclamé con angustia: «¡Oh María! Vos que fuisteis también Madre, compadeceos de mi dolor y curad á mi hija!»

Después de esta corta y ardiente oración, abro un precioso frasco conteniendo agua de Nuestra Señora de Lourdes, y doy una pequeña cucharada á mi querida Josefina. ¡Oh virtud admirable del agua milagrosa! Mientras que la menor dosis de otra agua habría bastado para ahogar á mi niña, algunos momentos después de haber bebido abre los ojos, respira fácilmente y traga sin dificultad: ¡mi hija estaba salvada!

La mejoría hizo rápidos progresos; desde el siguiente día, con grande gozo mío, mi niña Josefina estaba en plena convalecencia, y al cabo de algunos días pude conducirla á la procesión que hicieron para pedir que cesase la epidemia.

¡Puede V. considerar, mi reverendo Padre, cuál será mi felicidad, y cuál será también mi reconocimiento hacia María, hacia Nuestra Señora de Lourdes!...

Por confesión misma de los médicos, esta curación es mirada como un milagro; por lo cual mi marido y

yo hemos creído un deber nuestro participar á V. este hecho tan consolador para los corazones cristianos.

¡Oh! ¡cuántas acciones de gracias debo dar á la Reina de los cielos! Ayúdeme V. á bendecirla, á darle gracias, y que todos los fieles siervos de Nuestra Señora de Lourdes sientan redoblar su devoción y su amor por esta tierna Madre.

UNA HIJA DE MARÍA,
habitante en los Bajos Alpes.

IV

Curación súbita de la viuda Gauget, paralítica hacía treinta y un años. (Lyón, día de la Natividad del Señor de 1870).

En el mes de Febrero de 1871, en el momento en que terminaba la guerra horrible que castigó terriblemente los pecados de nuestra pobre Francia, el *Echo de Fourvières* recibía y publicaba la siguiente carta:

«Lyón, 2 de Febrero de 1871.

«Señor Redactor:

«En un momento en que todos los corazones se elevan á los pies de la Madre de Dios para pedirle la salvación de la patria, creo cumplir un deber haciendo conocer á V. un suceso capaz de alentar la piedad de los fieles hacia la Protectora de nuestra ciudad.

«La Sra. Saint-Didier, viuda de Gauget, después de haberse caído de una escalera el 27 de Diciembre de 1839, quedó paralítica á consecuencia de una violenta conmoción de la medula espinal.

«Desde esta época y durante treinta y un años sin interrupción, la Sra. de Gauget recibió sucesivamente pero sin fruto la asistencia asidua é inteligente de los Dres. Ratter, Candy, Viricel, Devay, Rousset y

Berne. En la imposibilidad absoluta de hacer el menor esfuerzo ascensional, obligada á cambiar de habitación en 1841, 1855 y 1864, sintió al ser trasladada sobre una cama portátil intolerables dolores que pusieron su vida en peligro. No esperando ningún alivio en su estado, la pobre enferma se limitaba á deslizarse sobre el entarimado, único movimiento que le fué posible. El menor choque ó movimiento brusco que se hacía sentir en torno suyo le era absolutamente insoportable.

«Un amigo de la mencionada señora le habló del libro publicado por Mr. Lasserre sobre la historia milagrosa de Nuestra Señora de Lourdes, y con este motivo su fe se excitó vivamente en vista de las curaciones referidas en él, y resolvió reiterar de una manera especial las ardientes súplicas que desde hacía treinta años no cesaba de dirigir á Dios.

«El 24 de Diciembre de 1870, después de una ferviente oración, bebió algunas gotas del agua de Lourdes, y al día siguiente, fiesta de la Natividad del Señor, á seguida de haber renovado este acto de fe y bebido de nuevo de la misma agua, exclamó: ¡Estoy curada!» y llevó á su hija á la meseta de la escalera para subir á un piso que sus pies no habían hollado nunca. Subió y bajó doce escalones con tal rapidez, que su hija, espantada con semejante prodigio, no podía seguirla en sus movimientos improvisados.

«Al día siguiente, la Sra. Gauset fué á oir Misa á la iglesia de la Caridad, bajando y subiendo sin ayuda de su hija las setenta y dos gradas de su escalera; y luego se dirigió á visitar á algunos amigos suyos,

quienes al verla aparecer daban gritos de sorpresa y casi de espanto.

«Finalmente, desde hace más de un mes esta señora, á quien todos cuantos conocen consideran como agraciada de una curación milagrosa, continúa recorriendo con verdadero embelesamiento las calles de nuestra ciudad, que le ofrecen un espectáculo completamente nuevo, y sólo el rigor de la estación le ha impedido hasta este día ceder á su deseo de llevar á Nuestra Señora de Fourvières la expresión de su vivo reconocimiento.

«Tengo verdadera satisfacción en poder garantizar con mi firma la verdad exacta de todos estos hechos, que conozco personalmente.

«Aug. Bonjour.»



AÑO DE 1871

Sor Rogaciana.— María Fanget.— Sor P.— La Srta. María Skrzynska.— León Collongues.— Mauricia Lagorsse.— La Sra. Gousse.— La Srta. Blyckaerts.— Dos jóvenes de los Estados Unidos de América.— La Srta. Muller.— Una señora portuguesa, en el Brasil.

I

Una Religiosa en el artículo de la muerte curada súbitamente en Chatellux, diócesis de Sens, el 11 de Marzo de 1871.

Yvry, 28 de Septiembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«¡Bendita sea para siempre la Santísima Virgen Inmaculada de Lourdes!

«Al empezar la guerra con Prusia estaba yo encargada en Ivry-sur-Seine del cuidado de las niñas de esta ciudad. Cuando se anunció el sitio de París la señora Condesa de Chastellux ofreció á mis huérfanas un asilo en su quinta de Chastellux, diócesis de Sens.

«Aceptada su oferta caritativa, fuí enviada en unión de otra de mis Hermanas con objeto de ocuparnos de

nuestras niñas. Hacía poco tiempo que había yo ido á mi nuevo puesto, cuando fuí atacada de una fluxión al pecho. En pocos días la enfermedad hizo rápidos progresos, y el 9 de Marzo declaró el médico que yo estaba perdida y que no viviría veinticuatro horas. Quiso, sin embargo, ensayar la aplicación de vejigatorios, los cuales agravaron mi situación. Hallábame tan mal al día siguiente, que me administraron los últimos Sacramentos, y la Hermana que me había acompañado me dijo entonces que pronto dejaría esta triste vida. Al oir esto me sentí conmovida (aunque hacía dos días estaba ofreciendo á Dios el sacrificio de mi existencia), y volviéndome hacia una imagen de Nuestra Señora de Lourdes colocada cerca de mi cama: «Mi buena Madre, le dije con una confianza sin límites, todos dicen que voy á morir; pero Vos sois más poderosa que todos los hombres juntos. Si Vos queréis, curaré; si no queréis, hago de muy buena gana el sacrificio de mi vida.»

«En seguida pedí agua de la fuente milagrosa, que felizmente teníamos en casa. Bebí algunas gotas, y en el mismo instante me sentí completamente cambiada. Se obró una mejoría extraordinaria, y al día siguiente me hallaba curada del todo.

«Al encontrarme el médico en este inesperado estado, proclamó que yo no podía haber curado sino por milagro.

«¡Gloria, pues, amor y reconocimiento á Nuestra Señora Inmaculada de Lourdes! Toda mi vida se empleará en su servicio.

«SOR ROGACIANA, *de las Hijas de la Cruz.*»

II

Curación de un tumor canceroso, el 25 de Abril de 1871

«¡Gloria á María Inmaculada!

«Hace sobre dieciocho meses que nuestra Hermana P..., Religiosa conversa, recibió en el seno izquierdo un golpe que le causó un vivo dolor; no se preocupó de ello en lo sucesivo, por más que á menudo sintiera en este sitio algunas pequeñas punzadas. Al cabo de dos meses se formó allí un tumor doloroso, la enferma se aplicó algunos ungüentos muy sencillos que parece calmaron el mal, y se persuadió de que el tumor había desaparecido, por lo cual no volvió á ocuparse más de él. Sin embargo, de cuando en cuando sentía dolor en el seno, pero pensaba que este sufrimiento tenía algo de reumático.

«Antes de Navidad el dolor tomó mucho incremento, y nuestra Hermana P. pudo observar por el examen que hizo que no solamente existía aún el tumor, sino que había tomado enormes proporciones. Entonces fué cuando la enferma lo puso en conocimiento de nuestra Superiora, que la mandó hacer ciertos remedios con los cuales no obtuvo ningún resultado. El tumor aumentaba cada día y los dolores eran también más fuertes, por lo que fué necesario consultar al médico.

«Este manifestó en seguida que el tumor era de la peor especie, puesto que lo calificó de *canceroso*; prescribió algunos remedios, tanto internos como externos, sin esperar mucho de ellos. El temperamento de la enferma no le permitió soportar los primeros, y en cuanto á los segundos parecía que no hacían sino agravar el mal. El tumor se había dividido en dos especies de pezones que estaban rojos, inflamados y duros como un guijarro. Nuestro médico Mr. ***, en su segundo examen pensó que la operación sería conveniente, pero temía que la enferma, á causa de su debilidad, no la soportaría.

«Esta, sin embargo, no se preocupaba de nada de eso; se le figuraba siempre que había de sanar. Durante tres días pedía constantemente á Dios que la inspirase el remedio de semejante enfermedad.

«Una noche se acostó con el pensamiento de que la Santísima Virgen la curaría si ella se lo pedía; le aplicaron sobre el tumor como todas las noches una cataplasma de harina de linaza. Algunos minutos después se quedó dormida. En su sueño le pareció oir una voz que la decía: «Hija mía, no son los médicos «los que han de curarte; es preciso que te laves nue«ve veces con el agua de Lourdes, y la Santísima Vir«gen te sanará.» Se despertó y miró en torno suyo, sospechando que estas palabras habían podido serle dichas por alguna de nuestras Hermanas, pero éstas estaban todas acostadas. Eran las once entonces; el resto de la noche nuestra Hermana P. no hizo más que amodorrarse, y en su modorra creía oir siempre las mismas palabras; esto duró hasta la tarde del día

siguiente, en que lo declaró á nuestra buena Superiora, la cual como conservara un poco de la preciosa agua de Lourdes, dió en seguida á beber á la enferma, y quiso que se lavara con ella el seno durante nueve días, *cesando todo remedio*.

«La Comunidad, ó más bien toda mi pequeña Congregación, comenzó una novena; era el 12 de Abril último. Este día, antes de acostarse, sor P... renovó al pie de su cama las oraciones de la novena que ya había rezado con nosotros, hizo sobre la parte enferma la señal de la cruz, aplicó en ella una compresa con el agua milagrosa, y en el mismo instante sintió en el seno como un estremecimiento extraordinario; se durmió casi en seguida, durando su sueño hasta media noche.

«Entonces se despertó con dolores atroces; le parecía que estaba sufriendo la operación; el dolor se hacía sentir en todo el brazo izquierdo y hasta la punta de los dedos. Este dolor tan vivo duró sobre un cuarto de hora: sor P..., persuadida de que tocaba al último momento de su vida, quería llamar á alguien; pero se contentó con recurrir á la Santísima Virgen diciéndola por tres veces: «¡Nuestra Señora «de Lourdes, curadme!» Pronto cesó todo sufrimiento, y la enferma durmió hasta las cuatro de la mañana.

«Al despertar, el brazo izquierdo, que desde hacía mucho tiempo apenas podía mover, lo encontró fuera de la cama pasando por debajo de su cabeza; lo que le extrañó mucho, y su sorpresa no fué menos grande cuando tratando de vestirse, de arreglar la

cama, etc., pudo hacer todo esto con la misma facilidad que en otro tiempo. El tumor le pareció había disminuído cuando menos la mitad. En los cuatro primeros días de la novena, durante el santo sacrificio de la Misa, y sobre todo inmediatamente después, la enferma sufría enormemente; le parecía que rompían los nervios de su seno, que se lo arrancaban. El quinto día, que era un domingo (16 de Abril), los dolores se redoblaron durante la Santa Misa, en la que ella seguía pidiendo con toda instancia su curación. Ese mismo día, al examinar el sitio del mal, sólo encontró una pequeña dureza que después se ha disipado y también la hinchazón. Todo sufrimiento ha desaparecido igualmente.

«Hoy 30 de Abril, nuestro médico Mr. *** ha atestiguado, después de un serio examen y con grande sorpresa suya, que no existía ningún mal. Entonces fué cuando le confiamos el secreto de nuestra novena y las oraciones reiteradas de la enferma. «Hermana, «dijo á ésta, felicito á V. por su confianza; verdade«ramente yo no hubiera podido hacer á V. una opera«ción tan perfecta como esa.»

«¡Amor y reconocimiento á la Virgen Inmaculada, que acaba de mostrarse tan buena, tan tierna para con nosotros! Jamás se borrará de nuestra memoria ni de nuestro corazón el recuerdo de este beneficio.

«Pons (Charente Inferieur), convento de Ursulinas del Sagrado Corazón, 30 de Abril de 1871.

«Sor San Javier, *Superiora general* (1).»

(1) Véase en los comprobantes el certificado del médico, número 1 bis.

III

Curación instantánea de un horrible cáncer, el 30 de Abril de 1871

Se lee en los *Annales de Lourdes* de Agosto de 1872:

«El principal testigo de los hechos que van á seguir es un eclesiástico de alta inteligencia y grande piedad, que ha pasado la vida haciendo bien en diversas funciones eminentes, y hoy, cura de una parroquia considerable, está dedicado en el centro de una de nuestras primeras ciudades á regenerar una población obrera que desde hace mucho tiempo estaba alejada de Dios.

«Por razones personales dignas de todo respeto, al autorizarnos á publicar esta relación nos ha pedido que callemos su nombre y la ciudad donde la curación ha tenido lugar. Refiere gustoso á cuantos van á él lo que vamos á decir, y nosotros lo hemos sabido de su propia boca después de haberlo oído ya á la misma persona favorecida. La autenticidad de todos los detalles tiene en su testimonio, aunque aquí quede anónimo, la más segura de las garantías. En lo demás, tenemos permiso para hacer conocer de viva voz á quien los pida los nombres que no debemos imprimir.

María Fanget estaba de sirviente con el abate ***, que vivía en compañía de su anciana madre enferma. Un día, llevando con precipitación un trapo caliente, la criada chocó atolondradamente con el madero de una cama y recibió un fuerte golpe en pleno seno derecho, y el dolor fué momentáneamente tan terrible, que la pobre joven perdió el conocimiento. Consiguió,

no obstante, dominarse lo necesario para continuar prestando sus socorros á la enferma. La preocupación que daba el estado de la señora anciana impidió pensar en el accidente ocurrido á la sirviente, la cual se abstuvo de decir nada, pensando que no tendría malas consecuencias. Pero el dolor persistió y tomó un carácter alarmante. El pecho se había hinchado y el costado derecho también.

Penoso era á María Fanget hacer el servicio laborioso de la casa, y tener que cuidar al mismo tiempo y á cada instante á la pobre paciente en su última enfermedad. Pero abandonarla en este momento hubiera sido apresurar su muerte; y María, á fuerza de abnegación y de vigor, logró hacer hasta el último suspiro de su ama todo cuanto requería una situación semejante, y no dejó nunca sospechar su propio estado. Mas sentía que su mal empeoraba, que se extendía lentamente por todo el costado derecho, y que sus continuos trabajos no daban tregua al dolor.

Su deseo era entrar en el hospital después de la muerte de su ama; pero pocos días antes de espirar, la digna señora, que apreciaba altamente la piedad firme y recta, la abnegación, el carácter de su criada, la suplicó estuviera siempre al servicio de su hijo y que la reemplazara á su lado. La buena María no tuvo corazón para rehusar este supremo consuelo á la moribunda, y se dijo: «Pereceré pronto en la demanda;» y la prometió que no le dejaría.

Después de la muerte de la madre, María siguió al servicio del venerable sacerdote, esclava y víctima verdaderamente heroica de una obligación que para

ella era sagrada. Sufría constantemente; su seno se había puesto negro; tumores considerables se habían formado sobre los costados, hacia los riñones; su brazo derecho, como paralizado, no podía casi servir; pero lista y hábil tanto como enérgica, hacía con la mano izquierda todos los oficios de mujer de gobierno, sin que jamás faltara á ninguno de sus deberes.

La tristeza la devoraba; adivinaba la gravedad de su estado, y poco después del accidente se había fijado en su espíritu una convicción cada día más segura de que su mal era nada menos que un cáncer, un cáncer que la conducía á una pronta y horrorosa muerte.

Con todo, y por más de un año, llevó sola su terrible secreto. Lo que le daba este valor era un sentimiento excesivo de pudor. La idea de descubrir ante un médico su pecho enfermo para hacer apreciar los estragos de él, la causaba un horror insoportable; hablar de ellos á su amo era para su conciencia una irreverencia casi sacrílega hacia el sacerdocio.

No comía apenas; su languidez crecía; pero la fuerza de fe y de su carácter lo dominaba todo. Sin embargo, no siempre la fué posible disimular enteramente sus dolores. Había palidecido, y su alegría habitual le faltaba algunas veces; su amo la decía que debía estar enferma, y la reñía por no ser sincera y por no cuidarse. Contestaba con unas palabras evasivas, y se escapaba para ir á llorar en secreto. Cien veces quiso irse al hospital á fin de evitarse el colmo de sufrimientos que le ocasionaba la actividad de su trabajo, pero la promesa solemne hecha á la cabecera de la cama de su difunta ama la retenía siempre. No

pensaba más que en su próxima muerte, y se preparaba á ella en silencio.

María vivía muy retirada. En la gran ciudad donde residía no tenía más que una amiga. Un día, acosada de su idea fija, la hizo revelación de su enfermedad y de sus presentimientos, para que esta su amiga la ayudara con la oración á acabar santamente. La primera vez que esta mujer encontró al abate ***, le dió cuenta de lo que pasaba. Alarmado el sacerdote se apresuró á ir á su casa, riñó severamente á la pobre María por su silencio y su loca imprudencia, y le ordenó fuera inmediatamente á consultar á un médico. María dijo que hacía tiempo había tomado el partido de morir antes que someterse á una inspección que le era más repugnante que la muerte. El sacerdote entonces, usando de toda su autoridad, le habló severamente, asegurándola que el médico á quien la mandaba era íntimo amigo suyo, buen cristiano, hombre de toda confianza, y que podía confiar en él como en su propia madre. Al fin la virtuosa joven se resignó á obedecer.

El doctor no pudo obtener que ella le enseñara su pecho. Mientras que él palpaba esta aglomeración de glándulas extremadamente abultadas y envejecidas, un grito involuntario se le escapó: «¡Desgraciada! ¿qué ha hecho V.? ¡Es demasiado tarde!» Acababa de observar la existencia de un cáncer de la peor especie.

María no se conmovió. Todo lo sabía ya, y había aceptado la muerte que se le anunciaba.

Siguió varias semanas un régimen enérgico muy doloroso, y cuando la inutilidad de los remedios se

hizo manifiesta, el doctor la dijo un día: «No queda más que un medio: la operación. Y debo advertir á V. que el resultado no es seguro. Pero haré entrar á V. en el hospital y ensayaremos.

«—¡Jamás! ¡jamás! dijo María; V. no me responde de curarme, V. no lo espera. Y aun cuando así fuese, ¿cree V. que yo quiero entregarles mi pecho para que ustedes lo hagan allí *tajadas*? ¡Nunca!... Por lo demás, yo estoy dispuesta á morir...»

Instada por su amo, la desgraciada joven fué todavía algunas veces á casa del doctor. Cuando la veía venir: «¡Ah! es V., pobre joven, le decía; me da pena de ver á V...; yo bien quisiera curarla, pero ya sabe usted, no hay más que un medio... Fuera de esto, más quisiera yo que no volviera V... ¿Qué he de hacer yo? V. quiere morir... pues bien...»

Toda ilusión era imposible. Auténticamente condenada, y segura por otra parte de su suerte por la descomposición dolorosa de sus carnes, María endereza ba cada vez más todos los esfuerzos de su alma hacia la preparación para la muerte.

Desde la infancia había amado tiernamente á la Santísima Virgen con una devoción más particular á la Inmaculada Concepción, y en su juventud le debió una protección especial cuyo reconocimiento permanecía siempre vivo en su corazón. Muchas veces iba á visitar un santuario de María muy venerado en este país, sobre una de las alturas de la ciudad. Le habían hablado de Nuestra Señora de Lourdes y de los milagros que allí se obraban. Algunas veces pidió autorización á su confesor para hacer una novena á Nuestra

Señora de Lourdes, pero él nunca la alentaba á efectuarla.

Los dolores iban siendo intolerables, especialmente en el costado y en los riñones. Un día vino su amiga á verla, le trae agua de la Gruta, la insta á que haga una novena de oraciones con aplicación de esta agua milagrosa sobre el seno enfermo. Acepta, y estando ausente su amo para un largo viaje, le escribe á fin de que se una á la novena.

Comienzan las oraciones, y apenas pensaba María en solicitar una curación que se había acostumbrado á mirar como imposible. Lo que sí pedía á Nuestra Señora de Lourdes era sobre todo una buena muerte.

Sin embargo, dos veces al día extendía sobre su seno una compresa fría de agua de la Gruta. Expresar lo que sufría entonces durante los diez primeros minutos, la es imposible. Ella nos aseguraba que un hierro candente no la habría atormentado con más crueldad. Con todo, perseveró sin que se hiciera sentir ningún alivio.

La novena debía concluirse el 1.° de Mayo. El 29 de Abril por la noche aplicó María el trapo empapado en agua de la Gruta, y esta vez le pareció que el dolor iba á volverla loca. Ofreció su angustia á su muy amada Madre y conservó valientemente la compresa. Su debilidad era grande, pero no podía estar ni acostada ni sentada. Toda la noche la pasó en subir y bajar la escalera, en correr al aire fresco del jardín, en entrar en casa para buscar un alivio que no encontraba fuera, en volver á salir... La tortura era intolerable. La desgraciada joven invocaba á Nuestra Señora

de Lourdes á cada instante con el ardor que, atormentándola vivamente, le daban las mordeduras del cáncer. Todo fué en vano.

A la una de la noche, agobiada de fatiga, María fué á echarse en su cama sin esperar el sueño y temiendo que los dolores se le aumentasen, pero irresistiblemente acosada por la necesidad de descansar para poder subir á eso de las cuatro de la mañana al santuario de la Virgen. ¡Cosa rara y hecho único en más de un año! se durmió casi en seguida, dulce y profundamente.

Al dar las cuatro se despertó, pero un despertar tranquilo, dulce, sin dolor... Se encontró acostada sobre el lado derecho, y se asustó al pensar el sufrimiento terrible que esta posición le iba á ocasionar, pero nada de dolor. La admiración de esto la causó una vaga esperanza. Se incorpora, y nada de dolor tampoco en este movimiento tan penoso por las mañanas. Lleva la mano á su pecho, palpa su estado, busca los tumores que tres horas antes la roían y conducían á la muerte. Su mano no los encuentra; el seno derecho, todo el pecho ha vuelto á tomar su forma normal. ¿Qué es esto?... ¿qué es esto?... Su inteligencia está como aturdida, no se atreve á creer lo que ve, lo que siente, lo que es. En fin, se da cuenta, y toda su alma se le escapa en un pensamiento, en una alegría embriagadora. «¡Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡oh María Inmaculada, Vos me habéis curado!... ¡Oh Madre mía! ¡Oh Madre mía!!!»

Con esta especie de vértigo de felicidad, María se precipita de su cama, coge con sus manos una pe-

queña estatua de la Virgen, la cubre de besos y de lágrimas, y le habla á gritos toda transportada de alegría. Repuesta un poco de su agradecimiento y de su emoción, se viste á la carrera y sube la colina ligeramente, sin apercibirse apenas de la rapidez de la subida. ¡Quién dirá los sentimientos que la llenaron durante la Santa Misa, en la Comunión y á los pies de esta dulce Madre, delante de la cual había llorado tanto su alma sencilla, pura, que se encontraba bajo la primera impresión de la operación misteriosa que había obrado en ella la Virgen María!...

Hasta la mañana de que hablamos, la bajada de la colina era para ella un largo suplicio; cada paso magullaba su pecho conmoviéndolo, y se veía obligada, para disminuir la intensidad del dolor, á apretarse con sus dos manos el seno y el costado. Descendió serena y gozosa en su alma, sana y ligera de cuerpo, libre en sus movimientos, sin el menor latido penoso en su pecho, y satisfecha de esta nueva prueba de su completa curación.

Algunos días después, cuando había gozado bastante de su milagroso bienestar, cuando se acostumbró un poco á las delicias de su vida nueva, y después de pasar así varios días, se vió segura de que su dicha no era un largo sueño, escribió á su buen amo, quien no pudiendo creer en la curación, se figuró no haber comprendido la carta y pidió con urgencia explicaciones.

La afortunada sirvienta fué luego á ver al doctor. «¿Otra vez, María? dijo con bondad al verla; ¿viene V. como siempre á importunarme? V. no quiere hacer lo que es preciso; pues bien, sin la operación

no hacemos nada. Siempre tengo que decir á V. la misma cosa. Es inútil que venga V., y puede retirarse en seguida.— Con todo, señor doctor, no quisiera yo irme así, y le ruego se sirva examinarme esta vez. —¿Para qué? demasiado sé lo que lleva V. en su pecho. Es inútil.—Señor doctor, hágame V. el favor por esta vez... se lo ruego.»

Accedió al fin por complacerla, y puso manos á la obra. Pero sus dedos no encontraban los tumores. Exclamó muy vivamente: «¿María, ¿qué es esto? ¿qué ha hecho V.? ¿Ha ido V. á ver otros médicos? ¡Hable V.!—¡Oh! no, señor doctor, dijo tranquilamente la criada, á nadie más que V.—Pero esto no se explica... V. está curada, amiga mía, absolutamente curada. Dígame lo que ha pasado.— Vamos, señor doctor, ¿me asegura V. que yo estoy curada, y confiesa que no lo debo á sus remedios?— Sí, ciertamente.— Pues bien, voy á decir á V. mi médico y mi remedio. Son Nuestra Señora de Lourdes y el agua de la Gruta. Y he sanado durante un sueño de tres horas.— ¡Oh Nuestra Señora de Lourdes! dijo con un acento de fe y de profundo amor el doctor enternecido. María, lo que V. me dice no me espanta. Yo mismo he debido mucho en mi última enfermedad á esta agua milagrosa. Es V. dichosa, hija mía; está V. completamente curada.—¡Y quería V. hacerme tajadas! añade riendo María; la Santísima Virgen no lo ha permitido.»

El excelente doctor se hizo contar los pormenores de la novena.

El accidente que ocasionó el cáncer tuvo lugar á

principios de 1870. La curación se obró el 30 de Abril de 1871.

Hemos visto á María Fanget un año después del suceso. Estaba vigorosa y lista, y ella sola bastaba para el gobierno muy laborioso de la casa. Ningún síntoma de su horroroso mal había reaparecido, y jamás había vuelto á sentir dolor.

La narración de esta humilde hija del pueblo, hecha con una perfecta frescura de memoria, nos dejó una profunda y dulce impresión de respeto y de religión. La verdad brillaba en el acento, en todas sus sílabas. Sus ojos se humedecían. Se veía obligada á detenerse. «¡Oh! decía, sólo el pensar en lo que me ha pasado, me penetra... me obliga á llorar... ¡Dios mío! cuando yo me digo: ¡Es á mí á quien la Virgen ha mirado, á mí que no soy nada! ¡Oh María!!»

Por último añadió: «Algunos momentos no puedo creerlo, y estoy bajo esta impresión desde los primeros días: me parece un sueño.» Y olvidándose de nuestra presencia exclamó: «¡Oh la Inmaculada Concepción... esta Inmaculada Concepción!! decía, fijos los ojos en el cielo. ¡Oh qué buena es la Virgen María! ¿Cómo no quieren creer en Ella? ¡Dichosa Gruta, á donde voy con el pensamiento muchas veces y á donde quisiera ir con mucho gusto para dar gracias á la Santísima Virgen! Se lo he prometido; soy pobre; Lourdes está muy lejos, pero iré si no es enteramente imposible.»

El abate ***, hombre grave y acostumbrado á las grandes responsabilidades, de espíritu muy cultivado, con la fecunda y brillante madurez de su talento, afirma los hechos referidos como testigo de ellos, y cree en el milagro como en la evidencia. El doctor ha dado su testimonio, reservado, pero significativo. Los hechos son ciertos, nosotros lo sabemos; nosotros lo afirmamos altamente y con toda seguridad; toca al buen sentido y á la buena fe sacar las consecuencias que se deducen de ellos en la esfera de libertad que nos deja la Iglesia.

IV

Curación milagrosa de una joven polaca el 28 de Mayo de 1871, en la fiesta de Pentecostés

Nuestra Señora de Lourdes es conocida y amada en Polonia. Con bastante frecuencia piden agua de la Gruta para este lejano é infortunado país; y á pesar de todos los obstáculos, los peregrinos y enfermos polacos vienen al venerado Santuario de la Virgen Inmaculada. En 1871 los diarios de Galitzia publicaron la curación de una joven que todos, incluso los médicos, han considerado como milagrosa. Una Religiosa dominica, que conoce particularmente á la familia, nos dice que la joven polaca, de unos diecisiete años, entre otros males que tenía estaba atacada de epilepsia; que sus padres habían hecho venir de Roma á un célebre médico, y que todos los remedios no hacían más que aumentar el mal.

He aquí la carta que la noble y piadosa madre de la joven curada escribió entonces al párroco de Lourdes:

«Señor Cura:

«Por una casualidad providencial oímos hablar hace meses de la célebre Gruta de Lourdes y de los estupendos milagros que allí se habían obrado por intercesión de la Madre de Dios. Un sacerdote, víctima de la opresión rusa y desterrado á Siberia, nos recomendó con instancia que recurriésemos al agua milagrosa para nuestra hija María, enferma desde hace dieciocho meses de un sufrimiento nervioso, complicado con una enfermedad de riñones que le había completamente quitado el uso de las piernas.

«La víspera de Pentecostés empezamos una novena uniéndonos á la Misa que se decía con esta intención todos los días delante de una imagen de la Virgen milagrosa. Ese día la enferma, sostenida por dos personas, no podía mantenerse un segundo sobre sus piernas y mucho menos dar un paso. El primer día de la novena por la noche nuestra hija tomó el agua de Lourdes. Al día siguiente trató de levantarse, pero sintiendo una grande debilidad en los riñones, se volvió á acostar; y después de decir las oraciones de la novena nos pidió el frasquito del agua milagrosa, bebió algunas gotas, humedeció con ella sus dedos, y haciendo la señal de la cruz sobre la espina dorsal con una fe y confianza que sólo Dios puede dar, se levantó enseguida y atravesó toda la habitación sin ayuda de nadie.

«La curación era evidente, nadie pudo negarlo; los médicos, tanto alópatas como homeópatas, que habían estado asistiendo durante tantos meses á nuestra hija, están conformes en decir que esta curación de ningún modo puede atribuírse á sus remedios, que nada hacían, sino ciertamente á una gracia especial de Dios.

«El mismo día de esta brillante manifestación del poder de la Santísima Virgen, nuestra hija se paseaba con nosotros por el jardín, siendo así que la víspera era conducida en un cochecito, no sentada sino acostada como en la cama y sobre almohadas.

«Al principio de la novena habíamos prometido que si la Madre de Dios nos obtenía la curación de la enferma, haríamos insertar en los *Annales de Lourdes* esta gracia tan pedida; y á fin de cumplir con este de-

ber tan dulce y consolador para nosotros, comunicamos á V. la noticia de la gracia que hemos obtenido por la protección de la Santísima Virgen.

«...Dígnese aceptar, señor Cura, etc.

«EMILIA SKRZYN'SKA, *condesa de Jabtonowska*.

«Kros'cienko (Galitzia austriaca), 18 de Julio de 1871.»

Seis años después, en el mes de Abril de 1877, la Srta. María Skrzyn'ska ha venido á Lourdes con su piadosa madre y la señorita Lucía Microszowska, una de sus amigas, para dar gracias á la Santísima Virgen Inmaculada, dejando en el Santuario un *exvoto* en acción de gracias. Debemos á los pormenores más circunstanciados que estas señoras dieron entonces á los Padres Misioneros, la relación siguiente que se publicó en los *Annales* del mes de Junio de este mismo año de 1877:

La Srta. María Skrzyn'ska, joven polaca de diecisiete años, vivía en Kros'cienko, cerca de Krosso, en la Galitzia austriaca. El 14 de Noviembre de 1869 fué atacada de una enfermedad grave de la medula espinal. Después de seis semanas de sufrimientos quedó imposibilitada de andar, y pasó más de un año sin poder estar en pie. Tomábanla en su lecho como á un niño, y la llevaban en los brazos para colocarla en una silla de manos ó en un sillón de ruedas. Durante año y medio no ha vivido más que de frutas y de algunas legumbres, no pudiendo comer carne ni ningún otro alimento substancial; y su cuerpo, reducido en poco tiempo á la piel y á los huesos, sólo era un esqueleto. Algunos paroxismos nerviosos amenazaban acabar de

romper antes de mucho tiempo el hilo de esta frágil existencia.

Los médicos emplearon todos sus remedios para combatir el mal; las ventosas y la electricidad, todos los medios suministrados por la homeopatía y la alopatía fueron impotentes. Un médico homeópata, monsieur Held, venido de Roma á Cracovia, logró después de un largo tratamiento calmar los paroxismos nerviosos, pero la medula espinal no se curó.

Dos sacerdotes polacos, uno de ellos confesor de la fe, el canónigo Ignacio Domegalski, desterrado durante cinco años en Siberia, propusieron que se acudiera á la intercesión de Nuestra Señora de Lourdes, empleando el agua de la Gruta. Se buscó dicha agua en Cracovia sin poderla encontrar, hasta que al fin una Religiosa dominica pudo facilitar un pequeño frasco diciendo: «He aquí el agua preciosa; que sirva para gloria de Nuestra Señora de Lourdes y que hagan una novena en su honor.»

Era el 27 de Mayo de 1871. Este mismo día á las doce, los padres de María habían ensayado inútilmente por seis veces hacerla estar en pie, y el mismo estado de la enferma se comprobó á las nueve de la noche. Es de advertir que desde hacía seis semanas no se aplicaba ningún remedio.

En este momento comenzó la novena. Siete *Pater* y *Ave* se rezaron en familia. Mientras que la madre de María continuaba arrodillada suplicando á la Virgen Inmaculada que curara á su hija, una de sus amigas, la Srta. Lucía Mieroszowska, tomó el agua milagrosa, dió de beber algunas gotas á la enferma y

echó una poquita sobre la espina dorsal. Un instante después, María se dormía tranquilamente sin despertar hasta el día siguiente por la mañana, que era día de Pentecostés. María entonces hubiera deseado vivamente levantarse, y quiso hacer un ensayo, pero las fuerzas le faltaron. Pidió de nuevo el agua de Nuestra Señora de Lourdes, hizo la señal de la cruz, bebió y la aplicó también á sus riñones... De repente se levanta, echa á andar y llena de alegría da gracias á la Virgen Inmaculada. Acudieron los padres, y locos de gozo no hicieron más que rezar y llorar. Después sirvieron el almuerzo, y María se puso en la mesa con su familia comiendo de todo con buen apetito.

La noticia de este prodigio se extendió en Cracovia, y contribuyó á establecer la devoción á Nuestra Señora de Lourdes en esta ciudad y en todo el país. Desde este momento se han contado en toda Polonia un gran número de curaciones consideradas como milagrosas.

V

Mal de ojos curado repentinamente. (León Collongues, de la diócesis de Tarbes, 2 de Julio de 1871).

Perdido en el fondo de montañas salvajes, el pintoresco valle de Ferrières, en la diócesis de Tarbes, está habitado por familias de carboneros. En 1870 el día del *Corpus,* uno de estos pobres obreros, apellidado Collongues, excelente sujeto y buen cristiano, había sido curado repentinamente en la Gruta de Lourdes de una larga y cruel enfermedad de estómago, y había conservado, así como su familia, una confianza grande en Nuestra Señora de Lourdes.

En el mes de Junio de 1871 su hijo León, bueno y jovial niño de once años, fué atacado de una inflamación grave á los ojos que hizo rápidos progresos, hasta que á los quince días de sufrimientos perdió enteramente la vista. Sus afligidos padres, al tiempo de levantar la venda que le cubría los ojos, abriéndole los párpados no veían más que sangre. El pobre niño, cruelmente atormentado por el dolor, y habiendo pasado dos noches sin sueño, repetía llorando: «Ya no veré más.»

El 2 de Julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, á eso de las tres de la tarde, León decía á su

madre: «Madre, ¿es de noche?—No, hijo mío, descansa.—¡Ah! si me llevase V. á Nuestra Señora de Lourdes yo curaría.—Te llevaremos allá; tranquilízate.»

Se abrió la puerta; la Srta. María Suzac y la hermana del señor Cura entraban en la pobre choza. El niño no cesaba de repetir: «Si yo estuviera en Lourdes sería curado.»

«¿Tienes mucha confianza en Nuestra Señora de Lourdes? le dijo María.—¡Oh! sí, tengo mucha confianza en Nuestra Señora de Lourdes.—Hace un año que tengo una botella de agua de la Gruta: veremos si queda alguna,» dijo María, y salió.

El niño se quedó aguardando con impaciencia, hasta que la hermana del señor Cura volvió y dijo: «Toma, hijo mío, esto es lo que me resta de agua de la Gruta, un medio vasito.» Y lo puso en la mano del niño, que lo cogió con avidez.

León bebió algunas gotas del agua tan deseada; luego tomó su pañuelo, lo empapó en el vaso y lo llevó á sus ojos: «¡Estoy curado! exclamó con transporte; estoy curado, veo. ¡Oh! yo veo...—¿Qué ves tú? dijo su madre fuera de sí...» Y el niño, abriendo extraordinariamente los ojos y enseñando con el dedo los objetos, exclamó: «Aquí está el pan... aquí el libro...»

La madre se echó á llorar, y la Srta. María lloraba también. «Vamos, dijo ésta, hay que dar gracias á la Santísima Virgen; recemos el Rosario.» Y las dos mujeres se pusieron de rodillas y lo empezaron á rezar. León, arrodillado en su cama, contestaba.

Después de la oración María fué á dar parte al señor Cura, el cual se apresuró á venir.

—Buenos días, señor Cura, estoy curado.

—Está bien, hijo mío. Es menester dar gracias á la Virgen. Tú la amarás mucho ¿no es verdad?

—Sí, señor Cura, quiero amarla mucho: Ella me ha curado; ya no sufro, y veo.

Toda inflamación había desaparecido súbitamente del ojo derecho, y la poca que quedaba en el izquierdo no existía tres días después, ó sea el miércoles. Desde el martes León se paseaba en el valle, y el jueves estaba encima de un cerezo.

La Virgen Inmaculada ama á los pobres y á los niños.

VI

Mauricio Lagorsse, de nueve años, recobra súbitamente en la Gruta el oído perdido hacía dos años y medio, el 28 de Julio de 1871.

Mauricio Lagorsse, de Tourtoirac, diócesis de Périgueux, tuvo á la edad de siete años en la oreja izquierda un absceso (especie de tumor) que le privó enteramente del oído de este lado, para cuya curación fué conducido en 1870 á las aguas de Barèges. Uno de los médicos del lugar, el Dr. Vergez, después de haber examinado atentamente el conducto auditivo, creyó que la membrana del tímpano había sido rota por el mal.

En el mes de Julio de 1871, la evacuación purulenta y la sordera completa persistían aún, y se resolvió que el joven Mauricio hiciera una nueva temporada de aguas termales. Al pasar por Lourdes el niño fué curado repentinamente en la Gruta.

He aquí la interesante relación que el padre del niño dirigía al Superior de los misioneros.

Tourtoirac, por Excideuil (Dordogne), 20 Enero de 1872.

«Mi reverendo Padre:

«En Julio de 1871 había yo partido para Barèges á procurar la salud de mi hijo Mauricio, cuando al pasar por Lourdes tuve el pensamiento de ir á la Gruta para recomendar á la Bienaventurada Virgen María la estación de aguas que íbamos á hacer, y pedirle le fuera verdaderamente saludable.

«Era el 28 de Julio: después de oir la Misa en la capilla subterránea y de haber recibido la Santa Comunión, me dirigí á la Gruta con Mauricio para rezar el Santo Rosario. Acabada nuestra oración, pedí permiso para entrar en la piscina á fin de bañar libremente la cabeza de mi querido niño, y allí le hice copiosas y numerosas inmersiones, á las cuales se prestó con la mejor voluntad.

«Inmediatamente después nos dirigimos al convento para tomar la colación que V. nos ofreció bondadosamente. Apenas había empezado el niño á comer, me dijo con viveza: «Papá, oigo... papá, oigo.— Bien sé que oyes, querido hijo, le contesté; pero es del oído bueno.—Papá, le digo á V. que oigo del oído enfermo; y por lo demás siento un hormigueo extraordinario en esta oreja desde que salimos de la piscina.»

«Vivamente conmovido me levanto entonces, me acerco á Mauricio, tapo herméticamente la oreja buena, y le dirijo en voz baja varias preguntas. Me respondió con perfecta facilidad y sin la menor dificultad. Yo estaba maravillado. Debo decir á V., mi reverendo Padre, que desde hace dos años y medio este niño no había oído un sonido por esta oreja que los médicos no me daban ninguna esperanza de la curación de este oído, y que al dirigirme á Barèges yo tampoco la tenía de que recobrase el uso de él, sino simplemente de la curación del absceso. Tenía, pues, mil buenas razones para estar maravillado.

«En este momento fué cuando hice llamar á V. á fin de participarle mi alegría y mi felicidad.

«El mismo día fuí á Barèges. Mi primera visita fué al Dr. Vergez, que había asistido al niño el año pa-

sado, quien después de examinar cuidadosamente la oreja me dijo: «¡Qué diferencia de ahora al año pasado! está mucho mejor.—Doctor, le dije, examine V. si encuentra la membrana del tímpano.»

«Después de haber mirado bien con su *speculum* me dijo: «Ahí está...»

«Mauricio oye siempre muy bien. Verdad es que el absceso y la evacuación duran todavía, pero esto no le impide hacer con éxito sus estudios en el pequeño Seminario de Versalles, y tendrá pronto la dicha de ser admitido, á pesar de su tierna edad, á la primera Comunión.

«Damos gracias á la Santísima Virgen por haber abierto el alma de nuestro pobre niño á las santas inspiraciones de la gracia, después de haber sanado la membrana del tímpano que estaba tan destruída, y creado, por decirlo así, de nuevo el órgano del oído, humanamente perdido para siempre.

«Esta es, reverendo Padre, la exacta y sencilla verdad. Puede V. hacer de este escrito el uso que guste.

«H. LAGORSSE.»

VII

Curación instantánea de una úlcera cancerosa, en Blois, el 12 de Octubre de 1871

Un piadoso seminarista de la diócesis de Blois escribía al Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relación:

«Blois, 21 de Noviembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«Permítame V. le pida una página de los *Annales de Notre Dame de Lourdes* para publicar un hecho prodigioso de la misericordia de la Santísima Virgen sobre una pobre mujer de esta ciudad de Blois. Puedo asegurar á V. su autenticidad, pues fuí uno de los testigos oculares. ¿No sería ingratitud hacia una Madre tan buena dejar de publicar las gracias que en su bondad derrama sobre la tierra, especialmente en un siglo en que se rechaza con desprecio todo lo que de cerca ó de lejos tiene relación con lo sobrenatural? He aquí el hecho.

«Una pobre mujer llamada Gousse estaba atacada de una úlcera cancerosa en el estómago desde el 12 de Julio de 1870. Había ido tirando, completamente extenuada, hasta el 15 de Agosto de 1871; mas consumida por tan terrible mal, se vió obligada á guar-

dar cama para no dejarla más. Las palabras de la enferma expresan mucho mejor de lo que yo pudiera hacerlo el estado en que se encontraba.

«Los sufrimientos que yo padecía, dice, no son «comparables con ningún sufrimiento de acá bajo; yo «no podía darles nombre; me figuraba tener un reptil «que me devoraba poco á poco. Los accesos de dolor «eran muy largos; duraban á veces todo el día, y «cuando cesaban yo no me atrevía á respirar, por te«mor de despertar el monstruo adormecido.»

«Ni médicos ni medicamentos producían el menor alivio á sus crueles dolores, cuando el 10 de Octubre último me vino al pensamiento hablarle de Nuestra Señora de Lourdes: yo acababa de recibir diez botellas de agua de la Gruta, y le ofrecí una de ellas, que aceptó con prontitud.

«Al día siguiente hizo uso del agua á eso de las cinco de la mañana; y ¡oh maravillosa bondad de la Virgen Inmaculada! en vez de los crueles sufrimientos de costumbre se duerme con un sueño dulce y ligero; y ¡cuál no es su sorpresa cuando al despertar, á cosa de las siete, en lugar de sufrir los terribles tormentos de costumbre, se sintió fuerte y vigorosa como antes de su enfermedad! ¡en seguida se declaró curada, y para dar una prueba evidente de su curación fué á Misa á dar gracias á la Santísima Virgen!

«Parte, y esta mujer á quien yo veía la víspera sufriendo horriblemente, baja con paso vivo y alegre una de las pendientes rápidas que se encuentran á cada paso en Blois, llega á la iglesia, oye la Misa de

rodillas la mayor parte del tiempo, y después de este tributo de reconocimiento á la Virgen sube de nuevo á su casa y se ocupa en sus habituales quehaceres.

«Este es el hecho, mi reverendo Padre, contado muy sucintamente. Desde entonces he visto tres veces á esta protegida de Nuestra Señora de Lourdes: trabaja, está alegre, y el día de Todos los Santos se acercó á la Santa Mesa dando gracias á María por su protección especial.

«Suplico á V., pues, mi reverendo Padre, haga colocar en la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, en acción de gracias por este prodigio, una pequeña placa de mármol con esta inscripción: «Reconocimiento á «María; Blois, 12 de Octubre de 1871.»

«Sea Dios alabado, y demos gracias á Nuestra Señora de Lourdes.

«El abate Jorge Sonnet,
«Gran Seminario de Blois.»

VIII

Curación instantánea de una artritis aguda (1) el 25 de Octubre de 1871

Este hermoso milagro tuvo lugar en Tirlemont, diócesis de Lieja, en Bélgica. Desde hace muchos años, y especialmente desde la maravillosa curación de Pedro Hanquet, maestro albañil en Lieja (que hemos referido en otra parte), la fe viva y generosa de Bélgica no ha cesado de atraer sobre los belgas bendiciones especiales de la Inmaculada Concepción.

Por todas partes se han erigido y erigen aún estatuas de la Virgen de Lourdes, y en varios sitios copias de la Gruta milagrosa que recuerdan á la piedad de los fieles tan conmovedores milagros. En Oostacker principalmente, cerca de Gante, se ve desde 1875 un Santuario que se ha hecho ya tan célebre, que la piedad popular lo ha bautizado con el nombre de «Lourdes.»

No debe extrañarse, por tanto, que la Santísima Virgen se complazca en multiplicar sus prodigios en ese país, tan bueno todavía. El año de 1871 nos ofrece varios que brillan entre otros muchos por su resplandor y autenticidad. Sólo uno referiremos que ha sido obrado en una joven educanda del Sagrado Corazón de Bois l'Evèque. La misma madre de la niña afortunada hizo la narración que copiamos aquí:

Tirlemont (Bélgica), Diciembre de 1871.

«Mi hija Elena, educanda del Sagrado Corazón de Bois-l'Evêque (Lieja) fué atacada á fines del mes de Junio último de una inflamación de la rodilla. El mal

(1) Se llama así una inflamación de las arterias, enfermedad muy peligrosa.

empezó espontáneamente, sin golpe ni caída, y al tercer día la articulación estaba hinchada, colorada, dolorosa, y vino la fiebre con pérdida del apetito. El doctor Emilio Collard, de Lieja, hizo aplicar sanguijuelas y luego un ungüento y cataplasmas. Bajo la influencia de este tratamiento y después de quince días de un reposo absoluto, tuvo la enferma una mejoría considerable, pero la hinchazón no había desaparecido enteramente; los dolores eran siempre vivos, los movimientos imposibles, y hubo que recurrir á una porción de vejigatorios, algunos de ellos salpicados de morfina, y por fin se aplicó un vendaje almidonado.

«Llegó el 16 de Agosto, época de las vacaciones, y mi hija no estaba curada, pero iba mejor. Yo deseaba vivamente que volviera á mi casa, y los doctores Stroobands, de Tirlemont, y Emilio Collard, de Lieja, que se habían reunido varias veces en consulta, no se opusieron al viaje. La traslación fué sumamente penosa, á pesar de todas las precauciones que habíamos tomado, y al día siguiente de nuestro arribo la rodilla estaba más encarnada, más hinchada y dolorosa, de suerte que fueron necesarias sanguijuelas, cataplasmas y otros vejigatorios. A los quince días el mal había vuelto al mismo punto que el día de la partida de Bois-l'Evêque, salvo que los dolores eran más vivos, y aunque se ensayaron varios remedios tanto externos como internos, no se pudo calmar el sufrimiento.

«El Dr. Michaux, de Lovaina, vino á consultar con los otros dos médicos. Convinieron en que se siguiera el mismo régimen, es decir, dosis considerables de morfina que se introducían bajo la piel, y que des-

pués de algunos días se emplease el cloroformo para aplicar un vendaje almidonado ó enyesado que reemplazaría á la almohadilla que sostenía la pierna. Pero nos opusimos al empleo del cloroformo, y pasó todo el mes de Septiembre sin que se pudiera aplicar el vendaje y sin que la enferma pudiese soportar el más pequeño movimiento. Durante este mes de Septiembre los médicos recurrieron al hierro candente para cauterizar la rodilla en unos cuantos puntos aislados, cuya operación se repitió varias veces, pero ¡ay! sin resultado, y el dolor no disminuyó. Por fin, el 10 de Octubre se decidió poner, costare lo que costare, el vendaje almidonado. Se aplicó; pero los sufrimientos eran tan vivos, que tuvieron que quitarlo.

«Mi hija, que todo lo había soportado con valor, comenzaba, no sin razón, á desesperar, y tomó la resolución de hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes. Aquí dejaré que hable ella misma, transcribiendo la carta que dirigió á una de sus amigas al día siguiente de su curación:

«Había yo escrito á Bois-l'Evêque para pedir agua «de Nuestra Señora de Lourdes, pero no tuve valor «para aguardar la que me había sido prometida, ¡tan «persuadida estaba de que iba á obtener mi curación! «Habiendo sabido que una señorita de Tirlemont tenía «de dicha agua milagrosa, me apresuré á pedirle; y el «14 de Octubre, á eso de las nueve de la mañana, apli«qué la primera compresa rezando la pequeña oración «que decíamos en Bois l'Evêque en el mes de Mayo: «en seguida bebí algunas gotas, diciendo un *Memorare* «y tres *Ave Marías*. Una hora después mi rodilla, que

«no había podido soportar el vendaje almidonado del «martes, empezó á mejorar; yo tenía mucha esperan«za y mucha confianza. Hacia medio día puse una nue«va compresa sin advertir cambio en el volumen de la «rodilla; y toda la tarde, lejos de estar mejor, sufría «más. En fin, á las cuatro y á las nueve de la no«che tomé de nuevo el agua milagrosa. Mi médico, «Mr. Stroobands, estaba presente. Viendo que los dolo«res aumentaban, me pidió dejara aplicar una compre«sión calmante. Lo rehusé, y solamente quise que exa«minara mi pierna. El observó la hinchazón, y que con «motivo de la postura había una contracción de un de«do á lo menos. Sin dejarme desanimar traté de dor«mir, y lo conseguí perfectamente, pues no me des«perté hasta el día siguiente, lo que no me sucede ja«más. La primera cosa que hice fué mi novena. Mi «rodilla se hallaba en el mismo estado de la noche an«terior, pero mi confianza se había aumentado. Traté «de levantarme, mas el dolor era tal que me caí sobre «el sillón colocado al pie de mi cama, y como pude «procuré volverme otra vez á ella. Tomé de nuevo el «agua de Lourdes, y froté mi rodilla durante media «hora poco más ó menos. Me volví á levantar, y ¡oh «dicha!!! estaba curada. Di inmediatamente varias «vueltas por mi cuarto sin sentir dolor ni tirantez: «todo había desaparecido. Me puse de rodillas sin la «menor dificultad. Estaba curada, y bien curada, por «Nuestra Señora de Lourdes. La emoción que experi«menté en aquel momento no la olvidaré nunca; toda«vía estoy desconcertada.

«Dentro pocos días parto para Lourdes.

«¡Cuánta verdad es que la Virgen no hace nada á «medias! mi mamá, á quien una impresión fuerte pone «mala, no ha sentido absolutamente nada, y por cierto «que la emoción de ayer fué bastante grande.»

«Cuando vinieron á decirme que mi hija estaba curada, no quise creerlo, y era sin embargo una realidad. No trataré de describir la sorpresa, el estupor de toda la familia: todos se preguntaban si era aquello un sueño. A estos sentimientos sucedieron la alegría y la felicidad, pues la curación era bien completa y no podía dudarse; mi hija andaba exactamente como si nunca hubiera tenido nada, y ese mismo día la vieron los médicos y atestiguaron el hecho, no sin grande admiración.

«La curación se mantiene perfectamente, y hoy la rodilla ha vuelto á su estado normal.

J. Blyckaerts.»

El 17 de Octubre de 1871, añaden los *Annales de Lourdes* la Srta. Blyckaerts venía á cumplir en la Gruta su peregrinación de acción de gracias. Nada dejaba sospechar en su marcha la cruel enfermedad que ha sufrido; pero su agradecimiento y su alegría publicaban muy alto el favor que recibió de la Virgen Inmaculada.

IX

Dos curaciones milagrosas en los Estados Unidos de América, en Octubre de 1871

El 24 de Octubre de 1871 la H. Aloysia, Religiosa de Nuestra Señora en Namur (Bélgica), escribía á los Padres misioneros de Lourdes pidiéndoles agua de la Gruta.

«Podrá V. comprender cuán deseada será esta agua saludable en los Estados Unidos, cuando sepa las curaciones que obra.

«El sábado pasado recibimos dos cartas, cada una de las cuales nos traía la noticia de un prodigio: los transcribo para que bendiga V. á la Santísima Virgen nuestra Madre Inmaculada.

«En Cincinnati (Estados Unidos), en la Comunidad de Señoras del Buen Pastor, una de las Magdalenas sufría hacía tiempo de úlceras en la pierna. Tenía dos: una encima de la rodilla y otra debajo. Estas llagas eran tan grandes, que el asiento de un vaso podía entrar en ellas, y la infección que esparcían era tal, que nadie podía estar cerca de la enferma más de dos ó tres minutos.

«Habiendo oído hablar esta persona de los milagros obrados por Nuestra Señora de Lourdes, tuvo con-

fianza de que el agua de la Gruta la curaría; pidió alguna cantidad de ella, y toda la Comunidad empezó una novena. Todos los días la Hermana que cuidaba á la pobre enferma echaba algunas gotas de esta agua sobre sus horribles llagas, y al cabo de la novena estaba perfectamente curada.

«Esta curación ha sido referida á nuestras Hermanas por Mons. Purcell, arzobispo de Cincinnati.

«La enferma había entrado como Magdalena por humildad.

«En otra ciudad de América, una persona joven grávemente enferma hacía diez años, devorada de escrófulas en el costado y en la espalda, teniendo un brazo de un grueso enorme, no podía poner el pie en tierra y andaba muy difícilmente con muletas. Este año el mal empeoró, y según opinión de los médicos no podía vivir ya mucho tiempo. La pobre enferma estaba persuadida de que si pudiera tener agua de la Gruta de Nuestra Señora de Lourdes sanaría.

«Habiendo logrado procurarse algunas gotas, se sintió mucho mejor, y aseguró que si tuviera más para darse fricciones en la espalda creía que Nuestra Señora se dignaría curarla enteramente.

«Hizo nuevas diligencias, y logró obtener de otra ciudad una poquita de dicha agua milagrosa. Su madre humedeció con ella las llagas principales, y media hora después la enferma conoció que podía levantarse. Hizo el ensayo, se levantó, anduvo por el cuarto sin muletas, y bajó la escalera para ir en busca de su madre, que no podía dar crédito á sus ojos; los tumores habían desaparecido: estaba enteramente curada. Había comulgado la misma mañana de este dichoso día, y ahora va á la iglesia y visita á sus amigas.

«Esto nos ha sido escrito por una de nuestras Hermanas de la casa en donde ha estado de pensionista. No citamos el nombre de la población por la naturaleza de esta enfermedad.»

X

Una niña de nueve años curada repentinameute de fiebre tifoidea en Estrasburgo el 12 de Noviembre de 1871.

El Rdo. P. Chary, de la Compañía de Jesús, ha transmitido á los Padres misioneros de Lourdes la carta siguiente de Mr. E. Müller. Esta relación es el grito de una madre llena de reconocimiento hacia la Virgen Inmaculada.

Estrasburgo, 3 de Diciembre de 1871.

«Con indecible satisfacción vengo á comunicar á V. el inmenso favor que he obtenido por intercesión de Nuestra Señora de Lourdes.

«El 3 de Noviembre mi hija segunda, de nueve años, fué atacada de una fiebre intensa y de dolores violentos de cabeza. Creí al principio que no era más que un enfríamiento sin consecuencias; pero el mal empeoró, y cuando dos días después hice llamar al doctor, declaró que la niña estaba atacada de fiebre tifoidea. Mi abatimiento fué extremado, porque esta terrible enfermedad ha hecho grandes estragos en mi familia.

«La niña no era ya dueña de su cabeza; el delirio no la dejaba sino por instantes. ¡Ah! ¡qué noches tan terribles he pasado al lado de este lecho de dolor y sufrimiento!!... Nadie más que una madre podría comprenderlo.

«El octavo día la niña estaba gravísima, habiéndose declarado además una parálisis de la espalda que hizo decir al médico: «Acabo de perder una enfermita cu«yo estado no me inquietaba; sobrevino la misma pa«rálisis, y murió súbitamente asfixiada.

«En la noche del octavo al noveno día, sola al lado de esta niña que pocos días antes me amaba tan tiernamente y que ahora no me reconocía, me esforzaba en hacerle tragar un poco de agua azucarada; pero todos mis esfuerzos fueron vanos, pues no podía tragar nada. En lo mas fuerte de mi abatimiento me resigné repentínamente; elevé mi alma hacia Aquel que me ha probado ya tan severamente, y le dije: «Dios mío, «esta desgracia sería superior á mis fuerzas; sin em«bargo, que se haga vuestra santa voluntad.»

«En el mismo instante, y corriendo sin saber lo que iba á hacer, saqué de un armario el frasco de agua de Nuestra Señora de Lourdes que tuvo V. la bondad de mandarme cuando la larga y dolorosa enfermedad de mi marido (1); y al contrario de lo que sucedió en aquella ocasión, en la cual, si bien oré é hice uso del agua fué sin fe, se lo confieso á V., porque no creía yo que pudiese curar; mientras que ahora sin temer un instante las consecuencias funestas de un enfriamiento, desnudé enteramente á mi niña y la lavé de pies á cabeza. Su piel estaba tan sumamente caliente, que salía de ella un vapor espeso. Le lavé especialmente la espalda, las orejas, los ojos y la boca; ¡tal era el temor que yo tenía á la enfermedad! Tambien ensayé á darle á beber un poco de ella, y ¡cuál no fué mi admiración

(1) Murió hace un año.

al verla tragar sin dificultad esta agua, siendo así que un instante antes rechazaba el agua azucarada! ¡Oh! entonces caí de rodillas y levanté mis manos suplicantes hacia el cielo. Aseguro á V., reverendo Padre, que nunca, nunca jamás ha dirigido mi corazón tan fervientes oraciones á la Madre de los afligidos.

«Durante esta noche de angustia hice varias veces la misma operación sobre mi niña, y por la mañana la pobre me estrechaba entre sus bracitos y me reconocía...

«Cuando el médico la vió se maravilló del cambio obrado desde la víspera, y lo atribuyó á una poción que había prescrito, pero que yo no le había dado, pues en honor de la verdad debo confesar, ahora que está mi niña en plena convalecencia, que no le he dado ninguna de las medicinas prescritas por el médico, antes al contrario, hasta hacía lo que él prohibía.

«Todas las personas que habían observado á la niña enferma no podían creer lo que veían, pues estaba fuera de todo peligro y la parálisis había desaparecido completamente.

«Aunque el corazón de una madre encierra tesoros de agradecimiento, me siento sin embargo demasiado débil, demasiado indigna para limitar á mi sola la acción de gracias á esta amadísima Madre que me obtuvo tan inmenso favor. Me atrevo, por tanto, á suplicar á V., mi reverendo Padre, que una sus oraciones á mis débiles acentos, y empeñe á otras almas caritativas á que unan asimismo sus acciones de gracias á mi profunda gratitud por la protección milagrosa que me ha conservado á mi hija.

«E. Muller.»

XI

Curación súbita de un moribundo en el Brasil, en Noviembre de 1871

La devoción á Nuestra Señora de Lourdes ha hecho en el Brasil rápidos progresos, y allí también la Virgen Inmaculada se ha dignado recompensar la fe de los fieles con preciosos favores, como lo testifica la relación siguiente:

«Río Janeiro (Brasil), 23 de Noviembre de 1871.

«Una señora portuguesa amiga mía cayó peligrosamente enferma en mi casa á consecuencia de una inmensa pena ocasionada por haber perdido á su hija única, joven de veinticinco años. Llamé á los primeros médicos de la capital, quienes declararon una afección *mortal* de la medula espinal, y no encontraron ni siquiera un alivio á los atroces dolores de mi pobre amiga, cuyos gritos incesantes y espasmos horrorosos nos tenían continuamente en la más cruel emoción, pues sabíamos que los socorros de la medicina eran vanos, y esperábamos ver espirar á la enferma de un momento á otro. Recibió la Extremaunción con fe y resignación. Tantos sufrimientos corporales unidos á los más amargos pesares le hacían la vida intolerable; no temía la muerte.

«Un digno misionero lazarista acababa de rezar por

la segunda vez al pie del lecho las oraciones de los agonizantes, cuando volviéndose hacia mí me preguntó en voz baja si había yo perseverado en darle el agua de Lourdes con las oraciones de costumbre. Le confesé que no habiendo obtenido la novena la gracia pedida, lo había dejado todo para entregarme á la santa voluntad de Dios. «Señora, me dijo, es preciso «perseverar; comience V. otra vez y no se desanime.»

«Obedecí, y sin tardanza hice beber á la enferma en la poción calmante que le dí algunas gotas de agua de la Gruta, y como se quejara frecuentemente de la cabeza, le mojé la frente con el agua milagrosa, empapé en ella mi mano, y así mojada la pasé por la espina dorsal.

«La persona que me ayudaba á cuidar á la enferma no podía menos en su incredulidad de sonreir, sin comprender nada de mi ardor en administrar «agua «clara,» como ella decía.

«Esta sonrisa debía trocarse en aturdimiento.

«Al día siguiente la enferma dió de repente un gran grito, y cayó en un sopor tan profundo que la creímos muerta. Al cabo de una hora abrió los ojos, y sin moverse nos dijo que se encontraba bien. Durante todo el día permaneció en la más completa inmovilidad, y no pudimos obtener de ella más que estas palabras: «Me siento bien.»

«Mas al día siguiente estaba completamente fuera de peligro. La convalecencia fué rápida.

«Ninguno de los médicos quiso creer la noticia, y vinieron todos para convencerse de la curación.

«En la Facultad de Medicina se encogieron de hombros oyendo hablar de un milagro obrado por la Santísima Virgen. Hubo sin embargo algunos médicos que en su admiración decían formalmente: «Es un mila«gro.» Debo manifestar que no daban á estas palabras el mismo sentido que yo, pues se guardaban de atribuir al agua de la Gruta esta curación que desconcertaba su ciencia.

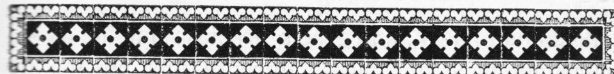
«Pero ¿qué importa? Estas palabras en su boca ¿no son por lo menos un testimonio precioso?

«Mi amiga estaba irrevocablemente desahuciada; su muerte era cosa de instantes, casi del momento. Le doy agua de la Gruta, y dos días después vuelve á la vida. ¿Hay en esta dicha inesperada una causa que la explique?

«Sí, sí. El agua clara... y la bondadosa y poderosa Virgen Inmaculada. Esta es mi dulce persuasión.

«¿Le parece á V. digno de ser relatado este hecho entre las maravillas de la Gruta? Lo celebraría.

«V. S. S.»



AÑO DE 1872

La Srta. María Joly.—María Dupuy.—René Becquet.—Raimundo Caral.—La Srta. Juana María Arson.—Sor María Casimir.—Sor Teresa José.—La Srta. María Luísa Delpón.—La Srta. Mercedes Torres.—Margarita Bobe.—Una Religiosa atacada de lepra.—La Srta. María Tisseau.—Margarita Gehier.—Sofía Druón.—Filomena Patyn.—Josefina Renaux.—La Srta. Clara Chauvin.—La Sra. Constancia Leger.—Filomena Simonnneau.—La Baronesa de Lamberterie.—Viuda de Ancelín.—La Srta. Aurelia Bruneau.—Sor María de la Anunciación.—Sor San Martín.

I

Curación súbita y radical de un reblandecimiento de la medula espinal, en Tours, el 3 de Enero de 1872.

Nuestro primer milagro del año de 1872 ha sido obrado en un monasterio de Tours en favor de una buena y humilde joven que hizo voto, si Nuestra Señora de Lourdes se dignaba mirarla con misericordia, de entrar en la admirable Congregación de las *Magdalenas*.

He aquí la carta que dirigió dos meses después de su curación al redactor de los *Annales*.

«Tours, Monasterio de Notre-Dame-de-Charité, 3 de Marzo de 1872.

«Mi reverendo Padre:

«Para mayor gloria de Nuestro Señor y honor de su Santísima Madre, vengo humildemente á poner en

conocimiento de V. una gracia preciosa que me ha sido concedida hace dos meses durante una novena que hice á Nuestra Señora de Lourdes.

«Sí, soy feliz en proclamarlo; María, la Virgen Inmaculada, es quien me ha curado, y para manifestarle mi profunda gratitud quiero referir mi curación como una flor humilde puesta al pie del altar en donde esta Madre de misericordia, tan justamente llamada el refugio y la curación de los enfermos, gusta hacer brillar su poder.

«Mi enfermedad, á la que daban el nombre de reblandecimiento en la medula espinal, data de cinco años; pero hasta Febrero de 1871, siendo de edad de veintitrés años, no tuve necesidad de guardar enteramente cama. No pudiendo sostenerme sobre la espalda, sentía un hervidero en la espina dorsal que me daba dolor en el corazón y me impedía tomar alimento. Unos dolores de entrañas me causaban además un temblor nervioso tal que no podía resistir sus sacudidas, y me parecía que todos mis miembros se dislocaban.

«El 27 de Marzo, á las diez de la noche, tuve vómitos durante tres horas, que me debilitaron de modo que fué necesario que me administrasen la Extremaunción. No morí, sin embargo, con gran sentimiento mío, pues me sentía bien dispuesta; y el temor que tengo siempre de no poder salvarme me ha hecho gemir muchas veces después de no haber merecido que Nuestro Señor me concediera entonces la gracia de morir en su amor.

«Desde este momento el Dr. E..., célebre médico

de esta ciudad, que ejerce su profesión en el establecimiento donde me encuentro, ha hecho cuanto le ha sido posible para aliviarme, lo que consiguió muchas veces; pero era para poco tiempo, y mis sufrimientos recobraban pronto su intensidad.

«Mi espalda estaba inclinada como un arco, y desde el mes de Noviembre los crueles dolores que experimentaba me hacían insoportable á mi misma y á los demás. Sentía en mi alma una grande tristeza, viendo que todos los remedios eran inútiles.

«Confieso que hasta entonces, creyendo que la enfermedad me era más útil que la salud, no me atrevía á pedir mi curación. Pero el 20 de Diciembre, habiendo venido á visitar la enfermería nuestra Madre Superiora, me preguntó, así como á dos compañeras mías gravemente enfermas también, si teníamos confianza en Nuestra Señora de Lourdes. Su caridad nos obligó á hacer una novena con esta intención, prometiendo enviarnos los *Annales* y el agua milagrosa de la Gruta, como lo hizo en efecto.

«Comenzamos la novena el 31 de Diciembre, y desde este momento hasta el 3 de Enero, mis sufrimientos aumentaron de tal manera, que me puse incapaz para todo, y algunas veces me sentía fría é insensible. Pero animada de una confianza grande, me encomendaba á la Santísima Virgen con toda mi alma, sintiéndome inclinada á repetir incesantemente:
«Nuestra Señora de Lourdes, Virgen de la Gruta,
«curadme: os prometo hacerme Magdalena (es decir,
«consagrarme á la penitencia el resto de mi vida) si
«os dignáis sanarme.»

«El 3 de Enero, después de haber recitado durante el día las oraciones de la novena, después de haber bebido algunas gotas del agua milagrosa, fuí sobrecogida de dolores extremadamente vivos, y sintiéndome incapaz de tomar el más mínimo reposo, me puse á orar á las diez y media de la noche.

«De repente sentí que un sudor abundante inundaba todo mi cuerpo; mis dolores cesaron enteramente, y levantándome en seguida sin trabajo alguno, pude, no solamente estar en pie, sino andar fácilmente y cerciorarme con esto de que estaba curada; y fuera de mí en tan dichosos momentos, me levantaba, andaba, me acostaba otra vez y volvía á levantarme, no pudiendo creer en mi propia dicha.

«Mucho me costó contener mi alegría; mas por consideración á nuestra buena Madre enfermera que estaba siempre endeble, y por otras quince enfermas que me rodeaban, tuve que contentarme con pasar así el resto de la noche, mirando con amor la estatua de la Santísima Virgen colocada sobre un altar cerca de mi cama, y repitiendo con un sentimiento profundo de gratitud: «¡Estoy curada! Madre mía, ¡cuántas gracias os doy!»

«Mi curación era efectivamente perfecta. Al día siguiente, cuando nuestra Madre Santa E... y mis compañeras me vieron ir y venir, subir y bajar las escaleras como si nunca hubiera sufrido, me miraban con admiración, no pudiendo creer á sus ojos, é impidiéndome aún hacer todo lo que yo hubiera querido; ¡tanto temían que yo fuera imprudente! Pero mi confianza en mi celestial Bienhechora era tan grande, que sentía yo una verdadera dicha en mostrar á las que me veían su poderosa bondad.

«En efecto, desde aquel feliz instante no he sentido nada de mi cruel enfermedad; y hoy vengo, mi reverendo Padre, á rogar á V. se sirva ayudarme á satisfacer mi deuda de gratitud hacia Nuestra Señora de Lourdes, ofreciendo por mí el santo sacrificio en su altar y haciendo colocar una pequeña placa de mármol en *ex-voto*.

«Siento no poder hacer más; pero tengo confianza de que la Santísima Virgen no dejará todavía de concederme la gracia que solicito con todo mi corazón de su misericordiosa bondad, la de hacerme Magdalena, perseverar en esta vocación, y morir en ella como humilde penitente.

«Ruego á V. me conceda una pequeña parte en las oraciones que hace en la Santa Gruta, y reciba la seguridad del profundo respeto con el que soy de V. R. humilde é indigna servidora,

«MARÍA JOLY.»

II

Maravillosa curación de la Srta. María Dupuy, de Mussidán (diócesis de Perigueux), el 15 de Enero de 1872.

En el mes de Marzo de este mismo año de 1872, los *Annales de Lourdes* referían la siguiente conmovedora narración:

«El abate de Vassal, cura arcipreste de Mussidán, dirige á la *Semaine Religieuse de Perigueux* la relación detallada de una curación extraordinaria obrada en su parroquia por la virtud del agua de Lourdes. Este venerable eclesiástico ha unido á su trabajo el certificado de los médicos. Publicamos sin demora estos dos documentos importantes y tan llenos de interés.

«Un acontecimiento maravilloso ha tenido lugar en Mussidán el 15 de Enero último. La Srta. María Dupuy, de veintidós años, hija de Mr. Dupuy, capitán retirado, ha sido curada de una manera sobrenatural. Estaba esta joven atacada hacía cinco meses de una enfermedad muy complicada: una extinción de voz apenas le permitía hacerse oir de las personas que se encontraban á su lado: dolorosas palpitaciones de corazón oprimían vivamente su pecho y hacían difícil su respiración; sus piernas estaban hinchadas; su apetito había desaparecido insensiblemente, y hacía varias semanas que no tomaba alimento. Si de vez en cuando ensayaba tragar un poco de caldo, experimentaba vómitos ú horribles convulsiones. Los remedios indicados por los médicos le repugnaban de tal manera, que se veía obligada á abandonarlos. El sueño era muy raro, y sus agotadas fuerzas no le permitían siquiera levantarse algunos instantes para poder arreglar su lecho de dolor. Una fiebre frecuente la devoraba. Finalmente, su estado había llegado á ser tan inquietante, que la ciencia había perdido toda esperanza de arrebatarla á la muerte.

«No esperando ya encontrar en la tierra alivio á sus sufrimientos, la enferma dirigió sus miradas al cielo. Desde entonces, dejando enteramente los remedios de la ciencia humana, manifestó el deseo de hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes. Escribieron á diferentes Comunidades y personas de piedad para reclamar el concurso de sus oraciones; se impuso la recitación del *Memorare,* y comenzó la novena.

«El primer día la Srta. Dupuy tomó algunas gotas del agua milagrosa, que le hizo sentir dolores espantosos en todos sus miembros; y los días siguientes sus sufrimientos fueron más agudos que nunca, y el sueño desapareció completamente. La víspera de terminar la novena no pudo moverse, y su voz era débil todavía, tanto que habiéndome llamado para verla, me vi obligado á acercar mi oído para recoger sus palabras. La última noche fué horrorosa. Sin embargo, estas pruebas crueles, lejos de desalentarla, aumentaban su fe y confortaban sus esperanzas; ella sabía que la via ordinaria de la Providencia cuando quiere curar

una enfermedad es dejarla que se desarrolle para dar más brillo á la acción divina.

«El último día le llevé la Santa Comunión á las ocho de la mañana. La recepción de la Divina Eucaristía apaciguó su agitación y calmó sus sufrimientos. Desde que salí de la casa, la enferma, no pudiendo apenas articular palabra, hizo seña para que se le diera una gota de agua de Lourdes, que tomó sin sentir nada. Pidió otra vez que le diesen un poco más de esta agua saludable, y asi que la tragó exclamó: «Hablo,» lo cual dijo con un tono de voz elevado y natural. Los asistentes, aturdidos y maravillados, cayeron de rodillas para dar gracias al Señor.

«La Srta. María Dupuy pidió sus vestidos, se vistió sola, salió de su cuarto, tomó alimento y se dirigió inmediatamente á la capilla del hospicio, donde en presencia de las Religiosas entonó y cantó el *Magnificat* en testimonio de gratitud á su poderosa Bienhechora.

«Inútil es decir que desde este momento la fiebre, la hinchazón de las piernas, las palpitaciones irregulares de la región del corazón, la extinción de voz, la inapetencia, el estado de debilidad, todo había desaparecido; y su salud tan floreciente como nunca desde hace un mes, se conserva perfectamete.

«C[de.] DE VASSAL-MONTVIEL,
«Can. hon. y Arcipreste de Mussidán (1).

«Mussidán (Dordogne), 17 de Febrero de 1872.»

(1) Véase en los comprobantes el certificado de los médicos, n.º 2.

III

Admirable curación del niño René Becquet, que se moría de una angina lardácea, en el colegio de los Padres Jesuítas de Namur, el 26 de Febrero de 1872.

Un Padre del Colegio, testigo ocular, dirigió al Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relación algunos días después del suceso.

Namur, domingo de Pascua de 1872.

Envío á V. la relación, simple como lo es la verdad, de lo que ha sucedido al niño René Becquet.

El 26 de Febrero de 1872 el citado niño, natural de Sedán, estudiante del cuarto año de latín en el colegio de Nuestra Señora de la Paz, de Namur, estaba á punto de espirar á consecuencia de una angina lardácea y de la gangrena que se le había declarado en la garganta y nariz. A las nueve de la mañana recibió el Santo Viático; á medio día la Extremaunción y la absolución general con la indulgencia de la buena muerte. Dos hábiles médicos que lo asistían con una abnegación sin igual, declararon que no esperaban conservar al niño bastante tiempo para que su padre, que no debía llegar hasta las ocho de la noche, pudiera verlo todavía vivo.

El niño sufría mucho, y al mal se le atacaba con

energía... Los remedios más enérgicos dados en fuertes dosis no tenían ya acción; el estómago estaba paralizado...

En este momento uno de nuestros Padres tuvo la inspiración de recurrir al agua de Nuestra Señora de Lourdes. Un buen número de Padres hizo voto de decir nueve Misas en honor de María Inmaculada aparecida en Lourdes si Dios volvía á los remedios su eficacia. El reverendo Padre Rector prometió además proclamar altamente que la curación se debería á Nuestra Señora de Lourdes, si á consecuencia del uso del agua milagrosa René podía digerir las pociones medicinales que la parálisis del estómago dejaba sin efecto hasta entonces: asimismo se hizo la promesa de que si el padre del niño lo consentía, el protegido de María iría en el curso del año á dar gracias á su Santuario de Lourdes.

A eso de las tres se le administró el agua de la Gruta de Lourdes. Un flujo de humores corrompidos le salió por las narices, y poco después los remedios que se le aplicaban empezaron á hacer efecto. A cosa de las cinco una mejoría evidente hizo concebir algunas esperanzas, y cuando llegó el padre encontró á su hijo en un estado menos peligroso de lo que la carta del Padre Rector, escrita la víspera, y el telegrama expedido en la mañana le hacían suponer, tanto que le costó trabajo creer que su hijo hubiese estado tan mal como le decían.

Al día siguiente, después de una noche buena y descansada, el niño moribundo de la víspera estaba fuera de peligro y tomó alimento.

Por fin, el domingo siguiente los quinientos alumnos del colegio de Nuestra Señora de la Paz, reunidos en torno de la Santa Mesa á invitación del Padre Rector que les había dirigido la víspera una calurosa alocución para animarlos á tributar su agradecimiento á la Santísima Virgen, recibían de manos de su digno Superior la Santa Comunión que fué dada al mismo tiempo á aquel cuya curación milagrosa era objeto de esta fiesta de familia.

Desde entonces René Becquet, perfectamente curado después de algunos días de convalecencia, ha vuelto á emprender el método de vida común del colegio, participando de los trabajos escolares y de las recreaciones de sus condiscípulos.

GOLENVAUX, *S. J.*

IV

Raimundo Caral, de Castillón (Ariège). Curación radical de un tumor canceroso que databa de diecisiete años, el 22 de Marzo de 1872.

El Sr. Raimundo Caral, escribe uno de los Padres misioneros de Lourdes, es un hombre alto y fuerte que lleva á las mil maravillas sus setenta y cuatro años. La inteligencia y la rectitud, la firmeza y la dulzura se dibujan en su fisonomía seria, franca y abierta. Después de haber hecho ocho campañas como militar, entró en Aduanas llegando á teniente. En su pecho brilla la cruz de Isabel II.

El 15 de Junio de 1872, en que vino á la Gruta en acción de gracias, nos contó su curación con una sencillez que agradará á nuestros lectores, edificándolos.

«Hace diecisiete años, dijo, en 1855, nombrado oficial de aduanas, vivía en Audenge, en la Gironda. Un día tuve la dicha de comer con S. Ema. el cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos. «¿Qué tiene V. «en la frente?» me dijo el Prelado.—Un grano.— Es «preciso cuidarlo.» Lo enseñé al Dr. Séméac, que lo cauterizó varias veces con la pasta Rousselot. Pero el grano volvía siempre y crecía.

«Tomé mi retiro en 1864, y vine á establecerme en Castillón (Ariège). El Dr. Estrenic, de Castillón, el Dr. Delord, de Saint-Girons, y otros varios me asistieron con sumo interés, de lo que conservo grato

recuerdo. Pero el mal aumentaba siempre; el grano se había convertido en una llaga ancha y profunda, sanguinolenta y asquerosa. «Es un sarpullido cance«roso que corroe las carnes,» me dijo uno de ellos.

«Mi familia y mis amigos se alarmaron, y yo también estaba muy inquieto. Por fin, el Dr. Delord me declaró que era preciso recurrir á medios más enérgicos, y que era necesaria una operación quirúrgica. Me dió la siguiente carta para el Dr. Ressegnet, cirujano en jefe del Hospital de Lagrave, en Tolosa:

«Recomiendo á los cuidados y á la habilidad de mi «sabio colega al portador de la presente. Hace dieci«séis años tiene un grano canceroso en la frente. Dos «colegas han ensayado en vano los polvos de Rousse«lot y la pasta de Canquoin; yo mismo he recurrido «al cáustico sulfo-carbónico de Ricord sin ningún re«sultado: en presencia de este *statu quo* he aconseja«do á Mr. Caral, ex-teniente de Aduanas, que vaya á «consultar al Dr. Ressegnet, cirujano en jefe del «Hospital de Lagrave.

«E. DELORD, D. M.»

«12 de Marzo de 1872.»

«El pensamiento de una operación quirúrgica no me hacía gracia. Mi mujer, buena cristiana, me decía: «En vez de ir á que te martiricen en Toulouse, «deberías ir á Nuestra Señora de Lourdes.» Este dictamen me agradó, porque yo tenía fe, y, gracias á Dios, la he practicado siempre. Dos días después, el 14 de Marzo, vine á Lourdes.

«Me confesé, comulgué y bajé á la Gruta. Después de haber orado me acerqué á la fuente, y habiendo quitado los paños que cubrían mi horrible llaga, comencé á lavarla con una esponja, y me pareció que este agua saludable la purificaba, lo que me inspiró confianza. Me llevé seis litros de agua, y vuelto á mi casa hice todos los días nuevas lociones. La llaga disminuía de día en día, y al octavo no quedaba mas que la ligera cicatriz que puede V. observar ahora mirándola de cerca.

«En Castillón todos se han quedado admirados. Los médicos en general confiesan con dificultad los milagros; pero yo que lo creo y lo siento, he rezado desde entonces diariamente el Rosario en acción de gracias, y declaro y firmo aquí, para gloria de Nuestra Señora de Lourdes, que Ella es quien me ha curado.

«CARAL.

Lourdes, 15 de Junio de 1872.»

V

La Srta. Juana María Arsón, curada repentinamente de una terrible neurosis el 3 de Mayo de 1872

El señor Cura de Nuestra Señora de los Campos, en París, dirigía en Mayo de 1872 á los Padres misioneros de Lourdes la siguiente conmovedora relación:

Me lo suplican, y no puedo rehusar de certificar un suceso que ha pasado, por decirlo así, ante mis ojos, y cuya narración me parece propia para reanimar en las almas el sentimiento de la fe y la confianza filial en la protección poderosa de la augusta Madre de Dios.

Entiéndase que no tengo la pretensión ni el derecho de calificar la naturaleza de este hecho, y que me ciño al simple papel de historiador.

Trátase de una curación verdaderamente extraordinaria, ya sea que se considere la naturaleza del mal contra el cual se han agotado en vano todos los esfuerzos de la ciencia, ya que se examinen las circunstancias en las cuales este mal tenaz ha sido vencido repentinamente.

He aquí desde luego la naturaleza de la enfermedad tal como la encuentro descrita por uno de los médicos de la joven enferma. Transcribo á continuación palabra por palabra la nota del doctor:

«La Srta. Juana María Arsón, que reside con su

padre en la *rue Maubeuge*, n.° 61, en París, fué atacada durante diez meses de una neurosis general que se manifestó primeramente por alteraciones en las funciones del movimiento, agitación y conmociones desordenadas; luego por vivos dolores en el epigastrio y en el corazón, opresión, y desde el principio por aversión á la comida. La menor alimentación provocaba las crisis, las cuales se complicaron con exaltación de las facultades intelectuales, profiriendo durante horas enteras cantos y gritos. Después tuvo accesos con afonía, opresión y movimientos desordenados de la cabeza, del cuello, etc.

«Los accesos, que se sucedían varias veces al día, eran siempre acompañados de enfriamiento, y luego de sed y de transpiración, principalmente en las manos.

«Esta enfermedad ha resistido á todo medicamento.»

Pero esta enfermedad, que durante diez meses *ha resistido á toda especie de medicina*, desapareció repentinamente de una manera tan inesperada como extraordinaria.

Aquí también dejo la palabra á la joven enferma, y me limito á transcribir la historia que ella me ha hecho por escrito de su curación:

«En mi crisis del jueves por la noche (2 de Mayo de 1872), que fué muy violenta, tuve el pensamiento de prometer á Nuestra Señora de Lourdes, si me curaba durante la novena que pensaba empezar al día siguiente, que vestiría de blanco y azul por seis meses, no llevando ninguna alhaja durante este tiempo, y que iría en peregrinación á Lourdes.

«Desde aquel momento me sentí llena de una grande confianza, asegurando á todos que yo me vería libre de mis horrorosas crisis á lo más tardar dentro de nueve días; pero yo pensaba sufrir todavía mucho, pues la curación no la esperaba hasta el último día. Digo esto para demostrar que la imaginación no ha intervenido para nada en tan feliz acontecimiento.

«El viernes 3 de Mayo, después del almuerzo, caí en el letargo que precedía siempre á las crisis, pero que este día fué mucho más fuerte que de ordinario, pues mis manos estaban envaradas y encrespadas hasta el punto de hacer sufrir á los que me rodeaban.

«Ordinariamente y aunque no podía hablar oía lo que se decía en derredor mío, y movía la cabeza á fin de dar á entender que no era yo del todo extraña á lo que se hablaba delante de mí; pero esta vez ni siquiera pude dar señales exteriores de conocimiento, por lo fuerte de la contracción; también pensé con terror en la violencia de la crisis que iba á seguir.

«Habiendo dicho entonces mis padres que iban á rezar una decena de Rosario, me uní á ellos mentalmente; pero al llegar al *Gloria Patri* me fué imposible acabarlo. En este momento me vino el pensamiento de que habría menester de un libro de Misa azul para cumplir mi voto cuando fuera curada, de lo cual estaba más segura que nunca. Al mismo tiempo me parecía ver este libro, pero pronto se desvaneció, y al instante se me apareció la Santísima Virgen vestida de azul y rodeada de Angelitos vestidos también de azul y de blanco, cuya visión me causó un efecto de terror y admiración al mismo tiempo. La mirada de

la Virgen se fijó en mí con una bondad inefable, y parecía decirme: «Estás curada.»

«En aquel momento todos mis nervios se suavizaron súbitamente, y enderezándome en mi cama abrí los ojos exclamando: «Estoy curada.»

«Todo esto no duró más que un relámpago; pero el milagro era muy real, pues me levanté en seguida, y después de haber abrazado á todos los que me rodeaban me puse de rodillas. Entonces se rezó el *Magnificat,* al cual añadí yo el *Memorare.* En seguida me vestí y me dirigí hacia Nuestra Señora de las Victorias, á fin de dar gracias á la Santísima Virgen y comenzar mi novena.»

Este suceso tenía lugar el 3 de Mayo; hoy estamos á 30 del mismo, y la curación persevera. La señorita Juana María Arsón no ha sentido después de este tiempo ni una sola crisis nerviosa, y está hoy bastante fuerte para hacer á Nuestra Señora de Lourdes la peregrinación que le ha ofrecido.

J. C., *Cura de Nuestra Señora de los Campos.*

París, 30 de Mayo de 1872.

El 3 de Junio del mismo año, después de pasar veintiuna horas en ferrocarril, la Srta. Juana María Arsón vino á la Gruta acompañada de su padre Mr. Arsón, ingeniero, jefe del servicio de las fábricas de la Compañía parisiense del alumbrado, quien tiene la dicha de añadir su grave testimonio al del señor Cura de Nuestra Señora de los Campos. Además la Srta. Arsón testifica suficientemente su completa curación por su presencia y consuelo en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

VI

Curación instantánea de sor María Casimir en la Gruta de Lourdes el 8 de Julio de 1872

Los *Annales de Lourdes* referían en Diciembre de 1874 la siguiente conmovedora relación, que no necesita comentarios.

«Estaing, 26 de Abril de 1874.

«Reverendísimo Padre:

«Había formado en un principio el proyecto de tener secreta la curación milagrosa de que he sido objeto, pero la obediencia me obliga hoy á vencer toda la repugnancia que siento en publicarla. Para gloria de mi querida Bienhechora me resigno; no quisiera ser ingrata.

Yo, sor María Casimir, religiosa hace nueve años en la Congregación de San José, de Estaing (Aveyrón), fuí enviada á Niza (Alpes Marítimos) y pasé cinco años en este clima favorable á mi temperamento delicado.

«Al acabarse el invierno de 1872, en los primeros días de Marzo fuí atacada de una tos seca y tenaz que el médico calificó de bronquitis: pero el 4 de Junio se obró un cambio tan súbdito en mi estado, que el médico se asustó, concibiendo temores bien fundados de una afección de la medula espinal. Desde este momento

tuve frecuentes espasmos, que se prolongaban hasta cinco horas, sin que yo tuviera el menor conocimiento de lo que decía ni de los diferentes remedios que se me aplicaban durante estas crisis horrorosas, pues me han asegurado que cuatro Hermanas de las más fuertes no podían tenerme sobre la cama en donde me agitaba, gritando con más fuerza que pudiera hacerlo en sana salud.

«En fin, después de haber bregado de este modo entre los brazos de mis Hermanas alarmadas, y muy á menudo en presencia del doctor y del capellán de la casa, entré en delirio durante horas prolongadas; privada del uso de mis sentidos, rezaba según me han dicho, cantaba é invocaba sobre todo calurosamente el socorro de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, en quien yo tenía una confianza ilimitada. Un día vi á mi Superiora llorando que me sostenía en sus brazos. Me aconsejó que hiciera voto de una peregrinación á Nuestra Señora de Lourdes, lo cual efectué en el mismo instante con mucho gusto. Desde entonces comencé una novena con este objeto, y las Religiosas de cada una de las clases la hicieron seguir á sus alumnas, terminándola el 2 de Julio, día feliz y deseado en que tuve la dicha de recibir la Santa Comunión á las cinco de la mañana. La víspera y la mañana de la fiesta de la Visitación tuve un tiempo de crisis mas fuertes que de costumbre, tanto que hubo necesidad de hacer aguardar en la capilla al capellán que había comprendido la imposibilidad de que comulgase entonces. En fin, el Señor en su bondad me envió un momento de tranquilidad, recibí al objeto de todas mis

ansias, y las crisis desaparecieron para siempre!.. Después de mi acción de gracias, que fué tranquila, me apresuré á hacer notar á mi Superiora el cambio favorable de mi estado, y la confianza que yo tenía de poder ir pronto á dar gracias á mi amada Bienhechora de Lourdes. El doctor, que se había sorprendido con satisfacción de esta mejora sensible, se alarmó tres días más tarde el ver el frío glacial y el color de cera que observó en mis piernas hasta la mitad del cuerpo, en donde se había declarado una parálisis completa al mismo tiempo que un temblor en las manos.

«Luego tuvo lugar una consulta de varios médicos, que me declararon afectada para el resto de mis días; me punzaron y pellizcaron fuertemente, sin obtener la menor sensibilidad. La tristeza de mi Superiora habría llegado al colmo si una confianza filial no la hubiera sostenido, llevando su corazón y su espíritu hacia María nuestra tierna Madre. En efecto, animada de un pensamiento de esperanza que vino en socorro suyo, dijo al doctor que me iba á sacar de la cama y llevarme con la ayuda de una Hermana bastante fuerte á la santa piscina de Lourdes, lo que fué calificado de locura por el mismo médico.

«Con el beneplácito de nuestro respetable capellán abandonamos á Niza el 5 de Julio, no obstante que mis piernas inertes y encogidas eran impotentes á todo movimiento. Cuando llegamos á Toulouse el 7 por la noche, caí en los brazos de uno de mis hermanos, misionero en el Aveyrón, que se encontraba allí con uno de sus amigos, el Rdo. P. Carles, también misionero en Vabres (Aveyrón). El 8 de Julio, á la una de

la tarde, llegábamos cinco personas delante de la Gruta de Lourdes, en donde me senté sobre un banco á los pies de mi Madre del cielo, á quien estuve rezando tres horas en la misma actitud con nuestros dos misioneros postrados en el suelo detrás de mí: mi Superiora arrodillada á mi derecha, y la Hermana conversa á mi izquierda, me hacían una muralla con sus cuerpos, pues ese día había una multitud compacta que no nos permitió la entrada en la piscina milagrosa sino mientras las Vísperas, á donde se dirigió la mayor parte de los peregrinos. Varias veces y en cantidad bebimos los cinco el agua regenadora, y por intervalos mi Superiora tuvo la idea de hacerme lociones en las piernas, aguardando á que pudiésemos entrar en la piscina; y en medio de fuertes fricciones y punzadas repetidas, sentí en el pie derecho un hormigueo que me alegró mucho, así como á los que me asistían; alentadas por este primer beneficio, fuímos invitadas por nuestra Superiora á decir las Vísperas de Reglamento, y durante las Letanías de nuestro buen Padre San José, con que termina este ejercicio, el temblor de las manos cesó repentinamente en el momento en que un calambre bastante fuerte me hizo lanzar un débil quejido.

«Mi Hermano el P. Souques notó con satisfacción este primer favor, y partió con su amigo para asistir á las Vísperas á instancias de un reverendo Padre del lugar, que se ocupaba en bendecir los objetos que se le presentaban. Mi Superiora, aunque deseosa de obedecer igualmente, se excusó de no poder seguir á los fieles á la Cripta, puesto que yo no estaba curada. Vi que

ella deslizaba en la mano del buen Padre una pequeña ofrenda para el Santuario, recomendándome á sus santas oraciones. Y entonces, viendo fácil el acceso de la piscina, me llevaron y sumergieron en el agua, en donde fuí instantaneamente curada, no obstante que los baños fríos que me obligaron á tomar varias veces en Niza me hicieron tanto mal, que los médicos tuvieron que suspenderlos.

«Sintiendo que la fuerza había vuelto á mis pobres piernas, transportada de gozo exclamé: «¡Estoy cura-«da!» Mi Superiora me invitó á hacer la prueba ante el publico, dirigiéndome sin ningún apoyo á los pies de mi querida Bienhechora, en donde caí de rodillas entonando el *Magnificat*, seguido del *Ave, maris Stella*, y de las Letanías de María, que un centenar de espectadores que había quedado allí cantaba también con alegría admirable, acompañándome á la Cripta por la esplanada, que pude subir sin ayuda y sin fatiga para ir á recibir la bendición del Santísimo Sacramento, lo que puso el colmo á la dicha de que estaba inundada mi alma.

«Después de haber dormido tranquilamente toda la noche oí de rodillas una Misa de acción de gracias, en la que tuve la dicha de recibir la Santa Comunión, y me quedé oyendo otras muchas sin haberme desayunado y sin sentir fatiga. Desde entonces mi salud es excelente.

«¡Mil y mil acciones de gracias sean por siempre dadas á la bondad del Señor y de su Santa Madre!

«Sor María Casimir.»

VII

Curación súbita y radical de una asma crónica de dieciséis años, en Brujas, el 16 de Julio de 1872

El Director del convento inglés de Brujas ha recogido por sí mismo los detalles auténticos de este hermoso milagro, y envió á Lourdes la siguiente relación con el más explícito certificado del doctor de la Comunidad.

«Brujas, 29 de Julio de 1873.

«Mi reverendo Padre:

«Demasiado tiempo he tardado en llenar la promesa que hice á V. de darle detalles sobre la curación extraordinaria de una Religiosa del convento inglés, de Brujas, obtenida por intercesión de Nuestra Señora de Lourdes el 16 de Julio de 1872. He querido dejar pasar todo un año para confirmar con esta nueva prueba que la curación es muy verdadera, y no efecto de una sobreexcitación nerviosa y momentánea.

«He aquí, pues, los hechos: Hace más de quince años que la H. Teresa José sufría violentos accesos de asma. En estos últimos años las crisis eran cada vez más frecuentes y acompañadas de espasmos y de fuertes palpitaciones de corazón. Desde la fiesta de Pascua la enferma no había podido dejar el lecho, y los diferentes remedios que le fueron prescritos no

le procuraban ningún alivio: los médicos eran de parecer que la enfermedad había llegado á su último período y que no había nada que esperar de los socorros humanos.

«Entonces la enferma acudió á Nuestra Señora de Lourdes; hizo una novena, y todos los días tomó agua de la Gruta milagrosa, pero sin obtener mejora en su estado.

«Sin embargo, llena de confianza en la bondad de la Virgen Inmaculada, toda la Comunidad reunida hizo una segunda novena para obtener la curación de la pobre enferma, quien prometió hacer la peregrinación á Lourdes. Durante la novena el mal no hizo sino agravarse; creyeron que la muerte estaba cercana, y la enferma recibió la Extremaunción, no permitiéndole su estado recibir el Santo Viático.

«El domingo 14 de Julio, último día de la novena, no había mejora sensible, y la buena Hermana, perfectamente resignada á la voluntad de Dios, no esperaba más que morir. Esto no obstante, como el martes siguiente era el día aniversario de la última Aparición de la Santísima Virgen á Bernardita, continuó orando con confianza, esperando que acaso ese día la Virgen María oiría sus oraciones.

«Ella pedía su curación, no tanto por sí misma, cuanto para la mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen, y también á fin de que obtenido este favor por la invocación de María, pudiera hacer una impresión saludable en su familia, que era todavía protestante.

«En efecto, el 16 de Julio, mientras se celebraba la Misa de Comunidad, la enferma se sintió de repen-

te mejor, y llena de confianza se levantó sin ayuda de nadie, se puso sus vestidos y bajó al encuentro de sus Hermanas, cuya sorpresa y gozo ¡quién podrá apreciar!...

«Hacía diez días que no había podido soportar la menor alimentación, y he aquí que ahora toma el desayuno con las demás, y más tarde la comida sin sentir el más leve inconveniente. A la hora del Oficio va al coro y lo canta sin dificultad, lo cual ni aun en voz baja le había sido posible hacer por muchos años. Desde aquel día su enfermedad desapareció completamente, sin haber tenido la menor crisis.

«¡Honor y reconocimiento á la Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de Lourdes!

«Sírvase V. aceptar, etc.

«El abate A. Yzacq,
director del convento inglés, de Brujas (Bélgica) (1).

(1) Véase el informe del médico en los comprobantes, n.º 3.

VIII

Admirable curación de la Srta. María Luísa Delpon, referida por su médico

Clermont-l'Hérault, 24 de Julio de 1872.

He aquí la relación llena de vida y de fe que publicaba en el mes de Agosto de 1872 Mr. Chrestien, el sabio doctor de la Facultad de Montpeller:

«¿Puede Dios derogar las leyes que tiene establecidas y hacer milagros?» Esta pregunta, planteada por Rousseau en su carta III, escrita desde la Montaña, sería impía, dice, si no fuera absurda, y sería hacer demasiado honor al que la resolviera negativamente castigándole con el encierro. Pero también, añade, ¿qué hombre ha negado nunca que Dios pueda hacer milagros?

«Sin otro preámbulo voy, pues, á narrar el hecho siguiente:

«Llamado á Clermont-l'Hérault en los primeros días del pasado Abril para asistir á una señorita de catorce á quince años, que atacada al principio de una simple fiebre catarral se complicó pronto tomando forma periódica que exigía la administración del sulfato de quinina por diferentes vías, noté, lo mismo que el Dr. Revel, médico ordinario de la enferma,

varios síntomas que hacían temer congestiones sanguíneas, ya en el corazón, ya en el cerebro. Se conjuraron estas diferentes tempestades con aplicaciones de sanguijuelas y de ungüento napolitano en grandes dosis, sin hablar de varios vejigatorios en distintas regiones y hasta sobre la piel de la cabeza; pero el estado general de la enferma continuó dándonos vivas inquietudes. Su alimentación era, en efecto, muy difícil, y las rarezas de carácter inquietantes, porque después de querer estar primero en el convento en donde había caído enferma, exigió luego imperiosamente que la transportaran á casa de sus padres, lo cual no pudo efectuarse sino con ayuda de un sillón provisto de cortinas y llevado en brazos por cuatro hombres.

«El 19 de Mayo me telegrafiaron que fuese en seguida á Clermont con un segundo consultor. Me acompañó el Dr. Vaille, y al reconocer la gravedad del caso lo atribuyó en gran parte á la amenorrea que había sobrevenido.

«Convinimos, por consiguiente, los tres en que se aplicaran vejigatorios en los muslos, y que se procurara mantener las fuerzas de la enferma con caldos, gelatinas y otros medios nutritivos ya puestos en uso.

«Pero el cerebro se agravó más y más, aunque la inteligencia se mantenía sana: la cabeza, en efecto, no podía levantarse sin ayuda de otra persona; los párpados, siempre caídos, no bastaban para que la luz no le incomodase, y la enferma se hizo poner una venda de lienzo fino sobre los ojos.

«Más tarde los dedos se contrajeron en la palma de las manos, y reconocimos que la ceguera era debida á contracción de los músculos del globo del ojo, que no estando en el centro de la órbita no recibía los rayos luminosos.

«Sobrevino, en fin, la parálisis de las extremidades inferiores, y los días de la enferma se veían cada vez más comprometidos.

«Pidió ir á Nuestra Señora de Lourdes. En vano le objetamos las dificultades del viaje; y el 4 de Julio fuí llamado para hacérselas comprender, teniendo la dicha de que consintiera en dejarse llevar á la capilla de Nuestra Señora del Peyrou, á dos kilómetros de Clermont, haciéndole presente que la Santísima Virgen la oiría allí tan bien como en Lourdes.

«En efecto, el mismo día por la noche la madre de la enferma me escribió que llegada á Nuestra Señora de Peyrou, su hija había suplicado que le mojaran los ojos con agua de Lourdes de que iban provistas, y que al punto había recobrado la vista. Introducida en la capilla, la enferma se hizo locionar las piernas con la misma agua, y repentinamente las piernas pudieron moverse. Oyó la Misa que dijo por ella un sacerdote venido expresamente de Clermont, y con gran sorpresa suya la vió venir á la Santa Mesa para recibir la Sagrada Comunión.

«Inútil será decir que en vez de volver á Clermont tendida sobre los cogines del ómnibus en que había venido, pudo sentarse en ellos como las demás personas que la habían acompañado.

«Llegada que hubo á su casa fué al encuentro de

su padre, el que habiéndome conducido al ferrocarril por la mañana no había podido ser testigo de la peregrinación á Nuestra Señora de Peyrou.

«Desgraciadamente, á parte de haber recobrado definitivamente la vista, las otras mejorías no fueron más que provisionales. Agregóse á esto un nuevo síntoma de afección cerebral, pues la boca se le torció de una manera progresiva y notable, las ideas se le debilitaron cada vez más, y fueron reemplazadas por una idea fija formulada así: «Quiero ir á Lourdes.»

«Apesar de todas las dificultades que presentaba este viaje para una joven de catorce á quince años que era preciso llevar en brazos, se emprendió el 23 de Julio.

«Apenas llegó la enferma á Lourdes quiso ser llevada á la Gruta; y allí, en presencia de sesenta ó setenta personas que se lamentaban de su estado, se hizo locionar las manos, que se volvieron á abrir al instante. Semejantes lociones hicieron cesar inmediatamente la contorsión de la boca; y su inmersión en la piscina dió tal flexibilidad á sus extremidades inferiores, que después de una corta oración pudo subir las veintidós gradas que conducen á la capilla, en donde oyó la Santa Misa. En seguida almorzó como si su estómago hubiera funcionado siempre bien, y por la noche se dió otro baño general en la piscina y subió de nuevo las veintidós gradas. Al día siguiente, después de una buena noche, pudo ir á la iglesia á recibir la Comunión, y se sumergió tercera vez en la piscina por puro agradecimiento.

«Dichosa y contenta, quiso volver á Clermont en un

vagón de segunda clase, para probar que no tenía necesidad de que la gobernaran; llegó el 25 en el tren de las cuatro de la tarde, siendo objeto de la admiración de todos los que la habían visto partir tan doliente y tan enferma.

«¿Por qué no he de atestiguar yo esta curación milagrosa, despreciando las bufonadas de ciertos espíritus fuertes ó débiles?

«Haz lo que debes,
«Venga lo que viniere.

«CHRESTIEN
«Profesor agregado de la Facultad de medicina.

«Montpeller, 3 de Agosto de 1872.»

IX

Curación súbita y completa de una joven en Santa Fe de Bogotá (América del Sur), el 26 de Julio de 1872.

La Superiora general de las Hermanas de la Presentación envió á fines de 1873 á los misioneros de Lourdes la siguiente carta, certificando un hermoso milagro que la Virgen Inmaculada había obrado en la América del Sur.

«Mi reverendo Padre:

«Nuestras Hermanas establecidas en Santa Fe de Bogotá acaban de comunicarme la relación de una curación milagrosa obrada en dicha ciudad por intercesión de Nuestra Señora de Lourdes. Dirijo á V. este documento para que si lo juzga oportuno lo publique á gloria de María Inmaculada.

«Mercedes Torres nació en 1847, y tuvo una salud delicada hasta la edad de veinticuatro años, época en la cual la obligaron á guardar constantemente cama los dolores violentos y casi generales que sufría. Afligida su madre, se dirigió á varios médicos, que declararon á Mercedes atacada de cuatro tumores; tres en la pierna y uno en el corazón. Todos los remedios fueron ineficaces; y la joven, que cada vez sufría más, esperaba hacía *veintiséis meses* una curación que nadie de los suyos se atrevía á esperar,

hasta que su piadosa madre oyó hablar de los innumerables milagros obrados en Lourdes por intercesión de la Santísima Virgen.

«Esto fué en los primeros días de Julio de 1872, y entonces resolvió dirigirse á esta poderosa Consoladora de los afligidos. El 17 de dicho mes comenzó una novena, á la cual se asociaron todos los miembros de la familia, y Mercedes oraba especialmente con esa fe que obtiene milagros: el 20 y 21 bebió un poco de agua de la Gruta de Lourdes; pero los días siguientes la fué imposible continuar tomándola, á causa de una inflamación violenta que le sobrevino en la garganta. Por fin, el 26 de Julio, último día de la novena, comulgó á las siete de la mañana, y sintió violentos dolores en la pierna; pidió el agua milagrosa que quedaba, y la bebió con confianza. ¡Oh sorpresa! ¡oh dicha! ¡en el mismo momento Mercedes sintió que estaba curada!...

«El sacerdote acababa de dejarla; se había quedado sola con su sobrina de trece años, y ¡cuál no fué la admiración de esta niña viendo que la enferma dejaba su cama con prontitud y se ponía de rodillas para dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes!

«La madre estaba en una pieza contigua; acude al instante, y juntando sus acciones de gracias con las de su hija, en el fervor de su reconocimiento consagra á Mercedes á la Reina del cielo, juzgando imposible que la que acababa de obtener un favor tan grande perteneciese más al mundo.

«La piadosa jóven, muy feliz en ratificar el voto de su madre, recibió el 29 de Septiembre de manos

del ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá las blancas libreas de Nuestra Señora de Lourdes, con permiso de llevarlas siempre que asistiera al Santo Sacrificio. Al mismo tiempo Mercedes cambiaba su nombre por el de sor Miguel Arcángel, en honor de la fiesta del día.

«Después ha solicitado y obtenido el permiso de entrar en calidad de segunda maestra del taller de nuestra casa de huérfanos, deseando pasar el resto de sus días en la práctica de las buenas obras. Su sobrinita Luisa Samudio, testigo del milagro y huérfana de padre y madre, abrazó el mismo Instituto que su tía.

«He escrito las líneas que preceden dictadas por Micaela, que no puede oir hablar del favor que María le ha concedido sin derramar lágrimas de ternura. Es una joven sencilla y modesta; se edifica uno de verla arrodillada piadosamente en la capilla; sus largos vestidos blancos y su cinturón azul recuerdan la milagrosa aparición, y una dulce emoción se apodera del que contempla esta alma privilegiada de la Reina de las vírgenes.

«A la vez que hago votos porque Nuestra Señora de Lourdes sea glorificada con este testimonio de reconocimiento, ruego á V., reverendo Padre, acepte la seguridad de los sentimientos respetuosos con que soy su humildísima servidora,

«Sor Calvario,

«Superiora general de las Hermanas de la «Presentación de la Santísima Virgen.»

X

Curación súbita de una anemia crónica declarada incurable, en Lourdes, el 6 de Agosto de 1872

El milagro conmovedor que referimos aquí se obró en la piscina de Lourdes, y lo refirió en los *Annales* el venerable Cura de Gueyrac (diócesis de Burdeos), que había sido testigo de los largos dolores de la pobre incurable.

Margarita Bobe, cuya salud ha sido siempre débil, fué atacada hace seis años de una crisis violenta, durante la cual experimentó sofocaciones muy dolorosas y parálisis de una parte del cuerpo: yo la administré los últimos Sacramentos, y guardó cama por muchas semanas. Estas crisis le volvieron periódicamente, en el espacio de cerca cuatro años, cada dos ó tres meses, produciendo los mismos resultados. Hacía dos años que al parecer eran menos violentas; pero la enferma, siempre muy débil, no podía salir de su habitación ni entregarse á ningún trabajo, á pesar de que su modesta pero sólida piedad le daba cierta energía de voluntad.

A estos sufrimientos físicos venían á juntarse grandes penas morales, y como no era huérfana, la pobre Margarita Bobe veía cada día su piedad filial sujeta á duras pruebas. En fin, viendo que se le prohibían hasta los consuelos religiosos, rogó á su médico el doc-

tor Piffón que viniera á buscarla en su coche y la llevase al hospicio de Lesparre, donde tampoco experimentó mejoría sensible durante tres meses; antes al contrario, hacía ocho días que se sentía peor que de costumbre, cuando oyó hablar de la peregrinación que se organizaba en Medoc á Nuestra Señora de Lourdes.

Al punto concibió el deseo de tomar parte en ella, sin que nada pudiera hacérselo abandonar. Conducida á la Gruta de Lourdes, después de un viaje de dieciséis horas y una noche de insomnio y de sufrimientos, se sumergió en la piscina ayudada de la Superiora del hospicio de Lesparre, que se había empeñado en acompañarla. Y estuvo en poco que una crisis horrorosa la ahogara, sin hacerla perder por esto su confianza en María.

Esta confianza no fué defraudada, pues Margarita, que entró en la piscina casi agotada por el sufrimiento y la debilidad, salió de allí bien pronto llena de fuerza y de salud; y sin tomarse el tiempo necesario para acabar de arreglar su tocado, salió descalza á llevar su muleta á la Gruta, y volvió á calzarse cerca del Gave, á donde la siguieron muchos peregrinos haciéndole preguntas. Contestó á todos, y siguió en el resto del día, sin ningún apoyo ni la menor fatiga, los ejercicios de la peregrinación; fué muchas veces de la Gruta á la iglesia y de la iglesia á la Gruta; y al volver á Burdeos pasó otra noche sin dormir; anduvo, después de llegar, más de un kilómetro á pie por el empedrado de la ciudad; regresó á Lesparre, vino al día siguiente á visitarme, subió con paso ligero las escaleras del presbiterio, y mostró de esta manera

á todos que su curación era tan completa como fué instantánea.

Desde hace dos meses se entrega á sus ocupaciones habituales, sin haber experimentado nunca el menor ataque del mal que durante seis años había paralizado todas sus fuerzas.

En presencia de estos hechos, que declaro exactos delante de Dios y de los hombres, conociendo la piedad tranquila y sólida de Margarita Bobe, no puedo menos de proclamar la poderosa bondad de Dios y de su Madre Santísima, revelar sus obras como lo manda la Santa Escritura, y adherirme, en fin, de todo corazón al relato tan cristiano y tan bien motivado del Dr. Piffón, con el cual tengo el gusto de concluir estas pocas líneas (1). El Dr. Piffón ha tenido el valor de decir la verdad, á ejemplo de los doctores Dozous, de Lourdes; Amadou, de Pontacg; Poueymiro, de Mirepoix; Filhol y Roques, de Toulouse; Vergés y Chrestien, de Montpellier; Bermont, de Burdeos, y otros más cuya fe viva y valor igualan á la ciencia. ¡Quiera Dios que este ejemplo encuentre imitadores en el cuerpo médico, y haga también que esta simple relación, que deposito á los pies de María Inmaculada en su bendito Santuario de Lourdes, ilumine y mueva á los que lo lean!

Lourdes, 7 de Octubre de 1872.

GUILLARD,
Cura de Queyrac (Gironda).

(1) Véanse los comprobantes, n.º 4.

XI

Curación repentina de una Religiosa de Auch, atacada de una lepra incurable, el 18 de Agosto de 1872.

Los *Annales de Lourdes* referían en el mes de Septiembre de 1872 la siguiente maravillosa relación:

«Mi reverendo Padre:

«En nombre del agradecimiento que debemos á nuestra Madre Inmaculada, y para mayor gloria de Dios, vengo á suplicar á V. se sirva publicar en el próximo número de sus *Anales* el señalado favor que acabamos de recibir.

«En la ciudad de Auch (Gers) una de nuestras Religiosas fué atacada en todo su cuerpo de una enfermedad cutánea, que la hacía sufrir horriblemente. Al principio pensó serían solamente algunas erupciones pasajeras, y juzgó inútil hablar de ellas. La pobre Hermana se había engañado de medio á medio, pues lejos de disminuir, su mal iba en aumento, y los sufrimientos fueron creciendo en las mismas proporciones que la enfermedad; la paciente guardaba siempre silencio, dichosa de sufrir á ejemplo de Jesús, su Esposo celestial, que no abrió nunca la boca ni aun en lo más fuerte de sus cruelísimos dolores.

«Pero alteradas sensiblemente sus facciones, pronto hicieron traición á su heroico secreto, y todo su cuerpo apareció entonces cubierto de horrorosas llaguitas abiertas, cuya podre calaba todos sus vestidos.

«La digna Superiora hizo llamar en seguida al médico, quien declaró que la enfermedad era á la vez contagiosa y de las más rebeldes á todos los esfuerzos de la ciencia. Prescribió, sin embargo, un régimen, pero tan convencido de la ineficacia del remedio, que la Superiora no se engañó, antes vió claramente que se necesitaba nada menos que un milagro para que la enferma recobrara la salud, y preservara á su querida y ferviente Comunidad de un contagio de los más funestos. ¡Era la lepra!

«Esto no obstante, para no tener nada que reprocharse y «para no tentar á Dios,» como ella decía, quiso ejecutar rigurosamente las prescripciones del médico, uniendo á los remedios ordenados el empleo del agua de la Gruta de Lourdes, y al mismo tiempo se comenzó una novena por toda la Comunidad en favor de la pobre paciente. Las fricciones no hicieron más que añadir nuevos sufrimientos á los anteriores, ya demasiado crueles, y sin embargo se continuaron durante todo el tiempo marcado por el médico; pero jamás se produjo el más ligero alivio en el estado de la enferma.

«Los medios humanos eran, pues, ineficaces, y la conciencia de la Superiora estaba á salvo por este lado; así es que en lo sucesivo sólo se pensó en los medios sobrenaturales.

«Se empezó una segunda novena, y las fricciones se hicieron con agua de la Gruta solamente. Al fin de la

novena, el 15 de Agosto, día de la Asunción, la pobre inficionada suplicó la permitieran ir á la Santa Misa; mas no creyeron conveniente acceder á su deseo por ser su estado absolutamente el mismo.

«Empezóse otra novena, continuando siempre las fricciones con el agua pura de la Gruta, y al tercer día de esta última novena, ó sea el domingo 18 de Agosto, nuestra querida leprosa reiteró su petición é insistió tanto, que ya no fué posible negárselo. Se levantó, pues, y con la ayuda de dos compañeras se dirigió al coro.

«Después de la Santa Misa, que oyó entera y de rodillas, la tomaron para llevarla á la enfermería; y en el trayecto la enferma quiso volver de nuevo al coro, yendo en efecto *sola,* y á donde llegó y suplicó á la Superiora que tuviera la bondad de salir, porque tenía que hablarle.

«La Superiora, toda alarmada, se levantó y siguió á la enferma. Esta, después de dar algunos pasos fuera del coro, se volvió y dijo á la Superiora con un aire transportado de gozo: «Madre, estoy curada.» La Superiora temió una exaltación ocasionada por el sufrimiento, y recomendó á la Religiosa que se tranquilizara. «Madre, estoy curada,» replicó la enferma con vivacidad.

«Entraron en una pequeña habitación inmediata, donde la querida enferma descubrió sus miembros ante los ojos maravillados de la Superiora, que vió no existía ya ni podre, ni pústulas, ni llagas, sino solamente pequeñas manchas rojas que probaban acababa de desaparecer el mal.

«Continuaron las fricciones con el agua de la Gruta, y las mismas que estaban presentes veían desaparecer las manchas hasta quedar dos días después sólo alguna que otra esparcida aquí y allá; y desde entonces nuestra feliz resucitada volvió á tomar su oficio, y sigue todos los ejercicios de la Comunidad sin sentir la más mínima molestia.

«Gracias, pues, sean dadas, reverendo Padre, á nuestra Madre Inmaculada, y ¡ojalá que este señalado favor la haga exaltar, bendecir y amar más!

«Ruego á V. acepte, etc.

«Sor J. María del Santísimo Sacramento.»

XII

Curación instantánea de una gastralgia incurable que duraba hacía tres años, en Lourdes, el 27 de Agosto de 1872.

El señor Cura de Echaubrogues, de la diócesis de Poitiers, entregó personalmente á los Padres misioneros de Lourdes la siguiente relación de un milagro del que había sido testigo ocular:

Reverendísimo Padre:

¡Gloria á Dios y reconocimiento á María!

Apenas fué anunciada la peregrinación de Bressuire y Niort (diócesis de Poitiers), en la religiosa comarca conocida bajo el nombre de Vendée militar, cuando un ímpetu irresistible se apoderó de nuestras piadosas poblaciones y las condujo al santuario venerado de la Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de Lourdes.

La parroquia de San Pedro de los Echaubrognes reavivó su antigua fe, y comisionó á más de veinte hijos suyos para ir en su nombre y en el de la parroquia entera á tributar sus homenajes á la Reina del cielo, y á rogar por ellos, sus familias, por Francia y por la Iglesia. Los votos de todos nos acompañaban, y podía esperarse que si no eran totalmente escuchados, por lo menos lo serían bastantemente para que la benevolencia de nuestra Madre Santísima se

manifestase favorable á nosotros en la persona de María Tisseau, de veinticuatro años de edad. Esta joven, la mayor de diez hermanos, pertenece á una familia cristiana que hace generosamente á Dios el sacrificio de sus hijos, cinco de los cuales están ya consagrados á Nuestro Señor, pues han abrazado la vida religiosa ó aspiran á ella estudiando en los Seminarios.

La mayor habría renunciado también al mundo si la enfermedad no la retuviera forzosamente en la casa paterna. A ejemplo del hermano pequeño de San Bernardo, ella veía partir sucesivamente á un hermano y á una hermana, y viendo que las suertes no eran iguales contentábase con suspirar, pero sin murmurar. Decía: «Que se haga la voluntad de Dios y no la mía;» y esperaba siempre contra todas las apariencias humanas.

Atacada de una enfermedad de estómago hacía tres años, no podía retener ningún alimento ni siquiera las bebidas más ligeras. Todo cuanto tomaba lo devolvía al instante; así es que á pesar de los cuidados más asiduos de sus padres y de los médicos, á semejanza de una tierna planta atacada por un gusano en su raíz, se la veía languidecer y bajar insensiblemente á la tumba. En tal estado, ponía su confianza en Dios sin omitir ninguna de sus prácticas religiosas, y la Santa Eucaristía era la única cosa que podía conservar en el estómago.

La semana que precedió á nuestra partida estaba en la cama moribunda, y ensayaron apartarla de su piadoso designio diciéndole que ciertamente moriría

en el camino. «¿Qué me importa, contestaba, morir aquí ó en el vagón? He prometido ir á Lourdes, é iré viva ó muerta; pero tengo confianza que María Inmaculada me curará y que volveré con salud.» Ante semejante voluntad, era preciso detenerse y resignarse; el cura no podía dejar de tomar en cuenta las preocupaciones de un viaje fatigoso de cerca de cuatrocientas leguas entre ida y vuelta, y de prevenirse contra todas las eventualidades.

La víspera de la partida tuvo un poco de alivio, y su madre la condujo á la estación de Châtillon-sur-Sèvre, á donde pasamos á recogerla. Hasta Lourdes su estado fué poco más ó menos el mismo, sin que su estómago pudiera resistir ningún alimento: en cuanto llegó quiso recibir la Santa Comunión, á pesar de las fatigas del viaje y de lo avanzado de la hora. La Santísima Virgen debió recibir con agrado una voluntad tan firme, y el Señor escuchaba sus oraciones. Habiendo tomado un poco de alimento después de haber recibido á su Dios, tuvo los mismos accidentes de los días anteriores. Tenía un afán grande de ir á la Gruta y saciarse en la fuente milagrosa, y ¡oh prodigio! bebió grandes tragos de esta agua milagrosa, la retuvo y fué á tomar otro poco de alimento; ¡estaba curada!... Ella, la moribunda de los días anteriores, pudo dirigirse á la Gruta á pie varias veces al día, y desde el mismo instante siguió á sus compañeras por todas partes á donde iban, y entró en su casa al parecer menos cansada que los que con buena salud la habían acompañado. Curada el 27 de Agosto de 1872, volvió á Lourdes el 27 de Mayo de 1873 á dar gracias á María

nuestra Madre por la salud que de su bondad había recibido. ¡Gloria á Dios y agradecimiento á María!

Tengo el honor de ser de V., reverendísimo Padre, afectísimo y humilde servidor,

S. Riviere,

Cura de los Echaubrognes (1).

(1) Véanse los comprobantes, n.º 5.

XIII

Curación súbita de una pobre criada enferma hacía veintisiete años, en Lourdes, el 27 de Agosto de 1872.

La relación de este prodigio se debe al Dr. Galissón, que por muchos años fué el amo y el médico de la pobre enferma.

Rochefort-sur-Loire (Maine-et-Loire), 4 de Febrero de 1873.

Mi reverendo Padre:

Tengo el honor de acompañar á V. el relato de una enfermedad crónica asistida por mí durante veintisiete años, y sobre su curación instantánea en la Gruta de Lourdes, llamada de la Aparición, el 27 de Agosto de 1872.

Varias veces la dichosa mujer, que ha sabido apreciar los efectos de la intervención sobrenatural en su favor, me ha suplicado, movida de gratitud, que envíe á V. la historia de sus largos sufrimientos y de su curación tan maravillosamente súbita; mas yo he querido esperar hasta hoy para asegurarme de los resultados de este hecho verdaderamente milagroso.

Ruego á V., mi reverendo Padre, me acuse recibo de mi relato y acepte la expresión de los sentimientos respetuosos con que tengo el honor de ser de V. humildísimo servidor,

P. Galissón.

Margarita Gehier, de cincuenta y nueve años de edad, natural y residente en Rochefort-sur-Loire, distrito de Angers, departamento de Maine-et-Loire,

de constitución linfática, ó mejor dicho escrofulosa, fué atacada en su juventud de varias afecciones escrofulosas á consecuencia de su mal temperamento.

En 1846, estando sirviendo en Rochefort en casa de mi hermana, soltera y sola, dió una caída que la produjo agudos dolores en la región de la cadera derecha, obligándola á guardar un reposo completo durante catorce meses.

Todos los signos de mal de cadera del lado derecho aparecieron entonces, y existieron durante largo tiempo dolores agudos en la región fémuro-tibial, síntoma patológico de dicha enfermedad. Un reposo prolongado y aplicaciones de numerosos y dilatados cauterios con la pasta de Viena sobre el miembro enfermo produjeron, juntamente con un régimen interno apropiado á la enfermedad y al temperamento de la persona, una mejoría que la permitió hacer penosamente durante quince años el servicio de criada en mi casa, ejerciendo yo la medicina en Rochefort-sur-Loire.

Durante estos quince años, aunque la enferma estaba libre de los trabajos penosos de la casa por tener yo un criado á mi servicio, los dolores aparecieron de nuevo frecuentemente en el miembro inferior derecho, ya enfermo hacía mucho tiempo.

En el mes de Noviembre de 1868 el mal tomó una intensidad más grande: hinchazón considerable en la parte superior y externa del muslo derecho, un poco de prolongación de este miembro inferior, dolores más vivos que nunca en la rodilla, hidartrosis bastante considerable, reposo absoluto en la cama durante ocho ó nueve meses, régimen por segunda vez de revulsi-

vos activos, y empleo de preparaciones yoduradas al interior y exterior.

A los cuatro años de alternativas á mejor y á peor salió de mi casa y fué á la de su hermana, donde después de permanecer en cama largo tiempo, quedó imposiblitada de andar si no era con muletas, y aun así lo hacía con trabajo y muy despacio.

A consecuencia de tumores en la rodilla, acompañados frecuentemente de atroces dolores, le sobrevino una anquilosis casi completa de la articulación, con imposiblidad para arrodillarse desde hacía cuatro años. Tenía continuos dolores en la región iliaca derecha, que le producían un insomnio casi absoluto durante lapsos de tiempo más ó menos largos, y el sueño regularmente muy penoso.

En Abril de 1872 resultáronle de nuevo muy fuertes dolores en la cadera, y un hidartrosis más acentuado que nunca se manifestó con sufrimientos intolerables. Algunos vejigatorios y unturas de yoduro de potasa y de opio calmaron los dolores y disminuyeron la hinchazón. Pero la rodilla estaba mucho más voluminosa; la anquilosis era más completa.

Continuando en este mismo estado, el 25 de Agosto de 1872 partió la enferma para Lourdes en compañía de algunos parientes y amigos. Muchas personas le aconsejaban que no emprendiera un viaje tan penoso, que podía ser fatal y agrávar su triste situación.

Aunque ya había hecho esta pobre mujer varias novenas en Rochefort para obtener su curación, ó por lo menos un alivio á su mal por la intervención de Nuestra Señora de Lourdes, en quien había puesto

toda su confianza, se decidió á hacer tan larga peregrinación.

Luego que llegó á la Gruta llamada de la Aparición el 27 de Agosto, se puso en seguida en oración y permaneció durante diez minutos hincada de rodillas sin la menor dificultad, sin la menor molestia; se levantó, y sentía que podía andar apoyándose en sus dos piernas sin el auxilio de las muletas. Hacía tres años llevaba una rodillera de goma para comprimir la articulación crónicamente afectada, y en el trayecto de la capilla á la población de Lourdes dicha rodillera se le aflojó y cayó á la garganta del pie, y no siéndole ya necesaria la dejó en Lourdes.

El 29 de Agosto partió de Lourdes con sus compañeros de viaje. Llegó á Pau, y como el tren se detuviera en la estación dos horas y media, á pesar de la prohibición de sus parientes, sintiendo que podía andar fácilmente, lo hizo en compañía de los suyos sin apoyo y sin socorro de nadie, subiendo al castillo de Enrique IV; y para regresar á su casa, después de bajarse en la estación de la Poissonnière, anduvo tres kilómetros á pie sin cansarse.

Desde su vuelta á Rochefort, que tuvo lugar el 30 de Agosto, no siente, según dice, ningún dolor en la cadera, ni en la rodilla, ni en la región iliaca derecha, la cual desde mucho tiempo ofrecía al examen una dilatación considerable y hacía temer la palpitación, infartos y tumores de mala naturaleza.

La parte inferior derecha del abdomen ha vuelto de repente á su estado normal. La flexibilidad y la agilidad de la articulación fémuro-tibial derecha son igua-

les á las de la izquierda; y el 30 de Agosto el estado general de Margarita á su llegada de Lourdes era lo que es hoy.

Para mí esta mujer, á quien he seguido como médico desde hace cuarenta y tres años, era incurable con el auxilio de los medios naturales durante el resto de su días.

Puedo, pues, afirmar con conocimiento de causa y en la sinceridad de mi conciencia, que la instantaneidad de la completa mejoría del mal crónico y complicado descrito anteriormente me pone en la obligación de creer en una *intervención sobrenatural.*

Después de aguardar cinco meses para ver si los felices resultados de este hecho maravilloso se mantenían, me he decidido á hacer esta narración que se me ha pedido y reclaman mi fe plenamente ilustrada y el interés de la verdad.

Rochefort-sur-Loire (Maine-et-Loire), 30 de Enero de 1875.

P. Galisson,
ejerciendo la medicina 43 años en dicho distrito.

XIV

Curación instantánea de un raquitismo incurable de quince años, en Lila, el 8 de Septiembre de 1872.

La diócesis de Cambrai brilla entre todas por el esplendor de su fe viva y de su ardiente devoción hacia Nuestra Señora de Lourdes. Como verdadera Madre y Reina de misericordia, la Santísima Virgen ha querido recompensar con varios milagros estupendos la piedad de estas poblaciones. Sólo en el mes de Septiembre de este mismo año se dignó obrar cinco curaciones asombrosas. La primera data de la fiesta de su bendita Natividad, y su narración la tomamos de la *Semaine religieuse de Cambrai* y de los *Annales.*

Una curación en la que todos los espíritus serios ven la intervención sobrenatural, acaba de producirse en la casa de las Hijas de la Caridad conocida bajo el nombre de *Casa de huérfanos de sor Sofía,* situada en Lila, en la calle de la Barre. Hemos recogido sobre ella los siguientes detalles, cuya rigurosa exactitud garantizamos.

Una huérfana llamada Sofía Druón, de Lila, de veintiséis años de edad, recibida en dicha casa hará pronto veinte, había sido atacada á los once años de una parálisis que la privó del uso de sus miembros. Erale absolutamente imposible andar, estar de pie, ponerse de rodillas ni moverse cuando estaba sentada

ó acostada; los brazos y las piernas, sin fuerza y sin calor, se habían torcido en forma de arco; la pierna derecha la tenía entrelazada alrededor de la izquierda; las rodillas tenían enormes tumores: cuando una de sus compañeras la llevaba se veían balancearse estos miembros muertos como débil vara de que se sirve el labrador para batir el grano. La pierna derecha estaba más corta que la otra unos diez centímetros. Hace sobre quince años, cuando esta parálisis que atacó la medula de los huesos se produjo, la Superiora de la Casa de huérfanos consultó al Dr. Parise, el cual contestó que no había remedio posible y que esta joven estaría enferma toda su vida.

Desde entonces, en efecto, ninguna mejoría se había obrado en el estado de Sofía Druón. Un gran número de personas la han visto acompañando á las huérfanas en sus salidas sobre un cochecito proporcionado por varias personas caritativas en Julio de 1868; la conocían bajo el nombre de la *enfermita*. Sus compañeras la llevaban de sala en sala, y nosotros la hemos visto llevar muchas veces á la capilla en brazos de otra huérfana.

La confianza en Dios y la esperanza de su curación no la habían abandonado nunca. Había hecho ya diez novenas para obtener la gracia de andar, pero todas sin éxito, y sin embargo no desconfiaba. Como iba creciendo en edad, se iba haciendo más pesada y más difícil para sus compañeras la carga de transportarla de una sala á otra; por lo que resolvió á fines de Agosto último hacer una novena en honor de Nuestra Señora de Lourdes para obtener el favor de poder

andar, á lo menos con muletas, y evitar así á sus compañeras la molestia que les ocasionaba, lo que serviría también para aumentar su devoción. Muchas de las Hijas de la Caridad de la casa y unas cuarenta huérfanas hijas de María, se asociaron á su piadoso pensamiento; y á fin de juntar la penitencia á la oración, Sofía Druón ayunó durante los nueve días sin que lo supieran sus maestras, que no se lo habrían permitido por el estado delicado de su salud.

La novena debía concluirse el domingo 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, á las tres de la tarde; y en la mañana de este día Sofía Druón fué llevada á la capilla, en donde comulgó, al refectorio, á la sala de estudios, y últimamente á la sala de recreo.

A eso de las nueve se encontraba en esta sala con unas veinte huérfanas, cuando, confiando siempre en el poder de Aquella cuya intervención imploraba, pidió un poco de agua de la fuente de Lourdes. La bebió, y suplicó á una de sus compañeras que rezara con ella el *Ave María*. Apenas había acabado esta oración, sintió un fuerte estremecimiento en todos sus miembros; sus piernas se enderezaron, se levantó y se dejó caer. Mas agarrándola por la mano su compañera, se levantó de nuevo y echó á andar. Luego se oyó resonar en toda la sala, y pronto en toda la casa, este grito de admiración y de alegría. «¡Sofía anda! ¡Sofía anda!»

Andaba, en efecto, por la primera vez después de quince años. Sus piernas, que en un instante se pusieron rectas, rígidas y fuertes, podían moverse y lle-

varla. Atravesó el patio, subió sin dificultad la escalera y luego la que conduce á la capilla, á fin de dar gracias á la Virgen que le había obtenido un favor tan grande del Todopoderoso. Todas sus maestras y compañeras la habían seguido; y transportadas de reconocimiento y de dicha entonaron el *Magnificat*, dando gracias á Aquel que había mirado la humildad de su sierva y hecho en ella grandes cosas.

Cuando una hora después se dirigió Sofía Druón á la iglesia de Santa Catalina, para asistir á la Misa parroquial, todos se sorprendieron al verla andar: á la salida de la iglesia una muchedumbre compacta se colocó á su paso para contemplar á la que acababa de ser objeto de lo que no vacilaban en llamar un milagro.

Desde entonces hemos visto varias veces á Sofía Druón, que anda fácilmente y sin esfuerzos: los huesos de las piernas han recobrado el calor, la fuerza y la forma recta que habían perdido. La pierna derecha se ha alargado unos ocho centímetros; las rodillas tienen el grueso natural. Una mejoría notable ha experimentado en el brazo derecho; y, lo que antes le era imposible, ahora puede hacer fácilmente la señal de la cruz.

He aquí la relación exactísima del hecho que acaba de pasar en Lila. La huérfana que ha sido objeto de esta curación no podía andar ni moverse hacía quince años; los médicos la habían reputado por incurable; ha sido curada instantáneamente el último día de una novena que hacía en honor de Nuestra Señora de Lourdes, en el momento que acababa de beber un poco de

agua de la fuente de Lourdes y de rezar un *Ave María*, cuyo hecho tuvo por testigos á unas veinte huérfanas que se encontraban en la sala donde se realizó, y á todas las huérfanas y sus maestras que acudieron al grito de: «¡Sofía anda! ¡Sofía anda!» Tiene por testigos á un número considerable de personas de la parroquia de Santa Catalina, que vinieron á verla *andar*, á ver entrar y salir de la Misa parroquial á la que hacía quince años oían llamar la *enfermita;* tiene por testigos á una porción de eclesiásticos y de personas de toda condición, que hace ocho días han ido á visitar á la huérfana y oírla contar las circunstancias que han concurrido en su curación; tiene por testigo al médico de la casa, que después de haber visto é interrogado á Sofía Druón ha declarado que el dedo de Dios estaba allí. Todos dicen que ha habido milagro; nosotros lo decimos también, añadiendo sin embargo que sólo á la Iglesia pertenece fallar con autoridad de cosa juzgada en una cuestión de esta naturaleza.

Al terminar quisiéramos hacer notar lo que hay de providencial en el hecho que acabamos de referir. Los periódicos irreligiosos y los incrédulos se tomaron la tarea hacía algunas semanas de atacar de un modo especial las peregrinaciones á Nuestra Señora de la Saleta y á Nuestra Señora de Lourdes: una hoja de Lila tuvo la desfachatez de ridiculizar los milagros, interpretando en sentido irrisorio la devoción á Nuestra Señora de Lourdes; y he aquí que á pocos pasos de la oficina de esta hoja se efectuó un hecho prodigioso por intercesión de la Santa Virgen, invocada bajo la advo-

cación de Nuestra Señora de Lourdes; y este hecho es tan evidente que el tal periódico no se ha atrevido todavía á atacarlo. La parroquia de Santa Catalina, cerca de la cual está situada la Casa de huérfanos, se dispone á devolver pronto la estatua venerada de Nuestra Señora de la Treille á la iglesia que se construyó bajo esta advocación; y de aquí que digan muchas personas de esta parroquia que la Santísima Virgen ha indicado con un prodigio bajo qué advocación quiere ser invocada en el altar que dejará vacío la estatua de Nuestra Señora de la Treille.

En medio de las tristezas que nos afligen, es consolador ver cómo se manifiesta el poder de Dios por sucesos brillantes que reducen á la impiedad al silencio, fuerzan á la indiferencia á la admiración, excitan la devoción de los fieles y dan á todos los que sufren la esperanza de la curación y de la salvación (1).

(1) Véanse los comprobantes, n.º 6.

XV

Cura súbita de un tumor en la rodilla, en Tourcoing, el 17 de Septiembre de 1872

Este segundo milagro nos ha sido referido por la Superiora del Hospicio general de Tourcoing, testigo ocular.

«Tourcoing, 28 de Octubre de 1872.

«Señor Director:

«Tengo el honor de transmitir á V. la relación de un hecho, por lo menos extraordinario, que ha tenido lugar en el Hospicio de Tourcoing (Norte) el 17 de Septiembre último. En este momento en que Nuestra Señora de Lourdes se complace en derramar en el mundo y particularmente sobre Francia los tesoros inefables de sus gracias y de sus bendiciones, es quizás más oportuno que nunca recoger hasta las migajas de su maternal liberalidad. Con este objeto rogamos á V. reserve un rinconcito de sus *Annales* á la narración siguiente, que será una modesta flor añadida al enorme y magnífico ramillete de milagros que brilla en este momento en manos de Nuestra Señora de Lourdes.

«Filomena Patyn es una huérfana de dieciocho años, que entró en el Hospicio algunos meses antes de su primera Comunión, y se hizo notar allí siempre

por la dulzura de su carácter y el candor de su piedad. Aunque de complexión bastante delicada exteriormente, había gozado siempre de buena salud.

«Pero á fines de Mayo de este año comenzó á sentir en la rodilla derecha un fuerte dolor sin saber de qué procedía. Durante largo tiempo sufrió en silencio el mal agudo que la atormentaba. «No me atrevía á «hablar de él, nos dijo más tarde, por temor de tener «que dejar los talleres é ir á la enfermería.» Vencida al fin por el dolor y descubierta por la dificultad que tenía al andar, confesó su mal. El médico del establecimiento visitó á la imprudente joven y la prescribió el descanso más completo con los remedios de costumbre. En efecto, el accidente de que sufría Filomena podía ser grave, tanto más cuanto que la rodilla se hinchaba por intervalos, y se cubría de manchas amoratadas; lo que nos causaba alguna inquietud sobre el desenlace del mal, y lo mismo al médico que, aunque muy reservado por temperamento, participaba algo de nuestros tristes presentimientos.

«A principios de Agosto el dolor fué en aumento; la hinchazón de la rodilla se acentuó más. La pobre joven, que hasta entonces había podido estar sobre un sillón con la rodilla puesta encima de una silla, se vió en la necesidad de guardar casi siempre la cama. Resignóse á ello sin quejarse, soportando con una paciencia admirable las molestias de la más completa inmovilidad. Hizo varias novenas á la Santísima Virgen, Madre de los enfermos y de los huérfanos; interesó asimismo en su curación la protección de San José y de Santa Filomena; pero ¡ay! la curación pedida con tantas instancias y oraciones no venía, y ya la pobre joven, como ella misma escribía, «no sabía á «qué Santo clamar.»

«Mas sucedió que en los primeros días de Septiembre oyó de boca de nuestros capellanes que acababan de hacer la peregrinación de Lourdes, la relación de las maravillas que Nuestra Señora obraba allí. Bastó esto para reanimar su confianza y su esperanza. Resolvió, pues, llamar nuevamente á la puerta del Corazón de la Santísima Virgen haciéndola una cuarta novena. Nos manifestó su piadoso proyecto, y todas nuestras Hermanas y un gran número de sus compañeras prometieron unirse á ella. Filomena estaba llena de gozo: todavía me parece verla recibiendo de mis manos con el mayor respeto el librito de las letanías de Nuestra Señora de Lourdes y una botella de agua milagrosa.

«La novena debía comenzar el 16 de Septiembre. Como preparación, obtuvo á fuerza de instancias permiso para asistir á la Santa Misa el domingo 15, desde la parte alta de la tribuna. Volvió á la enfermería muy fatigada y doliente, y le ordenaron estuviera en la cama el resto del día. Al siguiente, primero de su novena, tuvo necesidad para ir á la tribuna contigua á la enfermería de apoyarse en el brazo de una huérfana que la sostenía en su marcha. Cuando acabó de rezar (Dios sabe con cuánto fervor) las oraciones que le habían señalado para la novena, se puso á beber con piedad sencilla algunas gotas del frasquito que llevaba consigo, humedeciendo también con la misma agua milagrosa el trapo de la rodilla.

«Después de media hora, la huérfana encargada de conducirla fué á buscarla, y Filomena volvió con su ayuda á la enfermería más extenuada que la víspera.

«Riñéronla por su persistencia de querer hacer la novena en la capilla, y abrumada de dolor tuvo toda la tarde fija la mirada en una imagen de María que se halla en la sala de las enfermas, exhalando su corazón una oración silenciosa, pero ardiente y resignada á la vez.

«El martes 17 cedieron de nuevo á sus lágrimas y á los deseos de su piedad. Sostenida de un lado con la muleta de otra enferma, y del otro con el brazo caritativo de su compañera, pudo dirigirse otra vez á la tribuna. ¿Qué pasó entonces? Sólo Dios y la Santísima Virgen lo saben, pues la capilla estaba desierta, y la huérfana que la acompañaba había vuelto á su trabajo. Pero he aquí en toda su simplicidad la relación que Filomena nos hizo más tarde:

«Cuando me vi sola en presencia de Dios y de María recé mis oraciones acostumbradas y me parecía «que mis sufrimientos disminuían á medida que pasa«ba las cuentas del rosario. Movida entonces por una «inspiración repentina, resolví bajar al coro de la «capilla; pero ¿cómo bajar, en el estado en que me ha«llaba, la rápida y peligrosa escalera que á ella con«duce? ¿Cómo hacerlo para atravesar la capilla en toda «su longitud? No importa; me levanto, y agarrándo«me á la barandilla con una mano y apoyada en mi «muleta, me aventuro en la escalera; y en medio de «penas sin cuento y paradas frecuentes, me encuen«tro en la capilla con el cuerpo todo empapado en su-

«dor, pero el corazón palpitando de esperanza. En fin, «después de nuevos esfuerzos llego cerca del coro; «entreabro la balaustrada, no pensando en manera «alguna que la entrada del santuario me estuviera «prohibida, y heme aquí de rodillas, sin saberlo á los «pies de la Virgen. Empiezo de nuevo mis oraciones; «digo con todo mi corazón tres veces: *Dios te salve,* «*María,* aspirando algunas gotas de mi botellita y «echando, no obstante el respeto por el lugar sagra«do, un poco de agua sobre el trapo de mi rodilla. «Entonces me vino la idea de mirar por última vez á «la Virgen, diciéndole sencillamente: *¡Oh María,* «*tened piedad de una pobre niña huérfana!* De re«pente el trapo que cubría mi rodilla se cae al suelo; «hago un movimiento para recogerlo y colocarlo otra «vez sobre la herida. Entonces siento en mí una espe«cie de estremecimiento y como una certidumbre de «que estaba curada. Y en efecto, mis ojos bañados de «lágrimas no veían en mi rodilla ninguna señal del «mal que me hacía sufrir hacía cuatro meses. Me le«vanté en seguida sin dolor y sin molestia, y dejando «á los pies de María mi pequeña cadena de plata y la «muletita en testimonio de agradecimiento, echo á «correr por toda la casa para anunciar á las Herma«nas y á mis compañeras que la Virgen me había cu«rado.»

«He aquí, señor Director, la relación, un poco larga quizás, de la protección de Nuestra Señora de Lourdes para con nuestra huerfanita. En los detalles que contiene, y cuya autenticidad garantizo, hay por lo menos una coincidencia notable que le da el valor

de un hecho extraordinario. «Hija mía, dice el doctor «llamado á certificar la inexplicable curación de Fi- «lomena, es preciso dar gracias á la Santísima Vir- «gen.»

«Esto es lo que hacemos desde entonces todos los días lo menos mal que podemos, porque estamos íntimamente persuadidas que Nuestra Señora de Lourdes ha extendido sobre una de nuestras niñas su maternal protección; y cada vez que desde entonces vemos correr delante de nosotros á Filomena, más lista y activa que todas sus compañeras, nos es imposible dejar de creër en su completa é instantánea curación por la intercesión milagrosa de la Santísima Virgen.

«Sor Santa María,

«Superiora del Hospicio General en Tourcoing (Norte).»

XVI

Curación instantánea de una parálisis incurable de seis años, en Roubaix, el 29 de Septiembre de 1872.

He aquí el tercero de estos favores verdaderamente admirables de Nuestra Señora de Lourdes. El *Journal de Roubaix* es quien nos da de él los preciosos detalles que siguen:

Desde principios de la semana pasada se habla mucho en la ciudad de una curación que ha tenido lugar súbitamente el domingo 29 de Septiembre, en el Hospicio, en circunstancias muy notables. Si no hemos hecho mención de ella más pronto ha sido por motivos de prudencia que todo el mundo comprenderá. Pero creeríamos faltar á lo que debemos á nuestros lectores, si pasáramos en silencio un hecho que ha sido certificado por centenares de testigos, y cuya autenticidad puede ser comprobaba por todos.

Hacía cosa de seis años que una joven huérfana llamada Josefina Renaux, de diecinueve años y tres meses de edad, estaba atacada de una parálisis total de la pierna izquierda, parálisis determinada, según el Dr. Bayart, actual médico del Hospicio, por una contracción muscular. La pierna, que se había doblado, estaba completamente inerta é insensible; la san-

gre no circulaba por ella; parecía en cierto modo como desecada, y rehusaba todo servicio.

Durante los dos primeros años la joven había tenido que guardar cama, y después tenían que llevarla de la cama en un sillón, en el que pasaba todo el día.

Tres médicos, Carette, Martín y Bayart, la asistieron sucesivamente; pero desde hace dos años este último parecía desesperar de la curación, y ya no ordenaba remedios ni medicamentos.

Josefina Renaux quiso obtener de Dios lo que los hombres no podían darle, y comenzó por Pentecostés una serie de novenas que prosiguió sin interrupción.

Hace algún tiempo leyó la relación de la Srta. Sofía Druón, de Lila, y resolvió hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes. Comunicó su pensamiento á la Superiora, quien prometió se asociaría, así como todas las huérfanas de la Casa, á este piadoso acto. Procuráronse agua de Lourdes, y empezó la novena el 28 de Septiembre. Josefina comulgó ese día y el siguiente, que era un domingo, y, como siempre, fué necesario llevarla en sillón á la Santa Mesa.

A instancias suyas fué llevada á la una de la tarde del domingo á la capilla, cerca del altar de la Santísima Virgen; hizo esperar un instante á sus compañeras, encargándoles rezaran por ella, y cuando las jóvenes se hubieron retirado rogó á la enfermera que se había quedado que fuera á buscar la botella de agua de Lourdes, diciéndola que creía estaba á punto de ser curada. Cuando la enfermera volvió, Josefina y ella rezaron una decena del Rosario; luego la paralí-

tica bebió un poco de agua, y (copiamos aquí su propia relación) movida por una secreta inspiración, quiso levantarse, pero volvió á caer en el sillón; estuvo rezando algunos momentos más, y bebió otra vez agua de la Gruta. «Yo sentía, ha dicho después, que iba á andar.» Sintió entonces una fuerte sacudida seguida de un dolor violento en todo el miembro enfermo, se levantó sin dificultad, y por la primera vez en seis años fué á arrodillarse cerca del banco de la Comunión.

Vivamente impresionada, la enfermera se apresuró á comunicarlo á la Superiora, la cual vino al instante seguida de las Religiosas, de las huérfanas y de las otras pensionistas del Hospicio; y delante de todas estas personas, que la habían conocido paralítica por espacio de seis años, Josefina Renaux anduvo y atravesó la capilla en toda su extensión. Estaba curada, completamente curada.

La emoción era general. Se entonó el *Magnificat*, que acabó en medio de lágrimas y sollozos.

Dieron parte del suceso á la hermana y al cuñado de Josefina Renaux, quienes habiéndola visto el domingo por la mañana en el estado en que la conocían desde tanto tiempo, no podían creer lo que sus ojos veían.

Desde entonces la joven continúa andando; su pierna se ha enderezado, sus carnes se han puesto sólidas y llenas de vida, la sangre circula con abundancia. Una cojera imperceptible es lo único que le queda de su enfermedad.

(Extracto del *Journal de Roubaix*).

XVII

Curación maravillosa é instantánea de una joven incurable, en Chenac (diócesis de la Rochela), el 6 de Octubre de 1872.

El señor Cura de Chenac escribió y envió á los Padres Misioneros de Lourdes la relación de esta admirable curación.

Chenac (Charenta Inferior), 10 de Diciembre de 1872.

Muy reverendo Padre:

Tengo la osadía de esperar que entre tantos eclesiásticos como V. ha visto de dos meses á esta parte, no habrá olvidado á un sacerdote de la diócesis de la Rochela que fué un día á conferenciar con V. tocante á un plano de capilla depositado por él en la Gruta, y que la Santísima Virgen, decía él, le había *robado*, quien no ha olvidado la respuesta de V.: «Consolaos, tendréis vuestra capilla, y hasta una iglesia si es preciso.»

Ciertamente creí en la palabra de V., pero estaba yo bien lejos de prever de qué manera sería oído y qué medios pondría en juego la Inmaculada Concepción para dar á V. la razón y tener su santuario.

Y sin embargo, se ha realizado la cosa.

Este acontecimiento se remonta ya á cinco semanas, pero no he querido precipitar nada, sino esperar á que el milagro fuera tan indiscutible como era asombroso.

El 6 de Octubre, reverendo Padre, día de las grandes manifestaciones de la Francia católica en Lourdes, plugo á la Inmaculada Concepción favorecer á mi parroquia y á mi ministerio con la gracia más insigne por la curación súbita, instantánea, de la señorita Clara Chauvin, de veintitrés años y medio de edad.

De temperamento excepcionalmente linfático, esta joven ha sido toda su vida víctima de manifestaciones escrofulosas, principalmente de infartos glandulares en diferentes partes del cuerpo. La forma del mal era á la vez exterior é interior, pues el peritóneo era el sitio de depósitos tuberculosos, y el tuvo digestivo estaba atacado de ulceraciones. La enferma devolvía materias purulentas de un olor fétido, que el médico había declarado no poder detener con ningún medicamento. Las evacuaciones que se producían hasta cuatro ó cinco veces al día, la causaban vivos dolores. Bajo la acción de crisis atroces, se habían obrado en sutemperamento desórdenes del carácter más grave é íntimo á la vez.

Todos estos desórdenes orgánicos reunidos ponían á Clara en la casi imposibilidad de andar. Desde varios años no lo hacía sino á costa de grandes molestias, sufriendo mucho y muy encorvada. No creo exagerar afirmando que en el espacio de estos siete últimos años, cuatro de ellos ha tenido que estar sin salir de su cuarto, y tres sin levantarse de la cama. Lo cierto es, reverendo Padre, que recientemente se han pasado trece meses en estas condiciones sin que, á excepción de una ó dos veces, haya podido salir para venir hasta la iglesia, y eso sosteniéndola su madre (es una tía á

quien llama así porque la ha educado) bajo un brazo, y apoyando ella el otro con un bastón.

Aun antes de esta época, cuando podía salir y andar un poco, le era imposible arrodillarse, tanto que yo la confesaba en la sacristía, sentada sobre una silla baja. A mi vuelta de Lourdes encontré á la pobre joven en una de sus crisis. No trataré de describir á V. el horror de ella, como tampoco los gritos que el mal le arrancaba; sería impotente para hacerlo; pero en aquellos momentos recordaba lo que en alguna parte dice el P. Faber: que hay gritos de horror indecibles que no se oyen sino en ciertos casos de apoplejía fulminante, y sobre los campos de batalla por ciertas heridas.

El Dr. Mauny, de Montagne-sur-Gironde, que la ha asistido siempre, había declarado varias veces su incapacidad aún para aliviarla. No se debe, sin embargo, culpar ni á la ciencia en sí misma, ni á la del Dr. Mauny, que es muy apreciada en nuestra Saintonge, sino á la constitución de la enferma. Era, si puedo emplear este lenguaje, un sujeto *inmedicable*. No había que hablar de administrarle ningún medicamento interno, pues su estómago no podía recibir ni retener nada, ni siquiera la más ligera infusión. Por otro lado, la susceptibilidad de los tejidos era tan grande, que la aplicación de los remedios externos era igualmente difícil.

He aquí la declaración que el Doctor llamado de nuevo hizo al tío de la enferma doce días antes de su curación:

«Señor, doloroso es tener que confesarlo, pero en

presencia de la enfermedad que tiene la sobrina de V. no hay más *que cruzarse de brazos;* no hay nada que hacer, *absolutamente nada.* Yo no vengo sino por complacer á la señora hermana de V.; pero cuando me llaman sé antes de salir de mi casa que no tendré mas que *cruzarme de brazos.*

«—¿Y si se la condujera á los Pirineos?—Sí, ahí están los Pirineos, á los que se podría recurrir como último expediente; algunas veces he pensado en ello, pero ante las dificultades del viaje no me he decidido. Además, llevándola varios años á las aguas, ¿se curaría? No quisiera prometerlo. En fin, puede morir en una crisis, puede vivir algunos años en este triste estado, pero como curación no hay nada que hacer; sería *menester un milagro,* pero no *estamos ya en tiempo de milagros.*» Y al retirarse el doctor, manifestó el deseo de que no lo volvieran á llamar. Efectivamente, no vino más.

Pues bien, reverendo Padre, fué en este estado cuando el 6 de Octubre, á consecuencia de una novena á Nuestra Señora de Lourdes, en el momento preciso en que se organizaba la gran procesión en la plaza de Lourdes para dirigirse á la Gruta, nuestra enferma tuvo la feliz tentación de creerse curada. Yo había enviado para que nos representara en Lourdes á la presidenta de nuestro Catecismo de Perseverancia con la bandera de la Congregación, pero ignorábamos aquí las horas y los momentos de la ceremonia, y más aun las horas y los momentos del poder misericordioso de la Inmaculada Concepción.

Después de haber vacilado media hora en levan-

tarse, Clara se aprovechó de la ausencia de su madre para ensayar sus fuerzas. Se dejó deslizar de su lecho al suelo, y sintió que sus pies la sostenían... ¡Estaba curada! ¡curada sin esfuerzos, sin sacudidas! En seguida se arrodilla, reza en acción de gracias las Letanías de Nuestra Señora, se levanta y sube á una silla para alcanzar sus vestidos que estaban en el estante superior de un armario, se viste, y cuando entró su madre se paseaba por el cuarto. Sería la una de la tarde. Algunos instantes después, es decir, en el momento en que justamente entraba la procesión en esa Basílica, nuestra afortunada joven se dirigía á la iglesia aclamada por las personas que encontraba en el camino.

Oigo estas aclamaciones; acudo; ¡era Clara!... «¡Estoy curada, señor Cura, estoy curada!» me dijo.

La conduje á la iglesia. Un joven eclesiástico del Seminario de Burdeos que estaba en mi casa corrió al campanario á tocar á vuelo. Se llenó la iglesia. Entonamos el *Magnificat,* que Clara cantó con voz sonora muchas veces acompañada de nosotros. Se *arrodilla,* se levanta, vuelve á *arrodillarse,* y con todos los demás se queda á rezar los quince misterios del Rosario, asiste á las Vísperas y á la bendición del Santísimo Sacramento, y todo esto sin sufrimiento ni fatiga.

En resumen, mi reverendo Padre, la curación fué radical. No solamente anda la dichosa joven, sino que corre y se agita con una facilidad y ligereza de movimientos verdaderamente extraordinarios, sin haber vuelto á sufrir dolor ninguno. Las secreciones y diarreas desaparecieron, y los graves accidentes relatados más arriba igualmente. Trabaja desde la mañana hasta la noche, y se ocupa en cosas que no había hecho desde hace diez años, como por ejemplo, su cama, y en una de estas semanas hizo un día hasta tres para ensayar sus fuerzas. En fin, Padre, su salud es perfecta; come con apetito insaciable toda clase de alimentos sin que se altere su digestión, y hay noches en que duerme hasta diez horas, ávida de reparar el tiempo perdido.

He escrito á Mons. de La Rochelle avisándole que dirigía esta relación á los *Annales de Notre-Dame de Lourdes.*

Esta curación, cuya verdad se testifica, reverendo Padre, es una de las más prodigiosas que ha obrado la poderosa intercesión de Nuestra Señora.

Y ahora comprenderá V. que la Inmaculada Concepción quiere absolutamente su capilla. El agradecimiento lo exige, y yo debo eternizar este beneficio.

¡Oh! ¡qué hermosa manera de restituír el bien *robado!...* Sólo la Madre de Dios tiene tales secretos y tan admirables recursos.

Heme aquí, pues, en campaña; soy demandante de la Inmaculada Concepción. No le pido una «iglesia;» pero es preciso que Ella pague su «capilla.»

Suplico á V. encarecidamente se sirva hacer cantar á nuestra intención un *Magnificat* en la Gruta, y acepte la expresión respetuosa de los sentimientos con que tengo el honor de ser de V. humildísimo y obediente servidor.

JOSÉ RENAUD,
Cura de Chenac, por Cozes (Charenta Inferior).

XVIII

Curación súbita de una gastralgia incurable de treinta años, en Besanzón, el 6 Octubre de 1872

El mismo Padre Guardián de los Capuchinos de Besanzón ha querido relatar por sí mismo los detalles de esta curación milagrosa, absolutamente inexplicable bajo el punto de vista de la ciencia. El 11 de Junio de 1873 escribía al Superior de los misioneros de Lourdes:

«Señor Superior:

«Entre las innumerables gracias debidas á la intercesión de Nuestra Señora de Lourdes, puede inscribirse también la siguiente curación, cuya publicación animará á varias personas afligidas y glorificará el nombre de María.

«La Sra. Constantina Leger, residente en Besanzón, barrio de Chaprais, calle de la Cazotte, sufría hacía treinta años una enfermedad que los médicos habían declarado incurable. Esta enfermedad se manifestaba cada día, y algunos días varias veces, por vómitos, principalmente por la mañana, en ayunas. Atacada de este mal en 1843, á la edad de veintidós años, esta señora vivió sucesivamente en Suiza, Borgoña, Panamá y California, y su mal no la abandonó en ningún país ni se interrumpió nunca. Unicamente después de ciertos viajes por mar tenía una

tregua de algunas semanas, y en seguida la volvían de nuevo los vómitos.

«Hace más de seis años que reside en Besanzón llevando una vida tranquila y retirada, pero visitada cada día por su desapiadada enfermedad. El médico que la asistía en estos últimos tiempos, cuando fué curada, declaró, así como los que le habían precedido, *que la enfermedad era incurable.*

«No teniendo, pues, nada que esperar de la ciencia humana, la pobre enferma se volvió hacia el poder divino por intercesión de Nuestra Señora de Lourdes.

«Hizo una novena que concluyó el 6 de Octubre de 1872, el mismo día en que el cura de Maur, pueblo vecino de Besanzón, hacía en el Santuario de Lourdes una súplica en la cual pedía su curación al mismo tiempo que otras gracias para diferentes personas. El 5 de Octubre tuvo todavía un vómito, y el 6 se encontró curada.

«Posteriormente ha sentido dos ó tres veces un ligero malestar, pero sin vómitos, y habiendo suplicado á la Santísima Virgen que disipara este malestar, su oración fué escuchada, y al presente, desde hace seis ú ocho meses, goza de una salud perfecta, cuya dulzura es bien notable después de treinta años de crueles sufrimientos.

»La mujer de la hemorragia de que habla el Evangelio había arrastrado su enfermedad durante doce años; *había empleado toda su fortuna en pagar á los médicos,* y ninguno de ellos *había podido curarla;* antes al contrario, después de *hacerla sufrir mucho* la pusieron en un *estado peor que antes.* Habiendo

perdido toda su confianza en el socorro de los hombres, esta pobre mujer tuvo fe en el poder de Jesucristo, y *súbitamente fué curada*. El Espíritu Santo hizo escribir este milagro por tres Evangelistas, para transmitir el recuerdo de él á todos los hombres.

«Nuestra Señora de Lourdes ha obrado una curación semejante, y la persona que ha recibido este beneficio desea que se haga conocer á todos la caridad de su augusta Bienhechora.

«Fr. Luis Antonio,
guardián de los Capuchinos de Besanzón.»

XIX

Curación radical de una joven campesina, de llagas escrofulosas y anquilosis incurables, el 7 de Octubre de 1872.

Filomena Simonneau, joven buena y piadosa, hija de una familia de labradores vendeanos, vive en Chambreteau, uno de los pueblos de Bocage, tierra clásica del heroísmo cristiano. Tiene veinte años, y éste es el quinto en que sufre una enfermedad escrofulosa que atacó su pierna derecha, la inflamó horriblemente, y poco á poco la fué doblando en forma de arco. Tres llagas de la peor especie se le abrieron por encima del tobillo; los huesos se descubrieron, la caries se apoderó de ellos y se desprendieron algunas esquirlas. La inflamación era horrorosa, y si las llagas se cerraban por algunos días, un dolor intolerable invadía los miembros, y la enferma no tenía alivio sino cuando las carnes se abrían de nuevo para dejar paso á las materias purulentas y astillas de hueso.

Las articulaciones del empeine y de la rodilla se le pusieron pronto inflexibles, y un poco más tarde la articulación superior se encontró también sin juego. Daba entonces compasión ver á esta desgraciada joven violentamente encorvada, pues no se podía sentar sino con grande dificultad, y sin muletas no podía

sostenerse sobre la pierna válida ni dar un paso. Hoy la familia y los vecinos se ríen recordando sus tentativas para pasar el umbral de la casa que apenas tiene unos cuantos centímetros de altura, y las caídas que allí ha dado. ¡Ay! antes no reían así, y su madre ha derramado indudablemente más de una lágrima al presenciar este espectáculo.

En sus mejores días lograba á costa de grandes esfuerzos llegar hasta la iglesia, cuya satisfacción le costaba mucho, pues en los cincuenta metros que tenía que recorrer se veía obligada á descansar varias veces. La compasión se apoderaba de cuantos veían pasar á esta joven tan bien nacida, inutilizada en la flor de su edad, oprimida por una enfermedad incurable.

Filomena no ignoraba lo que se decía en secreto de su estado cuando la encontraban. Más de una vez contestó á los que procuraban alentarla: «¡Oh! bien sé yo que no puedo curar: ¡los médicos no tienen para mí ninguna esperanza!»

A los veinte años no es fácil que uno se resigne á pasar toda la vida estropeado y enfermo. La buena Filomena esperaba de Dios lo que los hombres no podían prometerle. Oraba durante el día y oraba durante sus largas noches de tormento. Con frecuencia, cuando su madre se levantaba al despuntar el día, ya había ella rezado el Rosario.

Desde que conoció á Nuestra Señora de Lourdes no dejó de invocarla constantemente en sus oraciones. En la parroquia de Chambreteau había un deseo irresistible de tomar parte en las peregrinaciones que una tras otra llevaban á los Pirineos, á todas las regiones

del Oeste. El señor cura había pedido un asiento entre los nanteses. Filomena debía formar parte del santo viaje, y se preparaba á él con una novena. No se pudieron obtener billetes. El día en que se anunció esta desagradable noticia, la joven terminaba la novena, hecha con gran esfuerzo de fe y de valor.

Nueve días se había arrastrado dolorosamente á los pies de una estatua de Nuestra Señora de Lourdes que ha estado en la Gruta y ha sido tocada á la roca santa, y que destinan á una pequeña capilla. Mojaba con agua milagrosa sus desesperantes llagas. Tanta fe y una confianza tan enérgica debían ser recompensadas.

Era un viernes. Sentada en un rincón de la chimenea, Filomena tuvo de repente la idea de levantarse y de echar á andar. Se levanta y anda. La inflamación y tres gruesos tumores se habían extinguido, el enorme volumen de los tejidos había ligeramente disminuído, algunas esquirlas que comenzaban á aparecer no se vieron más. Pero la marcha era penosa y peligrosa, aun ayudada de un bastón. Con no poco trabajo andaba sin las dos muletas, temiéndose á cada instante una caída. Las articulaciones continuaban inflexibles.

La población estaba conmovida. Las personas que trataban á la joven se maravillaban y proclamaban el milagro. Pero el milagro definitivo era preciso irlo á buscar á otra parte.

El señor cura se había arreglado felizmente con la parroquia de Niort para la peregrinación nacional. Partieron quince personas de Chambreteau, llevando á Filomena. En el pueblo se oraba por ellos, y ellos,

el sábado 5 de Octubre tenían la dicha de orar por sus familias delante la Gruta, en donde tantas lágrimas se han derramado. «Los tres días que estuvo en Lourdes la peregrinación, escribe el abate Boucher, pasaron como una hora, una hora del cielo.»

El domingo había tenido Filomena una recrudescencia en sus dolores, y el lunes á medio día ningún cambio se había obrado todavía en el estado de la pobre enferma. Pero el momento estaba cercano.

Cuando fueron cerca de las tres, ayudada Filomena por Juana Tremblet, bañaba otra vez su pierna enferma en el agua milagrosa, y ensayaba el juego de este miembro...

Instantáneamente las tres articulaciones se encontraron flexibles; el empeine, la rodilla, la parte superior del muslo, todo andaba bien...; la pierna torcida y encogida se había enderezado y extendido... Filomena se precipitó hacia la Gruta. Los primeros pasos rápidos fueron dolorosos, pero dejó su bastón y no sintió más dolores... ¡Por primera vez, después de cinco años, se arrodilló!!

Dos médicos estaban allí. Ignoramos sus nombres, pero una multitud de testigos los han visto y oído. Examinaron la pierna poco antes tan estropeada. Encontraron las cicatrices cerradas y todo en su lugar, y dijeron conmovidos: «¡Es un milagro!»

La joven estaba curada. Sí, bien curada, lo cual se vió perfectamente en la noche. El señor cura había reunido á todos sus feligreses, y multiplicó sus órdenes á Filomena sin piedad ni temor. Fué, vino, subió, bajó, y aunque llovía nadie pensaba en ello. Filomena circuló mucho tiempo, y decía: «No estoy fatigada; la pierna que estaba enferma se encuentra más fuerte que la otra.»

Volvimos en seguida con nuestros peregrinos á Chambreteau. Los esperaban á la entrada del barrio, cerca de una gruta dedicada al Angel de la Guarda. Por las portezuelas esparcen la buena nueva. Los pañuelos se agitan, y se oye resonar este grito: «¡Filomena está curada! ¡Filomena está curada!»

Había un pequeño grupo en el lugar donde ellos debían bajar. Apenas se detuvo el coche, oyéronse gritos y sollozos de alegría... Filomena acababa de saltar á tierra con ligereza. Estaba de pie, cercada y oprimida de gente. Las mujeres juntaban las manos diciendo: «¡Qué milagro! ¡qué dichosa es! ¡Oh cuánto debe amar á la Santísima Virgen!...» Se vieron rostros de hombres bañados de lágrimas, y algunos otros que palidecían; tenían el terror de las grandes emociones religiosas.

El señor cura propuso que se entrase en la iglesia. «A la iglesia, á la iglesia,» gritan todos; y mientras que los peregrinos se ordenaban, alguien dijo: «¿Y las campanas?...» Las campanas fueron echadas á vuelo. Le pidieron que hablase de la peregrinación, que refiriera la milagrosa curación, mas él quiso entonar primero el *Magnificat*. Su voz se ahogó entre sus lágrimas. Se continuó el cántico de acción de gracias, pero algunos, como el señor cura, no podían cantar. «Al oírlo, escribía éste, pensaba yo en el canto sublime del domingo por la noche al rededor de la Gruta, canto del cielo sobre la tierra.

Filomena entró en su casa en medio de dos hileras de gente, seguida de todos los que, habiéndola visto, querían seguirla viendo todavía.»

El domingo inmediato la dichosa joven fué recibida entre las *Hijas de María*. Imagine V. con qué satisfacción le harían cortejo sus compañeras. El pueblo no había sido prevenido, pero lo adivinó, y la muchedumbre se precipitó en seguimiento suyo. Las lágrimas corrían como á la llegada.

Las muletas de Filomena están en Chambreteau, cerca de la estatua de Nuestra Señora de Lourdes, rodeadas de flores. Su bastón se quedó en la Gruta de Lourdes. Filomena va, viene, trabaja intrépidamente como si no hubiera estado nunca enferma. Ni un dolor, ni un malestar, ni sentimiento alguno de fatiga la hacen pensar en su pierna. Ha corrido y la han mandado hacer encargos á distancias de varios kilómetros, con el objeto de probar su curación. La pierna resiste á todo.

Ninguna experiencia queda por hacer.

La opinión de la parroquia es unánime. No hay nadie que no crea en el milagro, y algunos han dado el mejor testimonio de su convicción. A los ejercicios espirituales de hombres que han tenido lugar en San Lorenzo, cerca de la tumba del venerable Luís de Montfort, han asistido personajes que no los habrían seguido sin la conmoción recibida por esta curación.

La familia Simonneau no es la única de Chambreteau que tiene que bendecir á Nuestra Señora de Lourdes. Otras varias personas refieren favores personales.

¡Ah! es que en su país ellos aman á la Bienaventurada Virgen María. Es cosa digna de ver por las noches reunidas las familias rezando el Rosario.

Al entrar en la casa de estos campesinos, casi todos nietos de héroes, se ve con frecuencia suspendido en la chimenea el rosario del labrador en el lugar donde en otro tiempo se veían enganchadas las armas después del combate.

El abate Boucher nos escribe: «Iremos desde nuestra parroquia á ver de nuevo á Nuestra Señora de Lourdes.

«He leído mi carta delante de mis feligreses en la plática del domingo; les he rogado que me dirijan sus observaciones. He esperado. Ninguna reclamación me ha sido hecha. Repito á V. que todos están convencidos del milagro.»

Un día nos sentamos en el hogar de la familia Simonneau. El candor virginal del rostro de Filomena, el reflejo de piedad que daba á su fisonomía algo de angelical, lo que la madre nos decía de la paciencia y dulzura de esta joven, nos explicaban fácilmente la predilección de la Virgen atrayendo á Bernardita con sus sonrisas. Filomena siente la gracia que ha recibido, y será digna de ella.

¡Qué acento de fe en la palabra de la madre! ¡Con qué expresión nos refería los más pequeños detalles de esta dulce historia! Sentíamos no poder escribir á medida que las pronunciaba las palabras de su lengua pintoresca. El padre y los dos hermanos de Filomena afirmaban rigurosamente y con reconocimiento el milagro de Nuestra Señora de Lourdes.

En este hogar, delante de tales testigos y en frente de Filomena, que andaba derecha y despejada, no se podía menos de creer y bendecir.

Hemos oído decir al Dr. Moreau, hombre modesto, pero convencido y enérgico, que esperaba con confianza cualquiera contradicción de los hombres del arte (1).

(1) Véanse los comprobantes, n.° 7.

XX

Curación de la baronesa de Lamberterie, en Brives (Corrèze), el 7 de Octubre de 1872

A consecuencia de un vuelco de coche muy grave, la baronesa de Lamberterie (Ana Teresa Adelina de Boislinard) estuvo *dieciocho meses sin poder andar;* sentía dolores en el costado derecho, y el hígado sobre todo le causaba frecuentes crisis de vómitos acompañados de terribles jaquecas. Las aguas de Barèges, las del Monte de Oro y más tarde las de Vichy seguidas durante siete años, contuvieron un poco la enfermedad del hígado y le permitieron andar.

Pero en el mes de Agosto de 1868 una nueva y violenta caída del coche agravó su estado hasta el punto de no permitirle más que un poco de ejercicio á pie ó en coche, seguido siempre de vómitos y largos sufrimientos. El costado derecho se puso entonces muy abultado y los riñones muy débiles. *Al cabo de tres años y medio de reclusión casi absoluta,* que sólo permitía á la enferma ir á la iglesia en una carretilla ó en silla de manos, el mal empeoró de tal suerte, que las repetidas y violentas crisis la obligaron á quedarse en la cama ó en su sillón; de modo que se vió privada de ir á buscar á su parroquia, á pesar de estar muy cerca, los consuelos y fuerzas que dan los

Sacramentos. Ya en Febrero de 1872 se encontraba tan enferma, que juzgaron la podían dar la Comunión en la cama, lo cual provocaba á veces accidentes penosos.

Muchas novenas se habían hecho por la familia, por las amigas, por establecimientos religiosos y especialmente en el Carmelo de Tulle, donde la baronesa tenía la dicha de tener una hija, sor María Teresa de la Inmaculada Concepción. En Mayo de 1870 hicieron otra novena á Nuestra Señora de Lourdes, que había producido alguna mejoría, aunque de pocas horas solamente. Las otras novenas á Nuestra Señora de los Angeles y á San José fueron seguidas siempre de sufrimientos tan atroces, que se llegó á pensar pondrían fin á este largo martirio, el cual, por lo demás, parecía tocar á su término, pues la enferma ya *no se podía mover;* el volumen del vientre era *enorme;* las digestiones se hacían con dificultad; una *timpanitis se había añadido hacía siete meses á estos accidentes y á otros varios interiores y exteriores,* reconocidos muchas *veces por tres médicos hábiles, y declarados incurables.* Todos estos accidentes apenas permitían á la enferma abandonar su lecho entre las reiteradas crisis que en él la retenían, para ser colocada en un sillón de ruedas en la que quedaba condenada á la inacción, por haber sido declarados peligrosos todos los movimientos y hasta la más mínima sacudida.

Desde Septiembre de 1872 la enferma no tuvo tregua en sus crueles sufrimientos, las noches y los días eran cada vez más dolorosos, y todos los remedios

ordenados por médicos ilustrados, instruídos y afectuosos no podían aliviarla, y ella no pedía más que oraciones para obtener valor y fuerza á fin de soportar con paciencia sus últimas pruebas.

Entonces fué cuando su hija madame de Bosredón manifestó el deseo de formar parte de la peregrinación del Périgord á Lourdes para obtener la curación de su pobre madre. Esta empleó toda su influencia para impedir el viaje, y que no se alejase una madre de sus niños pequeños, de su familia y de ella misma, en aquellos momentos en que podía verse en la necesidad de reclamar las últimas pruebas de su ternura filial. Pero Dios lo quería, y todo se arregló para que una novena ya empezada pudiera terminarse en el santuario de la Virgen Inmaculada el 7 de Octubre, en Lourdes, en donde se habían juntado tres de los hijos de la enferma, madame de Bosredón, Mr. Adhémard de Lamberterie y su señora.

La baronesa de Lamberterie no quiso dejar de asociarse á estas fervientes oraciones, dirigidas al fin de alcanzar su curación por una familia entera y tantas almas santas. Convencida de que Nuestra Señora de Lourdes podía curarla, se limitó, al beber el agua de la Gruta y hacer la novena, á pedir su resignación á la voluntad de Dios, no atreviéndose á implorar la prolongación de una vida que le era tan triste y tan penosa años hacía.

Al tercer día de la novena notó en su estado una ligera mejoría que pasó en silencio. Luego disminuyó el volumen enorme del vientre, tanto que al séptimo día tenía de menos dieciocho centímetros: el uso del

brazo derecho lo había recobrado en parte, y una mejoría general la hizo comprender que Nuestra Señora de Lourdes había vuelto hacia ella su mirada misericordiosa, oyendo los votos y oraciones dirigidas en su favor. *Todo peligro de muerte había desaparecido,* como lo atestiguaron sucesivamente los tres médicos, y la convalecencia permitió en seguida á la baronesa ir á comulgar á su parroquia el día de Todos los Santos.

Una curación tan inesperada, tan milagrosa, despertó en la agraciada de María un deseo irresistible de ir á dar gracias á su Bienhechora. Partió en efecto con su hija, quien de antemano había prometido á la Virgen Inmaculada llevar á su madre curada á la Gruta de Lourdes. El 6 de Diciembre de 1872 la señora baronesa de Lamberterie, madame de Bosredón y Mr. Alberic de Lamberterie, su hijo más joven, llegaban á este país privilegiado: el largo trayecto de Brive á Lourdes se hizo sin fatiga, siendo así que desde hacía cuatro años y medio no había podido dar un paseo ni en coche ni á pie.

El 7 tuvo el consuelo de ir á orar en las iglesias y en la Gruta para dar gracias á su poderosa Bienhechora. El 8, día de la Inmaculada Concepción, asistió á los Oficios, recibió la Comunión de manos del señor Obispo de Tarbes, y luego su bendición especial, acompañada de su hija. La víspera había estado en la piscina á buscar nuevas fuerzas y nueva vida en esta agua que la había curado á ciento cincuenta leguas de distancia, y antes de su partida se bañó otras dos veces en la misma piscina con fe y reconocimiento.

¡Oh! esta palabra no es suficiente para dar á entender la gratitud de que estaba animada, y sólo Dios podía conocer el deseo que tenía de acompañarla con obras. Contaba para esto con la asistencia maternal de Nuestra Señora de Lourdes, y esperaba se dignaría aceptar sus buenas intenciones, ayudándola á ponerlas en práctica por las súplicas que se le habían dirigido á fin de obtener su curación, y las que se le dirigen actualmente para darle gracias y bendecirla todos los días.

Desde su vuelta de Lourdes continúa andando perfectamente, y su curación se ha afirmado cada vez más, á juzgar por los diferentes viajes que ha hecho para ver á sus hijos. Su marido fué á Lourdes en el mes de Abril con la peregrinación de la Corrèze, feliz de poder orar y dar gracias á la Virgen Inmaculada en su Gruta bendita.

Los tres médicos eminentes de la baronesa han tenido el valor cristiano, desgraciadamente muy raro hoy, de certificar elcarácter sobrenatural de esta curación tan inesperada (1).

(1) Véanse en los comprobantes, n.º 7, bis, las declaraciones de los tres médicos.

XXI

Curación radical de una hidropesía crónica, complicada con otras enfermedades declaradas incurables, el 10 de Octubre de 1872.

Madame Ancelín, de Morillión, de cincuenta y nueaños de edad, que vive en Nantes, en la calle San Clemente, número 83, perdió á su marido hace siete años. Su salud, ya muy alterada desde hace algunos años con varias penas y sufrimientos, se agravó con nuevas enfermedades. A los dolores de un antiguo reumatismo se juntaron palpitaciones, sofocaciones, sudores abundantísimos y fiebres, de tal suerte que quedó enteramente extenuada.

En el mes de Abril de 1869 la hinchazón de los pies y de las piernas, de las manos y de todo el cuerpo, acompañada de los otros síntomas, produjo una hidropesía de las más graves, viéndose obligada á guardar cama durante cinco meses; y después, cuando podía ya levantarse, andaba penosamente, en su cuarto con muletas.

Pudieron, sin embargo, transportarla en coche á Santa Ana d' Auray, cuya piadosa peregrinación, aunque disminuyó sus sufrimientos, dejó entera la gravedad del mal. Desde entonces podía andar con el doble apoyo de un brazo y de un bastón, pero la hidro-

pesía existía siempre con todos sus sufrimientos, anunciando un desenlance fatal.

La paciente no hallaba consuelo más que en sus sentimientos religiosos. El maravilloso movimiento de las peregrinaciones había conmovido á la ciudad de Nantes. Monseñor Fournier condujo á Lourdes, el 24 de Septiembre de 1872, una de estas grandes y gloriosas peregrinaciones que formarán época en la historia de la patria y de la Iglesia.

La pobre hidrópica había deseado ardientemente ser admitida en el número de los peregrinos, y no pudo consolarse hasta que supo la formación de una segunda peregrinación para el 8 de Octubre. Se apresuró á pedir su inscripción en ella. Todos la censuraron y se opusieron, y en particular su médico y su confesor, diciendo que se verían obligados á dejarla en el camino, que moriría en el viaje, y que era por tanto una temeridad y locura... «Poco me importa, decía ella, morir aquí ó en otra parte: si yo no fuera á Nuestra Señora de Lourdes no me consolaría jamás.»

Su resolución era invencible. Pero ¿dónde hallar una compañera, indispensable en su estado, una persona caritativa que tuviera el valor de encargarse de esta enferma? Sor Marta, la Hermanita de los Pobres que la cuidaba desde mucho tiempo atrás, no retrocedió ante esta obra de misericordia; y á pesar de todo cuanto pudieron decirla para apartarla de semejante idea, se encargó de acompañar á madame Ancelín á Lourdes.

Llega por fin el 8 de Octubre: un coche viene á buscar á la paciente á su domicilio, y la transporta á

la estación de Nantes. La ayudaron á subir con mucho trabajo al vagón número 8 de tercera clase. Como la hidrópica tenía los pies hinchados, no le cabían en su enorme calzado, y fué preciso prescindir de él durante todo el viaje. Las fatigas y los dolores fueron grandes. Cuando llegaban á las estaciones, las compañeras de viaje bajaban, pero la enferma no pudo hacerlo ni una vez siquiera hasta Lourdes. Todos sentían por ella una profunda compasión.

Al fin llegan á la tierra prometida. «¡Lourdes! ¡Lourdes!» exclamaban los alegres peregrinos, bajando rápidamente de sus vagones. Ayudaron á la hidrópica á descender del suyo, y á subir en un coche que la condujo á la Basílica. Extenuada de fatiga, se sentó á la entrada en el primer banco, á la izquierda, oyó la Misa, y luego bajó penosamente hasta la puerta de la capilla de la Cripta.

«Sor Marta, dijo, vamos á la Gruta.—Es imposible, señora, estando V. tan fatigada.» Y la buena Hermana se dirige á Lourdes á buscar un albergue para la noche.

¡La Gruta!.. ¿Cómo ir á la Gruta? se decía la pobre enferma. Una buena señora le ofreció el apoyo de su brazo, y bajó á la Gruta con grandísimo trabajo.

Estaba predicando un Carmelita, y la enferma oyó de sus labios estas palabras: «Los pequeños serán oídos.» Una confianza sin límites se apoderó entonces de su corazón afligido. Dieron la bendición con el Santísimo Sacramento, y experimentó la enferma un bienestar general que la llenó de alegría. Pero temiendo una ilusión no comunicó á nadie su dicha; mas

después de orar de nuevo, llena de confianza se decidió á subir sola á la capilla por el sendero que allá conduce, al Occidente del Santuario. Llegada á la iglesia asistió á una grande y bella ceremonia que duró cerca de dos horas.

Sor Marta volvió á reunirse á ella. La lluvia había venido también á torrentes, empapando las hermosas y gloriosas banderas de Nantes, y mojando igualmente los pies, los vestidos y el cuerpo de la pobre hidrópica. Pero una fuerza interior la sostenía, y quiso volver á pie á la población. Sor Marta, aturdida, la exhortaba á la confianza.

La buena Hermana instaló á su enferma en la casa de Juan Sajous, calle de la Gruta, y se volvió al Santuario para asistir á la procesión que se hace con velas encendidas; y luego, detenida por la lluvia y por el fervor de su piedad, pasó la noche en la iglesia con numerosos peregrinos.

Inquieta por su enferma, volvió al amanecer á buscarla, y aunque eran las cinco la encontró levantada hacía tiempo, y ansiosa de ir á la iglesia. Fueron, en efecto, en un coche, oyeron la Santa Misa, comulgaron, y á pesar de torrentes de lluvia bajaron á la Gruta.

La pobre hidrópica, fuera de la reja, en frente de la imagen de María, se puso á orar con toda la efusión de su alma. «Allí, dice ella, me sentí curada; la hinchazón no existía, aunque yo no sepa cómo desapareció el agua de la hidropesía; no sentí más dolor, y andaba con tanta facilidad como si nunca hubiera sufrido.»

Esta vez no quiso ocultar el don de Dios. Obtuvo permiso de entrar en la Gruta, y allí de rodillas estuvo besando la roca con una emoción que se manifestó en todo su ser, siendo grande también la de los espectadores. Cuando salió de la Gruta vióse rodeada por la muchedumbre, y acosada de felicitaciones y de preguntas; las señoras le besaron las manos y la abrazaron llorando.

Pero la hora anunciada para la partida no sufría dilación: y la afortunada señora, escurriéndose, desapareció de entre la multitud y se puso en marcha, yendo sin ningún apoyo hasta el puente del Gave. Pasó un coche y lo aprovechó para ganar tiempo, deteniéndose un instante en la casa del posadero de la noche, Juan Sajous. Este, por cuya mente habían atravesado la víspera sospechas involuntarias poco caritativas, se alegró mucho de tan maravillosa curación, y se mostró generoso con esta señoras, no queriendo recibir el precio de la hospitalidad que les había dado.

El coche llevó á los peregrinos á las inmediaciones de la estación, ocupada ya por las muchedumbres. Madame Ancelín bajó gozosa, y tomó sus maletas y un jarro de lata con seis litros de agua de la Gruta, y andando con tanta ligereza como cualquiera otro atravesó los patios de la estación en busca de su vagón, número 8, al cual subió sin ayuda de nadie.

Eran las once y aun no habían almorzado. Del canastillo de sor Marta se sacaron provisiones, á las cuales hicieron honor con buen apetito. El regreso fué una fiesta; se rezó y se cantó durante horas enteras, que parecían cortas.

En Nantes, madame Ancelín fué á su domicilio á pie y sin ningún apoyo, y desde este día da grandes paseos como si no hubiera estado enferma. La hidropesía, enteramente curada, no ha dejado señales, y los rigores del invierno último no han alterado su salud rejuvenecida.

Con interés será leído el discreto y concienzudo informe del Dr. Eugenio Thibaut. El señor Obispo de Nantes, después de haber interrogado á madame Ancelín, ordenó una información minuciosa de la que esta narración es un resumen. Todos los cristianos de Nantes dan gracias á Nuestra Señora de Lourdes por haber recompensado con este milagro su tierno amor hacia su bendito Santuario de la Gruta (1).

(1) Véanse los comprobantes, n.º 8.

XXII

Una sordo-muda de nacimiento curada repentinamente, en Montbazón (diócesis de Tours), el 11 de Octubre de 1872.

Aurelia Bruneau, oriunda de Chabris (Indre), sordo-muda de nacimiento, como lo afirman sus padres y las personas notables de la localidad y lo atestigua el Dr. de la Mardelle, fué colocada en una institución de sordo-mudas de Orleans, cuyas Religiosas declaran que jamás pudo percibir ningún sonido.

Conducida á París á la edad de cuatro años por su tío Mr. Bruneau, hoy notario en Montbazón (Indre-et-Loire), el Dr. Delot, que vive en la calle de Sèvres, número 2, la asistió, y declaró que la niña estaba atacada de sordo-mudez de nacimiento, y que nunca oiría.

Esta joven venía todos los años á pasar uno ó dos meses á casa de su tío en Montbazón, y á principios de Octubre último vino al tiempo de la apertura de las clases acompañando á su hermana, que estaba de pensionista en las Religiosas de San Martín. Desde Montbazón fué conducida á Lourdes por madame Bruneau, su tía, y por madame Champión, de Chabris; la madre de Aurelia, por estar enferma, no podía acompañarla. Se encontraron en el viaje con una joven llamada Constancia, de Blois, sordo-muda como ella, que iba también á Lourdes en peregrinación para obtener su curación.

Constancia fué curada en la Gruta, pero Aurelia volvió con su enfermedad, y bien afligida por cierto. Esta pobre niña, piadosa é inteligente, escribía al señor cura de Montbazón: «Mi amiga dichosa, ella curada, ella oir... Yo no, yo desgraciada, yo no oir, yo no bastante piadosa...»

La Superiora de las Hermanas de Montbazón le dijo que no perdiera la confianza, que orara, y que María la curaría en esta parroquia que le estaba consagrada de un modo especial. La promete hacer una novena á esta intención á Nuestra Señora de Lourdes. Madame Bruneau rogó á la Superiora que tomase á su sobrina como pensionista durante la novena, á fin de que estuviese más recogida. La novena se empezó el miércoles en la capilla del Sagrado Corazón de Jesús. Encima del altar y delante de la imagen del Sagrado Corazón se colocó una pequeña estatua de la Inmaculada Concepción, y se invocó á María bajo el glorioso título de *Inmaculada Concepción, Reina del Corazón de Jesús.*

Nueve velas ardían en el altar, se rezaban las Letanías de Nuestra Señora de Lourdes, se ponía agua de la Gruta en los oídos de la joven, bebió un poco de ella, y se rezaba también el Rosario. El tercer día de la novena, en la recreación de la tarde, mientras entonaban un cántico á María Inmaculada, una pensionista, Alicia Bruneau, prima de Aurelia, golpeó inadvertidamente sobre una mesa, y al instante la sordo-muda se sobresalta y muestra por signos que oye. Lo

advirtieron á la Superiora, quien la hizo venir cerca del armonium y le tocó el cántico. Aurelia se quedó como arrebatada. Distinguía el canto y el sonido del instrumento. La sometieron á otras pruebas: suenan, golpean, y todo lo oye. Conmovidas y enternecidas por el prodigio, las Hermanas y las pensionistas cayeron de rodillas cantando varias veces: *Regina, sine labe concepta*. Luego subieron á la capilla, rezaron otra vez las Letanías, sometieron á la joven á nuevas pruebas, y siempre oía. Al día siguiente por la mañana oyó la campana que tocan para despertar, distinguió el sonido de un reloj, y hacía ensayos para pronunciar ó articular algunas sílabas en relación con lo que oía. Después le enseñaron á hablar como á una niña, pues no habiendo oído nunca, tenía el doble trabajo de distinguir la diferencia de los sonidos y comprender su significación. Dios Nuestro Señor podía hacer un segundo milagro dándole la ciencia infusa del lenguaje; pero si lo hubiera hecho, los amigos de hacer objeciones dirían acaso que no era sordo-muda, puesto que sabía hablar. ¿En qué lengua debiera Dios haberla hecho hablar?

Muchas personas han venido á verla, la han sometido á pruebas diferentes, y han reconocido que oye perfectamente. Advertidos sus padres, llegaron de Chabris con el alma conmovida y el corazón lleno de alegría, y quedaron admirados de ver que su hija querida, que jamás había oído, oía ahora perfectamente bien cualquier sonido. Hoy se consideran dichosos al ver que hace progresos en el lenguaje, pues en efecto pronuncia con perfección cierto número de palabras, y

recita de memoria el *Pater* y el *Ave María* en francés de una manera que se comprende.

En 1.º de Enero fué conducida á Chabris, donde todos los que la han visto y oído se han maravillado: el Dr. de la Mardelle, médico de su familia, la ha sometido á muchas pruebas, la ha examinado y nos escribe: «La Srta. Aurelia Bruneau ha recobrado *el oído* y *la palabra*, y creo que la curación es cierta, porque veo que la sordo-muda oye y habla, y *porque oye, por eso habla*.» Concluye diciendo: «Esta curación, obtenida fuera de los procedimientos ordinarios de la naturaleza, y sin el concurso de la ciencia médica, química ó quirúrgica, aparece revestida de carácter sobrenatural.»

La piedad de la joven va en aumento. Se ve cuánto goza y cuán feliz es de oir y de hablar.

¡Gloria á la Virgen Inmaculada! (1).

(1) Véanse en los comprobantes, n.º 9, los testimonios de las personas notables y del médico.

XXIII

Curación súbita de una fístula incurable, en Blois, el 18 de Octubre de 1872

Sor María de la Anunciación, Religiosa de la Tercera Orden de San Francisco, agraciada con este milagro, envió al Padre Superior de Lourdes la siguiente relación escrita de su mano:

Blois, Octubre de 1873.

Mi reverendo Padre:

Cumpliendo lo que prometí á V. el 7 de Septiembre último, le remito los detalles de mi curación debida á Nuestra Señora de Lourdes.

Mi enfermedad era una fístula interna y externa, cuyos primeros síntomas sentí por Septiembre de 1870. Era, en primer lugar, un tumor, al que después se fueron añadiendo otros. Sufrí la primera operación el 27 de Abril de 1871, y dos meses más tarde otra, y á pesar de los cuidados más especiales y asiduos del médico, estas operaciones no dieron otro resultado que causarme dolores atroces y dejarme llagas muy dolorosas.

En el mes de Agosto tuve que resignarme á tomar una muleta á fin de poder andar un poco, lo cual lograba con grandes dificultades; estaba casi siempre en la cama, y no podía seguir ningún ejercicio de la

Comunidad. A veces experimentaba dolores tan agudos, que me hacían dar gritos; continuamente sufría mucho; vomitaba inmediatamente el alimento que tomaba, y con frecuencia arrojaba materia mezclada con sangre.

En Agosto de 1872 me vi obligada á tomar dos muletas: ya no podía, no diré andar, pero ni aun arrastrarme si no era con mucho trabajo, costándome cada paso crueles dolores. Al fin tuve que quedarme enteramente en la cama, y seguí de mal en peor hasta el martes 15 de Octubre. En la tarde de ese día tuve una crisis violentísima que no duró menos de cinco horas, y cuando pasó me quedé extenuada, sin fuerza alguna. Así pasé todo el día del miércoles. El jueves por la mañana tuve otra crisis terrible, y aunque duró menos tiempo que la primera, quedé tan débil que tenía que hacer grandes esfuerzos para decir una sola palabra, y aun así no me entendían. Durante dos días no pude tomar más que una cucharada de agua á la vez, y esto con mucho trabajo. El viernes por la tarde era un soplo de vida lo que me quedaba; creyeron había llegado el fin de mis sufrimientos, y á mí misma me parecía que iba á morir. Hice el sacrificio de mi vida, ó mejor dicho, lo renové, creo que con bastante resignación. En lo demás, yo no quería otra cosa que el cumplimiento de la santa voluntad de Dios.

Nuestra Comunidad acababa de hacer el retiro mensual. El buen Padre Capuchino que la había predicado estaba todavía allí, y viendo el triste estado en que me hallaba, dijo á nuestra buena y reverenda Madre que hiciera una novena á Nuestra Señora de

Lourdes, y le pidiera solamente el entero cumplimiento en mí de los designios de Dios. El buen Padre se unió á las oraciones de la Comunidad para la novena, que comenzaron el mismo día 18 de Octubre por la noche, haciéndome tomar una cucharadita de agua de Lourdes. Como media hora después sentí un trastorno extraño en todo mi cuerpo y un poco de mejoría, la cual desapareció pronto para dejar paso franco á dolores cruelísimos, especialmente en el corazón. Yo me temía una nueva crisis; mas á la hora ú hora y media, después de tomar el agua milagrosa, los dolores cesaron repentinamente y experimenté un bienestar general muy grande; me sentí curada y como si naciera en aquel instante. Me volvía en mi cama á mi voluntad, mientras que una hora antes no podían moverme, y tenía una hambre voraz; pero no dije nada, pues quería guardar la alegría de la sorpresa de mi curación para nuestra buena y reverenda Madre.

El sábado por la mañana me encontró ésta del todo sana, pero muy débil y como molida, no obstante haber dormido toda la noche. Le pedí de comer, y me dió en seguida, con lo cual los accidentes dichos desaparecieron. A medio día comí carne con excelente apetito, y trabajé con la aguja una parte de la tarde; pero por prudencia no me permitieron bajar á la capilla.

Al dia siguiente, con gran sorpresa de la Comunidad y de las personas que desde hacía dos años me veían tan mala y enferma, bajé sola, sin apoyo ninguno, y seguí sin fatiga todo el día los Oficios del domingo y los ejercicios de la Comunidad. Mis llagas

estaban enteramente cerradas y cicatrizadas; la carne había vuelto á tomar su tinte rosado en vez del morado que tenía antes, y dos días después había recobrado totalmente las fuerzas. Continuamos, sin embargo, la novena: todos los días tomaba una cucharadita de agua de Nuestra Señora de Lourdes, y mojaba con ella los riñones y los lugares donde había estado la fístula. Luego que ya tuve fuerzas me entregué á trabajos de horticultura muy penosos, sin que por esto me sintiera incomodada. He ayunado toda la Cuaresma del Adviento, que nosotros empezamos en nuestra santa Orden el 12 de Noviembre, según lo ordenan nuestras santas Reglas.

Desde entonces (hace un año que estoy curada) gozo de salud perfecta que no se ha desmentido un solo instante; los trabajos más grandes no me molestan.

En reconocimiento de esta curación maravillosa y como *exvoto*, nuestra Superiora ha hecho ejecutar en el santuario de nuestra capilla pinturas murales que representan la última aparición de Nuestra Señora á Bernardita. Hace pocos meses que se acabó este trabajo, y ya contamos varios favores y gracias señaladas que la Virgen ha concedido á la confiada oración de varias personas. Verdaderamente, mi reverendo Padre, la Santísima Virgen quiere ser invocada con el hermoso título de Inmaculada Concepción con que se reveló en Lourdes.

SOR MARÍA DE LA ANUNCIACIÓN,
Religiosa franciscana, Sierva de María.

P. S. En el mes de Agosto de 1871 abandoné en absoluto todos los remedios, y desde entonces hasta mi curación no volví á tomar ninguno. En la misma época dejó también de asistirme el médico.

V.º B.º

SOR MARÍA DE JESÚS,
Superiora General de las Religiosas Franciscanas, Siervas de María.

Como capellán de las Religiosas de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, puedo certificar con satisfacción que el hecho de la curación súbita y los demás detalles de la relación que precede son expresión de la más exacta verdad.

S. A. TOURNESAC,
Canónigo titular de la Catedral de Blois y capellán de la Tercera Orden (1).

(1) Véase en los comprobantes, n.º 10, la certificación del médico.

XXIV

Curación repentina de una Religiosa que se moría de una fiebre tifoidea, en Tolón, el 20 de Octubre de 1872.

La relación de este milagro se debe á un Padre marista que vivía en el colegio donde tuvo lugar la curación. He aquí cómo la refería el *Centinelle du Midi:*

El más santo y el más grato de los deberes es el del agradecimiento, y yo vengo á cumplirlo hoy dando gloria á Dios y nuestras acciones de gracias á María Inmaculada, invocada con tanto éxito por la curación de sor San Martín, Religiosa de San Francisco de Asís, que ha sido enviada á nuestro colegio para consagrarse á nuestros niños más jóvenes.

Al escribir estas líneas obedezco á nuestro Superior, que se cree obligado á este acto público de nuestro reconocimiento, y al mismo tiempo lleno los deseos de todos los Padres que habitan en nuestro establecimiento. Lo hago particularmente en nombre de la humilde familia de San Francisco, la cual se une enteramente á la H. San Martín para dar gracias á la Santísima Virgen por el favor insigne que acaba de concederle.

Dejo desde luego la pluma al médico de la casa, el Dr. Gueit, médico principal que fué de la marina,

oficial de la Legión de Honor, quien, á instancias del reverendo Padre Superior, se ha servido exponer la enfermedad y sus diversas fases desde el 15 de Octubre hasta el domingo 20.

«Mi reverendo Padre:

«Me ha significado V. lo conveniente que sería le diera algunos detalles sobre la enfermedad y curación de la H. San Martín, de la Orden de San Francisco de Asís, á quien he asistido en esa Casa-colegio, y accedo con gusto á sus deseos.

«El 15 de Octubre fuí llamado para ver á esta Hermana, quien me dijo que hacía dos días estaba en cama, pero que sufría desde algún tiempo, experimentando violentos males de cabeza, privada de apetito y durmiendo muy poco; y sin gran trabajo diagnostiqué el principio de una fiebre tifoidea.

«Desde este dia hasta el domingo 20, el mal fué constantemente en aumento, habiendo adquirido tal gravedad, que aconsejé le dieran inmediatamente los socorros de la Religión, diciendo á un Padre (que creo es el reverendo Padre Ecónomo y estaba á su lado) que me temía no durara hasta la noche. En efecto, á excepción de las pintas y de la sudamina que no habían aparecido, todos los otros síntomas más graves de la fiebre tifoidea estaban reunidos: inflamación del vientre; negrura de los dientes, de las encías y de la lengua; adormecimiento profundo de la fisonomía, y en fin, tensión y sobresalto de los tendones.

«Tal era el estado de la H. San Martín el domingo

20 en mi visita de las ocho de la mañana; y cuando volví por la tarde á las cinco no me sorprendió que el Padre Ecónomo me recibiera en la puerta de la casa y me dijera: «La Hermana ha pasado un día malo; «la encontrará V. peor.» Pero ¡cuál no fué mi sorpresa cuando al llegar á la celda de la enferma la encontré medio sentada en la cama, con el rostro tranquilo, sereno é inteligente! El pulso había recobrado su estado normal, y un suave sudor había reemplazado el calor ardiente de la piel. Aquello era, iba á decir maravilloso, pero la palabra milagrosa conviene más.

«Para mí la H. San Martín estaba ya fuera de peligro. Sin embargo, la fiebre reapareció al día siguiente, y la difteritis no tardó en presentarse, como para decirnos que si no hubiéramos creído en la gravedad de la fiebre tifoidea, ella estaba allí para probarnos que había sido grave y muy grave. Esta nueva complicación no puso, sin embargo, trabas á la marcha de la convalecencia, y V. sabe que nuestra enferma pudo asistir á Misa el día de Todos los Santos.

«Tal es, reverendo Padre, la relación exacta de la enfermedad. Yo he comprobado el hecho material: á V. toca saber y decir si para explicar una curación semejante es preciso hacer intervenir lo que no es del dominio de la medicina.

«Todo suyo de corazón,

«J. Gueit.

«4 de Noviembre de 1872.»

Siguiendo el consejo del Doctor, el reverendo Padre Director dió el Santo Viático á la enferma á eso de las once de la mañana del domingo 20 de Octubre. El Superior de los Padres del Espíritu Santo que había asistido á sor Rosalía, muerta el 7 de Septiembre en la ciudad, hizo notar en presencia del Padre Director que sor San Martín, atacada de la misma enfermedad, tenía los mismos síntomas que sor Rosalía en sus últimos momentos.

A la salida de Vísperas, el reverendo Padre Superior encomendó á nuestras alumnas que hiciesen oración por la Hermana gravemente enferma. Yo me dirigí á verla á eso de las tres y media; me pareció muy grave, y le dije delante de la Madre Superiora: «Hermana, puesto que no tenemos esperanza en los hombres, vamos á dirigirnos á Nuestra Señora de Lourdes.» La manifesté entonces los motivos que podían moverla á unirse á nuestras intenciones y á las de sus Hermanas para pedir á Dios su curación.

Añadí: «Las Religiosas sus Hermanas llegarán pronto, y encenderemos una vela, símbolo de nuestra fe; pondré sobre su cama un rosario bendito por el Santo Padre, mojado en agua de Lourdes y tocado en la roca de la Gruta de la aparición; rezaremos de rodillas una decena del Rosario, y darán á V. un poco de agua milagrosa.»

Ella me contestó con mucho trabajo: «Lo más pronto posible.» No esperaba pasar el día. Algunos minutos después, en unión de las tres Religiosas de la casa que estaban con ella, rezamos las oraciones indicadas, y la presenté el agua, dictándole la petición que debía

hacer: «Nuestra Señora de Lourdes, que dijisteis á Bernardita: *Bebe, y lávate en esa fuente;* curadme por la virtud de esta agua maravillosa, si es la voluntad de Dios, para que yo pueda continuar trabajando con mis Hermanas en glorificaros y honraros sobre la tierra.» Sor San Martín contestó penosamente, pero bastante alto para ser oída: «Amén.» Entonces la ofrecí algunas gotas de agua milagrosa, que tragó con bastante dificultad; pero la alegría de su alma se manifestó con una inefable sonrisa que fué notada por sus Hermanas y por mí. Al verla no pude menos de decir en alta voz que el consuelo que manifestaba era ya una grande gracia que debía mirarse como una recompensa de su fe. Salí entonces y no volví hasta después de la visita del médico, y por invitación suya, pues me dijo: «Vaya V. á verla; está en plena convalecencia; habla sin dificultad.» En aquel momento las Hermanas me mandaron llamar, y me dirigí á verla con el corazón conmovido por esta doble invitación, y supe de boca de la misma enferma y de las Hermanas lo que había pasado.

Después de nuestra oración, la Hermana Superiora se había retirado á la ropería, pieza vecina del dormitorio donde estaba la enferma, dejando abierta la puerta de comunicación de las dos habitaciones, y estando allí oyó que la enferma la llamaba en alta é inteligible voz diciéndola: «Hermana.» Espantada y sin poderse explicar este grito dado por una persona que un momento antes apenas se hacía comprender, fué allá corriendo, y la enferma la dijo en el mismo tono: «Los dolores de cabeza se van, puedo hablar.» Una

cesación tan repentina del mal en menos de un cuarto de hora después de haber orado y bebido el agua de Lourdes, no podía dejar ninguna duda en el espíritu de las Religiosas, que pasaron de la tristeza y de las lágrimas á la más viva alegría. Cuando vino el Doctor á su visita, las halló en esta primera expansión de felicidad, y después de haber examinado á la enferma, en un lenguaje lleno de nobleza y de fe confirmó á la pequeña Comunidad en su confianza y en su fe. «Cesemos los remedios, dijo; cuando los hombres no pueden nada, la Santísima Virgen lo puede todo.»

Después de recoger estos detalles nos pusimos de rodillas para empezar de nuevo la oración que habíamos hecho una hora antes, á fin de dar gracias á María y suplicarla que acabase su obra, y esta vez la enferma respondió con una voz más fuerte que todas sus Hermanas. Las Religiosas de los talleres llamados de Montety llegaron un poco después para ver á su enferma, y cuando supieron la maravillosa curación se apresuraron á ir al ejercicio de las cinco, que tiene lugar todos los domingos en la capilla de la adoración del Santísimo Sacramento, para dar allí gracias á Dios y á nuestra buena Madre.

A mi vez fuí á dar parte de la fausta nueva al reverendo P. Isartel, nuestro Superior, y á todos los Padres de la casa, y á las seis y media nos reuníamos en nuestra capilla para rezar el Rosario en acción de gracias.

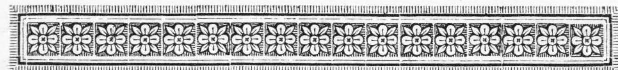
No añadiré nada á los detalles dados por el Doctor sobre la convalecencia, que nos reveló, como él mismo dice, toda la gravedad del mal. Hoy, fiesta de San

Martín, patrón de la enferma, esta buena Religiosa ha recobrado sus fuerzas, asiste á todos los ejercicios religiosos que se hacen en la capilla, y celebra en unión de sus Hermanas el día de su santo Patrón con oración, alegría y agradecimiento.

Por lo que á mí toca, testigo afortunado de las maravillas y milagros obrados en los días, para siempre memorables, 5, 6, 7 y 8 de Octubre, en que hemos visto á la Francia de María de rodillas, representada por cien mil de sus hijos, acepto esta gracia preciosa, cuya calificación sólo pertenece á los Superiores eclesiásticos, como un signo de salvación, como una prueba más de que María oye las oraciones de sus hijos y las despacha favorablemente.

¡Gloria á Dios! ¡Gracias sean dadas á María Inmaculada, á Nuestra Señora de Lourdes!

C. V. MARCELLÍN, *S. M.*



AÑO DE 1873

H. Bretón.— La Srta. Rosina Ollivier.— La Srta. V. W., de Courtrai.— La Srta. María Victorina Acquier.— La señorita Clemencia Gautier.— Carolina Esserteau.— María Juan.— Lucía Fraiture.— El abate de Musy.— El abate Guilmin. —Juana O'Moore.— Sor Dorotea.— La Srta. Bárbara Canelet.— Irma Dubois.—Julia Jadot.—La Srta. de Tinseau. — La Srta. María Poirier.— Sor Sofía.— Rosalía Rabot.

I

Curación súbita de una neurosis de dieciocho años declarada incurable, en París, el 23 de Enero de 1873.

«Mi reverendo Padre:

«Según el deseo de V. le dirijo la relación exacta de mi curación.

«A la edad de quince años, el 6 de Agosto de 1854 perdí á mi padre, y el pesar de esta muerte casi repentina me causó una enfermedad de nervios que me ha durado hasta el 23 de Enero de este año.

«La neurosis que yo tenía se hacía sentir alternativamente en todas las partes de mi cuerpo, y me ocasionaba crisis de convulsiones á veces parciales y más

á menudo generales; mis brazos y mis piernas se torcían en todo sentido; la boca la tenía deformada; las crisis duraban algunas horas y muchas veces hasta dos días, y se renovaban á intervalos más ó menos aproximados. En el estómago la neurosis se había hecho crónica y hacía la alimentación muy dolorosa; las digestiones eran muy trabajosas, y por muchos años padecí á causa de la irritación del sistema nervioso de una tos tenaz y de palpitaciones tan violentas, que me quitaban por momentos la respiración.

«Mi médico me recetó sucesivamente la valeriana y la digital con bromuro de potasio; y luego, viendo que estos remedios no solamente no me curaban, sino que apenas me calmaban, y esto momentáneamente, había acabado por ensayar el opio, con el fin, me decía, de abatirme á pesar mío durmiendo los dolores.

«En el mes de Enero de 1871 los males de cabeza fueron intolerables; el médico dijo entonces que yo tenía una neurosis llevada al extremo. A todos estos sufrimientos se añadieron en Mayo de 1871 reumatismos en las piernas, que combatió el médico con varias cosas, pero todas sin resultado; las piernas se hincharon, y poco á poco me fué más difícil andar. Así fuí tirando hasta el mes de Septiembre último, que me atacó una ciático aguda que me tuvo en cama todo el mes de Octubre. Desde Todos los Santos hasta Navidad, pude con la ayuda de un bastón ó de un brazo amigo, y á veces los dos, salir un poco y dar algunos pequeños paseos.

«Desde el 29 de Diciembre todo movimiento me fué imposible, y me tendieron en la cama, en donde estuve

sufriendo durante veintidós días los dolores más atroces: una fuerte fiebre se apoderó de mí, y á excepción de mis manos, todas las partes de mi cuerpo eran presa de sufrimientos tan violentos que no podía dejar de gritar á pesar de que hacía dieciocho años que estaba yo bien acostumbrada á sufrir. En veinte días sólo tres veces hicieron mi cama, pues no pudiendo moverme sola, eran menester dos personas para cambiarme de cama, y esta dolorosa operación me arrancaba gritos y lágrimas.

«Empecé á creerme perdida para toda la vida, cuando mi buena madre, cuya fe es admirable, tuvo la inspiración de hacerme beber agua de Lourdes, prometiendo hacer la peregrinación curase ó no curase. «Si mi hija es curada, decía, iré á dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes; en caso contrario, iré á pedirle su curación.»

«El miércoles 22 de Enero, á las nueve de la noche, fué cuando mi amada madre recibió del cielo esta inspiración, y mi hermano, cristiano sólidamente empapado en la fe y en la caridad, le dió esta agua que ella deseaba y que él me guardaba para un caso extremo. .

«Tomé algunas cucharadas por la noche, á las nueve, con promesa de darme friegas en el cuerpo al día siguiente por la mañana y de no usar durante nueve días ningún medicamento, dejando á un lado el opio y el éter. Dormí bastante bien la noche del 22 al 23, á pesar de que el insomnio era mi ordinaria compañía.

«El 23 de Enero á las siete de la mañana sentí que mis piernas se movían en la cama; me hallaba

sola en aquel momento; quise ensayar mis fuerzas, pues no podía creer todavía que estuviese curada; salí sola de mi cama, y me puse á andar sin ningún apoyo.

«Ando,» exclamé. Y mi buena madre acudió medio horrorizada, y yo le salí al encuentro.

«Nuestra Señora de Lourdes me había curado, y he pasado de la enfermedad á la salud sin convalecencia.

«El sueño, el apetito y la buena salud me volvieron el mismo día, y desde entonces ninguna recaída ha venido á destruir la obra de la Santísima Virgen. Mi salud es siempre muy buena, y desde hace tres meses no he experimentado ninguno de los terribles accidentes que tanto me han hecho sufrir.

«Acabo de tener la dicha de hacer con mi madre y mi hermano nuestra peregrinación de acción de gracias á Nuestra Señora de Lourdes, depositando á la vez á los pies de María Inmaculada el testimonio de mi vivo reconocimiento, siendo á la fe de mi madre, que es también Hija de María, á la que debo mi curación.

«He aquí, con sencillísima verdad, la relación abreviada de los largos sufrimientos que plugo á Dios enviarme durante dieciocho años; puede V. hacer de ella el uso que le plazca, que yo solo un pensamiento tengo: glorificar á Dios por mi Inmaculada Madre.

Reciba V., reverendo Padre, la seguridad del profundo respeto con el que tengo el honor de ser de V. humildísima servidora.

«H. Bretón,

«150, Boulevar de Magenta.»

II

Curación súbita de una enfermedad crónica del hígado. (La Srta. Rosina Ollivier, del Puy, en Lourdes, el 24 de Enero de 1873).

¡Gloria y amor á Nuestra Señora de Lourdes!

Tuve la desgracia de perder á mi madre el 16 de Diciembre de 1863: el gran sentimiento que esta desgracia me ocasionó quebrantó mi salud, sin que dieran resultado los medios que empleé para restablecerla. La muerte de mi padre, acaecida cuatro años más tarde, en 1867, puso el colmo á mi dolor. Se me declaró una enfermedad en el hígado, de cuyas consecuencias he sufrido cruelmente durante cinco años. Cólicos hepáticos, cólicos nefréticos, mal de piedra con dolores horribles, gota en los pies y en las rodillas; tal es la nomenclatura de los males que sufría.

Hace tres años se me subió la gota al corazón, y fué necesario emplear un procedimiento de los más enérgicos para salvarme la vida. Asistida por médicos hábiles que no me habían disimulado la gravedad de mi mal, seguí minuciosamente sus prescripciones. Iba dos veces al año á Vichy, y las dos me sujetaba al régimen de curación, lo que no me impedía sufrir y estar mala en la cama una gran parte del año. Mi estado empeoraba; tenía la tez amarilla, la región del hígado dura y abultada, y el riñón derecho hinchado.

En esta penosa situación, bajo la influencia de una crisis hepática y empezando á sentir la gota en el estómago, extenuada de sufrimientos y sin obtener ningún alivio con los remedios humanos, me sentía aniquilada, cuando la Providencia me envió la visita del buen Dr. Arnaud, visita de amigo, á quien expliqué mis sufrimientos y los medios empleados inútilmente para aliviarnos.

El Doctor me dijo: «Nada tengo que añadir á lo que han ordenado á V. ¿Por qué no había V de dirigirse á Dios por intercesión de algún Santo? En Lourdes se obran cosas maravillosas; vaya V. allá y encontrará quizás su curación. De todos modos, si soporta V. la fatiga que es consiguiente, el viaje no puede dejar de hacerla bien.»

En seguida me ocupé en este viaje aconsejado por el Doctor. Reanimando en mi corazón mi confianza en la Santísima Virgen, partí el 17 de Enero de 1873 sin ser acompañada de nadie, no queriendo yo otra protección que la de Nuestra Señora, á quien decía: «Virgen Santísima, si queréis curarme no tengo necesidad de nadie.» Había cesado de hacer remedios. El viaje duró tres días, durante los cuales sufrí mucho. Llegada á Lourdes me hice conducir al convento de la Inmaculada Concepción. La Hermana portera se quedó tan admirada de mi aspecto de sufrimiento, que fué á anunciar á la Superiora «una señora muy enferma.»

Llegué el domingo á las siete de la noche. El lunes por la mañana me apresuré á ir á la Gruta, en donde supliqué á la Virgen que me curara. Volví allí por la tarde, hablé al P. Duboc, misionero, y le rogué me

dirigiera durante un pequeño retiro. «Hija mía, me respondió, lo haré con mucho gusto; y si la Santísima Virgen no quiere curarla le servirá de preparación para la muerte.» Le dije además: «Padre, quisiera meterme en la piscina, pero el médico me lo ha prohibido; cuando mas, me dijo al tiempo de partir, moje V. allí los pies para satisfacer su devoción.—Pues bien, repuso el Padre misionero, haga V. lo que le han ordenado, aunque puedo asegurarla que estoy aquí desde hace mucho tiempo, y jamás he visto que se haya encontrado mal ninguno de los que se han metido en la piscina. Pida V. luz á la Virgen Inmaculada, y haga lo que Ella le inspire.»

Todos los días iba yo á rezar ya á la Gruta, ya á la Cripta. Por fin, el jueves me sentí fuertemente inclinada á bañarme en la piscina. Lo dije á la Superiora del convento, la cual no me disuadió de esta idea. El viernes por la mañana, después de haber hecho la santa Comunión en la capilla del convento, me decidí ir á la Gruta. Ese día sufrí más que de ordinario; había pasado una noche mala, y creí no levantarme más, pero la Santísima Virgen quería que yo fuera á la piscina.

Ayudada de dos buenas Hermanas me dirigí á las nueve de la mañana á la Gruta, me puse de hinojos á los pies de la imagen de María, recé una decena del Rosario, y fuí á prepararme para meterme en el agua milagrosa. El tiempo estaba húmedo, y las buenas Hermanas se certificaron de que había fuego en el domicilio del portero para calentarme á mi salida del agua en caso necesario. Me quité, pero para no volvérmelo á poner más, el algodón que desde hacía al-

gún tiempo me envolvía el estómago y toda la región del hígado.

Cuando puse las piernas en el agua sentí tan agudos dolores, que dí gritos sin poder contenerme. Creo que no es posible sufrir más. Las Hermanas que me sostenían veían cambiar mi fisonomía á cada instante; mi estado las asustaba, y oraban por mi curación. Cuatro minutos, que me parecieron un siglo, estuve en esta situación, y luego los dolores desaparecieron súbitamente, y el agua que antes me parecía helada no fué después más que un baño tibio.

Viendo mis piernas curadas, quise sumergirme del todo, pero la respiración me faltaba cuando trataba de hacerlo. Me volví entonces hacia la imagen de María diciendo: «Vos habéis curado mis piernas, acabad vuestra obra; bien veis que estas buenas Hermanas no pueden sostenerme tanto tiempo.»

Después de esta oración me senté en la piscina sin ningún trabajo, y me hallaba tan bien allí, que no hubiera querido salir. Me puse de rodillas en la piscina, y recé el *Memorare*. Salí sin experimentar la mas ligera fatiga. Me sentía cambiada enteramente; me parecía que salía de otro mundo. Las buenas Hermanas querían ayudarme á vestir, pero las dispensé de este trabajo porque yo estaba más fuerte que ellas. Me puse de rodillas delante de la Santísima Virgen para darla gracias con efusión por su socorro tan evidente, y me dirigí al convento.

En el mismo día hice un paseo muy largo y sin fatiga, á pesar de una lluvia torrencial.

Dos días después abandonaba la Gruta de Lourdes

no sin sentimiento; allí dejaba mi voluntad y mi corazón, y me iba con la idea de volver. Mi regreso fué feliz. En los hoteles que me habían recibido al pasar para Lourdes no querían creer fuera yo la misma persona: ¡tan buena salud se dibujaba en mi semblante! Al regreso á mi país, la misma sorpresa y las mismas exclamaciones.

Fué el 24 de Enero de 1873 cuando me bañé en la benéfica y milagrosa piscina, y desde este momento tan dichoso para mí quedé curada, sin haber vuelto á tener ningún ataque de mi antigua enfermedad, y todo mi organismo ha recobrado el estado normal de la salud.

En el mes de Abril del mismo año quise hacer certificar mi curación por un doctor que me había visto enferma, pues hasta entonces me había contentado con gozar de la dicha de mi curación. El Dr. R... examinó cuidadosamente el sitio de las enfermedades que yo había tenido, y me aseguró que no quedaba de ellas ningún indicio. Me dijo: «Puede V. dar gracias á la Santísima Virgen.» Y un día que me hallaba en su casa dijo á su esposa y á otra señora: «Esta señorita es verdaderamente una enferma curada milagrosamente en Lourdes.» Y todas las personas que me han visto enferma y me ven ahora se ven obligadas á decir lo mismo.

Escribo á V. esta relación para manifestar mi agradecimiento á la Santísima Virgen, rogando á V. tenga la bondad de insertarla en los *Annales* de Nuestra Señora de Lourdes. Deseo con este testimonio dar gracias á la augusta Reina Inmaculada, á la Virgen

poderosísima, que protege á los que recurren á Ella en sus necesidades.

Me prosterno á los pies de Nuestra Señora de Lourdes, y reconozco con toda la efusión de mi alma que á Ella sola debo mi curación.

Le Puy, 24 de Enero de 1874, día aniversario de mi curación.

ROSINA OLLIVIER (1).

(1) Véase en los comprobantes, n.º 11, el certificado del médico y el testimonio del señor Cura.

III

Curación milagrosa é instantánea de la Srta. V. W., de Courtrai (Bélgica), en Enero de 1873

En uno de los primeros números de Febrero del *Bien Public*, de Gante (Bélgica), se leía:

Todo el barrio de la calle de Courtrai se ha conmovido por un *suceso extraordinario* (reservando el fallo á la Autoridad eclesiástica), ó sea por una curación *milagrosa é instantánea* debida á la intervención de Nuestra Señora de Lourdes.

He aquí los hechos tal como los hemos oído referir por testigos oculares y dignos de fe:

La Srta. V. W..., joven de veintidós años, huérfana, vive en la calle de Courtrai en casa de su tío el señor R..., comerciante.

Hacía dos años estaba atacada de una grave enfermedad, y después de dieciséis meses paralítica, viéndose además desde entonces privada del uso de la vista y muchas veces de la palabra. Todos los días, por decirlo así, estaba sujeto á espantosos ataques nerviosos que la medicina era impotente para conjurar. Estos hechos son de notoriedad pública en la calle de Courtrai.

Hace nueve días que la señorita V. W... comenzó con su familia y sus amigas una novena á Nuestra

Señora de Lourdes, llena de confianza, aunque durante el curso de ella su estado pareció agravarse más. Ayer mañana, postrada y paralizada en su cama, recibió la Sagrada Comunión como Viático. El sacerdote que le traía el Santísimo Sacramento no le dió mas que una pequeña partícula de la Santa Hostia, por la dificultad de tragar que tenía.

De repente, ayer después de medio día, la enferma se precipitó de su lecho y se puso de rodillas gritando: «Santísima Virgen, Vos me habéis oído,» y rezó en alta voz el *Magnificat*.

Estaba completamente curada, y manifestaba su alegría con lágrimas y sonrisas, abrazando á su tío, á su tía y á sus amigas que acudieron al rumor del prodigio.

Se vistió ella sola y se fué en seguida á postrar á la capilla de Nuestra Señora de Schreyboom, delante del altar de la Santísima Virgen.

La muchedumbre que había acudido no podía creer lo que veían sus ojos, y se aglomeró en la capilla. Después de tres cuartos de hora de ferviente oración, la Srta. V. W... se levantó y se volvió á su casa seguida por un torrente de pueblo que daba gozosas aclamaciones y bendecía á la Madre de Dios.

Por la tarde recibió la visita del señor Cura de San Pedro y de otros varios eclesiásticos que habían venido á verla poco antes en su lecho de dolor. Se hallaba perfectamente repuesta y ágil, y recibió también un gran número de personas que venían á felicitarla, y ella misma les sirvió la copa de vino que bebían en familia y entre amigos por su feliz restablecimiento.

Este hecho (inútil es decirlo) ha producido en toda la parroquia de San Pedro, donde es muy conocida la Srta. V. W... y su familia, una profunda impresión. El carácter prodigioso de la curación es innegable. Hoy toda la ciudad habla de ella, y los católicos glorifican á Nuestra Señora de Lourdes.

IV

Curación instantánea de una fluxión de pecho complicada con fiebre tifoidea y perniciosa, en Rodez, el 10 de Marzo de 1873.

La Srta. María Victorina Acquier, de veinticuatro años de edad, alumna en el convento de Nuestra Señora de Rodez, estaba atacada hacía algunos días de una fluxión de pecho de las más graves, complicada con fiebre tifóidea.

El mal había llegado á su último periodo; los accesos perniciosos se habían ya manifestado, y los médicos preveían un triste pero casi inevitable desenlace.

La enferma, que con frecuencia había oído hablar de los prodigios de curación de Nuestra Señora de Lourdes, suplicó á las buenas Religiosas, que la cuidaban con tanta abnegación, la procuraran un poco de agua milagrosa.

La bebió con confianza muchas veces, y prometió al mismo tiempo á la Santísima Virgen ir á visitarla á su Santuario venerado cuando hubiera recobrado la salud. Lo hizo con una fe tan viva, que los asistentes estaban edificados, enternecidos, y todos se decían: «Nuestra Señora de Lourdes no puede menos de oírla.»

El mal empeoraba, sin embargo, y el médico declaró que era preciso viaticarla cuanto antes. Recibió los Santos Sacramentos á eso de las siete de la noche, pero antes de recibir el Santo Viático renovó en alta voz su voto á Nuestra Señora de Lourdes, y ¡oh prodigio! apenas hospedó en su pecho la Santa Eucaristía, la fiebre desapareció de una vez; el pulso descendió de 180 pulsaciones por minuto á 70, pulso ordinario de una persona sana. La joven enferma declaró que se sentía curada, y quiso levantarse y comer, á lo que no creyeron prudente acceder por entonces.

El día siguiente por la mañana llegaron los médicos para tener una consulta, y ¡cuál no fué su sorpresa no encontrando en la enferma ninguno de los síntomas de la víspera! No podían comprender un cambio tan súbito hasta que una Religiosa les refirió cómo la Santísima Virgen había venido en su ayuda.

Estos señores, generalmente poco crédulos en lo que toca á lo sobrenatural, no pudieron menos de reconocer en una curación tan instantánea algo de extraordinario, fuera de las leyes de la naturaleza.

Debo añadir que desde este momento la curación fué completa. El mismo día se levantó la enferma, comió y no volvió á sentir ningún dolor. Algunos días después regresaba al seno de su familia, donde disfruta hoy de mejor salud que nunca.

Los hechos que acabo de referir han pasado en Rodez, en el convento de Nuestra Señora, el 10 de Marzo de 1873. He sido testigo ocular de ellos, y tengo gus-

to en declararlo, deseando puedan servir para aumentar la gloria de María y reanimar la piedad y la confianza de sus hijos.

En fe de lo cual doy el presente testimonio.

Rodez, 27 de Mayo de 1873.

P. BETMON,
Vicario de la Catedral (Rodez).

Certifico que la relación que antecede es conforme á la verdad.

SOR SAN DOSITEO,
Superiora.

V

Curación instantánea de la Srta. Clemencia Gautier, de Gassin (diócesis de Frejus), el 14 de Mayo de 1873.

En la diócesis de Frejus llamó vivamente la atención en Mayo último la curación maravillosa de la Srta. Clemencia Gautier, que en un instante pasó de un estado de enfermedad desesperado á una salud completa. El canónigo Bremond, arcipreste de San Tropez, delegado por el señor Obispo de Frejus y Tolón, hizo sobre esta curación una información certificada por numerosos testigos, por el alcalde de Gassin, y en fin, por la Autoridad diocesana.

El citado señor Obispo ha mandado al de Tarbes dicha información, y el relato detallado de la enfermedad y de la curación escrito por la Superiora del Hospicio de San Tropez, que reproducimos.

Comunidad de Santo Tomás de Villanueva.

Ilustrísimo y reverendísimo Padre:

Permita V. I. á una pobre hija suya que le comunique las dulces impresiones que sintió con motivo del prodigio obrado en favor de la Srta. Clemencia Gautier, del que ha sido, por decirlo así, primero y feliz testigo.

Estaba atacada esta joven hacía muchos años de una enfermedad grave, dolorosa, y sobre todo humillante para una alma cándida. La fiebre tifoidea, de que fué

acometida hará unos cuatro meses, desarrolló en ella la enfermedad en todo su vigor, y de ahí le vino una inflamación de entrañas tal, que la vida de la joven estuvo en peligro. Los sufrimientos eran tan vivos, que con dificultad se podían resistir los gritos que daba noche y día. Se hicieron varias novenas á su intención, pero sin resultado; la hora de la gracia no había sonado todavía, como ella decía.

Un mes y medio antes del milagro vinieron á suplicarme que fuera á verla; rendíme al deseo de la enferma, á quien encontré en una extrema debilidad. No podía soportar ningún alimento, no se movía sino con la ayuda de cuatro ó cinco personas, y las funciones ordinarias no se hacían sino con el auxilio de instrumentos. Tantos sufrimientos no podían menos de mover á compasión: la exhorté mucho á la confianza, induciéndola á que hiciese una novena y orara ó pidiese su curación á la Santísima Virgen Inmaculada.

La joven me hizo en esta época confidencias que no puedo publicar por temor de herir la modestia de esta querida joven; pero comprendí que Dios Nuestro Señor tenía sobre ella designios de misericordia y de amor.

Mas tarde la comuniqué una inspiración repentina diciéndole que debía hacer voto á la Santísima Virgen de llevar sus libreas durante un año, y que cuando obtuviese su curación iría á darle gracias á su Santuario de Lourdes.

El mismo día empezó una novena en diferentes Comunidades, y todos los parientes y amigos unían su intención para obtener la gracia tan ardientemente deseada. También se hacía uso para la joven enferma del agua milagrosa, empleándola en compresas y dándosela á beber. La visité el primero, segundo y quinto día de la novena; los sufrimientos eran siempre tan intensos, pero la joven estaba convencida de que curaría, pues, debo decirlo, me ha confesado que en el instante mismo en que hizo el voto sintió una impresión incomprensible que le daba la seguridad de su curación; así es que los dolores no debilitaron un instante su confianza.

La visité el octavo día, y la encontré peor; su debilidad era tal, que no podía soportar el menor ruído, ni aun la más leve luz del día. Habiéndola visitado el médico á las seis de la tarde, no respondió más que por estas tres palabras á las preguntas que se le hicieron: «Mal, mal, muy mal.»

La misma tarde á las ocho tuvo una crisis tan fuerte, que todos los asistentes abandonaron la habitación quedándose sola con su hermana, á quien dijo con voz casi apagada: «¡Cuánto trabajo te doy, hermana mía... la Santísima Virgen me curará!» Pidió un rosario, y manifestó deseos de que su hermana continuara sola á su lado. Eran las once.

¿Qué pasaba entonces en el corazón de esta joven? Sólo Dios lo sabe: la poderosa Virgen María iba á cumplir su obra. A las dos de la mañana del 14 de Mayo de 1873 el milagro se había obrado.

Nuestra querida enferma se levantó sola; su hermana espantada quiso llamar á las tres enfermeras que estaban en la habitación vecina, pero Clemencia se opuso á ello diciendo: «No tengo nada, estoy cura-

da; no tengo necesidad de nadie; mira cómo estoy de pie, no siento ningún dolor, la Santísima Virgen me ha curado; tráeme una lámpara, y si quieres le daremos gracias juntas. No digas nada á nadie; tal vez ofenderíamos á Dios alegrándonos demasiado.»

Fueron, sin embargo, á buscar á su padre, quien temió una nueva desgracia; pero apenas entró en el cuarto de su hija, cuando ésta la abrazó diciéndole: «Querido papá, estoy curada; es un milagro de la Santísima Virgen... ahora cumplirá V. su promesa.»

Quisieron prevenir á la vecindad del favor recibido, pero ella se opuso de nuevo diciendo: «Id á buscar á mi querida amiga, mi segunda madre, y haré lo que ella me diga.» Tres horas después estábamos en los brazos la una de la otra. Apenas llegué al umbral de la puerta, cuando ella se sentó en su cama y me repitió las mismas palabras que había dicho á su padre. Por una inspiración súbita le dije: «Si estás curada, levántate y ven á dar gracias á la Virgen, á fin de que vean los incrédulos lo que puede la oración cuando se hace con amor y confianza.» Obedeció y se vistió sola con gran sorpresa de las personas de la casa: sólo ella estaba tranquila, y se leía en su semblante la gracia extraordinaria que trabajaba en el fondo de su corazón.

Luego que se vistió nos pusimos en marcha hacia la capilla del castillo Minuty, que está retirado del campo de siete á ocho minutos. Le ofrecí el brazo diciéndola que yo quería tener el honor de presentarla á Jesús y á María, ya que el Señor no se había dignado escogerme para instrumento suyo. Aceptó por

darme gusto, pero apenas habíamos dado algunos pasos se separó y siguió sola delante.

Llegada á la capilla se prosternó ante la imagen de María en oración ferviente. Todos los que la veían experimentaban el mismo sentimiento de respeto y de admiración.

Se mandaron propios á los tres lugares vecinos, y mientras la campana de la capilla llamaba á los fieles, toda la vecindad acudió, y media hora después sesenta personas estaban piadosamente arrodilladas al rededor de la hija del milagro. Empezó la Santa Misa y entonamos un cántico de acción de gracias á la Madre de Dios, en el cual la voz de Clemencia era más fuerte que la nuestra, pues apenas podíamos contener la emoción que llenaba nuestros corazones. En cuanto á ella, siempre de rodillas, con su mirada fija en el altar y dulce sonrisa en los labios, parecía insensible á todo lo que la rodeaba. Recibió la Sagrada Comunión. Después del Santo Sacrificio, el señor Cura de Ramatuelle, que lo había celebrado, entonó el *Magnificat*. La joven se levantó y cantó hasta el fin, y se volvió á poner de rodillas sin fatiga á pesar de que estaba en ayunas. En seguida, estando todo en el más profundo silencio, se levantó de nuevo, y volviéndose á los asistentes dijo con voz fuerte y bien acentuada: «Estoy curada, y la Santísima Virgen es quien me ha curado.» Un movimiento espontáneo de sollozos se escapó de todos los pechos en aquel momento, y dando gracias á Nuestro Señor y á su Santísima Madre prometían convertirse. Y en efecto, este mismo día se confesaron treinta y cinco personas, entre ellas varias

que no habían cumplido con el precepto pascual hacía más de cuarenta años.

Era llegada la hora de retirarse de aquel santo lugar. Nuestra joven amiga había estado hora y cuarto de rodillas. Al salir de la capilla tomó una taza de caldo, y formando una especie de procesión nos dirigimos al castillo haciendo resonar los aires con el canto del *Magnificat*. Luego que llegó al castillo tomó una taza de café con leche sin sentir la menor fatiga, y por último, á las doce se puso á la mesa en compañía de veintitrés personas y almorzó muy bien. Temíase que tuviera alguna indigestión en vista de que no tomaba nada desde hacía tres meses, pero sucedió lo contrario; á las tres dijo que tenía hambre, y merendó.

Posteriormente el apetito se ha mantenido. Se acuesta á las diez y se levanta á las seis, y en lo demás sigue perfectamente.

Al día siguiente tuvo lugar la Misa de acción de gracias. Cuarenta y dos personas acompañaban á la jóven á la Santa Mesa; las familias desunidas se reconciliaban; los pecadores endurecidos prometían convertirse.

Como recuerdo de este dichoso día se distribuyeron medallas de Nuestra Señora de Lourdes. Sobre doscientas personas, hombres, mujeres, ancianos, niños, todos querían tener un recuerdo de este memorable día.

La familia se dispone actualmente á cumplir la peregrinación á Nuestra Señora de Lourdes.

Aquí me detengo, ilustrísimo señor, y humildemente postrada ante V. I. imploro una bendición paternal, y en los sentimientos de mi profunda miseria me atrevo á llamarme humilde hija de María.

Y de V. I. respetuosa servidora.

Firmado: MARÍA, *J. G.*

Por copia conforme con la información:

JOSÉ ENRIQUE,
Obispo de Frejus y de Tolón.

El 24 de Junio último la Srta. Clemencia Gautier, que goza de una salud perfecta, cumplía su voto viniendo á Nuestra Señora de Lourdes con la peregrinación de Tolón y Frejus.

VI

Curación admirable é instantánea de Carolina Esserteau, de Niort, en Lourdes, el 2 Julio de 1873

Entre todos los demás recomendamos á la más seria atención del lector el gran milagro cuya relación damos aquí. El que tenga la desgracia de no poseer todavía lo que es menester para hacer un acto de fe tal como Dios lo pide, encontrará en él una luz brillante y hará un acto de adoración pidiendo perdón á Nuestro Señor Jesucristo de no haberse postrado antes á sus pies. Si tiene la dicha de ser ya católico, católico fiel y práctico como es preciso serlo, bendecirá con nosotros á la Madre de Dios que concede á sus hijos fieles el consuelo de tan viva luz como coronación y dilatación de la fe.

Este gran milagro tuvo lugar en el mismo Lourdes, en la santa piscina, en presencia de una muchedumbre inmensa compuesta de las peregrinaciones de Niort, de Amiens, de Aix, de Narbona, de Carcasona, de Brionde y de Montaubán, y fué objeto de una información severa que confirmó la autoridad episcopal del venerable y docto obispo de Poitiers, Mons. Pie, elevado después á la púrpura cardenalicia.

He aquí ahora la carta que luego que sucedió el milagro escribió al director de la *Semaine liturgique de Poitiers* el Arcipreste de Niort, que había organizado y dirigidido la peregrinación, y que había sido testigo ocular de la curación de su feligresa Carolina Esserteau.

«Señor Director:

«Hay grande impaciencia por tener, y yo la tengo de ofrecer, una relación autorizada del grande favor que se dignó Dios conceder á la peregrinación de los niorteses en Lourdes que tuve el honor y la dicha de presidir.

«La curación que hemos obtenido se ha obrado con tales circunstancias, que nos recuerda los hechos evangêlicos.

«Nuestro Señor dijo al ciego de nacimiento: «Anda «y lávate en la piscina de Siloé.» El ciego obedeció y pudo decir en seguida: «Fuí, me lavé y veo.»

«De igual modo Nuestro Señor ha dicho á nuestra enferma hablando á su corazón: «Hazte llevar á la piscina «de Lourdes.» La enferma obedeció y pudo decir en seguida: «Me han llevado, me ha tocado el agua y ando.»

«Carolina Esserteau, de cerca treinta años de edad (nació el 24 de Octubre de 1841), hacía once años que tenía una mielitis crónica que había producido en su cuerpo los más terribles efectos.

«La columna vertebral estaba del todo desviada; la enferma no podía estar sentada; la inflamación de la medula espinal había debilitado tanto su vista, que no podía sorportar la luz del día, y más que todo había atacado sus piernas, cuya substancia nerviosa había alterado por consiguiente las venas y los muslos, reduciéndolos á una debilidad tal y á tan excesiva demacración, que allí no quedaba más que una piel lívida y en cierto modo colgante sobre huesos descarnados. En lo demás, las piernas estaban inertes hasta el punto de que cuando llevaban á la enferma se movían en todos sentidos si otra persona no las sostenía. La insensibilidad de ellas era tan completa, que no recibía ninguna sensación ni de la electricidad ni de la hidroterapia empleada en su mayor potencia.

«Los médicos de las aguas de Barèges y de Niort, á donde la llevaron en 1871 y dos veces en 1872, habían dictaminado de consuno que la pobre enferma no tenía que pensar más en volver á Barèges. Estaba declarada enteramente incurable.

«Vino, sí, á Lourdes, á través de grandes dificultades, á costa de grandes esfuerzos.

«Luego que llegamos en este venturoso día 2 de Julio, fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen, se hizo llevar en coche hasta la cripta y en brazos por tres personas hasta el altar más cercano, con ansia de oir la Misa y comulgar, porque se sentía desfallecer. En seguida las mismas tres personas la llevaron á la piscina por el camino más corto, y la desnudaron por estar ella incapaz de ayudarse en nada; la acercaron al agua y la fueron descendiendo con precaución. Mas apenas le llegó el agua á las rodillas, cuando experimentó una sensación tal que no hay palabras para expresarla. Sus piernas se pusieron llenas, fuertes y sólidas, *consolidatæ sunt bases ejus;* la piel, sonrosada; los pies, derechos y regulares; el talle, natural.

«Estaba curada completamente, y para esto ha bastado un segundo.

«En aquel instante, apartando á las tres personas que querían sostenerla todavía, exclamó: «¡Dejadme, «estoy curada! Llevad mis aparatos á la Gruta.» Estos aparatos eran unas botinas bordadas de hierro, que sostenían sus piernas de la rodilla al tobillo.

«Se vistió sola y salió de la piscina, con gran sorpresa de los numerosos peregrinos, que prorrumpieron

pronto en transportes de alegría. Se cantó el *Magnificat* con un entusiasmo indecible. Carolina, toda absorta en su emoción, tenía necesidad de ser protegida contra las oficiosidades de la multitud, cuyas filas se abrieron al fin, gracias á la energía de dos intrépidos oficiales cristianos fervorosos de la peregrinación de Amiens, y todos la vieron andar fácilmente.

«La acompañaron á empujones hasta la casa de los reverendos Padres Misioneros.

«He aquí el hecho en su exacta realidad.

«Se realizó, como se ha visto, á la primera hora de nuestra llegada, por permisión divina, á fin de que la prodigiosa curación fuese comprobada por más número de testigos durante dos días consecutivos. Y ¿cómo no considerarlo así puesto que en esta hora se habían reunido á nuestra peregrinación las de Amiens, Aix, Narbona, Carcasona y de Brionde, y al día siguiente la de Montauban?

«También quiso Dios se hallase allí un médico para atestiguar la curación.

«Por la tarde llevé á Carolina á Lourdes en coche con el fin de sustraerla á los testimonios de simpatía que incesantemente se renovaban, con riesgo de oprimirla, y á los cuales ella se prestaba, hacía más de cinco horas, «haciéndolo, me dijo, con mucho gusto por amor á la Santísima Virgen.»

«Al día siguiente vino á pie de Lourdes á la Gruta, y á eso de las diez volvimos á Lourdes también á pie á pesar del gran calor. Sabida es la distancia que hay que recorrer.

«Este día, como el precedente, fué asediada de vi-

sitas que se renovaban á cada instante. Querían saber su nombre y tener algunas palabras escritas de su mano, y le daban algunos recuerdos, siendo de admirar que haya podido soportar la fatiga de estas piadosas importunidades.

«Al empezar sólo quise, señor Director, referir á V. el hecho de la curación en pocas palabras, y por tanto me detengo, pudiendo decir por otra parte que no he hecho más que desflorar lo que dará justamente materia á una relación completa.

«Diré, sin embargo, una palabra de nuestra llegada á Niort. A pesar de la hora intempestiva (entrábamos en la estación á las tres y quince minutos), hubo bastante gente para formar una procesión compuesta de muchas hileras que cantaban el *Magnificat.*

«Imposible es decir la emoción general á la vista de la joven á quien muchos habían conocido en su enfermedad, y que estaba allí andando con paso seguro entre el capellán del Hospicio y yo, no teniendo necesidad de nadie, como lo demostró cuando habiéndosele caído al suelo el rosario, se abajó y lo cogió ella misma.

«La marcha de la procesión fué suspendida un momento por la llegada de las Hermanas del Hospicio, que venían precedidas de la cruz al encuentro de su amada Carolina. Renuncio á describir el efecto de esta escena en todos los asistentes. Mi mano tiembla al trazar estas líneas, y mis ojos se llenan de lágrimas.

«Llegamos por fin á la iglesia de Nuestra Señora, en donde después de una plática que brotaba de un corazón conmovido dije la Santa Misa, en la que comulgó la joven.

«Condújela en seguida y también en procesión al Hospicio, en donde fué recibida con lágrimas de alegría por tantos testigos y compañeras de su antigua miseria.

«Posteriormente la he visto todos los días, y otros muchos la visitan continuamente, notando que su curación es tan permanente como fué instantánea.

«Envió á V., señor Director, estos detalles escritos á vuelapluma, y la relación de que me creo deudor á los peregrinos presentes en Lourdes el 2 y 3 de Julio (y me atrevo á decir á todos los cristianos), no se retardará mucho, así lo espero.

«Pero siempre ¡gloria á Dios! ¡Viva María Inmaculada!

«Acepte V., señor Director, el testimonio de mis mejores sentimientos en Jesús y María Inmaculada.

«*El arcipreste de Niort, cura de Ntra. Sra.*,

«AGUSTÍN GUILLET,

«*Director de la peregrinación niortesa.*

«Lourdes, 2 de Julio de 1873.»

He aquí ahora el resumen de la información anunciada arriba por el arcipreste de Niort. La tomamos de los *Annales de Lourdes* (Febrero de 1879).

La señorita Carolina Esserteau, de Niort, enferma hacía diez años de una mielitis crónica declarada incurable por varios doctores, fué instantánea y completamente curada tomando un baño en la piscina el 2 de Julio de 1873. Las grandes peregrinaciones de Amiens, Aix, Brionde, Carcasona y Narbona, que se

encontraron este día en la Gruta con la de Niort, fueron testigos del prodigio, que confirmaron al mismo tiempo varios médicos. Esta curación hizo gran ruído, como lo indicamos rápidamente, pero merece más detalles.

Carolina Esserteau nació en Niort, en la parroquia de San Andrés, el 24 de Octubre de 1841. Sus padres, que eran muy pobres, la enviaron desde temprano de externa á la escuela del convento del Sagrado Corazón. A los nueve años y medio tuvo la dicha de hacer la primera Comunión. Carolina era viva de carácter, pero piadosa y buena. Puesta luego en el aprendizaje para la costura, encontró durante varios años en su segunda maestra un modelo de virtud de que se aprovechó; así es que cuando perdió á su padre de una parálisis del cerebro y se vió dolorosamente separada de su madre, su carácter, moderación y piedad la procuraron protectores afectuosos.

Hasta la edad de veintidós años la joven costurera había gozado de buena salud y nunca le faltó trabajo; pero en Abril de 1864, con motivo de resfriados mal cuidados sintió violentos dolores en la espalda. El centro de la columna vertebral se le puso tan sensible, que la menor presión le causaba sufrimientos intolerables. Las piernas también se le pusieron adormecidas y dolorosas, y sentía en ellas hormigueos. Luego ya no pudo estar de pie, costándole trabajo andar con muletas; y así, reducida á la mayor extremidad, habiendo experimentado una aparente mejoría quiso levantarse, pero no sintió sus piernas, porque la parálisis era completa.

Una medicación de cuarenta y cuatro días en el establecimiento hidroterápico de Longchamps, en Burdeos, no dió ningún resultado. Los baños de Arcachón parecía que habían mejorado un poco el estado de la enferma, pero pronto se corrió la enfermedad al cuello y brazos, y la parálisis se hizo general. Las articulaciones parecían de tal manera descoyuntadas, y los muslos estaban tan atrofiados, que el cuerpo no podía sostenerse. La cabeza se le caía á un lado y á otro; los puños y los pies podían girar en todos sentidos, y las piernas se bamboleaban como si no tuvieran consistencia. Los cuidados que le prodigaron las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad, de Cholet, y sus tíos de Niort fueron inútiles. Se vieron obligados á solicitar su admisión en el Hospicio de esta ciudad, en el que fué recibida Carolina el 23 de Diciembre de 1869. El médico del Hospicio escribió en el registro: *Invasión de la enfermedad: seis años.—Diagnóstico: mielitis.* Y después de haber prodigado en vano sus remedios, escribía el 11 de Febrero de 1870: *Pasada á las incurables.*

Sin embargo, Carolina, que no perdía la esperanza de curar, pidió y obtuvo el favor de una tanda termal en las aguas de Barèges para la estación de Septiembre de 1871. Idéntico favor se le concedió el año de 1872. El Dr. Grimaud, inspector del establecimiento termal, que le prodigó en el Hospicio de Santa Eugenia un cuidado casi paternal, después de haber agotado todos los recursos de la ciencia y de las aguas, se vió obligado á hacer al fin de la temporada la siguiente declaración:

«El tratamiento de Barèges ha sido seguido con prudencia y gradualmente durante seis semanas, sin obtener resultado. Desesperado del ningún éxito de estas aguas, tan eficaces en un gran número de casos semejantes, empleé la máquina de inducción de Gaiffe, sin que la contracción muscular se pueda vencer. Para mí es evidente que la mielitis no cederá á los remedios terapéuticos más apropiados á su estado; y convencido de que la enfermedad es incurable, doy á Carolina, bien á pesar mío, el consejo de no volver más á Barèges.»

En la primavera de 1873, no obstante lo que el mal había progresado, acabando de paralizar los brazos, la enferma insistía con el Dr. Fontant, médico del Hospicio de Niort, para volver á Baregès. «¿Qué quiere V., pobre niña, respondió el Doctor, quiere V. que se gaste *inútilmente* en V. el dinero que podrá servir para aliviar á otros enfermos? Más le valdría á V. ir á Lourdes, pues sólo por *milagro* podrá V. curar.»

Estas palabras del Doctor eran el certificado oficial de la impotencia humana y del poder misericordioso de Aquella á quien los cristianos llaman Salud de los enfermos. «¡Ir á Lourdes! dijo Carolina estremecida, pues si yo he pretendido ir á Barèges es precisamente para ir á Lourdes, que ya no tengo confianza en las aguas de Barèges, sino sólo en la Santísima Virgen que me curará.»

Y desde entonces Lourdes fué el objeto de sus esperanzas y de sus deseos. «No, escribía á su tío de Poitiers, Nuestra Señora de Lourdes no puede abandonarme; no me abandonará.» «¡Si yo pudiera ir á Lourdes!» repetía sin cesar.

Pronto se le presentó una ocasión favorable con motivo de una peregrinación que se organizaba en Niort. «Cuanto más sufro, escribía, más siento el deseo de hacer la peregrinación. Todos los médicos me han abandonado, y no obstante mi confianza es cada vez más grande. ¡Oh! ¡cuánto agradecería á V. me facilitara los medios para ir á Lourdes!»

Una amiga se ofreció á pagarle el viaje; otra amiga piadosa del obrador de Tarbes, Paulina Mercier, le prometía hacer en Lourdes cuanto pudiera en su servicio. La esperanza y la paz hacían ya latir el corazón de la pobre incurable, cuando una nueva prueba vino sobre ella casi en la víspera de la partida. Una pleuresía la puso en el más triste estado, y la dejó en tal debilidad, que sus compañeras del Hospicio se asustaban de ir con ella, y el capellan se negaba á dar de una manera positiva el nombre de Carolina Esserteau para la peregrinación. Pero ella hizo tan apremiantes instancias y estaba animada de una confianza tan viva, que al fin la dejaron intentar el largo y penoso viaje. «Yo ya no puedo más, decía la víspera de la partida; no sé si resistiré hasta el fin.» Pero la confianza no por esto la abandonaba.

Al día siguiente, martes 1.° de Julio, instalaban penosamente á la enferma casi moribunda, ó más bien ya *cadáver,* como decían, en un compartimiento inmediato en que iban sus compañeras del Hospicio que le prodigaban sus cuidados. El viaje fué en extremo penoso. Los dolores de riñones eran excesivos, la debi-

lidad horrorosa. Carolina sufrió muchos desmayos, y en Burdeos inspiró grandes temores. En el cambio de tren para la línea del Mediodía la trasladaron dos hombres al nuevo compartimiento sin sentido y casi sin vida, y si volvió un poco en sí fué para sufrir toda una noche de penas y fatigas. La esperanza sola sostenía su alma y parecía conservarle un soplo de vida. Carolina suavizaba su martirio con fervientes aspiraciones. En fin, el 2 de Julio por la mañana el tren entraba en la estación de Lourdes. La piadosa amiga del obrador de Tarbes, Paulina Mercier, estaba allí. A petición suya dos empleados bajaron con precaución á la enferma casi moribunda, y la instalaron en un coche en el cual su amiga tomó asiento al lado de ella. Paulina, dolorosamente afectada de tanta debilidad y de un estado tan triste, no cesó durante el trayecto de animar á Carolina, implorando á la Santísima Virgen con frecuentes aspiraciones.

Llegaron al fin y llevaron á Carolina á la Cripta en medio de la compasión de todos los que la veían, y su amiga, siempre á su lado, la sostenía las piernas inertes. El Dr. Peyrusse, médico de Narbona, no pudo menos de decir ante este espectáculo: «He aquí una pobre moribunda. Si la Santísima Virgen no la cura llevarán un cadáver.»

La colocaron lo mejor posible sobre dos sillas no lejos del altar de Nuestra Señora, y de esta manera oyó la Misa y recibió la Santa Comunión. Carolina se sentía tan sumamente debilitada, que creyó no podría resistir hasta el fin de la Misa; de suerte que Paulina y dos personas que la ayudaron se apresuraron á llevarla fuera de la capilla á fin de conducirla á la piscina para bañarla. Pero ¡qué grandes fueron las dificultades y los sufrimientos, á través de las muchedumbres por senderos estrechos y obstruídos!

La pobre enferma, abrumada de dolores atroces, sudaba á chorros, y sintiéndose desfallecer suplicó á su amiga que la llevasen pronto al baño sin detenerse delante de la Gruta. «Rogaremos á la Santísima Virgen en la piscina,» dijo, y se contentó con dirigir de paso á la imagen de María una mirada suplicante y una aspiración de tierna confianza.

La piscina se encontró pronto libre. Paulina y sus dos ayudantas pasaron lo indecible para preparar á la enferma á fin de bajarla al baño. Al quitar los aparatos que sostenían las piernas y los riñones temblaban del temor de verla expirar en sus brazos. Dejemos á Carolina que refiera lo que le pasó en este momento:

«Apenas tocaron mis piernas el agua sentí que me volvía la vida y animaba todos mis miembros. Los dolores cesaron en los riñones, pecho y cabeza. En seguida dije: «Madre mía, siento mis piernas; estoy «curada; yo no merecía esta gracia.» Me puse de rodillas en la piscina para dar gracias á mi Bienhechora. Mi amiga quiso sostenerme. «No me toques, la dije, «ya ves que estoy curada.» Salí del agua, y continué rezando. Paulina y las dos mujeres se quedaron estupefactas, y yo besé los muros, el suelo y el agua de la piscina, en la que me zambullí segunda y tercera vez en acción de gracias... Estoy segura y convencida de que durante y después de mi curación he sentido á la Virgen, he sentido su presencia. Me parecía

que la piscina estaba toda llena de su presencia, y que Ella me cubría y me esforzaba.»

Carolina salió sola del baño. «Yo la veía en pie, escribe Paulina en su relación, y no podía creer á mis ojos.» La dichosa protegida de María salió, y Paulina cargó con los aparatos, que para nada le servirán en adelante.

Al ver esto estalló el entusiasmo de la multitud, y el *Magnificat* se escapó de todos los pechos, precipitándose todos al rededor de la piscina á fin de ver mejor á la agraciada, que estaba absorta por la emoción, representando en su semblante renovado una juventud de veinte años no obstante que tenía treinta y dos.

Era tanto el afan de la muchedumbre por verla, que no la dejaban pasar. Para sustraerla al gentío que la acosaba y oprimía por todas partes, lograron después de muchas dificultades hacerla entrar en la casa de los Misioneros, que la multitud hubiera querido invadir; pero no se admite al interrogatorio más que á los principales testigos, y entre ellos estuvo el Dr. Carayé, de Sigean. El examen fué minucioso.

Las piernas, poco antes disecadas, estaban robustas y fuertes como las de una persona que goza de salud. La paralítica, vuelta á la esbeltez, marcha con pie firme. «Es una curación extramedical,» dijo al fin el Doctor convencido.

Carolina Esserteau se exhibió á la muchedumbre impaciente, y en pocas palabras refirió su larga é incurable enfermedad y la curación repentina que obtuvo en la piscina.

Este día y el siguiente los peregrinos de las numerosas peregrinaciones vieron en la Basílica, en la ciudad, en la Gruta y en la Cripta á la que poco antes era llevada moribunda, y ahora con paso firme y salud milagrosa tomaba parte en los ejercicios de la piedad general.

Carolina Esserteau soportó sin molestia las fatigas del regreso. Los habitantes de Niort que acudieron á la estación para asegurarse del *milagro* anunciado por telegrama, la siguieron admirados y con lágrimas hasta la iglesia y el Hospicio, en donde entraba nuevamente á pie, fuerte y rejuvenecida.

El médico del Hospicio, luego que vió sana á su *incurable,* la dijo: «Mi querida niña, habéis tenido una fe grande, y por ella habéis sido recompensada.» Dicho médico pudo atestiguar después la perseverancia de la curación completa y radical, que se conserva desde hace más de cinco años.

Esta curación maravillosa fué fecunda en frutos de salvación. Carolina tuvo la dicha de ver la vuelta á Dios de sus parientes, en cuyo favor había piadosamente invocado el auxilio de Nuestra Señora de Lourdes.

Varias veces ha renovado su peregrinación de acción de gracias, y continúa bendiciendo con una vida piadosa y sencilla á la Virgen Inmaculada, á quien tanto debe (1).

(1) Véanse en los justificantes, n.º 12, los certificados de los médicos y el testimonio de Mons. Pie, obispo de Poitiers.

VII.

Curación súbita de una joven sirvienta enferma del pecho, en Lourdes, el 22 de Julio de 1873

María Juana, natural de Saint-Vincent-des-Noyers (Alpes Marítimos), tiene veintinueve años. Su temperamento fué siempre débil y enfermizo. Habiendo perdido á sus padres, vióse en la necesidad de colocarse como sirvienta. Hacía cinco años estaba al servicio de madame Bouvard, de Marsella, *rue Saint-Sépulcre,* n.° 37.

La salud de la pobre criada fué debilitándose cada día. Felizmente había encontrado en madame Bouvard más bien una madre que una ama. Cada año, durante uno ó varios meses, la buena señora enviaba á María á Saint-Vincent-des-Noyers para descansar y fortificarse con el aire vivificante de las montañas.

A pesar de estos cuidados, María languidecía visiblemente; estaba flaca y pálida, y tenía el pecho atormentado por una tos seca y tenaz. En 1872 su caritativa señora tomó una mujer de gobierno para ayudar á su criada, y cuando ya no pudo trabajar la tuvo consigo tratándola como hija, hasta el punto de hacerse su criada y enfermera.

Los cuidados de los médicos la fueron igualmente

prodigados, y todos declararon que tenía necesidad de un descanso absoluto y del aire natal.

A mediados de Junio de 1873, María y una de sus amigas, enferma como ella, fueron á consultar á uno de los médicos más reputados de Marsella, en compañía de la Srta. Celestina Margaillán, quien refiere como sigue el resultado de la consulta:

«El médico se quedó admirado de su estado de flaqueza y debilidad. Después de auscultarlas con el mayor cuidado, me dijo en particular que las dos estaban perdidas; que la mayor se encontraba muy mala y no tardaría en morir, y que la otra la seguiría de cerca. La primera murió efectivamente pasadas algunas semanas; la segunda volvió algunas veces al gabinete del mismo Doctor, el cual no modificó sus tristes predicciones (1).»

Sintiendo la pobre María su posición, dejó á su señora, se retiró á casa de una de sus tías de Marsella, y se preparó á volver al país natal.

La víspera de su partida para los Alpes oyó decir que en Marsella se organizaba una peregrinación para Nuestra Señora de Lourdes. Esto hizo renacer la esperanza en el corazón de la pobre enferma. ¡Nuestra Señora de Lourdes! Hace tiempo que ella la conoce y la ama. ¡Cuántas novenas ha hecho en su honor! Todos los días bebía agua de la Gruta. «Si voy á Lourdes, decía, seré curada.» Y no piensa más en los Alpes, ni en su pueblo; es en Lourdes donde ella debe curar.

Habla de su proyecto á su confesor el abate Fran-

(1) Certificación de la Srta. Celestina Margaillán, de Marsella, el 9 de Marzo de 1874.

cisco Guignón, vicario de la Catedral San Martín, de Marsella. Este buen sacerdote es gran devoto de Nuestra Señora de Lourdes, á quien debe la curación de un doloroso reumatismo. Mas en cuanto á la pobre María, ¿cómo ha de ir á Lourdes? Es imposible que soporte las fatigas de un viaje tan largo. Procuró, pues, quitarle esta idea, y pronto se considerará feliz de no haberlo conseguido, pues será testigo de su curación en la Gruta.

Empeora el mal; todos tratan de contener á la joven, calificándola de imprudente y de loca; mas ella partió con los peregrinos en 21 de Julio.

Las personas que se hallaban en el mismo vagón, testigos de sus sufrimientos, se compadecían de ella. El vapor la había llevado á Lourdes, y la confianza la arrastró á la Gruta con fatiga y trabajo infinitos.

Al fin, la tísica, pálida y desfigurada, se hallaba en frente de la Gruta tan deseada. Un sacerdote, movido á compasión, le hizo abrir las puertas de ella. Entró, se puso de rodillas, y oró con un fervor cuyo secreto conoce Dios. Se acercó luego á la roca santa, y mojó su pañuelo en las gotas de agua que brotan de la misma roca, y pasó su pañuelo humedecido por su rostro demacrado y por las innumerables y gruesas glándulas que cubrían su garganta y la hacían sufrir mucho. ¡Oh dulce alegría! todo dolor cesó al *instante*, y al salir de la Gruta dijo al sacerdote que le había facilitado la entrada: «Estoy casi curada.» Fué en seguida á beber en abundancia á la fuente milagrosa, con lo cual aumentó su bienestar, le vinieron las fuerzas y sin trabajo regresó al pueblo.

Al día siguiente *la curación era completa*, y María, gozosa y fuerte, siguió los ejercicios y las procesiones que hacían sin descanso los piadosos peregrinos reunidos de París y de Marsella. Todo el mundo interrogaba y felicitaba á la afortunada sirvienta. Un telegrama anunció en Marsella su maravillosa curación.

Al regreso, María encantaba á sus compañeros de vagón con sus alegres cánticos. Volvió á sus trabajos en casa de madame Bouvard, y desde entonces hasta hoy, goza de la mejor salud.

Algunas semanas después le dijeron convendría saber la opinión del médico que la había desahuciado, y fué á verlo con la misma compañera, la Srta. Celestina Margaillan.

El médico la examinó con cuidado, manifestó su grande sorpresa, y declaró que estaba curada. María le suplicó lo declarara por escrito. Contestó «que no daba esta clase de certificados, llevados y traídos en seguida en los periódicos; pero que debía contentarse con dar gracias á la Virgen en su corazón por el favor recibido.»

La piadosa criada no falta á la recomendación del Doctor; pero al dar gracias en su corazón á la Virgen Inmaculada, se considera feliz de proclamar muy alto las maravillas de su poder y de su bondad.

VIII.

Lucía Fraiture, curada súbitamente en la Gruta de una úlcera tuberculosa, el 23 de Julio de 1873

La Srta. Lucía Fraiture, de origen belga, perdió desde temprano á sus padres. A la edad de ocho años fué recogida en el Hospicio del Príncipe de París. De temperamento linfático, generalmente estaba enfermiza, sufriendo con frecuencia de erisipelas y tumores que demostraban el mal estado de su salud. A los veinte años el mal apareció en toda su gravedad. Debajo del sobaco izquierdo se le desarrollaron inflamaciones y formaron luego apostemas que cubrieron una parte del pecho. Desde entonces la vida de Lucía fué un continuo sufrimiento.

A los veinticinco años, la llaga que cubría el pecho tomó los caracteres de una úlcera cancerosa, cuya «superficie blanquecina se cubrió de granos carnosos de un rosa pálido, extensos, aplanados, muy juntos los unos de los otros, y echando sangre al menor contacto. (Informe del médico).» Al mismo tiempo existían una porción de tumores bajo el sobaco y al rededor del cuello. El médico combatió este mal terrible durante más de cinco años, empleando todos los remedios que puede dar la ciencia más ilustrada ayudada de una abnegación infatigable. Al fin, vencido el

Doctor, declaró el mal incurable, y abandonó á la enferma.

Tenía Lucía treinta y tres años; había crecido en la escuela fecunda de la cruz. Inteligente y recta, buena y cariñosa, era amada de todos los del Hospicio del Príncipe. En 1873 organizábase una peregrinación en París á Nuestra Señora de Lourdes. Dejemos hablar á Lucía abreviando su relación:

«De ningún modo pensaba yo ir á Lourdes; no tenía medios para ello. Una contramaestre de la casa vino á verme, y me dijo: «¿Quieres venir á Lourdes «conmigo?—No me faltan deseos, sino dinero.—En «cuanto á esto, me contestó, yo me encargo; corre de «mi cuenta.» Por delicadeza rehusé, y mi amiga se fué triste.

«Pronto volvió y me dijo: «Es preciso que vengas; «la Santísima Virgen lo quiere; la Hermana Superiora «lo permite, y nada te queda que decir.» En efecto, yo no tenía nada que decir á esta amiga generosa, sino darle las gracias del fondo del corazón. Era el 19 de Julio, y debiendo salir el 21, hicimos nuestros preparativos para la peregrinación.

«Nuestro objeto era representar á la Casa cerca de la Santísima Virgen, y pedir por el Santo Padre y por Francia. Nuestras Hermanas y los niños nos daban numerosos encargos. Hasta entonces no pensaba yo en la posibilidad de mi curación; pero cuando abracé á la Hermana Superiora, me vino la idea de decirle: «¡Si quisiera curarme la Santísima Virgen!...»

«Por fin partimos, y ¿cómo olvidar este piadoso viaje? Después de una parada en San Martín de Tours,

llegamos al día siguiente martes, á las siete, á Puy, que dicen es la cuna de nuestro Padre San Vicente de Paúl.

«Ya le había yo hecho una novena para mi curación, pero sin resultado; mas luego he pensado algunas veces que acaso era él quien había intercedido por mí con la Virgen.

«En Puy le pedí con instancia que me aliviara, pues sufría mucho. El viaje me había cansado, y hacía dos días que no podía curar mi llaga, lo que regularmente solía hacer tres veces al día. El mal olor no sólo me incomodaba á mí, sino también á otros, según me lo han confesado después mis compañeras de viaje.

«A las seis de la tarde partimos para Lourdes, impacientes de ver la Gruta bendita; mas fué preciso sacrificar nuestro deseo por aquella noche por ser las once y media cuando llegamos, y entonces curé mi llaga, cuyo mal olor había aumentado con la fatiga y el calor.

«Al día siguiente, temprano, después de haber curado otra vez mi llaga, me dirigí á la Basílica. Comulgamos allí y oramos con fervor por el Papa, por Francia y por todos los que habíamos dejado. Desearía rezar á menudo como entonces.

«Acabada la Misa, bajamos á la Gruta. En mi vida olvidaré el sobrecogimiento que se apoderó de mí cuando vi la bella estatua de la Santísima Virgen. La multitud invadía las avenidas de la fuente milagrosa, y yo no me atrevía á acercarme á ella, temerosa de que me hicieran mal empujándome. Empecé á entristecerme, cuando una señorita conocida mía que había venido en la peregrinación, me dijo: «Pase V. detrás

«de la fuente; yo voy á introducirme por delante «y le daré agua.» La cosa se hizo como ella lo había dispuesto.

«Había allí un capuchino que bebió sucesivamente cuatro vasos de agua haciendo otras tantas señales de cruz. A ejemplo suyo bebí yo también tres vasos en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, haciendo la señal de la cruz, y añadí el cuarto vaso como el capuchino.

«En este momento un dulce movimiento de confianza, al que no pude resistir, me impulsó á pedir mi curación. Algunos instantes antes me hubiera parecido esto presuntuoso, atendida la gravedad de mi enfermedad. Estaba pensando lo que podría hacer para lavarme, pues ignoraba que hubiese allí una piscina. Una idea me ocurrió: «Ocúltame un poco,» dije á mi amiga. Y en seguida desabroché algunos corchetes de mi vestido; y tomando el quinto vaso de agua lo eché sobre mi pecho, diciendo: «Mi buena Madre, si «Vos queréis podéis curarme.»

«Lo que en mí pasó entonces me es imposible referirlo... Sólo pude decir á mis compañeras: «¡Oh! ¡rogad por mí!» Todavía no podía decir: «Estoy cura«da.» No me atreví á creerlo. Mientras que mis compañeras oraban, hice como Santo Tomás, quise cerciorarme. Toqué mi pecho, primero suavemente con la punta del dedo, y luego más fuerte, golpeé después... ¡el dolor había desaparecido!...

«Entonces ya no pude más; toda conmovida, temiendo aun engañarme, dije á mis compañeras que vinieran conmigo lejos de la muchedumbre. Cuando

llegué á un sendero desierto, y resguardada por mis compañeras, abrí mi vestido y quité los trapos que cubrían la llaga; y ¡oh milagro! la llaga había desaparecido: no quedaba más que una hermosa cicatriz blanca. «¡Estoy curada! ¡estoy curada!» Nos precipitamos todas de rodillas allí mismo para dar gracias á la Santísima Virgen. Todas llorábamos.

«Un sacerdote acertó á pasar entonces: «¿Por qué «lloráis?» nos dijo. Le referimos el milagro. Me preguntó si la llaga no estaba acompañada de tumores en el cuello y debajo del sobaco. Le respondí afirmativamente, y llevando la mano á esos dos sitios encontré que existían todavía. «Aún no está V. comple- «tamente curada, me dijo el sacerdote, y hará V. bien «en lavarse otra vez con el agua de la Gruta.»

«Seguí su consejo; volví por la noche á la Gruta y tomé un frasco de agua, con el cual empapé un trapito que puse al acostarme sobre el pecho. Al día siguiente por la mañana *las glándulas no existían*, y no han vuelto á aparecer: *me hallaba completamente curada.*»

Cada año vuelve Lucía á Lourdes en acción de gracias; goza de una salud perfecta. Nos ha parecido también que su alma crece cada día en piedad sincera y profunda. La cruz quitada al cuerpo recae á menudo sobre el alma para madurarla en la fuerza y la caridad. Lucía es un apóstol para los niños del Hospicio, en donde está de segunda maestra.

El médico que durante tantos años la había cuidado con una abnegación admirable, y que no la había abandonado hasta que se convenció y declaró varias

veces la *imposibilidad absoluta* de su curación, tenía la desgracia de ser incrédulo, y fué derribado por el prodigio. Ha tenido la lealtad de hacer una relación detallada, razonada y concienzuda sobre la enfermedad y la curación de Lucía Fraiture. Publicamos este estudio notable omitiendo solamente, para evitar escrúpulos de delicadeza que se nos han manifestado, algunas líneas innesarias á la esencia del suceso.

BIOGRAFÍA PATOLÓGICA Y CURACIÓN DE LUCÍA FRAITURE.

El hecho siguiente, realizado en parte á vista mía, me ha parecido tan extraordinario en su terminación, que he creído de mi deber escribir las observaciones que me ha sugerido. No omitiré, en cuanto me sea posible, ninguna de las circunstancias en pro ó en contra del suceso que nos ocupa, á fin de prevenir las observaciones que pudieran presentarse, y á este efecto entraré en minuciosos detalles, haciendo remontar la historia de nuestra enferma á su primera infancia.

La parte de esta historia de que no he sido testigo, pero cuya descripción me ha hecho la misma enferma bajo su entera responsabilidad, se encuentra en esta relación indicada entre comillas.

Lucía Fraiture es de origen belga, tiene treinta y tres años, de temperamento linfático, habitualmente enfermiza, de una inteligencia más que regular, está ocupada como segunda maestra en la Comunidad de Hermanas de la Caridad de Gros-Caillou, en cuya

casa entró á la edad de ocho años, sin haber salido nunca.

No puede dar ningún dato sobre la salud de sus padres, á quienes perdió pronto, ni sobre su propia salud durante su primera infancia...

En el período de los pocos años que siguieron á su formación, su salud general se conservó bastante buena, aunque sufriendo de una leucorrea casi continua, y atacada de vez en cuando de erisipela en diferentes partes del cuerpo y de frecuentes abscesos debajo de los sobacos.

Hacia los veinte años se le desarrolló un rosario de ganglios encima y debajo de la clavícula izquierda. Estos ganglios formaron un tumor, y la supuración, después de haber durado mucho tiempo, es decir, cerca de un año, disminuyó poco á poco y acabó por suprimirse enteramente, dejando en su lugar cicatrices deformes.

Desde entonces Lucía ha estado sufriendo casi siempre.

Por esta época fué cuando yo empecé á asistir á la Comunidad de Hermanas de la Caridad del Gros-Caillou.

Lucía, á quien he visto desde hace doce años casi constantemente enferma ó enfermiza, no ha padecido nunca de reumas ni de tos; los exámenes esteoscópicos á que la sometí con frecuencia no me hicieron descubrir jamás la menor afección de los bronquios, de los pulmones ó del corazón.

La mayor parte de sus sufrimientos los atribuía ella al estómago, quejándose á menudo de dolores y

de tirantez en la región epigástrica, de opresiones, de inapetencia, de náuseas, de vómitos, algunas veces continuos durante varios dias, de fatiga y debilidad general, y en fin, de una porción de síntomas que acompañan generalmente á la gastralgia. Siete ú ocho veces en el espacio de los diez primeros años fué presa, sin causa conocida, de expectoraciones, ó mejor de vómitos de sangre, que duraban por lo menos una semana.

Las dos últimas de dichas hemorragias, que tuvieron lugar en Septiembre de 1871 y en Octubre de 1872, se prolongaron más de un mes á pesar de todos los medicamentos puestos en juego, y redujeron á la enferma á un estado de extrema debilidad. Ningún alimento, ni aun siquiera gotas de agua, podía tomar sin que las arrojase inmediatamente.

Hace ocho años le sobrevino una erisipela en el muslo izquierdo, debajo de la cadera, que degeneró en una llaga superficial del tamaño de una moneda de cinco francos, que supuraba como un vejigatorio durante muchos meses y que curó sin dejar señales.

Poco tiempo después Lucía fué atacada de una nueva erisipela, que se extendía de la cabeza á los dos brazos y al pecho, y que, como la precedente, se convirtió en una llaga del tamaño de la palma de una mano pequeña sobre la región external y sobre la parte interna de la región de la tetilla derecha.

La larga persistencia de esta llaga y su modo de extinguirse forman la parte curiosa de este relato.

Esta llaga tomó rápidamente los caracteres de una úlcera tuberculosa; su superficie blancuzca se cubrió

de granos carnosos de un rosa pálido, anchos, aplanados, muy juntos y echando sangre al menor contacto.

Después le sobrevino en las regiones de encima y debajo de las clavículas y del sobaco derecho una tumefacción considerable del tejido celular subcutáneo, en el cual la palpación hacía percibir una cantidad de ganglios obstruídos.

Durante más de cinco años he estado curando infructuosamente esta llaga, que todavía existía hace algunos meses. Al interior, el aceite de hígado de bacalao, los antiescorbúticos, el hierro, la quina, los amargos, los reconstituyentes de todo género, las preparaciones yodadas, etc., etc., fueron sucesivas ó simultáneamente puestas en uso. Al exterior, los medicamentos no fueron menos variados: lociones y fumigaciones saturnadas, cloruradas, fenicadas, vinosas, alcohólicas; cauterizaciones con nitrato de plata; pomadas de almidón, de bismuto, de saturno, de alumbre, de alcanfor, de opio, de belladona; ungüento estoraque; polvos tónicos y astringentes; cataplasmas de diferentes clases, etc., etc., todo, en una palabra, se estrelló ante la persistencia de esta llaga, que conservó, sin embargo, su aspecto fungoso y sus dimensiones.

Finalmente, desesperado de no poder curar esta enfermedad, había casi dejado de verla hacía casi un año, y ella se contentaba con aplicar sobre su llaga tan pronto cerato con opio, tan pronto cataplasmas de harina de linaza, que según decía ella le probaban mejor para calmar sus dolores.

Tuve, sin embargo, ocasión de visitarla durante el mes de Mayo último para combatir una hemorragia que se había declarado espontáneamente en la superficie de su llaga, y que se detuvo con la aplicación del percloruro de hierro.

El Doctor refiere que Lucía estuvo sorda durante cinco meses en el primer sitio de París, de manera que no oía ni un solo cañonazo.

No había yo vuelto á ver á Lucía desde el mes de Mayo último, cuando el 26 de Julio me fué presentada por la Hermana Superiora de la Comunidad. Al verla me llamó la atención su aire radioso y su buen semblante, y le pregunté por su llaga. «Está curada, me dijo, y ahora me encuentro perfectamente bien.»

Hice me la enseñara, y observé delante del pecho, en el sitio ocupado en otro tiempo por la llaga, una hermosa cicatriz de un blanco anacarado, de forma oblonga y de una extensión de once centímetros de largo por seis de ancho. La tumefacción de encima y debajo de las clavículas producida por la tumefacción del tejido celular subcutáneo no existía ya, y al tocar no encontré ningún ganglio obstruído debajo del sobaco ni al rededor de la clavícula.

La joven Lucía estaba, en efecto, completamente curada. «¿Qué ha hecho V. desde que no la he visto, le pregunté, para obtener un resultado tan bueno? —Esto es una historia, me contestó ella; voy á contarla á V.»

El Doctor pone aquí en su informe un compendio de la historia de la curación que hemos dado más arriba, y luego añade:

No puedo terminar esta larga y curiosa observación sin añadir que, á pesar de toda la confianza que tengo en la sinceridad de Lucía, mi poca creencia en materia de milagros me hace deplorar no haber comprobado cuando partió para Lourdes el estado de esta enferma á la cual no había yo visto hacía dos meses y medio; y para dejar el campo libre á todas las interpretaciones, creo deber abstenerme de todo comentario.

Hoy 29 de Octubre he vuelto á ver á esta joven: su completa curación no se ha desmentido; su salud es excelente.

SARRET,
doctor médico de la Asamblea Nacional y de la Junta de Beneficencia del 7.º distrito.

París, 29 de Octubre de 1873.

El buen Doctor parece huír de la deducción; y sin embargo, su informe la saca rigurosa.

Una úlcera y glándulas que resisten á todos los remedios durante más de cinco años, declaradas al fin incurables; comprobadas dos meses y medio antes de la curación; es decir, en Mayo de 1873, por el mismo Doctor; reconocidas en la mañana del 23 de Julio siguiente por la misma Lucía, en quien el médico tiene ciertamente tanta confianza como en sus propios ojos; esta llaga cicatrizada súbitamente el mismo día 23 de Julio por la loción de un simple vaso de agua de la Gruta; estas glándulas que desaparecen la noche siguiente bajo un trapo embebido con la misma agua; todo esto, el buen Doctor, con su excelente informe á

pesar de su *poca creencia en materia de milagros,* viene á hacer patente uno de los prodigios más maravillosos. El Doctor, no pudiendo sin duda mantenerse en su incredulidad, y con una rectitud loable, envía á Lucía á los que no creen. Su sinceridad, su abnegación y su caridad por las almas y por los cuerpos tendrán su completa recompensa. Nuestra Señora de Lourdes, por sus numerosos milagrosos, hará volver la ciencia á Dios.

IX.

Maravillosa curación del abate de Musy, en la Gruta de Lourdes, el día de la Asunción de 1873

Entre los innumerables prodigios que brotan con el agua de la fuente milagrosa de la Gruta de Lourdes, he aquí uno cuya autenticidad es espléndida y el carácter sobrenatural evidente. Lo que tiene de particular es que la Santísima Virgen lo ha obrado en un sacerdote, cosa naturalmente bastante rara, siendo los sacerdotes en general poco propensos á pedir gracias de esta naturaleza, porque, más que los simples fieles, saben que sufrir es mejor que sanar, y que bajo el punto de vista de la santificación, que todo lo domina, las enfermedades corporales son gracias de elección más preciosas mil veces que la mejor salud.

Fué en el día de su gloriosa Asunción cuando la Santísima Virgen quiso curar al Rdo. de Musy, mientras estaba oyendo la Santa Misa en el Santuario de Lourdes.

He aquí la relación de esta memorable curación, tal como la refieren los *Annales de Lourdes* del mes de Marzo de 1874.

Víctor María de Musy nació el 9 de Febrero de 1828, de una noble y religiosa familia de Borgoña. Uno de sus antepasados, mártir de la fe, fué quemado por los protestantes en Macón.

Desde temprana edad el joven Víctor María miró con desprecio las vanidades del mundo, y volvió toda su ambición hacia la dignidad ignorada y el sacrificio oscuro del sacerdote católico. Su vocación, combatida

primero por los hombres, fué después probada por una larga enfermedad. Los obstáculos vienen á ser medios en las manos de Dios.

La enfermedad del abate de Musy fué caracterizada en una carta que el 24 de Septiembre de 1873 le escribía el Dr. Pablo Vidart, de Divonne, carta que compendiamos aquí:

«Es V. de una constitución eminentemente reumática... Tiene V. un temperamento linfático... El reumatismo, una vez que ha entrado en la economía, se fija durante cierto tiempo sobre cualquier lugar que elige... Durante largos años esta afección ha invadido toda la región correspondiente de la medula espinal... V. tenía una parálisis enteramente incompleta, pero de naturaleza nerviosa y reumática, lo cual explica su tenacidad, puesto que nunca se cura radicalmente una diátesis reumática, y tarde ó temprano aparece de nuevo bajo otra forma y sobre otro punto de la economía.»

El mal empezó en 1851 por una extinción de voz. Dos años más tarde se declararon los primeros síntomas de una grande debilidad en las rodillas. En Mayo de 1855 el Sr. de Musy curó instantáneamente del mal de garganta y de la debilidad de las rodillas haciendo oración delante de la imagen de la Santa Faz, en el oratorio del santo Mr. Dupont, de Tours.

Este primer favor le permitió entrar al año siguiente en el Seminario de San Sulpicio de París. Pero la prueba no tardó en volver. La debilidad de las piernas se hizo sentir de nuevo, y durante dieciocho años fué siempre en aumento. Los ojos fueron igualmente

atacados, y el seminarista se vió obligado á suspender sus cursos y regresar al seno de su familia.

La vocación eclesiástica, lejos de debilitarse, era cada vez más fuerte, y el abate de Musy fué ordenado subdiácono con dispensa de rezar el Oficio Divino. Por fin, en 1859 sus piadosos deseos se colmaron, ordenándose de sacerdote. Recibió al mismo tiempo la autorización de decir todos los días una Misa aprendida con anticipación de memoria, la Misa de la Santísima Virgen.

La dicha de ofrecer el Santo Sacrificio duró dos años. En 1861 no le fué ya posible permanecer de pie el tiempo necesario para decir la Misa. En 1867, aliviado con ciertas medicinas de efecto pasajero, sólo pudo celebrarla dos veces.

Paciente y resignado el buen sacerdote, se vió en lo sucesivo encadenado al mal que lo paralizaba. Ya no podía andar ni estar de pie; clavado en su asiento, rodábanlo en la casa ó llevábanlo en brazos. Su voz estaba casi extinguida, de tal suerte, que no podía leer ni escribir sin experimentar en la cabeza contracciones dolorosas de los nervios.

Durante estos largos años de enfermedad, la ciencia humana desplegó todos sus recursos para combatirla; se emplearon todos los remedios: hidroterapia en Saint-Genis-Laval; baños de aire comprimido; Aguas Buenas; baños de mar; aguas de Aix, de Neris, de Bourbon Lancy, de Hamburgo, de la Banche; hidroterapia en Divonne durante nueve meses; aplicación de botones de fuego á los dos lados de la columna vertebral; aplicación de linimiento vejigatorio

á los riñones á intervalos, pero con frecuencia, durante uno ó dos meses seguidos por espacio de cinco años; el paciente se prestaba á todo, sostenido especialmente por el deseo de ejercer el ministerio sacerdotal.

Los médicos más reputados lo asistieron ó dieron sus dictámenes, y entre otros los Dres. Lubanski, Daralde, Andral, Massé, Oliff, Rerole de Bourbon-Lancy, Muller de Hombourg, Blanc de Dijon, Tessier, Vidard, Bidaut, etc... Todo fué inútil.

Con un celo más grande todavía, el sacerdote recurrió á los remedios espirituales, á la oración y á las peregrinaciones. Durante todo el mes de Junio de 1873, los peregrinos de Francia y del mundo lo vieron todos los días en la iglesia de Paray-le-Monial clavado en su silla, aguardando resignado que Jesús se dignara echar sobre él una mirada de su compasivo Corazón.

Cierto día, una de sus primas vino á verlo y le dijo: «¿Qué hacéis aquí? la Virgen os aguarda en Lourdes.»

En la noche del 6 de Agosto el abate de Musy partió para Lourdes acompañado de un joven sacerdote, el abate Antonio, á quien había ayudado en su vocación eclesiástica, y que le amaba como un hijo á su padre.

El viaje no era fácil á este hombre alto, pesado y paralítico. En las estaciones tenían que llevarlo en brazos al vagón los empleados. Por fin, llegaron á Lourdes el viernes 8 de Agosto, por la noche.

Desde el día siguiente en adelante, un coche lo transportaba á la capilla de la Cripta, y en seguida á

la Gruta. Una silla de ruedas, que todavía puede verse en la Gruta, lo llevaba bien al altar para recibir el Pan de los fuertes, bien al interior de la Gruta en donde rezaba horas enteras, bien á la piscina en donde diariamente se bañaba.

Oía la Misa en el altar de San Pedro, pues la afluencia de peregrinos le impedía acercarse al altar de la Virgen. Había allí un hombre del pueblo procedente del Bearn, que cada día llevaba en hombros desde el pueblo á su hijo enfermo, y lo dejaba encima de un colchón, ó en la Cripta, ó en la Gruta. El pobre joven tenía en la pierna una llaga por la cual se escurría su vida con su sangre. El sacerdote paralítico y el joven enfermo se alegraban de estar colocados uno junto á otro; el que llegaba primero guardaba el sitio de su compañero, y oraban el uno por el otro. Parecía que la Virgen no los oía; pasaron seis días sin ningún alivio.

El 13 de Agosto Mr. Peyramale, cura de Lourdes, visitó al abate de Musy, y le comunicó su enérgica confianza en la Virgen Inmaculada.

El 14 la baronesa de la Rüe, mujer del Subprefecto de Saint-Malo, fué repentinamente curada en la Gruta de una parálisis y de crueles sufrimientos que padecía hacía doce años. Los asistentes decían: «Ahora es el turno del señor cura.»

El Hermano guardián de la Gruta le dijo que tenía preparado para el día siguiente un cirio en acción de gracias por su curación. El sacerdote esperaba también.

El día siguiente temprano estaba en la Gruta con

su compañero de viaje. Los numerosos peregrinos celebraban en la iglesia de arriba la gloriosa Asunción de la Madre de Dios. El abate Antonio dijo la Santa Misa en la Cripta, casi vacía, en el mismo altar de la Santísima Virgen, en donde comulgó el abate de Musy.

Otras dos Misas se sucedieron en el mismo altar, y el sacerdote enfermo se unió á ellas con toda su alma. La tercera Misa fué celebrada por el abate Sire, del Seminario de San Sulpicio de París, que ha consagrado su vida á la gloria de la Inmaculada Concepción por la traducción en todas las lenguas de la Bula *Ineffabilis*. Acababa de pedir á la Virgen sin mancilla le inspirase lo que podría hacer aún por su gloria, y ponía á la disposición del beneplácito de la Divina Madre la intención de la Misa que celebraba en este momento en su altar.

Un poco antes de la elevación en esta tercera Misa, el sacerdote paralizado se sintió fuertemente impulsado á levantarse y ponerse de rodillas. Se resistió un instante temiendo una ilusión y también el mal efecto de una tentativa inútil delante de los pocos testigos que había allí. Cede, sin embargo, á la voz interior que lo instaba, y cayó de rodillas. Una viva emoción se apoderó de él, pero sin estrépito ni sufrimiento; sintió que la Virgen lo había curado.

Un cuarto de hora después se levantaba y salía á pie de la capilla con su compañero enajenado. El cochero, que lo esperaba en la puerta, lo miró estupefacto y se retiró con su coche, el cual era ya inútil. Después de abrazarse los dos sacerdotes, bajaron á

pie á la Gruta por el camino más largo, diciendo el *Ave María*.

El Hermano, llorando de gozo, vino á su encuentro llevando el cirio de acción de gracias prometido la víspera. El padre del joven enfermo del Bearn acudió en seguida, manifestando una alegría tan viva como si su hijo hubiera sanado. Este hombre de fe decía: «Si ha de ser algún día un hombre malo, mejor es que no cure.»

La muchedumbre había reconocido al sacerdote paralizado de la víspera, y fué menester la reja de la Gruta para preservarlo de los testimonios de simpática admiración de los peregrinos. Por todas partes se proclamó el milagro; el *Magnificat* fué cantado con entusiasmo; se rezó el Rosario y se oró por los pecadores. El sacerdote refiere con voz fuerte su curación á la multitud que lloraba. Puso su firma al pie de infinidad de imágenes sin sentir la menor fatiga en los ojos ni en la cabeza. Su palabra y su sola vista fueron una predicación viva que removió el fondo de los corazones, y cuyos efectos se vieron pronto.

El abate de Musy subió á pie á la casa de los misioneros y luego á la iglesia, y al dia siguiente, sábado, después de haber repasado las oraciones y las rúbricas de la Santa Misa, que hacía mucho tiempo no celebraba, vió entrar en su casa á un señor desconocido que le dijo: «Vengo á dar á V. las gracias: su milagro me ha convertido. Hace cuarenta años que no frecuentaba los Sacramentos. Al venir á Lourdes he prometido á mi hermana convertirme si veía un milagro. Estaba yo delante de la reja cuando V. contaba su curación, y su relato me ha convencido; me he confesado, y pido á V. el favor de que me dé la Comunión en su Misa.»

Al día siguiente el abate de Musy, asistido del señor Cura de Lourdes, celebró la Santa Misa en el altar donde había sido curado. Numerosos fieles quisieron recibir de su mano la Santa Eucaristía. Las dos primeras personas á quienes dió la Comunión fueron la baronesa de Rüe, que curó el día 14, y el convertido del 15.

El sacerdote, enteramente curado, volvió con su familia á Couches-les-Mines, en la diócesis de Autún. Su madre, una cristiana á la antigua, de la noble familia de Costa de Beauregard, de Saboya, al saber la curación de su hijo sintió tal sacudida, que se le resintió el corazón: ¿se habría ofrecido por víctima?... El mundo no podrá salvarse si no es por la abnegación y el sacrificio. ¡Bienaventurados los que comprenden el misterio del sufrimiento!

A esta primera relación no vacilamos añadir otra un poco más detallada del abate Antonio, compañero del pobre enfermo y testigo ocular del milagro. En semejante materia ¿quién podrá quejarse de algunas repeticiones?

«Salimos de Couches-les-Mines, dice el abate Antonio, en la noche del 6 de Agosto, y era tal entonces la debilidad del abate de Musy, que no podía dar un paso, siendo preciso en las estaciones que dos empleados lo transportaran en brazos desde la sala de descanso al vagón.

Llegamos á Lourdes el viernes 8 de Agosto por la noche; nos habían reservado una habitación en el primer piso, y tuve que valerme del cochero para llevar allí á nuestro enfermo.

«Desde el día siguiente comenzamos á ir á la Cripta; en una silla de ruedas se conducía al Sr. de Musy á la Santa Mesa: esta dicha la tuvo allí todos los días, pues cuando la afluencia era demasiado grande, el sacerdote le llevaba la Comunión á donde él se encontraba. A la salida de la Misa bajaba en coche á la Gruta, distante cosa de un kilómetro, y allí, colocado de nuevo en su silla de ruedas, podía llegarse á la piscina. Por espacio de seis días se sumergió del todo en el agua de milagros, y en este tiempo numerosos peregrinos lo vieron á la misma hora rezar delante de la Gruta y consolar á sus compañeros de sufrimiento. Mas de uno lloraba viéndolo tan joven y tan enfermo, y todos se unieron á él por la simpatía como lo estaban ya por la oración.

«Dos días después de nuestra llegada el abate Peyramale, el venerado cura de Lourdes, vino á visitar á nuestro querido enfermo: sus palabras, que respiraban una fe ardiente, fueron para nosotros como el preludio de próxima curación. «Si la Santísima Virgen, decía, quiere ayudarnos un poquito, pronto estará V. sano.» Desde entonces el Sr. de Musy había hallado un amigo y un abogado poderoso cerca de María.

«El miércoles 13 de Agosto nos visitó segunda vez el señor Cura. «¿No ha curado á V. todavía la Santísima Virgen? exclamó al entrar: ¡voy á *reñir* con

Ella!» De nuevo prometió sus oraciones, y nos dejó llenos de esperanza.

«El jueves 14, la baronesa de la Rüe, mujer del subprefecto de Saint-Malo, que hacía doce años tenía una parálisis y crueles sufrimientos, fué repentinamente curada al tocar por vez primera el suelo de la Gruta. María no le dió tiempo ni para sumergirse en la piscina. La multitud decía: «Ahora le toca al señor «abate.» Tal era la esperanza de todos, que el Hermano guardián reservaba un cirio con esta intención para el día siguiente. La baronesa oraba por el enfermo. El mismo me decía por la noche: «Creo que voy á curar.»

«Ya se comprenderá que la noche del 14 al 15 la pasó en el insomnio.

«El día bendito de la Asunción llegamos muy temprano á la Cripta, en donde sólo los enfermos pueden oir la Santa Misa los días de fiesta. El abate de Musy suplicó con instancia que se me permitiese celebrar la Misa en el altar de la Santísima Virgen. No confiábamos obtener este favor, y sin embargo nos fué concedido.

«Al volver á la sacristía encontré al abate Sire, al amante servidor de María Inmaculada, y me ofrecí para ayudarle la Misa. ¡Particularidad demasiado conmovedora para que yo no la haga conocer! Su intención, al ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa aquel día, era la de poner el mérito de ella á disposición de la Santísima Virgen para que Ella lo aplicara según su corazón y para mayor gloria suya.

«Esta fué la segunda Misa que oyó el abate de Musy después de la otra en la cual había comulgado. Yo estaba turbado. Al alzar la Hostia advertí con

grande admiración que el enfermo estaba de rodillas: instintivamente saqué el reloj; me parecía que el milagro comenzaba: eran las ocho. Pasó un cuarto de hora, y el abate continuaba de rodillas. De cuando en cuando me volvía temiendo que se desmayase de fatiga. Después de la Misa me aproximé á él sin poder dar crédito á mis ojos, y las pocas personas presentes participaban de mi emoción. A las nueve le acerqué con algún recelo la silla de ruedas. El abate de Musy se levantó entonces con facilidad, se arrodilló y se volvió á levantar para ir á decir á una señora paralítica: «Señora, la Santísima Virgen acaba de otor-«garme un gran favor: me ha curado. Tenga V. con-«fianza; yo pediré por V.»

«Luego se fué, y le seguí, llevando la silla.

«Apenas hubo salido de la Cripta le pregunté si estaba curado: me abrazó llorando y me dijo: «Así lo «creo.» Sólo estas palabras se cruzaron. Y ¿quién pudiera describir el sentimiento con el cual fueron dichas y oídas? El cochero, cuyos servicios en adelante nos eran inútiles, se alejó lleno de admiración.

«Bajamos á pie á la fuente milagrosa por el camino más largo. Al principio nos era imposible decir nada...; después, hasta llegar á la Gruta, rezábamos algunas *Ave Marías*. El Hermano, deshecho en lágrimas, nos trajo el cirio que su presentimiento nos guardaba; abrió la reja y la volvió á cerrar dejándonos dentro. Esta protección no fué inútil, puesto que la muchedumbre, reconociendo luego al sacerdote á quien hacía seis días veía incapaz de dar un solo paso, comenzó á gritar: «¡Milagro! ¡milagro!»

«Se entonó el *Magnificat*. La afluencia era enorme y aumentaba por instantes. Después de las diez *Ave Marías* rezadas por la conversión de los pecadores, presentaron muchas imágenes al abate de Musy, quien las firmó sin ninguna molestia, no obstante que hacía largos años no se servía de sus ojos. Quisieron verlo andar, y anduvo, viéndolo todos, gracias á su elevada estatura. Bendice á la muchedumbre, y preguntándole quién era contó su curación en pocas palabras: «Soy, «dijo, un sacerdote de la diócesis de Autún. Hacía «veinte años que estaba enfermo, once que no había «podido celebrar la Santa Misa y algunos meses que «me era imposible andar... He venido á Lourdes á «pedir mi curación; la Santísima Virgen me la ha con-«cedido: ayudadme á darle gracias.»

«Luego se puso á firmar las imágenes y los libros que afluían de todas partes. A las once y media los Padres Misioneros hicieron abrir la verja, y la gente se precipitó, queriendo todos acercarse á aquel que había sido objeto de una gracia tan maravillosa. Querían tocar sus vestidos y besar sus manos, poniéndose de rodillas para obtener su bendición y sus oraciones; todos lloraban.

«Después atravesó con gran dificultad por entre esta multitud conmovida. Le siguieron hasta la casa de los Padres. Quieren verlo andar nuevamente.

«Pasados algunos minutos de descanso subió á la capilla, ascendiendo con facilidad la rápida escalera de madera que á ella conduce. A eso de las dos volvió á su casa.

«Por la tarde el Sr. cura Peyramale refería á sus

feligreses en las Vísperas esta curación, y la proclamaba como uno de los milagros más grandes y más probados que se han visto en Lourdes.

«Acabadas las Vísperas el abate de Musy hizo su primera visita, yendo á dar las gracias al señor Cura. Yo quisiera poder expresar la alegría y los transportes de este santo sacerdote viendo á su querido enfermo tan bien curado.

«Al día siguiente, sábado, en medio y á pesar de incesantes visitas, tuvimos que repasar las ceremonias de la Misa, un poco olvidadas después de once años de interrupción. Por la tarde un desconocido se hizo anunciar. Entró y se dirigió al abate de Musy diciéndole: «Vengo á dar á V. las gracias. Su milagro me ha convertido. Hace cuarenta años que no frecuentaba los «Sacramentos. Al venir á Lourdes he prometido á mi «hermana convertirme si veía un milagro. Me encontraba delante de la verja cuando V. refería el suyo. Esta «narración me ha convertido, me he confesado y pido «á V. por favor que me dé la Comunión en su Misa.»

«El abate de Musy por toda contestación lo abrazó, diciéndole que este milagro le causaba tanta alegría como el suyo.

«En la mañana del día siguiente, el Sr. cura Peyramale vino en busca del abate de Musy, á cuya *primera* Misa quería asistir. La dijo en el altar del milagro, rebosando la Cripta de fieles que querían comulgar de manos del sacerdote curado. La primera persona que tuvo esta dicha fué el convertido del día 15, y la segunda la baronesa de la Rüe, que curó el 14.

«Después de estos días de incomparables emociones, el abate de Musy volvió al seno de su familia. Todas las mañanas dice la Misa, anda sin fatiga y puede escribir ó leer largas horas. Su curación es completa.

«El abate Antonio,

«Sacerdote de la diócesis de Autún.»

El 7 de Diciembre del mismo año el abate de Musy volvió á Lourdes á dar gracias á la Virgen Inmaculada por su curación, y á pedirle la de su madre.

En las primeras Vísperas de la Inmaculada Concepción quiso dirigir la palabra á los sacerdotes y fieles reunidos en la grande iglesia del Santuario. Refirió lo que la Virgen había hecho en él, con tan noble simplicidad y tanta unción, que hizo llorar á todos los asistentes.

Desde entonces el abate de Musy goza de perfecta salud, que no se ha alterado un instante. Sus veinte años de enfermedad, de resignación y de oraciones no han sido perdidos para su alma ni tampoco para las que desea salvar; ellos prepararon al santo sacerdote á hacer bien la obra de Dios.

Dos años después, el día de la Asunción de 1875, el abate de Musy estaba de nuevo en Lourdes atraído por el amor y agradecimiento á su celestial Bienhechora. En la primera Misa de la mañana refirió desde el púlpito cómo, gracias al prodigio cumplido en su persona dos años antes, día por día, se encontraba allí el que había estado enfermo durante veinte años, once de ellos sin movimiento, casi sin vista y sin voz; y cómo al presente basta él, con un solo coadjutor, para

el desempeño del ministerio en el seno de una parroquia de su país que cuenta cuatro mil almas. «Su alta estatura, dicen los *Annales de Lourdes*, la sonoridad admirable de su voz, la frescura de su tez, la sencillez casi fría con que refería el suceso, todo fortificaba la convicción de los oyentes, persuadidos del milagro.»

El abate de Musy recomendó á la pública oración doce enfermos que habían venido con él. El valeroso Cura se había encargado de traer aquí todo un cortejo de desgraciados para que la Virgen los curase. Esta era su acción de gracias visible.

X

Curación de una caries de los huesos declarada incurable, que databa de treinta años, en Ducey (Coutances), el 22 de Agosto de 1873.

He aquí también un hombre, un sacerdote, curado milagrosamente por la intercesión de Nuestra Señora de Lourdes. El mismo es quien remite la relación de ella al reverendo Padre Superior de los Misioneros de Lourdes.

«Mi reverendo Padre:

«¡Gloria á Dios Todopoderoso! ¡Gloria á la Virgen Inmaculada, á Nuestra Señora de Lourdes!

«Ella me ha sanado milagrosamente de una enfermedad incurable que me consumía desde hace más de treinta años, y que después de haberme conducido varias veces al borde de la tumba, me había al fin reducido á un estado de abatimiento que más bien se parecía á la muerte que á la vida.

«He aquí los hechos:

«Desde el año de 1840, siendo vicario de Saint-Martin-de-Laudelles, me acometió una enfermedad que si bien poco molesta al principio, no tardó sin embargo en hacer muy penosa mi existencia. Esta enfermedad no era otra cosa que ardientes abscesos (como los llamaba el médico) que se formaban sobre el costado izquierdo, se sucedían frecuentemente y parecían adhe-

rentes á las costillas. En pocos años mi costado se vió lleno de cicatrices á golpes de lanceta. Mis abscesos eran algunas veces tan enormes, que ponían mi vida en peligro y me impedían durante meses enteros llenar las funciones del santo ministerio. Desde el principio fueron seguidos de una supuración larga y purulenta; pero al cabo de cuatro ó cinco años esta supuración era continua y tan abundante, que me redujo pronto á un estado de debilidad y de sufrimiento tan grandes que por tres veces me vi obligado á retirarme del santo ministerio, no pudiendo cumplir con sus obligaciones (1). Los dos últimos años que pasé en la Comunidad de Ducey no podía apenas hacer nada, siendo los sacerdotes de la parroquia los que desempeñaron gran parte mi trabajo con una benevolencia que jamás olvidaré.

«Por fin, en el mes de Julio de 1873 el señor Obispo de Coutances, compadecido de mi triste estado, me permitió retirarme, y nombró otro sacerdote en mi lugar.

«Entonces fué cuando me vino la idea de encomendarme á Nuestra Señora de Lourdes, viéndome en vísperas de quedar como clavado en el lecho y privado en adelante de la dicha de celebrar la Santa Misa. Hice venir agua de la Gruta milagrosa, y el 14 de Agosto de 1873 empecé una novena en honor de Nuestra Señora de Lourdes.

(1) A principios de Marzo de 1855 me vi obligado á dar mi dimisión del curato de Montanel. En Febrero de 1860 tuve que hacer lo mismo en Dragey. Y en Julio de 1873 idéntica cosa en la Comunidad de Ducey. La causa de estas dimisiones fué la enfermedad de mi costado izquierdo.

«Cada manaña bebía en ayunas un vasito de agua milagrosa; oraba con el mayor fervor posible y pedía á Dios, por intercesión de la Santísima Virgen, la gracia de poder continuar en mi retiro rezando el Breviario y celebrando la Santa Misa á pesar de mis graves enfermedades.

«Todavía no se había acabado la novena cuando sentí un alivio extraordinario en mi costado enfermo y en todo el cuerpo; y el noveno día estaba enteramente curado, es decir, que no me quedaba ningún dolor ni sufrimiento en mi costado, enfermo hacía más de treinta años. Ese día fuí en coche á hacer una peregrinació á veinte kilómetros de Ducey, á la iglesia de Montanel, dedicada á la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Allí celebré la Santa Misa con tanta facilidad como en los días de mi mejor salud; y por la noche volví á mi casa sin ninguna molestia.

«Desde aquel día 22 de Julio de 1873 la enfermedad, cuya curación pedía yo á Nuestra Señora de Lourdes, ha desaparecido por completo; de manera que posteriormente no he sentido nunca en mi costado izquierdo ningún dolor, ni grande ni pequeño; está perfectamente curado.

«En cuanto á la supuración, no ha cesado súbitamente como los dolores; pero á partir de la novena de que acabo de hablar, ha ido disminuyendo gradualmente hasta su entera desaparición en el espacio de siete á ocho meses. Hoy, y desde hace mucho tiempo, todo ha curado perfectamente; mi costado izquierdo está tan sano como el derecho, que nunca lo he tenido enfermo. Debo á la verdad y al reconocimiento á

Nuestra Señora de Lourdes proclamar estos hechos. Finalmente el 24 de Agosto de 1874, un año después de mi curación, me junté con los peregrinos de la diócesis de Laval para ir á Lourdes con ellos. Fuí allí con el objeto de dar gracias á la Virgen Inmaculada, que me había curado milagrosamente, sin ningún remedio humano. Hacía algunos años que los había abandonado todos.

«Realicé este largo viaje pasando dos noches en el ferrocarril sin sentir ningún dolor, sin más trabajo que la fatiga que sienten las personas robustas.

«Esta curación, reverendo Padre, es ciertamente milagrosa. Mi anciana sirvienta, que desde hace treinta y dos años curaba mi costado enfermo, cree lo mismo que yo, y también mis Religiosas y todas las personas, sacerdotes y seglares, que me conocen desde mucho tiempo. Los mismos médicos, el Dr. Cochet, d'Avranches, y el Dr. Fleury, de Ducey, que me han prodigado durante más de veinte años los más exquisitos cuidados, el primero por espacio de ocho ó nueve años, y el segundo por lo menos once, con el fin de obtener la curación tan deseada de mi costado, pero sin éxito, habiendo examinado después de la curación varias veces y muy atentamente este mismo costado, han reconocido que aquélla era perfecta, declarando á la vez que está enteramente fuera de los recursos de la medicina y de la naturaleza, y que por consiguiente es milagrosa.

«He aquí, reverendo Padre, los detalles que he creído de mi deber dirigirle relativos á mi curación.

«Lo hago por agradecimiento á Nuestra Señora de

Lourdes, y para proclamar altamente el poder y la misericordia de Aquella que se ha dignado concederme un favor preferible á todos los bienes de la tierra.

«Dígnese aceptar, etc.

«F. Guilmín,
«sacerdote, antiguo cura de Montanel.

«Ducey, 1 de Marzo de 1876.»

El infrascrito, Arcipreste de Ducey, después de haber leído la relación que antecede del abate Guilmín, á quien conoce y visita hace más de cincuenta años, declara y certifica que todo lo que contiene es verdad. En fe de lo cual firma.

Ducey, 25 de Marzo de 1876.

J. B. Gournel,
canónigo honorario, cura de Ducey.

Las firmas que preceden de los señores sacerdotes Guilmín y Gournel son auténticas.

Ducey, 28 de Marzo de 1876.

Por el alcalde: el teniente,
Champión (1).

(1) Véanse en los comprobantes, n.º 13, los certificados de los médicos.

XI

Curación de una joven de quince años, en Lourdes, el 24 de Agosto de 1873

Es el tercer gran milagro que la Virgen Inmaculada de Lourdes ha obrado en menos de quince días para gloria de su Nombre, exaltación del reino de su Hijo y de su Dios, y para consuelo de sus verdaderos hijos. Se trata de una piadosa joven de origen irlandés, objeto de las misericordias de la Madre de Dios. Vivía en París, y de París es de donde su buena madre, la Sra. O'Moore, envió á los Misioneros de Lourdes, el 2 de Diciembre de 1874, la relación auténtica del milagro radactada de propia mano por su afortunada hija.

«Desde el año de 1871 estaba yo sufriendo siempre; continuos dolores de cabeza, acompañados frecuentemente de vómitos, me dejaban en un estado de languidez, sin que por esto me obligasen á interrumpir mis estudios. A fines de 1872 una persona me trajo agua milagrosa, y después de haber tomado algunas gotas de ella me vino la idea, que no me abandonó más, de que no sería curada definitivamente sino en Lourdes.

«Comuniqué esta idea á mi madre, que la rechazó porque no me consideraba enferma de cuidado. Estuve poco más ó menos en el mismo estado hasta el mes de Diciembre, en cuya época, rehusando el estómago toda especie de alimento, caí en una extrema debilidad, y el 8 de Enero me vi obligada á guardar cama. Viendo los médicos la ineficacia de sus remedios, me aconsejaron el régimen hidroterápico en una casa especial, cuyo régimen lejos de hacerme bien agravó la enfermedad.

«No trayendo las duchas ninguna reacción, sucediéronse varias bronquitis; y el 6 de Mayo, después de una crisis nerviosa, tuve una asfixia que puso mi vida en peligro, tanto que el médico del establecimiento dijo al criado: «Ha estado en poco el que me «llamasen demasiado tarde.»

«A consecuencia de este accidente, la respiración se hizo penosa, y además desde el 15 de Febrero no podía estar en pie con motivo (decía el médico) de una congestión del tegumento de la medula espinal. Los dolores eran tan vivos, que ni de día ni de noche tenía un instante de reposo. No podía retener ningún alimento, y los síncopes fueron cada vez más frecuentes. Me llevaban acostada en brazos como á un niño, y la debilidad era tan grande que al menor cambio de posición me encontraba mal.

«La buena asistencia no me faltó; hubo varias consultas, y las prescripciones fueron seguidas rigurosamente por mi buena madre, pero sin que nada me aliviara. Parecía ser voluntad de Dios que mi curación fuese obra de María.

«Rogaba yo siempre que me llevasen á Lourdes, pero no se me concedía porque mi madre, en vista de mi estado de debilidad y sobre todo ante las palabras de los médicos, no podía consentir en semejante viaje.

«Se hicieron varias novenas á Nuestra Señora de

Lourdes, y cada vez se manifestaba una mejoría real, pero de corta duración.

«Por fin, la víspera de la Asunción, habiéndose resuelto instantáneamente una crisis de las más violentas por medio de una ligera fricción hecha con agua milagrosa, mi madre tomó la resolución irrevocable de partir; y á pesar de las instancias reiteradas de los médicos, que no ocultaron el peligro del viaje, la partida se fijó para el viernes 22 de Agosto. El médico de uno de nuestros amigos quiso acompañarnos, y habiendo llegado el día esperado con tanta impaciencia, nos pusimos en marcha. Pero ¡qué viaje!...

«Tendida en cupé-cama hice el trayecto con mucho trabajo. Me encontré mal unas dieciséis veces, y eran tan vivos los dolores que á no ser por la certeza de que sería curada en Lourdes, hubiera creído que este viaje me conducía al sepulcro.

«Al día siguiente, sábado, á las cuatro de la tarde, oí pronunciar este nombre bendito. Estábamos en Lourdes... Me transportaron sin conocimiento al hotel. Vuelta en mí bebí un poco de agua milagrosa, y pronto se obró en mi estado un cambio notable y sorprendente.

«Por la primera vez después de ocho meses pasé buena noche. Al siguiente día me llevaron á la iglesia; mientras me confesaba en la sacristía, el sacerdote hubiera querido decirme que yo iba á ser curada, pero prefirió excitarme á la fe sin comunicarme entonces su pensamiento. Oí la Misa con mucha dificultad, y poco después de la Comunión sentí extenderse en todo mi cuerpo un calor suave que me produjo un bienestar

cual no había yo experimentado hacía mucho tiempo. Las fuerzas me volvieron poco á poco, y después de la Misa pude atravesar la iglesia sin ayuda de nadie. Dirigíme á la Gruta para buscar allí el fin de mi curación, que me parecía comenzada. No entré en la piscina (hago esta observación para los médicos); mi madre se contentó con empapar la punta de un peinador, y me frotó ligeramente sobre la medula espinal, sitio de mi mal. Inmediatamente sentí un vivo dolor, como si alguna cosa volviera á su lugar, y desde este momento ando sin experimentar el menor sufrimiento.

«Al regresar al hotel, mi madre se admiró de ver el apetito con que me puse á almorzar, y su admiración fué aún más grande cuando me vió beber vino, que hacía dos años no podía soportar. Por la tarde dimos en carruaje un paseo de tres horas; y al día siguiente, sin ninguna fatiga y sin ningún accidente, hice doce horas de ferrocarril, y dos días después seis horas en un mal carruaje.

«Desde aquel día no he vuelto á sentir nada de lo que tanto me había hecho sufrir, y mi salud se ha ido fortificando cada vez más. Varios médicos, que he tenido ocasión de ver, han declarado que ni siquiera me encuentran el aspecto delicado de las jóvenes parisienses.

«De vuelta á París, mis amigas se unieron á mí con gusto para dar gracias á María.

«Juana O'Moore.»

XII

Sor Dorotea, Religiosa de San José, repentinamente curada de una parálisis que no tenía remedio, en Lourdes, el 6 de Septiembre de 1873.

«Estando, dice la misma Sor Dorotea, en Mostuejouls, cantón de Peyreleau (Aveyrón) en calidad de maestra del pueblo, fuí repentinamente atacada á fines de Mayo último, durante la noche, de una debilidad y adormecimiento tales en la pierna derecha, que me fué imposible bajar de mi cama cuando sonó la hora de levantarse. A esta enfermedad no había precedido ni fatiga ni dolor ninguno. Froté fuertemente mi pierna y le apliqué mostaza en bastante cantidad, sin experimentar más sensación que si hubiera operado en un miembro extraño. El Dr. Bonneviale, domiciliado en Paillas, que se hallaba aquel día en Mostuejouls, fué llamado en seguida; y después de examinar detenidamente mi pierna confesó que nunca había visto semejante enfermedad, y se contentó con aconsejarme fricciones de aguardiente alcanforado.

«Ocho días más tarde me vió otra vez el mismo médico; me dijo que el mal, lejos de haber disminuído, había hecho rápidos progresos. Me ordenó tres vejigatorios, que apliqué inmediatamente á la pierna mala á fin de poner la sangre en circulación. Sólo uno produjo una ligera ampolla, y los otros dos ni señal dejaron. A pesar de mi repugnancia tuve que hacer uso de una muleta para andar por la casa; pero la usaba con tanta torpeza, que mis buenas compañeras, á pesar de su compasiva simpatía, no podían menos de reírse viéndome andar.

«Me decidí á ir á consultar al Dr. Rufino, de Milláu, médico que goza de una grande reputación. Este Doctor me dió punzadas en la pierna introduciendo en ella profundamente un alfiler, y nada sentí, porque la vida había abandonado totalmente el miembro. Pensando el médico encontrarla en la cadera, en donde sentía yo un fuerte dolor, me aplicó allí un vejigatorio y me hizo otras varias prescripciones, asegurándome que siempre que mi mal no se fijara en la medula espinal sería curada en ocho días.

«A pesar de mi escrupulosa exactitud en ejecutar las prescripciones facultativas, no encontré alivio ninguno. Al contrario, mi debilidad iba en aumento, mi pierna estaba fría como el mármol; y esta frialdad se propagaba por todo mi cuerpo, envaraba todos mis miembros y me obligaba, aun en medio de los más fuertes calores, á acercarme á un gran fuego para calentarlos.

«En semejante estado decidí hacerme transportar de nuevo á Milláu. El Dr. Rufino se quedó admirado de la poca eficacia de sus remedios, y declaró que mi mal tenía su asiento en la medula espinal como lo había creído. Juzgó que los remedios empleados anteriormente no eran bastante enérgicos para vencer la grande inflamación que yo tenía en la parte de donde

provenía mi mal, y ordenó se me aplicaran seis cauterios á lo largo de la columna vertebral. Sentía ya en este sitio tan fuertes dolores, que le supliqué se contentara con dos, pues no me sentía con fuerzas para resistir un tormento semejante. El Doctor rindióse al fin á mis deseos, y reemplazó los otros cuatro cauterios por emplastos de cantáridas, que me recomendó renovara cada ocho días.

«La esperanza que yo había concebido al principio de estar pronto si no curada por lo menos aliviada, no tardó en desvanecerse. Había pasado un mes después de este último regimen, y me encontraba siempre en el mismo estado. Mi pierna, cada vez más delgada, me inspiraba bastante cuidado, y los dolores de la espina dorsal tenían la misma intensidad.

«Me dirigí á un tercer médico, á Mr. Lubac, doctor muy distinguido de Milláu, quien después de haber examinado cuidadosamente mi estado se informó de las prescripciones de los dos médicos que me habían asistido antes, y declaró que lo que yo tenía era una parálisis no muy complicada todavía, pero con todas las apariencias de extenderse en poco tiempo sobre todo mi cuerpo. Halló que mi pierna enferma había ya disminuído considerablemente, y en vano buscó, introduciendo varias veces un alfiler, sitios sensibles, sin encontrarlos desde la rodilla hasta el pie.

«Viendo que era inútil operar sobre un miembro muerto, ordenóme una aplicación de quince sanguijuelas en la columna vertebral, cuyo efecto no fué otro que el de aumentar mi debilidad. Diez días después el mismo Doctor juzgó conveniente me aplicaran cuatro

cauterios, y me ordenó baños calientes sulfurosos. Los tomé con las mayores precauciones, pues el menor aire al salir de los baños agravaría mi mal. Los cauterios supuraron durante mucho tiempo, sin que ninguna mejora se obrase en mi alarmante estado.

«Finalmente, no esperando mi curación de los hombres, me ejercitaba en la sumisión á la voluntad de Dios, y le ofrecía lo mejor que podía toda la pena que me causaba la perspectiva de vivir enferma en la flor de mi edad. Mi buena Superiora general, que participaba vivamente de mis recelos, me escribió proponiéndome un viaje á Lourdes; y aunque me sentía con pocas fuerzas, acogí con gusto su proposición, y el 3 de Septiembre me puse en camino, aunque los médicos abrigaran sus temores por el cansancio que el viaje me acarrearía. Además, hacía algunos días que me hallaba peor, sin tener casi ningún apetito. Esto no obstante, partí con la esperanza de que mi curación, como la de tantos otros, estaba reservada á la buena y poderosa Virgen de Lourdes, y que se obraría en aquel lugar donde desde hace algunos años Ella se complace en desplegar su caridad maternal. Esta esperanza me ayudaba á sostener sin quejarme los vaivenes del carruaje, que me incomodaban mucho, por las numerosas llagas que tenía en mi pobre cuerpo.

«Habiendo llegado á Milláu el 3 de Septiembre por la mañana, partí de nuevo á las tres de la tarde en la diligencia de Saint-Affrique, que debía conducirme á Albi. ¡Qué largo me pareció este trayecto! Sentía un malestar grande, pero pensaba en Lourdes, y suplicaba á la Virgen que aliviara los padecimientos que

me afligían para dirigirme á su Santuario de predilección.

«A mi llegada á Albi el 5 de Septiembre, á las seis de la mañana, me hicieron llevar á la estación: allí aguardé la salida del tren que debía conducirme á Toulouse. Apenas subí al vagón, mis dolores fueron más vivos, mi estómago no pudo retener ningún alimento; me parecía que las pocas fuerzas que aun me quedaban desaparecían, y mi abatimiento era extremado. Mi buena Superiora y varias de mis compañeras que me seguían en esta piadosa peregrinación, me prodigaban sus cuidados y se mostraban muy solícitas conmigo; y temiendo yo que no me dejaran continuar mi viaje, disimulaba lo mejor que podía los males que experimentaba.

«Nos fué preciso pasar la noche en Toulouse, donde me encontré más impotente que nunca para moverme. Tuve los mayores trabajos para trasladarme del vagón á la sala de espera, ayudada de mi muleta y del brazo de una de mis caritativas compañeras. Después de un momento de reposo, me transportó un ómnibus al hotel, donde se renovaron mis torturas, pues no queriendo permitir á mis compañeras que me llevaran en brazos á la cama que se me destinaba, me fatigué tanto subiendo la escalera, que al llegar á mi cuarto estuve á punto de sofocarme; y llegué á creer un instante que iba á morir sin haber saludado la Gruta bendita, en cuyas aguas iba yo á buscar mi curación.

«Al día siguiente pude, sin embargo, ponerme en camino, deseando con impaciencia ver llegar el instante en que pudiéramos saludar la pequeña población

de Lourdes. Dios me había sostenido hasta allí, y mi confianza se redoblaba. Olvidando las fatigas é incomodidades del camino, no pensaba ya más que en la gracia que iba á solicitar. La hora de descanso que me dieron en la estación me pareció bien larga. Por fin me colocaron en un ómnibus que me condujo directamente á la Gruta. Allí mi buena Superiora me ayudó á ir á la piscina y bajar á ella. Cuando toqué el agua milagrosa sentí un escalofrío general en todo mi cuerpo, cuya sensación no duró mucho tiempo: tres minutos después el agua había perdido su primera frialdad, la sentía templada y agradable, y pude en seguida mover mi pierna y agitarla en todos sentidos. Poco después sentía circular en el miembro enfermo una cosa que me hacía bien; me parecía que mis venas se abrían y que el agua entraba en ellas. Sentía perfectamente que me volvía la vida. Quería apoyar mi pie, pero experimentaba todavía un dolor violento en el talón. Al cabo de un cuarto de hora escaso, todos mis sufrimientos habían desaparecido; y sintiéndome ágil y sana como en otro tiempo, anuncié á mi Superiora que me sentía con fuerzas para andar. Me instó á permanecer aún dentro del agua, pero la aseguré que era inútil, porque me encontraba radicalmente curada. En efecto, me lancé fuera del agua y me vestí aprisa para ir á la Gruta á manifestar mi agradecimiento á la Santísima Virgen. Con mi precipitación olvidé calzarme. Un sacerdote tomó mi muleta y la fué á ofrecer á Nuestra Señora de Lourdes.

«Un instante después subí á la cripta, en donde los peregrinos que me acompañaban cantaron un *Magni-*

ficat para ayudarme á expresar á la Virgen Inmaculada mi gratitud y mi amor. De allí fuí á casa de los Padres Misioneros, que deseaban oír la relación del beneficio que la Santísima Virgen acababa de concederme.

«Por la tarde bajé otra vez á la Gruta para orar, separándome de allí con verdadera pena, por la dicha que sentía, para ir á tomar un poco de reposo que mi Superiora juzgó serme necesario. Volví á pie á Lourdes sin experimentar la menor fatiga; cené con buen apetito, y el alimento que tomé no me ocasionó el más ligero malestar. Dormí durante la noche con un sueño muy tranquilo, y al día siguiente temprano volví á pie al Santuario, en donde había dejado la víspera mi enfermedad y mi muleta.

«Aquel día, y hasta mi partida de Lourdes, que tuvo lugar el 9 de Septiembre por la mañana, pude seguir todos los ejercicios que se hicieron el domingo y el lunes en la Gruta, en la iglesia, en la Cripta y en la montaña.

«He regresado con buena salud á mi Comunidad de la Besse, soportando las fatigas de la vuelta como lo hubiera podido hacer la persona más robusta. Me han permitido seguir todos los ejercicios del retiro general y conformarme en todo á los usos de la casa.

«¡Gloria á María! ¡reconocimiento sin límites á mi augusta y poderosa Bienhechora! ¡que la salud que Ella me ha devuelto con tanta generosidad la emplee yo únicamente en su servicio y en el de su Divino Hijo!

«Sor Dorotea.»

Escrito en la Besse el 22 de Septiembre de 1873, en virtud de santa obediencia.

Por copia conforme:

Costes, *cura de la Besse*.

El Vicario general que subscribe (hoy obispo de Mende), certifica la exactitud de los hechos contenidos en la relación que precede.

Rodez, 11 de Octubre de 1873.

Costes, *V. G.* (1).

Juzgando conveniente pedir algunas explicaciones á la Superiora general, recibí de ella el 29 de Enero último los siguientes datos, que interesarán indudablemente á nuestros buenos lectores:

«Dios se ha llevado á la buena Sor Dorotea. Sucumbió á una enfermedad de pecho el 1.° de Enero de 1880.

«La parálisis de su pierna no volvió más á manifestarse; pero en 1878, en el mes de Julio, fué atacada súbitamente de una parálisis de las mandíbulas, que la tuvo varios meses sin poder hablar. Los cuidados inteligentes y asiduos de cuatro médicos, á quienes consultó sucesivamente, y cuyas prescripciones ejecutó con toda puntualidad, no pudieron mejorar su estado. Al contrario, á fuerza de ensayos la redujeron á no poder alimentarse más que con algunas gotas de líquidos, que introducía en su boca por los pequeños huecos que había entre los dientes á los lados de sus

(1) Véanse al fin, n.° 14, varios comprobantes.

mandíbulas, pues los dientes delanteros estaban enteramente cruzados, sin que se pudieran abrir con ningún instrumento ni procedimiento.

«Y en Lourdes, á donde yo misma la llevé, recobró la palabra y la masticación bañándose en la piscina milagrosa, pudiendo hacer en seguida una comida abundante sin que su estómago se fatigara en lo más mínimo. Habló sin molestia, y hasta su muerte gozó del uso perfecto de la palabra, asistiendo á la clase durante seis meses.

«No hemos publicado esta nueva curación. Dígnese V. E. ayudarnos á dar por ella las gracias á la Virgen Inmaculada de Lourdes, y á obtener de Ella que nuestra Comunidad se muestre siempre digna de los beneficios de nuestra augusta Madre, que se ha servido tan misericordiosamente adoptarnos por hijas suyas.»

XIII

Curación súbita y completa de una incurable del Hospicio de Cambray, en Lourdes, el 1.° de Octubre de 1873.

Bárbara Canelet nació en Cambray el 2 de Diciembre de 1838, y á la edad de catorce años fué atacada de una enfermedad en la rodilla que no se consideró de importancia al principio, pero que después de muchas alternativas de mejoría y agravación acabó por declararse cuatro años después de verdadera gravedad. Entonces Bárbara fué sometida durante un año á medicamentos enérgicos, que no dieron ningún resultado; la rodilla continuó hinchada y amoratada, y la pierna se encogió; produciéndole esto una cojera completa hasta la edad de veintidós años, que aburrida ya de no poder dar un paso sin apoyo, se resignó definitivamente á hacer uso de dos muletas, de las cuales hasta entonces no había querido servirse, á lo menos continuamente.

Dos años transcurrieron de esta manera, sin que ninguna de las personas que la rodeaban vislumbrara en el estado de la pobre enferma ninguna probabilidad de alivio. Así era la verdad, humanamente hablando; pero Bárbara esperaba contra toda esperanza, y era en María en quien ella confiaba.

Hacía un año que el deseo ardiente de una peregrinación al Santuario privilegiado de María, á la Gruta de Lourdes, se había fijado en su mente ó más bien en su corazón. Este deseo parecía imposible de realizarse para la pobre huérfana; así es que no hablaba de él, limitándose á orar con más fervor y aplicándose á reformar en sí misma cuanto pudiera desagradar á la mirada tan pura de la Reina de las vírgenes. En el mes de Septiembre último oyó hablar de una peregrinación de las diócesis de Cambray y de Arras que se organizaba para Lourdes. Desde entonces la realización de su deseo parecía posible, y se hicieron las diligencias necesarias para que pudiera formar parte de esta peregrinación con una de sus compañeras; y habiendo sido autorizado su viaje por los administradores del Hospital, el 29 de Septiembre de 1873 partió Bárbara para Lourdes.

Cuán doloroso y aflictivo fué para la pobre enferma este largo viaje, puede suponerse fácilmente, puesto que no podía montar en coche sin la ayuda de dos personas. Pero la esperanza y la fe que la conducían, le dieron fuerza y valor. Hicieron alto en Nuestra Señora de Buglose, santuario doblemente querido á nuestras niñas por el culto de su Inmaculada Madre y por el recuerdo vivo de San Vicente de Paúl, á quien llaman justamente su Padre. Allí nuestras dos Hijas de María tomaron su cinta y su medalla para hacer la Santa Comunión, «con el fin, decían sencillamente, de que la Santísima Virgen pudiera reconocerlas.» Un eclesiástico que formaba parte de la peregrinación, les dijo al verlas: «Hijas mías, todo lo podemos esperar de la Virgen; á vosotras, que os gloriáis de llevar sus libreas, Ella no puede dejar de seros favorable.» La misma tarde llegaron á Lourdes; pero Bárbara, extenuada de fatiga, no pudo dirigirse á la Gruta con los demás peregrinos.

El miércoles por la mañana fué con su compañera á recibir la Santa Comunión en la iglesia de la Aparición, y oró con fervor; pero el momento de la gracia no era aún llegado. Por la tarde, á las tres y media, fué introducida en la Gruta con otras enfermas, en donde oró con fervor. Estaba allí hacía un cuarto de hora, cuando un sacerdote, después de haber hecho algunas recomendaciones, anunció que se iba á cerrar la Gruta, pero que antes iba á rezar tres *Ave Marías* por los enfermos que estaban en ella, á quienes acaso faltaba la fe suficiente para obtener milagros.

Estaban delante de la Gruta cuatro peregrinaciones reunidas (sobre cinco mil personas). Bárbara sintió acrecentarse su fe ante el pensamiento de tantas oraciones dirigidas por ella. «¡Oh Madre mía! decía, es imposible que permanezcáis sorda á tantas súplicas; Vos sabéis que soy vuestra; Vos me curaréis, así lo espero, no quiero salir de aquí con mis muletas.» En el mismo momento su compañera la vió palidecer; grandes gotas de sudor cayeron de su rostro; sintió un dolor violento en la pierna izquierda, que se alargaba y se elevaba sobre sus muletas, las cuales cayeron junto á ella, y una fuerza irresistible la puso de rodillas. Su compañera comprendió que estaba curada y gritó: «¡Milagro! ¡milagro!» La hicieron levantarse, cruzaron las dos muletas sobre sus brazos, hicie-

ron formar en fila á los peregrinos, y subió sola y sin apoyo al canto del *Magnificat*, la distancia escarpada que separa la Gruta de la habitación de los Padres de la Inmaculada Concepción. Estaba radicalmente curada.

La virtud poderosa de la Santísima Virgen había venido en su socorro, haciendo en un instante lo que los esfuerzos impotentes de la ciencia humana no habían podido lograr en diecisiete años.

En cuando á las muletas, los Padres de Lourdes han querido guardarlas como testimonio, y están colgadas en la Gruta atadas con una ancha cinta azul.

La peregrinación de Cambray y de Arras, de la que formó parte Bárbara Canelet, tuvo tal resonancia con motivo de su maravillosa curación, que se publicó de ella una acta especial muy extensa, la cual contiene detalles y documentos que no se encuentran en la relación que antecede y que hemos extraído de los *Annales de Lourdes*. Hay en el conjunto de estos hechos con qué convencer á los más incrédulos y desafiar á los más obstinados contradictores.

He aquí lo que dice el autor del acta, testigo ocular:

Elisa Bárbara Canelet, que nació el 2 de Diciembre de 1838 y ha estado coja desde los diecisiete años, ha sido *súbita* y *radicalmente* curada en la Gruta de Lourdes el miércoles 1.° de Octubre, á las tres y media de la tarde.

Damos aquí el extracto de una carta escrita sobre este particular por uno de nuestros conciudadanos testigo del suceso, cuya carta se ha dignado comunicarnos su familia.

«Lourdes, 1.° Octubre 1873, á las ocho y media de la noche.

«¡Milagro! ¡milagro! la Santísima Virgen ha hecho brillar su poder; Nuestro Señor ha mostrado la fuerza de su brazo.

«Esta mañana ha sido curada milagrosamente una persona paralítica, y á la una de la tarde he oído hablar á una muda de Nantes que no había dicho una palabra hacía dos años.

«Pero todo esto no es nada en comparación del milagro palpable, evidente, incontestable, que ha tenido lugar á *dos metros* de mí: una persona de Cambray que había venido con nosotros, con quien Mr. F*** venía hablando en el ferrocarril desde Douai hasta Lourdes, con la cual hemos comido en Buglose, que hacía más de *diez años* no podía andar sin *dos muletas*, y á quien hemos procurado alojamiento en frente del nuestro: esta persona, que llegó con nosotros á la Gruta aquella tarde á las tres y media, se colocó en el interior de ella para orar con efusión á la Santísima Virgen en el momento en que un sacerdote, ocupado de las recomendaciones, hablaba de la fe necesaria para que esta Señora obre milagros, y ella se dijo: «Sí, es preciso que yo tenga confianza, la Virgen «me curará;» y una fuerza irresistible la puso de rodillas, arrojó sus muletas y arrodillada exclamó: «¡Mila- «gro! ¡milagro! ¡estoy curada!» En seguida la gente se agrupó clamando y llorando, y Mr. F***, que estaba conmigo apoyado en la reja, me gritó: «Es la nuestra, «es la nuestra.» Ella era, en efecto, *completamente curada*. Es una persona como de treinta y cinco años,

llamada Bárbara Canelet, que vive en Cambray en el Hospicio general á causa de su enfermedad, la cual puede resumirse así: una pierna mucho más corta que otra, y una rodilla toda hinchada. En un instante, en un momento de sufrimiento y de revolución indecibles, su pierna se alargó y su rodilla se puso en el estado natural: Dios había obrado.

«¡Gloría á Dios por María!... ¡Viva Nuestra Señora de Lourdes!

«Dirijo á V. estas breves palabras, escritas á la carrera, en el cuarto de la afortunada Bárbara, que se encuentra muy bien y con quien conversa Mr. F*** actualmente.»

Bárbara Canelet ha vuelto ya á Cambray.

Hemos ido inmediatamente al Hospicio. La Superiora ha tenido la bondad de comunicarnos todos los datos sobre el estado de la enferma *antes* del milagro; y en cuanto á éste, la misma Bárbara nos ha referido todos los detalles.

La curación es *completa;* ha sido *instantánea.*

Bárbara tenía la pierna izquierda más corta que la derecha, y la rodilla hinchada desmesuradamente, con el color amoratado de los miembros enfermos. Cuando se apoyaba el dedo en ella, quedaba una marca por mucho tiempo visible. Los dolores eran con frecuencia muy vivos.

Hoy las dos piernas están absolutamente iguales; la hinchazón de la rodilla ha desaparecido *completamente,* y no hay traza alguna de enfermedad. Hemos hecho andar á Bárbara, y anda como cualquiera persona que nunca ha estado lisiada.

El milagro tuvo lugar en la misma Gruta, sin que la enferma se lavase con el agua de la fuente.

No pudiendo arrodillarse, estaba de pie apoyada en sus muletas orando con fervor, cuando repentinamente pasó en ella cierta cosa incomprensible: sintiendo que su pierna se alargaba, é impelida como por una fuerza invisible, se puso de rodillas.

Nuestra Señora de Lourdes había hecho en un segundo lo que en más de diez años no habían podido hacer las medicinas.

En cuanto á las muletas, los Padres de Lourdes quisieron conservarlas como testimonio, y Bárbara las ofreció en *ex-voto* á la Santísima Virgen, que acababa de honrarla con tan insigne favor.

Esta mujer, que no podía dar un solo paso sin apoyo, que tenían que levantarla en el aire para subirla á los ómnibus ó al tren, ha vuelto de Lourdes sin ninguna ayuda.

A fin de informarnos todo lo posible, hemos suplicado á la Superiora del Hospicio que nos comunicase las listas que hacen de cuando en cuando los médicos, relativas al estado de los incurables.

Nos fueron presentadas cuatro de ellas con las siguientes fechas: la primera, del 19 de Mayo de 1859; la segunda, del 5 de Abril de 1866; la tercera, del 28 de Abril de 1868; la cuarta, del 19 de Agosto de 1871.

Las tres primeras son copias hechas sobre los originales. La letra de una de ellas es de Mr. Wibbert; las otras dos han sido firmadas por Mr. Lamorisse.

En la de 1859 se dice de Bárbara Canelet: *Mal en las rodillas;* en la de 1866: *Anda con muletas;* en la

de 1868: *Anquilosis de la rodilla*. Mas la lista formada después de la visita del 19 de Agosto de 1871, tiene una importancia especial, porque en esta época la Administración de los Hospicios, deseando hacer economías, ordenó que todas las personas que no fueran declaradas completamente inválidas fueran despedidas. Los Drs. Delbarre (padre é hijo) hicieron la visita: el hijo examinaba el estado de los enfermos y el padre escribía, y precisamente esta misma lista es la que hemos tenido presente, y que contiene en cuanto á Bárbara Canelet esta indicación escrita con mucha claridad: *Artritis crónica de la rodilla*. Y Bárbara, declarada incurable, permaneció en el Hospicio.

Cada cual juzgue ahora y reflexione. Por lo que á nosotros toca, no podemos menos de dar gracias á Dios, que se complace en derramar por María los más señalados favores sobre los humildes y los pequeños.

¡Viva Nuestra Señora de Lourdes!

B. de Marcq.

Bárbara Canelet está en Cambray, en donde todos la han querido ver sucesivamente. No le ha quedado de su antigua enfermedad otro vestigio que una ligera inclinación de la espina dorsal, resultado del uso prolongado de las muletas, lo cual es un testimonio más de la realidad de su estado *antes* de la curación milagrosa.

«Toda la ciudad de Cambray es actualmente *testigo* irrecusable del prodigio realizado en la Gruta de Lourdes.

Habríamos podido citar otros documentos, pero nos falta tiempo y espacio para redactar una memoria completa, que habría excedido los límites de una simple relación.

Además, ¿qué necesidad tenemos de documentos y de pruebas justificativas? ¿No tenemos *quinientas* personas de esta vasta diócesis de Arras, *ochocientas* de la vecina diócesis de Cambray, y *ocho mil* peregrinos ó habitantes de Lourdes que han *visto* y *oído* lo que dejamos escrito?

Aquellos que se obstinan en negar la evidencia y no creer en los milagros, que se tomen el trabajo de interrogar á estos ocho mil testigos (bastarían cincuenta), y que nos digan su opinión fundada y sobre todo sincera: esperamos tranquilos el resultado de ella.

XIV

Curación maravillosa de la joven Irma Dubois, de la diócesis de Mende, muda y paralítica hacía dos años y medio. (Lourdes, 1.° de Octubre de 1873).

El mismo día en que la Santísima Virgen curaba tan misericordiosamente á Bárbara Canelet de su larga é incurable enfermedad, acababa de conceder un favor análogo y no menos admirable á una joven de veintitrés años llamada Irma Dubois, de la diócesis de Mende, á quien la misma fe y la misma esperanza habían traído al Santuario de la Inmaculada Concepción. Esta pobre joven, enferma y muda hacía treinta meses, había venido á Lourdes con la peregrinación de la Lozère que monseñor Saivet, de piadosa memoria, condujo personalmente á la Gruta milagrosa. Su curación tuvo lugar la misma mañana á eso de las diez. He aquí cómo lo compendiaba en algunas líneas el autor del informe que acabamos de citar más arriba.

«La Srta. Irma Dubois, de veintitrés años de edad, hija del juez de paz de Grandrieu, fué atacada hace dos años de una parálisis que no le permitía andar, ó más bien arrastrarse sin ayuda de una muleta ó de un brazo extraño. A fuerza de mucho trabajo y sostenida por su fe pudo llegar á Lourdes acompañada de un amigo de su padre, abogado de Mende, antiguo diputado, que se ofreció al padre para conducirla, porque «quería, dijo, ver el resultado de ese viaje.» ¡Y lo

vió!... Vió que la hija de su amigo, después de bañarse en la piscina, entró en la Gruta, y dejando caer sus muletas, gritó: *¡Estoy curada!*

«Se encontraba tan perfecta como súbitamente curada de su enfermedad incurable. Y el abogado, más impresionado aun que los demás, fué á referir el suceso á monseñor el Obispo de Mende. ¡Quiera Dios que él mismo con su conversión (tal vez ya cumplida) dé gloria á Dios y á la Virgen Inmaculada!

«Este milagro, pues de tal debe calificarse semejante curación, se realizó el mismo día á cosa de las diez de la mañana.»

Sobre dicho milagro, el diario *L'Univers,* en su número del 20 de Octubre de 1873, refería los interesantes detalles que siguen:

Un telegrama, dice, nos ha comunicado la curación de una joven que formaba parte de la peregrinación de la diócesis de Mende á Nuestra Señora de Lourdes. Mr. Dubois-Guchan, antiguo consejero del Supremo Tribunal de Lyon, tío de la joven, nos dirige sobre dicha curación la carta siguiente:

París, 10 de Octubre.

Señor redactor:

A consecuencia de un rápido desarrollo complicado de fiebre tifoidea, mi joven sobrina Irma Dubois fué atacada de una parálisis general que se extendía hasta el órgano de la voz. Hace pocos días tomó parte en la peregrinación de la Lozère á Nuestra Señora de

Lourdes, y uno de mis hermanos que la acompañó me escribe lo siguiente:

«Bagnères (Altos Pirineos), 4 de Octubre.

«Mi querido hermano:

«El 1.º del mes actual ha sido hermoso día para los padres de nuestra sobrina Irma. Ya sabes que estaba paralítica y muda hacía treinta meses; pues bien, el citado día, después de la Comunión, la transportaron á la Gruta, donde en el momento en que bajó á la piscina fué curada radicalmente, casi en un segundo. Gritó: «¡Estoy curada!» se levantó, se vistió sola y se dirigió al pie de la estatua de la Virgen para darle gracias; y allí dejó sus muletas, en presencia de un concurso inmenso compuesto de peregrinos de la Lozére, de Nantes, de Lila y de Bélgica.

«Todos querían verla, de suerte que tuve que esperar algunas horas antes de poder traerla al hotel. Durante el trayecto (tres kilómetros) la escoltaron los peregrinos cantando el *Tedéum*, el *Magnificat* y varios cánticos.

«Estando ya en nuestra habitación, ni aun allí nos dejaron en paz, haciéndose preciso dejar abiertas las puertas para que entrase el público y ciertas personas de distinción que querían las unas abrazarla, las otras su firma en estampas, libros de piedad y breviarios; otras se ponían de rodillas solicitando sus oraciones. Esta especie de delirio ha durado dos días, y yo temía que nuestra pobre Irma no pudiera resistirlo. Por fin, al ponerse en marcha la peregrinación la encomendé

al señor Obispo de Mende. Antes de su partida había dado conmigo un paseo á pie de seis kilómetros.

«La reacción milagrosa de que te hablo, repito que ha sido inmediata. El prodigio ha sido de los más hermosos; y por increíble que pueda parecerte, afirmado por mí y cumplido en mi presencia, no te dejará ninguna duda y te colmará de alegría. He telegrafiado la noticia á sus padres. Todo un mundo ha sido testigo del suceso; cada cual quería ver á la *santa* y tocarla.»

Tal es, señor redactor, la carta que me escribe mi hermano, y doy mi consentimiento para que si V. lo tiene á bien le dé publicidad en su periódico.

Ruego á V. acepte, etc.

E. P. DUBOIS GUCHAN,
antiguo consejero en la corte de apelación de Lyon.

P. S. Al cerrar esta carta, recibo, señor redactor, las dos siguientes que confirman la primera: una de ellas es de mi sobrina Malacrida Fontana, y la otra del padre de Irma, mi hermano.

CARTA DE LA SRA. MALACRIDA FONTANA.

«Mende, 6 de Octubre.

«¡Gloria á Dios y á Nuestra Señora de Lourdes!

«¿Es V. creyente, querido tío? ¿Es V. escéptico? Me inclino á esta última suposición porque hay desgraciadamente muchos así. Pues bien, si es V. escéptico, preciso es que crea.

«Usted no ha visto á nuestra querida Irma, pero sí

ha oído hablar bastante de su triste estado de salud. Esto no obstante, animada de su fe, quiso ir Lourdes, á pesar de sus padres, de los médicos y de todo el mundo. ¡Fué casi moribunda; en brazos la llevaron al vagón, y se la vé volver sana y buena, andando como todas las jóvenes de su edad!... ¿No es esto milagroso?

«Mi tío Luís, según me han dicho los peregrinos de Mende, se encontraba en Lourdes; ha sido testigo de esta curación instantánea y milagrosa, y se ha quedado atónito. Han hecho á Irma una magnífica ovación: se disputaban por estar junto á ella; la besaban las manos y hasta las extremidades de su vestido.

«En Villefort, de donde había salido moribunda, habiendo sabido por un telegrama el milagro de la curación, toda la ciudad se removió para verla, y no se retiró hasta que obtuvo la promesa de que llevaría la bandera á la cabeza de la procesión, donde la verían.

«Pero quizás tendrá V. ya todos estos permenores. La peregrinación de Lyon se encontró en Lourdes con la de Mende, y una señora de Lyon quiso conocer á Irma, y Mr. Mercier, juez de instrucción en Mende, se encargó de presentarla á mi prima.

«He aquí á esta pobre familia, tan desgraciada el año pasado, bien remunerada de todo cuanto ha sufrido.

«Espero que Irma vendrá á vernos á Mende, ó más bien á hacerse ver, lo que yo deseo en extremo. De buena gana habría yo ido, pero entonces sería la única que la vería, y toda mi familia quiere verla también...»

CARTA DE MI HERMANO.

«Grandieu (Lozère), 7 de Octubre.

«Mi querido amigo:

«Me apresuro á participarte que nuestra querida enferma Irma quiso ir en peregrinación á Lourdes para implorar la protección de la Santísima Virgen para con Dios todopoderoso.

«Encontrábase muy débil y tan enferma que me ha costado mucho consentir en su viaje; pero su fe era tan viva, tenía tal presentimiento secreto de su curación, que creía de mi deber acceder á sus deseos.

«Nos ha vuelto completamente curada, después de haber estado un minuto en la piscina.

«Estos hechos hablan elocuentemente. ¿Podremos negarlos? Bien sé que hay incrédulos y gentes de mala fe; ¡que Dios los perdone!

«Nuestro hermano Luís, que á petición mía fué á esperar á Irma y á su hermana en Lourdes, ha debido escribirte y referirte lo que él ha visto con sus propios ojos; él no creía mucho en los milagros, pero se ha rendido á la verdad.

«Tu hermano y amigo

«AQUILES DUBOIS (1).»

(1) Antiguo jefe de batallón, condecorado con la Legión de Honor, actualmente juez de paz en Grandrieu.

XV

Curación instantánea de una joven tísica moribunda, en Hauteville (Ardennes), el 4 de Octubre de 1873.

La Srta. Julia Jadot, d'Hauteville, que á la edad de dieciocho años se estaba muriendo de tisis pulmonar, fué repentinamente curada por Nuestra Señora de Lourdes. He aquí cómo refiere ella misma en los *Annales de Lourdes* su milagrosa curación, atestiguada además por el hábil médico que la había asistido.

Hauteville (Ardennes), 5 de Marzo de 1874.

¡Gloria á María Inmaculada, á quien vengo por mediación de V. R. á pagar mi tributo de agradecimiento y de amor! Este deber es riguroso para mí, pues en el momento en que todos creían que iba yo á morir prometí á Nuestra Señora de Lourdes, si oía mi oración, publicar en los *Annales* su poder y mi gratitud. Espero que mi relación servirá para acrecentar la confianza de los lectores en la augusta Madre de Dios.

A fines de 1873 fuí atacada de sarampión, la erupción siguió su curso natural, pero la tos persistió con fiebre, expectoración, dolor en el costado izquierdo y principalmente debajo de la clavícula y del seno, etcétera, etc.

A pesar de una medicación enérgica, el mal se agravó de día en día, y se manifestaron los síntomas más alarmantes. Poco después ya no pude levantarme; mis síncopes frecuentes duraban algunas veces un cuarto de hora.

A los cuidados asiduos de mis padres y de la medicina unimos la oración. Hicimos novena sobre novena, invocando á María bajo sus más gratas advocaciones; orábamos á San José; hicimos varios votos, y mi estado empeoraba siempre; María parecía sorda á nuestras súplicas.

En vez de desanimarnos, redoblamos nuestras oraciones en la última quincena de Septiembre. Pero el viernes 27 me encontré tan mal que fué preciso administrarme los últimos Sacramentos, y el domingo siguiente vino el señor Cura á recitarme las oraciones de los agonizantes, y desde entonces mi vida fué una continua agonía hasta el sábado 4 de Octubre.

Eran las dos y media de la tarde; había empezado la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, y me estaban viendo morir.

Mi madre me dijo: «Hija mía, vengo á darte agua de Nuestra Señora de Lourdes en el jarabe.»

Un momento después pedí que me la dieran pura; mi madre contestó que no había ya casi nada; mas yo, con el presentimiento de que iba á ser curada, insistí en beberla. Recé el *Memorare,* diciendo interiormemente á la Virgen María: «Sí, Madre mía, creo que voy á ser curada bebiendo de vuestra agua. Pero, Dios mío, que se haga vuestra voluntad y no la mía. Que yo muera ó viva, sea todo para gloria vuestra,» y repetí el *Memorare.*

Mi madre se había alejado un poco. La llamé en voz alta, yo que hacía cuatro meses no podía hablar sino muy quedo. Le dije: «Póngase V. de rodillas y dé gracias á la Santísima Virgen que acaba de curarme. Estoy curada. Haga V. llamar al señor Cura para que sea testigo de mi dicha.»

El mismo día comí tres veces sopa y dormí toda la noche, y desde entonces no he vuelto á tener más enfermedad ni dolor: gozo de una salud perfecta, que no se ha desmentido en cinco meses.

Debo proclamar que la Virgen Santísima es quien me ha curado, y la misma convicción tienen cuantas personas han seguido mi enfermedad, así como también el médico cuyo certificado envío á V. R.

JULIA JADOT,
Hija privilegiada de María (1).

(1) Véase en los comprobantes, n.º 15, el certificado del médico y el testimonio del señor Cura.

XVI

Curación maravillosa de la Srta. de Tinseau, en Lourdes, el 8 de Octubre de 1873

He aquí un favor admirable concedido por la Reina de las Vírgenes á una piadosa joven, la Srta. María de Tinseau, de la diócesis de Saint-Claude. Referiremos primeramente una carta escrita pocos días después de su curación por una de sus parientes más cercanas é íntima amiga suya. Hallamos esta carta en la *Semaine liturgique de Poitiers,* del 26 de Octubre de 1873.

«Dôle, 17 de Octubre de 1873.

«Mi querida Luísa:

«Si no te he acusado recibo de la relación que has tenido la amabilidad de mandarme, ha sido porque quería hablarte de una peregrinación á Lourdes emprendida por varias amigas mías. Dicha peregrinación, querida prima, ha tenido lugar, y fué coronada con una admirable curación que voy á referirte, porque siendo pariente nuestra y amiga mía la feliz agraciada, estoy íntimamente unida á este suceso que tiene en conmoción á nuestro Franco-Condado.

«Bien conocido es en el Sagrado Corazón de Poitiers el nombre de Tinseau. La tía de la enferma fué allí Superiora, y su prima hermana se educó en él. La misma María (este es el nombre de mi amiga) pasó

allí algunas temporadas. Hacía siete años que esta pobre niña se hallaba atacada de una horrorosa enfermedad interior complicada con otra de la medula espinal. Para no hablar más que de ésta (que era la menos grave, y de la cual puedo darte más pormenores), te diré que habían martirizado de tal modo á la pobre paciente con ventosas, que su espalda no era mas que una llaga. Desde hace dos años no abandonaba ya la cama; sus miembros inferiores estaban como paralizados; se la consideraba, en fin, como incurable. Todos estos padecimientos los sobrellevaba con la paciencia y resignación de una santa. El año pasado, á costa de terribles dolores, que conmovieron á todos los asistentes, trasladaron á la enferma al monte Roland, pero sin fruto, porque no había llegado todavía el momento de la recompensa.

«A principios de este mes se organizó una peregrinación del Fanco-Condado á Lourdes, la que anunciaron á María, quien rechazó la idea de formar parte de ella porque no se encontraba con fuerzas suficientes, y además su devoción la llevaba más bien hacia Nuestra Señora de las Ermitas. Naturalmente no se insistió, pero algunos días después repentinamente le vino el deseo de partir para Lourdes. Sus padres le hicieron todas las objecciones posibles sobre su estado, lo largo del viaje, y el inconveniente que había para que lo hiciera con los peregrinos, que no debían detenerse durante el trayecto, y que teniendo que salir el lunes por la mañana debían estar de vuelta el sábado. A esto se agregaba la dificultad de obtener ya billetes por ser tarde. Nada la detuvo; los obstáculos se vencieron, y la víspera de su partida, llevándole la Comunión á su cama dijo á su confesor, quien me lo ha repetido: «Padre, esta es la última vez que comulgo «en mi cama. Cuando yo vuelva me dirá V. una Misa de «acción de gracias en la capilla.» Era necesaria esa fe que *transporta las montañas* para emprender el viaje en su estado. Mi primita María y sus dos hermanas formaban también parte de la peregrinación. María me escribía en el vagón el boletín de nuestra pobre amiga: sus tormentos fueron horribles, y por dos veces se creyó que sucumbiría. Pero ella no exhalaba una queja, y repetía siempre: «Estoy segura de que todo «irá bien allá.» Por fin, el martes 7 de Octubre por la tarde llegaban á Lourdes. El dia siguiente, antes de las siete, ya María estaba rogando que la llevaran á la Gruta. Sus padres y el cura de la parroquia estaban con ella. Con mil dificultades llegaron á la Gruta, encontrando la verja cerrada, y como la hora de reglamento no había sonado, el guardián no quiso abrirla, y además la piscina estaba ocupada. Entonces Mr. Tinseau se procuró una silla baja sobre la cual sentó á su hija, descansando sus pies encima de la grada de la Gruta. Nota bien este detalle, que viene á dar una importancia muy grande al hecho, pues en una posición como esa es materialmente imposible á la persona más lista levantarse sin tomar con sus manos un punto de apoyo sólido. Puedes hacer la prueba como yo la he hecho.

«Entre tanto estaba lloviendo á torrentes sobre la pobre enferma, y mientras que su padre insistía para que la entraran dentro, ella hacía esta oración que en-

cuentro sublime: «Vos sabéis, Madre mía, lo que he «sufrido para llegar; Vos sabéis que no pido mi cura- «ción sino por el bien que de ella puede resultar; aho- «ra, haced lo que queráis.» En fin, á fuerza de súplicas Mr. Tinseau obtuvo que le abriesen la Gruta. Inmediatamente extendió María los brazos dando un gran suspiro, como quien sale de una pesadilla; y luego, con la sencillez encantadora que es uno de los rasgos más interesantes de su carácter, se dijo á sí misma: «Tengo que hacer un acto de fe; voy á ponerme de «rodillas, Madre mía; si caigo de cabeza, *vuestro ho- «nor se comprometerá.*» En este momento Mr. Tinseau y el sacerdote que estaba al lado de ella quieren levantar su silla para entrarla en la Gruta; pero ella los rechazó vivamente. «Es inútil, dijo, iré sola.» Y entonces, sin cambiar de posición, apoyando apenas un dedo sobre el brazo del señor cura, se vió como *levantada en el aire y arrojada* en la Gruta. La vieron un instante de rodillas y luego repentinamente de pie dando un grande grito: «¡Estoy curada!...»

«Felizmente acababan de cerrar de nuevo la verja, pues el ímpetu de la gente fué tal que la habrían ahogado. La gente gritaba: «Haceos ver, subid sobre una «silla.» Y esta pobre enferma, que un instante antes tenía el cuerpo encorvado por el sufrimiento, se lanzó sobre una silla y se enderezó con toda su grande talla diciendo: «Aquí estoy.» Luego entonó el *Magnificat*, y entre cada verso gritaba: «¡Viva María! ¡Viva «Pío IX¡!...» Los que vieron esta escena dicen que era un verdadero delirio el de los circunstantes. Una hora entera pasó así, detrás de la verja, dando la mano á

todos y besando los rosarios que le presentaban; y luego que la hicieron salir fué como llevada en triunfo á la iglesia. La pobre joven al pasar, gritó á María: «Estoy curada, pero me ahogan.» En fin, abreviaré... La vuelta fué una verdadera ovación, y el sábado pasado la recibimos á la llegada del tren. La hemos visto, tocado, y yo la he abrazado cien veces... Ella «me decía: «Golpead, golpead sobre mi espalda, y ve- «réis que no queda ningun mal.» Ayer estuvo en una reunión en casa de unos amigos nuestros que tuvieron la bondad de ponerme á su lado, y con su alegría de otro tiempo me obligaba á comer tanto como ella, con el fin, decía, de impedirme que la estuviese mirando. Su curación es completa, y está comprobada por su médico; nada sufre, y anda bien lista. Por la gloria de la Santísima Virgen soporta tales fatigas, que pondrían enfermos á los más robustos. Para citarte un solo detalle, ella misma me dijo ayer que calculaba haber firmado diez mil estampas. En fin, es el milagro más completo que puede imaginarse. Te ruego, prima mía, propagues esta relación, que es el deseo de mi amiga, quien no ha pedido su curación sino para bien de las almas. Debo decirte también que todos los pormenores que preceden me han sido dados ya por María, ya por sus padres, ya por otros testigos oculares que me los han contado cien veces, y que yo repito con escrupulosa exactitud.

«Y ahora, adiós, mi querida Luísa. Aquí termino, un poco cansada, pero contenta de haberte escrito este prodigio, que no me canso de referir... Mil cariños, etc.

«MARGARITA DE LA P.»

La relación oficial de este hermoso milagro, tal como vamos á reproducirlo aquí según los *Annales de Lourdes* (Julio de 1874), completa con preciosos detalles la carta que acabamos de citar.

La Srta. María de Tinseau nació en Saint-Ylie, en las cercanías de Dôle, en 1845. Descendiente de una familia profundamente religiosa y muy estimada en el país por sus virtudes tradicionales y servicios públicos, heredó de ella una inteligencia penetrante, una actividad viva y flexible, un carácter leal y franco, una voluntad resuelta. Su organismo era cual correspondía á una alma semejante, sano, flexible y vigoroso.

El porvenir anunciado por tan brillante adolescencia vino á perderse con motivo de una fiebre tifoidea. En 1866 comenzó á sufrir de dolores de riñones, y apenas podía andar penosamente. La medula espinal estaba evidentemente dañada por el tifus, y el reblandecimiento iba creciendo.

María de Tinseau es hija única. Sus padres la prodigaron los mayores cuidados con delicado cariño. Todo cuanto la medicina supo aconsejar se ensayó sucesivamente: aguas minerales, hidroterapia y todo lo demás que pedía su estado.

El mal, sin embargo, iba en aumento, y desde antes de 1870 ya no quedaba de la inteligente joven de diecisiete años más que una ruína sin esperanza, un busto encorvado, un estómago é intestinos casi sin funcionar, unos brazos casi inmóviles, piernas muertas, insensibles aún á las picaduras. Un médico amigo de la familia procuraba evitarse la tristeza de visitarla, diciendo: «Nada queda por hacer.»

Es preciso decir que su alma no se había abatido. La inteligencia continuaba clara y pronta, el carácter conservaba su energía nativa, y el corazón amaba á Dios con indomable resignación y con una ternura enteramente victoriosa de los decaimientos del cuerpo. La pobre enferma encontraba su fuerza en la Comunión frecuente. Durante tres años la estuvieron llevando á menudo á la iglesia, pero desde principios de 1872 recibía la Santa Eucaristía en su cama.

Abandonada enteramente á la voluntad de Dios, esperaba curar contra toda esperanza. Un pensamiento animaba toda su vida: soñaba con el Carmelo; y por más que siendo hija única y enferma sin esperanza la vocación religiosa le era doblemente imposible, quería sanar para ser carmelita, sin que por eso, y á pesar del ruído que hacían los milagros de Nuestra Señora de Lourdes, le viniese la idea de pedir uno en su favor.

La peregrinación del Franco-Condado para Lourdes se organizaba entonces. Su excelente padre se la propuso. Al principio no quiso acceder, pero luego, inquieta por su negativa, quiso partir. Espantado entonces Mr. de Tinseau del proyecto que había concebido, la hizo ver, para que desistiera, los peligros de un viaje tan largo y penoso en medio de tanta aglomeración de gente. Consultado el médico, declaró que era la última de las imprudencias, y que la enferma moriría irremisiblemente antes de llegar á Lourdes. La resolución de María, sin embargo, era irrevocable, y su confianza entera y comunicativa, de tal suerte que á todos rindió á su determinación, y anunció á

su director y al cura de la parroquia que el domingo próximo comulgaría en la iglesia, y que el cura podría predicar el milagro de su curación.

Sus padres, un cura amigo de la familia y un sirviente de confianza la acompañaron. Sus dolores fueron continuos; no lo ocultaba y decía: «Sufro horriblemente, pero en Lourdes seré curada.» Su estado inspiraba compasión á todos los peregrinos cada vez que tenía que cambiar de vagón. Los empleados de las estaciones la prestaban su ayuda, pues ella todo lo que podía era dejarse llevar. Esta angustia duró todo el viaje, por espacio de dos días y una noche.

Mas ¡ay! la llegada á Lourdes iba á prolongarla. Eran las diez de la noche. Numerosos peregrinos de Rennes y de Nimes habían ocupado todos los departamentos cómodos, y fueron menester dos horas para hallar un granero, donde la instalaron con bastante trabajo.

Había pasado el tiempo de esta larga espera en el interior de un coche. La esperanza de su curación la sostenía. Tendida por fin en su cama, aplicó sobre sus miembros unos lienzos empapados en agua de la Gruta. No viniéndole el sueño, las horas de aquella noche fueron dolorosas para su alma. Tuvo que sostener una especie de agonía de desconfianza y de duda, pero su esperanza se afirmó de nuevo por la mañana cuando partió en coche á la Gruta, en unión de las personas que la acompañaban.

Era el 8 de Octubre de 1873. La lluvia caía en abundancia, y el suelo de la Gruta estaba lleno de lodo. Bajaron á la enferma, y la colocaron en una silla

delante de la verja. Una persona conocida suya tenía un paraguas encima de su cabeza. La Srta. de Tinseau quería bañarse en la piscina, pero ésta se encontraba ocupada. La verja estaba cerrada todavía. Buscaron al guardián para que la abriese, y así poner á la enferma en lugar abrigado bajo la roca. Llegó y abrió...

En este momento dos pensamientos contrarios como un flujo y reflujo violento llevaron en sentido opuesto el alma de la piadosa joven. Quería levantarse y andar en seguida, pero no se atrevía á hacer la prueba; una confianza inmensa la empujaba, un temor invencible la encadenaba.

Abierta la puerta de la verja, los padres se agacharon para coger la silla y levantarla con la enferma; pero ésta, en cuya alma acababa de cesar la lucha predominando la fe, exclamó: «Dejad, dejad, que yo entraré sóla.» Y se levantó, entró, siguió andando con firmeza y se postró mirando hacia el nicho de la imagen de María.

Sus padres se aceleraron y postraron igualmente, y después de un instante y puesta en pie, la enferma exclamó: «¡Estoy curada! *Magnificat!*»

Sus padres la abrazaron, lloraron y la estrecharon entre sus brazos.

Los peregrinos que estaban fuera de la verja, apercibiéndose de lo que pasaba, se agitaban y rebullían para ver lo que acontecía en el interior. De todos lados llamaban á la afortunada joven, queriendo contemplarla de cerca, y le daban la mano, y le hacían tocar rosarios. La noticia había llegado hasta la iglesia, y

los peregrinos se amotinaban delante de la Gruta para ver á la Srta. de Tinseau, pero no lo lograban todos, y gritaban que se mostrara. Sube al fin sobre una silla. Aquí y allá se oye entonar el *Magnificat*; pero la emoción, demasiado viva y desordenada, no permitía cantar de consuno á los circunstantes. Se gritaba «¡Viva María!» y la Srta. de Tinseau, que tenía grande veneración al Papa y había orado incesantemente por él, exclamó: «¡Viva Pío IX!» cuyas aclamaciones se repetían y cruzaban.

Comunicaron la noticia al señor Obispo de Saint-Dié (1) que presidía la peregrinación, diciéndole: «Acaba de ser curada una persona en la Gruta.—¿Es acaso la Srta. de Tinseau?» exclamó conmovido, y fué allá en seguida. Bajo la lluvia y atravesando con gran dificultad la muchedumbre confusa y alborotada en la exaltación en que la había puesto la presencia de lo sobrenatural, fué á reconocer á la Srta. de Tinseau, se enterneció, felicitó á sus padres; y no pudiendo contener la efusión de su alma, se dirigió á la multitud é hizo crecer la emoción pidiendo amor eterno á la Santísima Virgen.

Una joven procedente de la diócesis de Coutances acababa de bañarse en la piscina. Hacía siete años que no andaba. La llevaron á la Gruta, y su padre dijo á la joven de Tinseau: «Señorita, tome V. á mi hija; alcáncenos V. su curación.» La Srta. de Tinseau la tomó en sus brazos, oraron juntas, y la joven normanda sintió en seguida que sus miembros recobraban un poco de vida; al terminar el día estaba curada también.

(1) Mons. Caverot, que después fué arzobispo de Lyon y cardenal.

La Srta. de Tinseau quiso por último subir á la capilla para ir á comulgar, y se fué sin zapatos, porque al salir de su casa no había pensado en tomarlos, puesto que hacía mucho tiempo le eran inútiles. La muchedumbre le hizo un molesto cortejo. Se precipitaban para acercarse á ella, tomarle las manos, abrazarla, tocarla á lo menos, verla de cerca. Su sombrero se perdió en este barullo, y sus cabellos desgreñados le caían sobre la cara; hasta que al fin se estableció una doble hilera para que pudiese entrar en la iglesia. Comulgó y la entraron en la sacristía, y ocultándola á los extremos temibles de la multitud, por la Cripta se dirigió á la casa de los Misioneros, descansando allí algunas horas de estas inauditas emociones.

Se durmió, y al despertar, los recuerdos de la mañana le parecían un sueño; pero ya tranquila y serena, se dió cuenta de todo, observó sus miembros uno á uno, é hizo ensayos de la nueva vida que se le había dado, sin encontrar dolor ninguno en su cuerpo, y sí un bienestar completo. Palpó el lugar de su habitual sufrimiento, la espina dorsal, y lo encontró en perfecto estado. Al bajar de la cama se puso á andar, subió sobre las sillas, y segura al fin de una curación completa, reconociéndose apenas á sí misma, enternecida y dichosa cogió su rosario y dió gracias á la Virgen Inmaculada.

Apenas salió, las felicitaciones la persiguieron de nuevo, besaban sus manos, le hacían firmar estampas, su marcha era un triunfo.

Al día siguiente la Srta. de Tinseau, fuerte y alegre, emprendió su viaje de vuelta con los peregrinos del Franco-Condado. En la estación de Cette, los empleados que habían ayudado á cambiarla de vagón se presentaron de nuevo para hacer el mismo servicio. Delante de ellos saltó á tierra con admiracion de los mismos.

La peregrinación se detuvo en Lyon para visitar á Nuestra Señora de Fourvières, y al tiempo de partir un gentío inmenso había invadido la estación para conocerla, felicitarla y pedirle sus oraciones.

En todas partes fué mostrando el milagro de su curación, y en particular en la iglesia del pueblo el domingo siguiente á su vuelta, como lo había anunciado á su párroco. La *Semaine religieuse de Saint-Claude* ha referido su peregrinación de acción de gracias á Nuestra Señora de Mont-Rolland, á donde sus antiguas amigas habían ido á esperarla.

Todo el Franco-Condado ha sabido la maravillosa curación. La familia de Tinseau goza allí de una reputación muy distinguida; Mr. de Tinseau había sido en otro tiempo consejero general de su departamento. El efecto fué inmenso en los ánimos. Los periódicos sistemáticamente hostiles no quisieron dar crédito; pero la curación repentina y persistente era un suceso palpable, y su explicación por motivos naturales era contraria á la razón. Los pueblos han creído el milagro, del cual resultó mayor respeto á las cosas santas y aumento de confianza en la Santísima Virgen.

El 22 de Mayo último la Srta. de Tinseau vino nuevamente á Lourdes á dar gracias á su Bienhechora la

Virgen Inmaculada, alegría de su alma, y á la vez médico y segunda Madre de su cuerpo. Llevaba los colores de María, y bajo estos colores que lo referían todo, una excelente salud y un perfecto bienestar. Lo que ha pasado en su alma en esta segunda peregrinación sólo lo saben la Virgen María y ella; lo que nosotros sabemos es que su dicha fué grande.

Esta será la última que gozará en la santa Gruta. Ya dijimos que sólo deseaba su curación para hacerse carmelita. La Virgen le ha dado la salud en Lourdes, y ella va á dar su vida á la Virgen en el Carmelo.

Su última visita antes de dejar el mundo, quiso la Srta. de Tinseau hacerla á Nuestra Señora de Lourdes, desde cuya Gruta, sin volver á pasar por la casa de campo de sus padres, debería dirigirse al monasterio del Monte Carmelo de Lons-le-Saulnier, con ánimo de no salir jamás de él.

Su madre la acompañaba y hablaba con gozo de la vocación de su hija y de su próxima separación, para la cual se mostraba con valor. Pensando en el terrible día de esta separación que se iba acercando, lloraba como madre y sonreía como cristiana en presencia de su noble hija, que la Virgen le había devuelto un instante para volvérsela á tomar para siempre. Comprendía la felicidad de su hija y la gloria que ella como madre tenía.

Transcribimos á continuación lo que la Srta. de Tinseau escribía á Lourdes en el mes de Julio: «El 25 del corriente debo recibir el santo hábito. Solicito humildemente con este motivo oraciones á Nuestra Señora de Lourdes que se dignó el 8 de Octubre últi-

mo darme las gracias físicas, y el 24 de Mayo las gracias espirituales de que tenía yo necesidad para seguir mi santa vocación.

«Deseo igualmente que mi entrada en el Carmelo sea referida en los *Annales,* no por mí, que debo y quiero ser olvidada y desconocida, sino para que se sepa bien que Nuestro Señor no hace cosas tan grandes por un interés temporal, sino para gloria suya y bien de las almas.»

XVII.

Curación súbita de una joven enferma, referida por su médico. (Lourdes, 8 de Octubre de 1873)

El mismo día 8 de Octubre de 1873, la Santísima Virgen hacía brillar en la piscina de Lourdes su poder y misericordia sobre otra joven llamada María Poirier, de Sant-Aubin de Terregate, en la diócesis de Coutances. El Dr. Cochet, médico de la mencionada María, es quien contestando á la súplica de las Autoridades eclesiásticas ha hecho, previas las más serias investigaciones, la relación del suceso. He aquí como se expresa:

Señor Cura:

Me hace V. el honor de pedir en nombre del ilustrísimo señor Obispo mi opinión bajo el punto de vista medical y científico acerca de la curación extraordinaria acontecida en la persona de María Poirier el 8 de este mes. Con el objeto de motivar bien esta apreciación, se hace necesario que yo entre en algunas explicaciones sobre las circunstancias que han precedido y acompañado este acontecimiento.

En Abril de 1866 María Poirier, que á la sazón contaba quince años, de temperamento linfático y constitución muy delicada, fué atacada de una angina tonsilaria seguida de una fiebre tifoidea. En el transcurso de la larga duración de ésta, la enferma tomó la costumbre de encorvarse, enroscándose sobre sí misma,

de manera, que cuando después de muchas semanas vino la convalecencia, reconocieron que los miembros inferiores estaban fuertemente encorvados, las piernas sobre los muslos y éstos sobre la parte superior del tronco. Tal es el origen de la enfermedad que acaba de ser curada de una manera sorprendente.

Una medicación apropiada establecí entonces para remediar semejante estado de cosas. Como no existía anquilosis, sino simplemente una retracción de los tendones flexores, me limité á aconsejar á la familia el empleo de algunos medios sencillos, que aplicados defectuosamente no dieron resultado alguno, y el mal hizo tales progresos, que en 1867 no era posible combatirlo eficazmente, á no ser con los medios ortopédicos inaplicables en el campo, ó mediante operaciones quirúrgicas que no fueron aceptadas. Mi cambio de residencia, que tuvo lugar en 1868, me hizo perder de vista á la enferma, de quien ya no había oído hablar sino hasta estos días.

Según el deseo de V., el 20 de este mes fuí á ver á la joven Poirier, á fin de juzgar por mí mismo su estado actual y tomar de ella y de su familia todos los datos que me son necesarios para fundar mi opinión.

De las declaraciones que se me han proporcionado, resulta que después de la asistencia que yo le di en 1867, su situación fué cada vez más deplorable. Los miembros inferiores se hallaban tan encorvados, que las rodillas las tenía sobre el pecho, y los talones en cierto modo inmovilizados sobre las caderas. La separación de los ángulos articulares en las regiones deformadas se había hecho imposible, y no pudiendo moverse la enferma debía ser transportada por otra persona todas las veces que le era necesario cambiar de lugar y aun de posición. La salud general había sufrido mucho con semejante estado. Incesantes y agudos dolores del esternón fatigaban día y noche á la enferma, y los vómitos frecuentes comprometían gravemente la nutrición. Así, la debilidad y la flaqueza eran extremas, y la voz estaba casi apagada.

En este estado de salud emprendió el 5 de Octubre su viaje á Lourdes, á donde llegó el 7; y la mañana siguiente la enferma fué conducida á la piscina, en la que sufrió tres inmersiones rápidas y consecutivas, sumergiéndola en el agua hasta el cuello en cada una de ellas, y sin que sintiese, como ella decía, ninguna sensación de frío, sino muy al contrario, cierto bienestar no acostumbrado, que atribuye á la desaparición súbita de sus dolores de pecho. Llevada á la Gruta, estaba allí sentada hacía cinco ó diez minutos sobre un asiento, cuyo travesaño anterior sostenía sus talones, cuando advirtieron que éstos dejaban su apoyo, que bajaban hacia el suelo, y que en las piernas y muslos se obraba un movimiento de extensión. La joven, que afirma no tener conciencia de lo que pasaba en ella en este momento, declara, sin embargo, haber sentido repentinamente un vivo dolor en las dos rodillas, sobre las cuales un movimiento instintivo le hizo llevar las manos, como para ayudar á la extensión que se producía. Cayó de rodillas, y después de haber quedado algunos instantes en esta postura, se levantó de nuevo y dió sola dos ó tres pasos, hasta el

momento en que su madre se presentó para sostenerla. Todo esto fué cuestión de algunos minutos solamente.

Una erosión superficial se había producido en la piel de los jarretes en el momento en que éstos se enderezaban. Tal es la relación que me ha sido hecha de las circunstancias que concurrieron en el momento de la curación.

Para completar esta narración añadiré que el lunes 20 de Octubre, doce días después de los sucesos expuestos más arriba, encontré á la joven Poirier en el siguiente estado de salud:

Su fisonomía, salvo un poco de palidez, respira salud y apenas acusa algunas señales de sus sufrimientos pasados; los vómitos han cesado; el apetito es excelente, y las fuerzas renacen. En los miembros inferiores se comprueba la curación completa de las erosiones de los jarretes, la integridad de los tendones en su continuidad, un cierto grado de rigidez en los que limitan de cada lado los huecos de las corvas. Los músculos de las piernas y de los muslos han sufrido un cierto grado de atrofia; los movimientos de extensión y de flexión han recobrado toda su libertad; la marcha no es dolorosa, pero sí un poco vacilante é incierta. En resumen, esta joven me parece casi completamente curada de su larga y dolorosa enfermedad.

Antes de llegar al objeto especial de esta observación, debo confesar que existe un *desideratum* importante en la historia de la observación medical que precede, y es que no habiendo visto yo á la joven enferma antes de su partida para Lourdes, no he podido

darme cuenta exacta y rigurosa del estado de los órganos en aquel momento. Pero la objeción pierde todo su valor si se recuerda que desde 1867 había yo encontrado á la enferma en un estado muy comprometido, y que, según los informes emanados de ella misma y de los que la rodean, su enfermedad no había cesado de agravarse hasta el momento de la curación.

Por otra parte, los hechos de este género no carecen de ejemplo en la ciencia, y puede uno afirmar sin temeridad, discurriendo por analogía, que al cabo de siete años las modificaciones que siguen se habían producido necesariamente en el estado anatómico de los órganos lesionados: retracción y rigidez extrema de los tendones, de las aponeurosis y otros tejidos fibrosos; adherencias íntimas de los tendones con sus fundas y de éstas con los tejidos limítrofes; endurecimiento y retracción del tejido celular y de la piel; atrofia de los músculos, sequedad y rigidez de las superficies articulares, etc., etc.

Y dados estos antecedentes, ¿es posible explicar por los cálculos ordinarios de la ciencia, la curación de una enfermedad semejante y de tales lesiones, cuando esta curación ha sobrevenido instantáneamente y sin el empleo de ninguna prescripción medical?

Es incontestable que semejante estado podía curarse, pero á condición de que se hubieran puesto en uso los medios medicamentales usados en parecido caso. Pero aquí no ha habido medicación, pues tal nombre no puede darse á la inmersión en la piscina. Para ser eficaz, la hidroterapia exige otras aplicaciones y otras lentitudes. ¿Podría argüirse de no sé qué sobreexci-

tación moral? Esto no sería propio, pues por enérgica que sea la voluntad no podría devolver en unos cuantos minutos su rectitud á miembros contraídos durante siete años. De todo lo cual deduzco, salva mi incapacidad, que la curación de María Poirier está completamente fuera del alcance y de las reglas de la ciencia, y que es preciso buscar la explicación de este hecho extraordinario fuera de las leyes de la medicina.

Ruego á V. acepte, señor cura, la respetuosa seguridad de los distinguidos sentimientos con que tengo el honor de ser su afectísimo y humilde servidor,

COCHET.

Avranches, 27 de Octubre de 1873.

Los *Annales de Lourdes*, que insertaron esta relación tan sencilla como concluyente en Noviembre de 1876, es decir, más de tres años después de la milagrosa curación, añaden:

El señor Cura de Saint-Aubín nos escribe el 12 de Noviembre que la Srta. María Poirier goza de perfecta salud. Desde su curación, la estatua de Nuestra Señora de Lourdes ocupa un lugar en todas las iglesias de la comarca.

XVIII

Admirable curación de sor Sofía, de Nimes. (Lourdes, 12 de Octubre de 1873)

A principios de 1874 la reverenda Madre Superiora general de las Religiosas de la Caridad de Besançon, escribió á su Congregación la siguiente circular:

«Mis muy queridas Hermanas:

«Al empezar este año vengo á participaros el favor insigne con que se ha dignado honrar Nuestra Señora de Lourdes á nuestra Comunidad en la persona de nuestra querida sor Sofía.

«Prescindo describiros todos los sufrimientos por los que ha pasado nuestra muy amada Hermana en el espacio de tres meses; aquellas de entre vosotras que pudieran ignorarlos todavía, podrán informarse por la narración que va á seguir. Sin embargo, queridas Hijas, permitidme os haga observar una cosa que me parece providencial, y es muy propia para excitar nuestro agradecimiento á María. Ya sabéis que después de la segunda novena hecha á Nuestra Señora de Lourdes por la intención de nuestra querida enferma las crisis habían cesado, y que, gracias á este primer favor, pudimos pasar sin ninguna zozobra los ocho días de ejercicios; pero ninguna de vosotras ha

podido olvidar la triste tarde del 22 de Septiembre, en la que después de la instrucción que debía poner fin á nuestros piadosos ejercicios, sor Sofía fué acometida de aullídos y convulsiones tan horribles, que varias Hermanas, con tan fuertes sensaciones, cayeron enfermas. ¿No es María quien quiso fuerais testigos de lo que tenía de aflictivo tan triste enfermedad, á fin de que nuestro unánime agradecimiento pudiera igualar la grandeza del beneficio que hemos recibido? No olvidemos tampoco, queridas Hermanas, que bajo el título de Inmaculada Concepción es como se invoca á Nuestra Señora de Lourdes, privilegio con que siempre ha sido honrada entre nosotros, puesto que aun antes de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, nuestra Comunidad estaba obligada por voto á honrar á esta buena Madre bajo este título. Por esto, pues, deseo que cada año, durante la octava de la Inmaculada Concepción, añadáis á las intenciones generales enunciadas en el voto, la de dar gracias á María por el insigne favor que se ha dignado otorgarnos.

«Nuestro deseo es ver conservadas estas líneas en cada establecimiento, como memorial que repita en lo futuro los ecos de nuestra viva gratitud hacia Aquella que Mons. Cart, nuestro amado fundador en Nimes, nos dió por Madre y por Patrona.

«Tal vez hallaréis, queridas Hermanas, un poco tardíos los acentos de nuestro corazón por haberos ya informado la voz pública lo que yo os anuncio; pero en un hecho de esta naturaleza y según la opinión de los médicos, hemos creído deber esperar y no precipitar

nada; y hoy que no cabe ya duda alguna sobre la perfecta curación de nuestra muy amada Hermana, tengo el gusto de que participéis de la satisfacción que yo siento, y deciros que en memoria de una gracia tan grande hemos agregado al nombre de nuestra querida Hermana el de su Bienhechora; y así en adelante bajo el nombre de María Sofía designaremos á la que ha sido objeto de los favores del cielo.

«¡Ojalá, queridas Hermanas, este ejemplo de la protección de María sea para vuestros corazones un poderoso estímulo, y aumente de un modo especial vuestra confianza en esta tierna Madre! Y como el agradecimiento atrae nuevos beneficios, hagamos subir hacia el trono de María el himno del nuestro, que será para nosotros la prenda de nuevos favores.

«Recibid, queridas Hermanas, la seguridad de mi afectuosa adhesión en Nuestro Señor.

«Vuestra afectuosa Madre,

«SOR MARCIOLINE.»

Sor Sofía, novicia de las Religiosas de la Caridad de Besançon, establecidas en Nimes, fué atacada el 25 de Julio en la casa de Rochefort, en donde tenía el cargo de segunda maestra, de una temible enfermedad llamada por la medicina *delirio de los ladradores* (1).

(1) Si se consideran solamente los síntomas exteriores, el delirio de los ladradores es una especie de rabia nerviosa que hace dar aullidos semejantes á los ladridos del perro, cuyas convulsiones se parecen á las de un acceso de furor.

Tres médicos experimentados, llamados sucesivamente para asistir á la enferma, vieron infructuosos los esfuerzos del arte: pociones calmantes, remedios enérgicos, fuertes emociones, ruídos súbitos, sanguijuelas, baños de agua fría, duchas, etc., todo se empleó y todo fué inútil. El mal, en vez de disminuir, se agravaba diariamente.

No sabiendo la Superiora qué hacer, llevó á la novicia á Nimes el 13 de Agosto. El estado de la enferma era entonces tan deplorable, que hacía llorar á cuantos la veían; las crisis eran tan violentas, que varias veces se creyó iba á expirar.

El médico de la Comunidad Mr. Puech, uno de los doctores más reputados de la ciudad, desplegó en esta circunstancia todos los recursos de su habilidad y de su abnegación. Dos veces, en el espacio de un mes, cesaron las crisis, sin que por esto desapareciera el principio del mal, siendo cosa digna de notarse que acontecía esto en el momento en que las Hermanas comenzaban por la enferma una novena á Nuestra Señora de Lourdes. Esta coincidencia, que se repitió dos veces, hacía presumir la intervención divina; sin embargo, como se empleaban al mismo tiempo remedios enérgicos, la curación podía ser atribuída á su eficacia.

Repitiéronse tercera vez los accesos, pero en esta ocasión con un nuevo grado de intensidad y de violencia; y á pesar de los esfuerzos del doctor, el mal tomó tal carácter de encarnizamiento caprichoso que fué preciso suspender los remedios practicados hasta este día con algún éxito.

Entre tanto la pobre enferma pedía á grandes gritos la llevaran á Lourdes. Por fin, ante sus reiteradas instancias, á pesar de las dificultades previstas en el curso del viaje, se accedió á sus deseos, y el 11 de Octubre sor Sofía, acompañada de su antigua Superiora, partía en el tren de las once para el Santuario venerado.

El viaje fué de lo más penoso; las crisis, casi continuas. En Cette se detuvieron para descansar en casa de un primo de la enferma, el Dr. Dumas, quien habiéndola reconocido observó fenómenos de la última gravedad, y declaró que si su pariente sobrevivía á sus ataques quedaría paralítica.

Cuando llegaron delante de la Gruta de la Aparición, los accesos habían tomado proporciones tan alarmantes, que la pobre Hermana parecía tocar á su fin. Al verla, un grito de compasión se escapó de la boca de todos los peregrinos. Cuando se dirigieron hacia la piscina, el Padre Director no pudo menos de decir, á pesar de su confianza en María, que la enferma estaba demasiado mal para ser bañada en agua fría. «La he conducido aquí, contestó la Superiora en un ímpetu de fe, para que la Santísima Virgen la cure, y si no es esa su voluntad, que se la lleve.» Pero María no quería llevársela, antes quería con un nuevo prodigio mostrar su poder y su bondad; quería curarla. Pero callémonos y dejemos hablar á la misma Superiora, testigo de este milagro. Al día siguiente escribía á la Superiora General de su Comunidad:

«¡Viva María Inmaculada!

«De la Santa Gruta, 13 de Octubre de 1873.

«Mi muy digna Madre:

«Mi mano tiembla, mi corazón late con violencia y mis ojos se llenan de dulces lágrimas. ¡Que Dios sea bendito, y María proclamada una vez más la Consoladora de los afligidos!... Sor Sofía ha tenido fuertes crisis en el camino. Cuando llegó á la Gruta arrancó lágrimas de los ojos á los numerosos peregrinos que allí había. Todos se pusieron en oración suplicando á María la mirase con ojos de misericordia, haciendo en su favor una gracia insigne. La bañé en la piscina saludable, y María hizo el milagro. Apenas había estado unos minutos en el agua, cuando la enferma empezó á gritar en un éxtasis de felicidad: «¡Estoy curada!»

«De vuelta á la Gruta, rezó en voz alta el *Memorare,* y la multitud, enajenada de entusiasmo, entonó el *Magnificat.*

«A las siete tomó un buen potaje en la casa de los Padres, y á las ocho cenó. Hacía mucho tiempo que la enferma no tomaba ningún alimento.

«Volvemos de la capilla, en donde nuestra amada Hermana ha recibido la Santa Comunión y oído dos Misas. Ha almorzado con buen apetito.

«Los demás pormenores los sabrá bien pronto.

«Su respetuosa hija,

«Sor H...

«¡Viva María! Aquí está el cielo. ¡Oh, qué dicha!»

Curada el 12 de Octubre, hacia las seis de la tarde, sor Sofía ha continuado bien; desempeña una clase en uno de nuestros establecimientos: nada existe que pueda recordar la terrible enfermedad cuyos terribles dolores ha soportado esta buena Hermana durante tres meses.

¡Gloria, pues, á María, que no cesa de hacer brillar sobre la tierra su poder y su amor! (1).

(1) Véanse en los comprobantes, n.º 16, los certificados de los médicos.

XIX

Conmovedora curación de una sirvienta bretona, en Rennes, el 8 de Diciembre de 1873

Rosalía Rabot, de Pleurqui (Ille-et-Vilaine), entró á servir en 1841, á la edad de quince años, en casa de la Sra. Pasquier, calle de París, n.° 21, en Rennes. La dueña y la criada, muy cristianas ambas, se ligaron con la amistad cristiana que une las clases sin confundirlas.

En 1850 la Sra. Pasquier, ya de edad avanzada, fué atacada de gota, viéndose en la necesidad de guardar constantemente la cama ó el sofá por estar incapacitada para andar. Rosalía se consagró con cariño al servicio de su ama, y en esta ocupación empezó á sufrir de anquilosis en un dedo de la mano derecha, que luego se extendió á la mano y á los demás dedos, excepto el pulgar, y en fin todo el brazo perdió el movimiento hasta el hombro. La pobre joven sufría cruelmente, sintiendo un fuego interior en la medula del brazo paralizado.

El primer médico del hospital, que se interesaba mucho por ella, la prodigó todos sus cuidados y consultó á varios de sus colegas. Se empleó la morfina, la electricidad y los sedales en el brazo; todo fué inútil. Uno de estos médicos la dijo en 1851: «Vaya V. á Lourdes; todos los demás remedios son impotentes: no será V. curada sino por un milagro.»

Rosalía recurrió á Nuestra Señora de Lourdes. Durante cerca de dos años lavóse el brazo con agua de la Gruta, y apenas acababa una novena cuando empezaba otra, sin obtener el milagro.

Entre tanto la Sra. Pasquier iba de mal en peor. La gangrena se había declarado; el fin se le acercaba.

El 6 de Diciembre de 1873, las dos cristianas hablaban del cielo: «Mi pobre Rosalía, yo pediré á Dios que te lleve allá conmigo.—Mi buena señora, mi lugar no sería como el de V.; mi purgatorio no lo he pasado aún.—¡Ah! V. gana el cielo asistiéndome.—Con todo eso, yo no podría estar cerca de V., porque V. sufre mucho más que yo.—¡Ah, Rosalía, pobre hija mía, cuántos servicios me presta V.!...» Y la buena señora se puso á llorar.

«Pero, señora, replicó la fiel criada, yo no hago más que mi deber... Si Dios llama á V. para sí, pídale la curación de mi mano por Nuestra Señora de Lourdes.—Sí, Rosalía, tenga V. confianza: esté segura que la Santísima Virgen la curará.»

Al día siguiente, domingo 7, al ir Rosalía á Misa abrazó á su buena ama, y á su regreso de la iglesia la encontró agonizando: asistióla como un sacerdote, como una Hermana de la Caridad.

Muerta su ama, y después de tributar al cuerpo los últimos deberes de la piedad filial, Rosalía sintió un pequeño movimiento en la falanje del dedo del corazón, pero su pena le impidió fijar en él la atención.

La fiel sirvienta acompañó á su señora al cemente-

rio, y al entrar de nuevo en la habitación vacía se echó con dolor penetrante sobre el sofá en que había cuidado á su ama durante doce años. Ahora, hela ahí sola en este mundo.

Maquinalmente se quitó Rosalía el guante de su mano enferma, y sin apercibirse de ello la cerró después de haberla tenido anquilosada hacía tres años y medio. Los dedos, la mano, el brazo, todo lo movía sin trabajo, todo sufrimiento había desaparecido; y la piadosa joven al apercibirse de esto se puso de rodillas exclamando: «¡Oh María, servidme de Madre!»

Al día siguiente Rosalía fué á ver al médico que le había aconsejado fuese á Lourdes. El Dr. Baudouin cogió la mano, la examinó con cuidado y exclamó: «La Santísima Virgen ha tenido piedad de V.»

Otro médico que también la había asistido y la había declarado incurable, preguntó al visitar á un enfermo: «¿Es cierto que ha curado Rosalía?—Sí.— Pues no he sido yo ni la *facultad médica* los que hemos hecho eso...»

El 11 de Diciembre, este mismo Doctor viendo á Rosalía le tomó la mano, y haciéndola mover en todos sentidos, decía: «Cómo ha sido ello no lo sé; lo que sé es que Dios es quien ha curado esta mano.»

El 8 de Septiembre de 1875 la piadosa sirvienta vino á la Gruta con la peregrinación de Rennes á dar gracias á Dios y á la Virgen Inmaculada. Conmovía oír de su boca la relación sencilla de su enfermedad y de su curación perfecta y constante; y uno se decía con emoción: ¡Bienaventurada la sierva del Señor, que ha creído, esperado y amado!



AÑO DE 1874

Un niño de Madagascar.—Sor María Catalina.—José Schmidt. — Paulina Seydel.— La Srta. de Margerie.— La señora Mallet de Arnal.—Sor María Bernardina.— La señorita de Fontenay.— La Srta. María Labonne.— La señorita Lesbroussard.— Teresina Boudín.— Sor María Gabriel.— La Sra. Filipo van Oost.—La Srta. Celestina Bon.—Juana Holagray.— La Srta. Octavia Fabry.— La Srta. de Rothiacob.— Teresa Verstracte.

I

Curación instantánea de un niño que se moría, en Madagascar. (Enero de 1874)

El 3 de Diciembre de 1873 el Rdo. P. Lanzilli, de la Compañía de Jesús, enviaba desde Vals al Superior de los Misioneros de Lourdes el extracto de la carta siguiente que acababa de recibir de la Misión de Madagascar.

«Tananarive, 5 de Febrero de 1874.

«Hace algunos días que sor Atanasia, Religiosa de San José de Cluny, que tiene en nuestra Misión una reputación grande por su habilidad y su abnegación en el cuidado de los enfermos, fué llamada por una numerosa familia protestante para cuidar de un niño

de algunos meses. Como la enfermedad inspirase serios temores, la Hermana le confirió desde luego el Bautismo y le puso el nombre de Juan Bautista.

«Cuatro días después, el estado del niño fué desesperado. La familia se trasladó á una casa cercana á la de las Religiosas, y Sor Atanasia fué llamada á toda prisa.

«La buena Hermana llegó á la carrera y encontró á su niño Juan Bautista en la agonía; la familia no cesaba de llorar. Todo remedio era inútil; el niño estaba perdido. Pero pensando que tal vez con una fuerte fricción le vendría, á lo menos por un poco de tiempo, el calor y la vida que se iban, sor Atanasia corrió á buscar una pomada para fricciones, y al volver encontró á su superiora la Madre Gonzaga, á quien refirió en dos palabras el estado del niño. «Pues bien, «dijo la Superiora, hágale V. beber un poco de agua «de Lourdes.»

«Acudió sor Atanasia por el frasco de dicha agua, y con él al lado del enfermo, á quien echó en la boca algunas gotas. Apenas las tragó cuando sus ojitos se abrieron; se le dió segunda dosis, y los ojos recobraron la vida; el niño agitaba las manecitas. Un grito de admiración se escapó entonces de todas las bocas. Cubrieron de besos al querido infante resucitado, sin atreverse no obstante á dar á su ánimo una completa expansión de alegría.

«Después de un cuarto de hora mandó sor Atanasia que entrase la nodriza, y apenas tomó ésta al niño en su seno y le aplicó el pecho, cuando agarrándolo el niño con grande apetito alejó todo temor de los

circunstantes; y á los lloros sucedió una hilaridad general. «Ha sido un milagro, exclamó la Hermana, y «es un milagro de Nuestra Señora de Lourdes,» y convidó á la familia reconocida á que fuese al día siguiente á saber lo que era el agua de Lourdes.

«Al día siguiente, en efecto, esta numerosa familia vino á oír la explicación prometida. Y ese mismo día la madre del niño Juan Bautista, hasta entonces protestante, envió á la escuela de las Hermanas á sus dos hijas y ocho esclavas jóvenes, asegurando respecto de Juan Bautista que su educación correría á cargo de los Padres.»

II

Curación de sor María Catalina, que estaba enferma hacía treinta y tres meses, en Boulogne-sur-Mer, el 16 de Febrero de 1874.

La relación de este gran milagro fué remitida directamente al ilustrísimo señor Obispo de Arras, que se dignó refrendarla y enviarla á los *Annales de Lourdes*.

«A monseñor el Obispo de Arras.

Boulogne, 19 de Marzo de 1874.

«Vuestra Grandeza, con su bondad paternal, se dignará permitir á la última de sus hijas que venga á participarle el favor insigne que se dignó concederle Nuestra Señora de Lourdes el 16 de Febrero.

«Hubiera yo querido, monseñor, escribirle en el mismo momento, pero mis superiores me aconsejaron que aguardase. Mas hoy que ya no puede caber duda sobre mi perfecta curación, tengo necesidad y me es grato proclamar la gracia de María Inmaculada.

«Vuestra Grandeza recordará sin duda haber visitado, animado y consolado por tres veces á una Religiosa del Retiro cristiano de Boulogne que hace dos ó tres años yacía en el lecho del dolor. Para agradeceros vuestras caritativas y preciosas visitas, ella suplicará hasta su último suspiro al Divino Pastor que derrame sobre Vuestra Grandeza abundantes bendiciones.

«Dos médicos famosos y acreditados en la ciudad, los Sres. Gros, padre é hijo, fueron llamados para asistirme, y todos sus esfuerzos fueron ineficaces para curarme. Pociones calmantes, remedios enérgicos, sanguijuelas, etc., etc., todo se empleó y todo fué inútil. El mal persistía, las crisis violentas se renovaban á menudo, y una opresión penosa y espasmos dolorosos hacían creer muchas veces que iba yo á dar el último suspiro.

«Después de haber hecho una porción de novenas y recibido los últimos Sacramentos, había acabado por no pedir á Dios más que paciencia y resignación. Sin embargo, la lectura de un milagro obrado por la Santísima Virgen me volvió á dar esperanza; y animada de una grande confianza empecé, en compañía de mis queridas Hermanas, una novena á Nuestra Señora de Lourdes; y el último día de ella quise terminarla á los pies de Jesucristo con riesgo de espirar en la capilla, que fué donde María quiso mostrarse una vez más la «Salud de los enfermos.»

«La Misa iba adelante y yo me encontraba muy mal; pero al *Sanctus* sentí un bienestar inexplicable y como una mano invisible que me quitaba todos mis dolores. De mis ojos brotaron abundantes lágrimas, y caí de rodillas, lo que no había podido hacer desde que enfermé, que hacía treinta y tres meses. Permanecí no obstante de rodillas y sin molestia hasta el fin del Santo Sacrificio, durante media hora de acción

de gracias y durante los ejercicios que han tenido lugar en todo el curso del día.

«Monseñor, desde aquel día feliz continúo muy bien; sigo las Reglas de la Comunidad y asisto á la clase.

«¡Gloria, amor y reconocimiento á María Inmaculada!

«SOR MARÍA CATALINA FAVRE.»

Por copia conforme,

† J. B. J., *obispo de Arras* (1).

(1) Véase en los comprobantes, n.º 17, el certificado de los médicos.

III

Curación instantánea de José Schmidt, novicio de la Compañía de Jesús, en Holanda, el 16 de Febrero de 1874.

En el indicado día, la Virgen Inmaculada de Lourdes se dignó devolver milagrosamente la salud á un joven novicio de la Compañía de Jesús en el Limburgo holandés, y el Superior de la casa quiso por sí mismo dirigir la siguiente relación al Padre Director de los *Annales de Lourdes*:

Wynandsrade, cerca de Heerlen (Limburgo holandés), 5 de Agosto de 1874.

Mi reverendo Padre:

Para cumplir con el deber de agradecimiento á que estamos obligados con nuestra Madre Inmaculada, y para mayor gloria de Dios, vengo á suplicar á V. se digne publicar en sus *Annales* la siguiente relación del señalado favor con que hemos sido favorecidos:

A mediados de Diciembre del año pasado José Schmidt, novicio de la Compañía de Jesús, fué acometido, á consecuencia de una violenta inflamación en la garganta, de una especie de parálisis que afectaba principalmente las piernas, la cabeza y los órganos de la voz. Le era ya imposible dar un solo paso

sin el auxilio de un brazo fuerte para sostener casi todo el peso de su cuerpo; ¡tan débiles é incapaces de llevarlo estaban sus pies! Hasta cuando quería sentarse necesitaba auxilio extraño para no caer de golpe sobre la silla. Tenía además tan debilitada la cabeza, que no obstante de estar acostumbrado á una vida estudiosa no podía soportar la menor aplicación de espíritu. Si entraban á verlo muchas personas juntas, aunque fuera por pocos instantes, ó si hablaban un poco alto al rededor suyo, perdía en seguida el conocimiento y caía como desmayado encima de su sillón. En cuanto á la parálisis de la laringe, el 15 de Enero se observó alguna mejoría, así es que ese mismo día por la noche y por la vez primera desde treinta días, el enfermo pudo pronunciar una palabra con voz ronca, pero inteligible. Sin embargo, el 15 de Febrero, es decir, la víspera de su curación, su voz carecía completamente de tono y flexibilidad.

El estado de nuestro enfermo era en lo demás constantemente el mismo. Cada día se le veía, sostenido por uno ó dos compañeros, recorrer lentamente los corredores, ó si el tiempo era bueno las avenidas del jardín, con el semblante abatido, los ojos cerrados, la cabeza sobre el pecho y arrastrando literalmente los pies.

Convencidos del carácter tenaz de la enfermedad, el 8 de Febrero fueren llamados en consulta dos médicos: el Dr. Capellmann, de Aix-la-Chapelle, y el Dr. Oidtmann, de Meersen. Después de un largo y escrupulosa examen, decidieron estos señores someter al enfermo á una medicación por la electricidad si pasados unos pocos días no tenía algún alivio. El doctor Capellmann le prometía una curación completa, pero le declaraba al mismo tiempo que ella exigiría dos meses y quizás más; y también le daba la seguridad de que en la primavera haría desaparecer, con ayuda de las aguas de Aix-la-Chapelle, los últimos restos de su debilidad muscular ó parálisis si para entonces por la electricidad no se había obtenido todavía un pleno éxito.

El viernes 13 de Febrero el Dr. Oidtmann volvió á ver al enfermo, y no habiendo notado el más ligero cambio en sentido favorable, prescribió el empleo del aparato eléctrico; y se estaban haciendo diligencias para procurarse dicho aparato, cuando el 16 de Febrero un suceso tan inesperado como feliz hizo inutil su uso.

El mismo día de la visita del Doctor, nuestro enfermo había recibido agua de la fuente milagrosa de Lourdes, y desde el mismo momento se sintió animado de una gran confianza en el socorro de la Santísima Virgen. Al día siguiente, que era sábado, bebió algunas gotas de dicha agua y se lavó con ella los miembros enfermos, lo cual continuó haciendo los días sucesivos, al mismo tiempo que, de acuerdo con sus connovicios, solicitaba asiduamente el socorro de la Virgen poderosa. La continuación de estos sucesos la tomamos de la relación que él mismo escribió algunas horas después de su maravillosa curación.

«Ayer 15 de Febrero, refiere, á eso de las cinco de la tarde, estando sentado como de costumbre en mi sillón, se apoderó de mí repentinamente un vivo deseo

de mi curación, acompañado de una firmísima confianza de obtenerla por intercesión de la Virgen María. Esta confianza era tan grande, que yo tenía casi la plena seguridad de que al día siguiente María me devolvería la salud por completo. Así es que cuando el Hermano enfermero vino á las siete de la noche á friccionarme las piernas con alcohol, según lo ordenado por los médicos, le dije: «Hoy, querido Hermano, le ruego no me frote con alcohol, sino con agua de Lourdes.» El buen Hermano se sometió sin dificultad á mi deseo. Por fin llegó la mañana de tan deseado día. Ningún cambio había habido en mi estado. Mi confianza, sin embargo, lejos de disminuir, se aumentó. A cosa de las siete supliqué al Hermano que me lavara una vez más con el agua de Lourdes; lo que hizo con mucho gusto, mientras que yo me encomendaba con una confianza inquebrantable á la divina Madre. En este estado se retiró el Hermano; y cuando me ví solo, el deseo por una parte y la confianza por otra no me dejaron ya reposo. Tomé otra vez el frasco de agua milagrosa, que se encontraba cerca de mi cama, y me puse á lavar ampliamente las partes doloridas. «Buena Madre, decía yo, aquí es donde tengo mal, y aquí, y aquí... Vos lo sabéis, yo no os he invocado jamás en vano. Vos me escucharéis esta vez también, tengo la íntima confianza.»

«Después de estas palabras y otras semejantes que me sugería un vivo sentimiento de confianza, me levanté de mi cama, y apoyado en la pared empecé con trabajo á vestirme, invocando sin descanso y cada vez con más insistencia á Aquella de quien yo esperaba mi curación. Entre otras oraciones dije el *Memorare*, del cual hice después una especie de paráfrasis tal como el corazón me la dictaba, y añadí para concluir una *Ave María*. Habiendo acabado así de vestirme, traté penosamente de abajarme hasta el suelo. ¡Cuál no fué mi sorpresa cuando sin apoyarme me vi derecho sobre mis pies, firme como un roble! Me puse en movimiento, y anduve con tanta facilidad como antes de mi enfermedad. Empecé á hablar, y mi voz estaba más flexible y más sonora que nunca. Toda debilidad de la cabeza había desaparecido. Con los ojos llenos de lágrimas y conmovido de agradecimiento y de alegría, me puse de rodillas para dar gracias á María con un enérgico *Magnificat*.»

La curación, cuyo relato se acaba de leer, era tan completa como había sido instantánea. El mismo á quien habíamos visto la víspera reducido á hacerse arrastrar con tanto trabajo, se dirigía en este momento á grandes pasos, solo y sin apoyo, hacia la capilla para dar allí gracias á la Señora que acababa de hacerle un favor tan estupendo. A medio día toda la Comunidad se reunió para cantar solemnemente el *Magnificat* delante del Santísimo Sacramento expuesto (1), y durante esta ceremonia el afortunado novicio servía de monaguillo y se unía al canto con toda la fuerza de su voz.

Por la tarde dió conmigo un paseo bastante largo sin experimentar ninguna fatiga. En una palabra, José

(1) Se celebraba entonces en nuestra capilla la devoción de las Cuarenta Horas en expiación de las locuras del Carnaval.

Schmidt está hoy tan bien como acaso no lo haya estado jamás en su vida.

Gracias sean dadas á nuestra Madre Inmaculada, y ¡quiera Dios que este inmenso favor otorgado á nuestra Comunidad por su Madre Santísima la haga exaltar, bendecir y amar más y más!

Dígnese aceptar, reverendo Padre, la expresión de mi profundo respeto.

GUILLERMO EBERSCHSWEILER, *S. J.*

IV

Curación instantánea de una gastralgia crónica incurable. (Paulina Seydel, de Belfort. Lourdes, 22 de Marzo de 1874).

Belfort, 29 de Abril de 1874.

Mi reverendo Padre:

Para gloria de la Virgen Inmaculada de Lourdes voy á transmitir á V. algunos detalles de mi enfermedad y de la milagrosa curación qne la Santísima Virgen acaba de obrar en favor de su indigna sierva.

Hacía diez años que sufría yo de una enfermedad de estómago que ya se había hecho crónica; sufría de vómitos, y mi estómago rechazaba toda especie de alimento sin que ninguno le conviniese, pues cuanto más ligero era el alimento que tomaba, menos lo conservaba. Los médicos más célebres habían ensayado todos sus recursos para curarme, y me abandonaron sin haber conseguido más que aumentar mi mal.

Entregada á mí misma, desesperaba de curarme nunca, y hasta había hecho el sacrificio completo de mi vida, á no ser, decía yo algunas veces, que el buen Dios me ayude y haga un milagro. Esta era mi única esperanza, pero me encontraba indigna de tal favor; mas la bondad misericordiosa de María Inmaculada

ha tenido piedad de mí y se ha inclinado hacia mi pobreza, y mi vida será demasiado corta para bendecirla y darla dignamente las gracias.

Siempre he creído que Nuestra Señora de Lourdes podía curarme, mas cuando me hablaban de Ella yo respondía: «La Santísima Virgen, si quiere, me curará aquí tan bien como en Lourdes.» Para reanimar mi fe me encomendaba al Sagrado Corazón, prometiéndole fidelidad toda mi vida si se dignaba oírme. ¡El Sagrado Corazón no niega nada! Casi repentinamente me vino el deseo de ir á Lourdes, donde encontraría mi curación. Cada día se aumentaba mi confianza en María Inmaculada; pensaba en Ella sin cesar; por la noche me despertaba este pensamiento y me llenaba de satisfacción, porque tenía la convicción de que iba á curar. Yo quería ir á Lourdes sin tardanza; me sentía como apremiada á partir. Fijé el día de la Anunciación para mi visita á María Inmaculada. Mi familia me dejaba en libertad; mi hermano me acompañaba; yo iba con gusto, pues entreveía el término de mis males; estaba radiosa de confianza.

Llegamos á Lourdes el domingo 22 de Marzo á las siete de la noche, y á pesar de mi debilidad y de las fatigas del viaje quise ir en seguida á la Gruta. Me parecía entonces que el milagro existía ya; ¡tan extraordinaria era la confianza que experimentaba entonces! Yo misma no me reconocía, y decía: «Esta confianza es una gracia: la naturaleza no puede producir cosa semejante.» Cuando llegué delante de la Virgen no pude rezar; estaba enajenada y no hacía más que mirarla: quise meterme en la piscina contra la voluntad de mi hermano, que lo creía una imprudencia. En cualquiera otra circunstancia lo habría sido, pero la Santísima Virgen estaba allí; Ella es más fuerte que todo. Apenas entré en la piscina, se produjo una revolución interior en mi cuerpo; lo que yo sentía no era ordinario. Al volver á donde estaba mi hermano no pude menos de decirle: «¡Estoy curada!» Para él, como prueba evidente y palpable del milagro, era preciso que yo tomase alimento.

Al volver al hotel recé algunas oraciones en acción de gracias... Hice la primera comida y no la devolví, antes la digerí bien, lo que no me había sucedido *hacía diez años;* y desde este día, 22 de Marzo de 1874, no he experimentado el más ligero malestar de estómago ni la menor recaída; en una palabra, la Santísima Virgen María Inmaculada me curó *súbita* y *radicalmente*.

Amor, fidelidad y reconocimiento; he aquí tres palabras preciosas que no se borrarán nunca de mi corazón con la gracia de Dios.

No sé, reverendo Padre, si le he dicho suficientemente todo lo que conviene que V. sepa. Podría añadir todavía que estaba sufriendo desde la edad de doce años (hoy tengo veintiocho), y desde hace diez mi mal se había aumentado y se había hecho crónico como dije al principio.

Con mi carta acompaño el certificado de un excelente médico que me asistió concienzudamente. El primer médico que me visitó durante dos años fué Mr. Petit-Jean, de Belfort; después fué Mr. Coze, cuyo certificado es adjunto. También me asistió por

espacio de un año sin ningún resultado Mr. Spindles, de Bonchamp. Mr. Vautherui, de Belfort, me visitó alguna que otra vez en los últimos años, y me abandonó. El último fué Mr. Prery, de Belfort, que habiéndome visto en los últimos momentos, se ha admirado de este brillante milagro.

Creo, reverendo Padre, que estos datos serán suficientes, mas si no lo fueran sírvase avisármelo. ¡Hagamos todo lo posible para gloria de María Inmaculada!

Sírvase aceptar, reverendo Padre, los respetos de la humilde sierva de María.

PAULINA SEYDEL (1).

(1) Véanse en los comprobantes, n.° 18, el certificado del médico.

V

Curación súbita de la Srta. de Margerie, en Sceaux, cerca de París, el 22 de Junio de 1874

Mr. Eugenio de Margerie, padre de la joven, para gloria de Nuestra Señora de Lourdes ha escrito de su mano con amable talento la interesante relación que reproducimos aquí, dirigida al Padre Director de los *Annales de Lourdes*.

Guethary, cerca de Biarritz, 22 de Julio de 1874.

Mi reverendo Padre:

Hoy hace un mes que nuestra hija fué curada súbita y completamente por Nuestra Señora de Lourdes.

Si yo hubiera seguido el impulso de mi corazón habría escrito á V. el mismo día para dar gracias á Dios y á su Santísima Madre, pero he pensado que sería mejor esperar con el fin de que fuera á todos evidente que la curación *persiste*.

Nuestra hija Camila tiene dieciséis años y medio. El 22 de Junio hacía ocho meses que estaba gravemente enferma. Los médicos denominaban la enfermedad *reblandecimiento de la mucosa del estómago*.

Esta enfermedad se manifestaba:

1.° Por una *repulsión violenta para toda especie de alimento*, y particularmente para los que le hubieran sido más provechosos, como carne, caldo, jalea de

carne, huevos y lacticinios. Solamente tomaba, y esto haciendo un grande esfuerzo de virtud, un poco de chocolate ó café, algunas legumbres, pan mojado en salsa, frutas ó confituras, todo ello en proporciones infinitesimales. Durante dos meses (Febrero y Marzo) se estuvo alimentando con albondiguillas de carne machacada que tragaba sin masticar, mas al cabo de este tiempo una repugnancia invencible la obligó á renunciar á ellas.

2.° Por *dolores incesantes y crueles en el estómago*. Como parecía que estos dolores se redoblaran inmediatamente después de las comidas, esto era motivo de temerlas ó de tomar los alimentos en la menor posible cantidad.

Bien sabe V. cuánta influencia tienen las enfermedades de estómago sobre la parte moral. Camila estaba por lo general triste y taciturna. El menor ruído la fatigaba, aun el de la conversación. Las más de las veces comía ella sola, y salvas dos ó tres excepciones huía la sociedad de las personas que más amaba.

Cuando vinimos á nuestra pequeña casa de campo de Sceaux, cerca de París, á mediados de Mayo, creímos un momento que estaba mejor, á lo menos moralmente; pero no tardamos en reconocer que su estado, por él contrario, se agravaba. Cada vez comía menos; iba enflaqueciendo, y sus fuerzas disminuían de día en día. Con gran pena, apoyada en mi brazo, daba el paseíto prescrito para después de la ducha hidroterápica. Pasaba gran parte del día acostada en su cama ó tendida en el sofá.

Nuestra inquietud crecía, á pesar de que el médico

de casa aseguraba que no había ningún órgano esencial comprometido en nuestra niña, que él la curaría, que se trataba sólo de hacer que la volviera el apetito, y que cuando comiera estaría salvada, etc.

Pero, por una parte, nada de cuanto se había intentado había sido bastante á volverle el apetito: comía, al contrario, como he dicho, cada vez menos. Y por otra parte, no podíamos disimularnos que seguía el camino de su hermana Angela, muerta en 1869, á la misma edad de dieciséis años y de la misma enfermedad.

Hacía varios meses que Camila bebía casi todos los días agua de Lourdes. No dudaba de la *omnipotentia supplex* de la Virgen Inmaculada, aunque no se sentía impulsada á invocarla por sí misma.

A mediados de Junio mi hija mayor, madame Vernay, enferma también y muy afligida de no tener hijos, se disponía á partir con su marido desde Châteauroux, donde vive, para Salies-de-Béarn, cuyas aguas le habían aconsejado.

Los esposos Vernay resolvieron pasar por Lourdes para orar allí por el buen éxito de su estación en Salies y por la curación de Camila.

Ellos sabían por nuestras cartas cuán poco tranquilizador era su estado.

El domingo 14 de Junio, aumentándose nuestras inquietudes, dispusimos que nuestro hijo mayor, Carlos, fuera á unirse con su hermano y hermana, y nos representara en Lourdes, á fin de alcanzar de la Santísima Virgen esta curación que, humanamente hablando, nos parecía cada vez menos verosímil.

La semana que siguió desde el lunes 15 al lunes 22 fué una de las más miserables que hemos pasado. Física y moralmente, jamás había estado la enferma tan grave.

Entre tanto, á petición del Sr. Vernay, padre de nuestro yerno, el domingo 14 se dió principio en Lourdes á una novena de Misas por la curación de su entenada, nuestra hija mayor, y de nuestra hija Camila.

El lunes 22 de Junio, por la primera vez después de quince días, y cediendo á la insistencia de su madre, Camila fué á dar un paseo en coche en el bosque de Verrières. Era un ejercicio muy recomendado por el Doctor, pero al cual no se prestaba, como tampoco á ninguna especie de movimiento, sino con suma repugnancia. Estaba acompañada de su madre, de su hermano más joven y de nuestro sobrino el abate Manuel de la Perche, vicario en San Francisco de Sales, de París.

Camila estaba más triste, más melancólica y más silenciosa que nunca.

A cosa de las cuatro y media bajaron del coche para sentarse á la sombra. Camila se había quedado en el coche, pero luego bajó también; y extenuada de fatiga se tendió á lo largo debajo de un arbol, á cierta distancia de los acompañantes.

De repente se levantó y se fué hacia su madre.

—Madre, creo que tengo hambre, le dijo.

Puede V. pensar cuánto se emocionaría el corazón maternal al oir estas palabras que hacía cerca de un año no habían oído.

—¿Tienes presente, contestó la madre, que hoy termina la novena de Misas que se ha dicho en Lourdes por ti?

—Sí, madre.

Volvieron á subir al coche, y como no se venden comestibles en el bosque de Verrières, y nada llevaban en el coche, porque Camila no tomaba nunca nada entre una y otra de sus pobres comidas, se dirigieron hacia la casa de Sceaux.

La alegría y la vida habían vuelto á aparecer, y la joven resucitada decía á su primo el abate de la Perche: «Siento un gran vacío en el estómago, y de buena gana lo llenaría con cualquier cosa. No comprendo la repugnancia que antes tenía á los alimentos.»

La madre y la hija habían tenido el mismo pensamiento de ir primero á la iglesia á dar gracias á Dios; pero la necesidad de alimento era tan violenta, que al pasar delante de la casa tuvieron que detenerse para comer un bizcocho.

Hora y media después, al volver de París, me contaron lo sucedido sentados á la mesa; y yo veía con grande sorpresa á mi hija comiéndose un plato de sopa, carne y postres.

¡Estaba curada!...

Hace un mes de esto. La integridad de la curación no se ha desmentido un solo día, un solo momento.

En lugar de sentir aversión por la comida, tiene un apetito constante y normal.

No le queda la menor traza de los dolores de estómago que antes no la dejaban un momento. Y este estómago, en otro tiempo inerte, funciona ahora no

solamente sin causar dolor, pero ni aun la menor molestia ó el menor embarazo.

Lo demás del *modus vivendi* ha cambiado al mismo tiempo.

A la mañana del día siguiente recorría toda la pequeña población de Sceaux para llevar la buena nueva de su curación á éste y aquél. Iba á ver los niños del Patronato de las Hermanas; y la que tan montaraz se mostraba la víspera, bajaba á la sala para recibir á cuantos la venían á felicitar. Acostarse durante el día ó tenderse en el sofá no lo hacía ni una sola vez; y á las personas á quienes antes no podía sufrir en conversación, las invitaba á comer los días siguientes, pasando con ellas tardes enteras sin fatiga, cuando antes media hora de conversación la molestaba.

En resumen, reverendo Padre, sin querer absolutamente dar al suceso el carácter de *milagro*, cuando consideramos la instantaneidad, la completa curación y la coincidencia con la peregrinación á Lourdes, sobre todo con la terminación de la novena de Misas, es imposible dejar de ver ahí la mano de Dios y la misericordiosa intervención de María Inmaculada, y no podemos menos de experimentar por tan gran favor un reconocimiento sin límites.

Todos hemos venido en peregrinación de acción de gracias á la Gruta milagrosa, donde nuestra alma se ha inundado de la atmósfera piadosa y casi celestial que se respira en la Cripta y en la Basílica.

Pero esto no basta. Ayúdenos V., revereudo Padre, ayude V. á esta niña que tan señalado favor ha recibido, y no la olvide nunca en sus oraciones. Cualquiera

que sea el porvenir que Dios nos reserva á unos y á otros, pídale que encuentre siempre en nosotros y en todas partes fieles y ardientes servidores suyos.

EUG. DE MARGERIE.

Desde entonces, la salud de la Srta. de Margerie no ha dejado de ser excelente, tan excelente que le ha permitido realizar un pensamiento santo que el agradecimiento había hecho nacer en su corazón: ha entrado en el Monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial, donde gusta, á la luz dulce y ardiente del Sagrado Corazón de Jesús, las grandes bendiciones prometidas en los últimos años del siglo XVII por Nuestro Señor á la Beata Margarita María.

VI

Curación súbita de una tisis tuberculosa llegada al tercer grado. (París, 1.° de Julio de 1874)

La curación de la Sra. Arnal, como lo hacen notar los *Annales de Lourdes*, es una de las más admirables por su importancia, instantaneidad y efectos maravillosos de gracia producidos en las almas. Ha sido referida por una señorita de París, cuya relación conmovedora encantará y edificará al lector.

«París, 20 de Agosto de 1874.

«Señor Superior:

«Considero como un deber enviar á V. la narración de una curación instantánea que reune todos los caracteres de prodigiosa.

«La Sra. Mallet de Arnal, de veintisiete años de edad, vivía en París con sus padres, su marido, su hija de cuatro años y otra niña que criaba con sumo trabajo, al cual se añadió una enfermedad de pecho que le sobrevino. La criatura fué destetada y murió algún tiempo después, y la enfermedad de la madre hizo los más rápidos progresos. Desde el mes de Enero último arrojaba sangre. Un médico le dijo que no estaba tísica, pero que lo estaría después, y la llevaron al campo.

«Su padre, á quien conozco desde su juventud, me

participó sus temores en Mayo último, y cuando vino á verme hacia el 20 de Junio daba á su hija por perdida, porque el médico le había dicho que estaba cierto de la existencia de tubérculos en el pulmón.

«El 26 del mismo mes su mujer vino á mí llorando suplicándome le indicara un remedio para salvar á su hija que se moría. El dolor de esta madre me partía el corazón, y me recordaba la Cananea del Evangelio. Yo no tenía ningún remedio humano que ofrecerle. Pensando más en el alma de la enferma que en su curación, acudí al remedio que tiene siempre los mejores resultados, remedio que los enfermos cristianos aceptan con confianza; éste era una novena de oraciones acompañada de la Santa Comunión. Yo quería comenzarla al día siguiente sábado, y no me explicaba por qué prefirió lo madre aplazarla para el lunes siguiente 29 de Junio. Ahora creo que esta demora la inspiró Dios para manifestar mejor su poder cuando el mal hubiera llegado á su último término.

«Mandé á la contristada madre un poco de agua de la Gruta, que me habían traído de Lourdes dos pobres alsacianas, una de ellas ciega, y ambas de salud muy quebrantada. Habían obtenido la peregrinación gratuíta á Nuestra Señora de Lourdes; y á pesar de sus deseos, sus oraciones y confianza no habían sido curadas, porque Dios deja muchas veces á los suyos el tesoro de la cruz que los santifica, y sus milagros tienen siempre por fin último la salvación de las almas y su mayor gloria.

«En la familia de la Sra. Arnal había varias personas que vivían alejadas de los Sacramentos. Se mandó

decir una Misa por la intención de la enferma el 2 de Julio, y el 7 del mismo concluía la novena en la Comunidad en que vivo.

«Al día siguiente, 8, vi entrar en mi cuarto á una niña de cuatro años y después á una mujer joven... ¡Era la enferma! Yo exclamé: «¿Sois vos, hija mía?... ¿Vos?... ¡Qué imprudencia!...» Ella me contestó sin ninguna exaltación, con una calma y sencillez encantadoras: «Sepa V. que estoy curada y no sufro ya...» Su madre, la madre desconsolada doce días antes, la seguía ahora enajenada, delirante de alegría y de felicidad.

«Me contaron que desde hacía mucho tiempo la enferma tenía una fiebre cada vez más intensa; los pómulos de las mejillas rojos; los ojos irritados; los golpes de tos incesante amenazaban la vida de la pobre enferma; los pulmones eran arrojados por la expectoración; insomnio completo; repulsión de todo alimento; ninguna posición encontraba buena en la cama, ni en el sillón, haciéndose llevar de la una al otro; la cabeza la inclinaba sobre el pecho, y la respiración era sofocante. Su padre tenía accesos de desesperación; su marido no se atrevía á mirarla.

«El lunes 29 de Junio comenzaron la novena, dando á la enferma agua de la Gruta, y al día siguiente ya manifestó deseos de comer. Le presentaron un *beefteack*, en la persuasión de que, como de costumbre, no lo tomaría. Lo comió, y se durmió á las nueve de la noche.

«Al día siguiente, 1.° de Julio, se despertó á las nueve de la mañana, sin tos, sin dolores y con las fuerzas

restablecidas. Luego se levantó, se fué al jardín y se puso á limpiar las avenidas. «Pero este movimiento «de los brazos, le dije, es el más penoso que podía V. «hacer.—Mas como estoy curada...» respondió ella con la misma tranquilidad.

«Para venir á verme el 8 de Julio había tenido que andar á pie un largo trayecto, había esperado tres cuartos de hora en la estación y viajado en ferrocarril y en ómnibus. Había subido mi escalera como los demás; andaba como si nunca hubiese estado enferma; su voz, su color, sus ojos, todo era excelente. Ocho días antes sentía un frío glacial, teniendo los pies sobre un calentador: ahora llevaba un vestido propio de la estación.

«Me prometieron hacer en acción de gracias una novena que terminaría con la Comunión. Durante esta novena una circunstancia tocante á la salud se produjo en la Sra. Arnal sin ninguna crisis. Su padre vino á verme el 4 de Agosto muy conmovido, derramando lágrimas de reconocimiento. Toda la familia había cumplido su promesa; todos habían comulgado, y estaban resueltos á continuar practicando sus deberes de cristianos.

«E. Segond.»

El 6 de Enero de 1875, añaden los *Annales,* la Srta. Segond nos confirmaba con una segunda carta la excelente salud de la Sra. Arnal, corroborada, asi como el relato de su curación, por sus padres y el marido de la favorecida de María.

VII

Sor María Bernardina, Religiosa de la Sapientia, curada de una glándula cancerosa. (Lourdes, 3 de Julio de 1874).

Sor María Bernardina estaba en el Hospicio de Niort, y formaba parte de la peregrinación que se organizó en esta ciudad á fines de Junio de 1874 en reconocimiento de la maravillosa curación de Carolina Esserteau, que había tenido lugar en Lourdes el 3 de Julio del año anterior. Lo que hubo de particular en esta curación tan evidentemente milagrosa fué que la agraciada con el milagro no se apercibió de ello hasta su vuelta de Lourdes, como se va á ver. En efecto, leemos en los *Annales* del mes de Febrero de 1877:

Niort, 14 de Noviembre de 1876.

Mi reverendo Padre:

Habiendo V. manifestado últimamente á dos de nuestras Religiosas que han estado de paso en Lourdes el deseo de tener algunos pormenores sobre la curación de la H. María Bernardina, de nuestra Comunidad, para mayor gloria de María Inmaculada me apresuro á satisfacer sus deseos dirigiéndole una copia de la relación consignada en nuestra *Semana Litúrgica*, del 19 de Julio de 1874.

«El Hospicio de Niort ha vuelto á obtener este año un señalado favor, favor bien merecido si es permitido hablar así, pues desde la inauguración de las peregrinaciones de Lourdes este establecimiento, bajo la dirección de Mr. Cotillón, su piadoso capellán, no ha cesado de dirigir hacia la Gruta fervientes y numerosas caravanas de Hijas de María.

«El Rdo. P. Briant, celoso organizador y pudiéramos decir apóstol de las peregrinaciones niortesas, nos ha escrito la carta que va á leerse á propósito del suceso de que se trata:

Niort, 7 de Julio de 1874.

«Mi muy querido Padre:

«La H. María Bernardina, religiosa de la *Sapientia,* agregada al Hospicio de Niort, sufría cruelmente hacía cuatro años de una inflamación cancerosa en el seno izquierdo. La obediencia sola había podido triunfar de las repugnancias de la paciente en sufrir la visita sucesiva de cuatro médicos del establecimiento con varios meses de intervalo.

«Todos habían declarado que era imposible la operación, porque la enferma era demasiado débil y porque había adherencia. La inflamación, del tamaño de un huevo, estaba en efecto ligada á otra de menor volumen que apareció bajo el sobaco por un cordón excesivamente sensible del grosor de la mitad del dedo; así es que no quedaba á la paciente más recurso que ofrecer sus sufrimientos á Dios. El médico había hecho uso de todos los disolventes posibles, cuando hacia fines del mes de Mayo la Hermana resolvió no dirigirse ya más que á la Santísima Virgen para que la li-

brara, no de sus sufrimientos, que aceptaba generosamente, sino del mal que le había obligado ya y podía ponerla todavía en la penosa obligación de recurrir á los médicos. En semejante disposición se hallaba la enferma cuando la Madre Superiora le anunció que se le permitiría ir á Lourdes, cuya noticia le pareció providencial, y partió con entera confianza.

«Lo que sufrió durante el trayecto de Niort á Lourdes sólo Dios lo sabe. Después de la Santa Misa, que se dijo á la llegada de la peregrinación, fortificada la enferma con la Santa Comunión, que acababa de recibir, se dirigió á la piscina para lavar su inflamación. Se retiró llena de confianza; pero este día y el siguiente su estado fué el mismo; mas el viernes por la mañana, día señalado para la vuelta de la peregrinación, volvió á la piscina. «Buena Madre, dijo al tiempo de «lavarse, os ruego me quitéis este mal que me expo«ne á visitas tan humillantes; dejadme con el dolor, «que acepto, pero libradme de esta inflamación.»

«Acabada su oración se puso una compresa y partió. No volvió á sentir ningún dolor, y en la noche durmió tranquilamente en el vagón, siendo así que hasta entonces no había podido cerrar el ojo.

«Sintiendo necesidad de dormir la noche que llegó á Niort, pidió á su Superiora permiso para retirarse. La Hermana enfermera estaba en el dormitorio en el momento en que entró, y le preguntó cómo se encontraba. «No sé, le contestó; venga V. á ver.» Quitaron la compresa puesta en Lourdes, y ¡cuál no fué la admiración de las dos Hermanas cuando vieron que el mal había desaparecido sin dejar señal ni de la glán-

dula ni del cordón! Siendo de notar que en el momento de la última loción del viernes por la mañana la enferma había sufrido más que nunca.

«He aquí los hechos tales como nos los ha referido ella misma en presencia de la Madre Superiora y de la Hermana sor P...

«¡Gloria á Maria Inmaculada!

«BRIANT, *p. m.*»

«Es de notar, reverendo Padre, que esta súbita y completa curación se efectuó en la peregrinación niortesa de los días 1, 2 y 3 de Julio de 1874, un año justamente después de la maravillosa curación de Carolina Esserteau, que tuvo lugar el día de la Visitación de 1873, y que en acción de gracias por esta curación tan notable y por los demás favores que Niort ha obtenido en la Gruta de Massabieille, se hacía la citada de Julio de 1874 de que hablamos.

«Posteriormente á esta época, es decir, después de dos años y medio, la H. María Bernardina no ha vuelto á sentir el más mínimo dolor en el costado izquierdo, ni siquiera se ha vuelto á notar la menor señal de su antigua enfermedad. Y no solamente la Madre Superiora y la Hermana de la farmacia, sino también las otras cuarenta Hermanas y muchas personas que habían observado su estado de tortura y de sufrimiento de otro tiempo pueden afirmar que la curación de sor María Bernardina es completa y permanente.

«No cesaremos de dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes por los dos favores extraordinarios que se ha

dígnado otorgar á nuestra casa. Por la curación de Carolina Esserteau y la de sor María Bernardina nos complaceremos en repetir muchas veces:

«¡Honor y gloria á la Virgen Inmaculada!

«¡Reconocimiento y amor á Nuestra Señora de Lourdes!

«Ruego á V., reverendo Padre, nos ayude á pagar á la Santa Madre de Dios nuestro justo tributo de reconocimiento, y acepte... etc.

«J. Cotillón,
«primer capellán del Hospital.»

VIII

Admirable curación de la Srta. de Fontenay. (Lourdes, 15 de Agosto de 1874)

Los archivos de la peregrinación de Lourdes guardan preciosamente la relación de la curación de la Srta. de Fontenay escrita por ella misma, y que por ser demasiado extensa no podemos publicarla textualmente; así es que el extracto que ponemos á continuación no es más que un compendio muy reducido en sus dos primeras partes. Este milagro es una de las manifestaciones más brillantes y más conmovedoras del poder misericordioso de Nuestra Señora de Lourdes, y como tal excitó un entusiasmo universal como se va á ver.

La Srta. Juana María de Fontenay nació el 13 de Agosto de 1847 en Baccarat (Lorena), en donde su padre dirigió durante treinta años la famosa fábrica de cristales. A consecuencia de una caída de coche y de otra de caballo pasó el invierno de 1866 en un estado de malestar y languidez habitual. Una mejoría notable la permitió hacer un viaje á Roma en 1867; pero al regreso se reprodujeron los síntomas y se agravaron súbitamente hasta llegar al vahido y casi al desmayo. La homeopatía la procuró algún alivio; un procedimiento hidroterápico no dió resultado alguno; y la joven, siempre anémica, fué en 1869 y 70 á tomar las aguas de Aix-les-Bains.

Después de la guerra, su familia fué á fijarse en Au-

tun, patria de Mr. de Fontenay, y por consejo del Dr. Manguin la enferma volvió á pasar otros dos meses en Aix-les-Bains. Los doctores Lagoutte y Bouchacourt aconsejaron que pasase en Cannas el invierno; mas la dulzura de este clima no impidió que el mal empeorase. Obligaban á la pobre lánguida á que hiciera ejercicio, y cada día estaba más incapaz de hacerlo. Le costaba mucho trabajo estar en pie; todo movimiento le era doloroso, y con frecuencia imposible; la sobrevinieron frecuentes síncopes, y en las entrañas se le declararon crueles sufrimientos.

La joven enferma no había dicho aún toda la verdad, pero al fin le faltó el valor y manifestó explícitamente al Dr. Buttura, de Cannas, todo lo que debía saber. Este médico la dirigió á un especialista inglés muy estimado, Mr. Bennet, quien la reconoció y observó que las dos caídas habían hecho grandes estragos en las vísceras. La afección se había hecho crónica, y después de haber causado la ruína de todo el organismo continuaba manteniéndolo en un desorden general. Comenzaron las operaciones quirúrgicas, las cuales eran un suplicio para el cuerpo, y causaban tales angustias en el alma de la desgraciada joven, que sólo pensar en esta tortura moral se estremecía.

La Srta. de Fontenay había leído en Lorena el libro de D. Enrique Lasserre. Disgustada hasta el horror de las medicaciones de la ciencia, y esperando más bien en la Santísima Virgen, se puso á hacer novenas á Nuestra Señora de la Gruta. Su madre, vencida por reiteradas instancias, la condujo á Lourdes en Mayo de 1873. Pasó allí cerca de dos semanas y un día casi

la creyeron curada porque andaba, pero por la noche volvió á estar lo mismo.

Al volver con su madre á Aix-les-Bains se detuvieron en Montpeller, y habiendo consultado con el señor Courty, declaró que la afección era más grave de lo que había dicho el especialista inglés, y después de una temporada de baños en Aix, de pasar algún tiempo en los Alpes, y una segunda estación termal en la Bourboule, la Srta. de Fontenay volvió á Autun más enferma que nunca.

Ya no podía soportar otra posición que la horizontal, y la mayor parte de los movimientos le ocasionaban agudos dolores; la conversación la fatigaba horriblemente; el menor ruído le producía sobresaltos y mociones penosísimas; apenas era posible pasear á la joven enferma tendida en un coche y al paso. Su madre la hallaba por la noche llorando de dolor, tan pronto helada, tan pronto bañada de sudor, y algunas veces en un aniquilamiento casi completo y de larga duración.

Los médicos insistían en que era indispensable la renovación de las operaciones quirúrgicas, diciendo que sin este medio no había ninguna esperanza; mas su adopción era para el alma virginal de la enferma tan insoportable martirio, que la reacción moral anularía el efecto de la operación; así es que un médico, que había comprendido bien su delicada naturaleza, se pronunció enérgicamente contra toda operación.

En este estado fué como terminó el año de 1873. En Febrero de 1874 nuevas crisis complicaron la situación; y en Abril el mal había progresado todavía

más, y era tal la debilidad, que la madre de la enferma se vió obligada á dar de comer á su hija como á un niño. Un día la enferma, creyendo que iba á morir, é impedida para hablar, hizo llamar á su Director, y se confesó por señas.

La Srta. de Fontenay había resuelto en su corazón una segunda peregrinación á Lourdes, y sus padres consintieron con la condición de que pusiese su alma en tales disposiciones que si la Virgen Santísima no respondía á su esperanza obrando una curación milagrosa, no por esto había de desanimarse ni dejarse caer en un desaliento cuyas consecuencias serían funestas, y que además, no volviendo curada, al regreso había de entregarse, sin nueva resistencia, en manos de los cirujanos.

Las crisis nerviosas iban siendo más violentas y frecuentes, la postración se agravaba también, el semblante, hasta entonces natural, se alteraba rápidamente. Nadie se atrevía á preguntar al padre por el estado de su hija; ¡tal era el abatimiento que mostraba!

La peregrinación quedó fijada por la enferma para el 15 de Agosto.

El abate de Musy que vivía en Autún, y cuya curación en Lourdes el 15 de Agosto fué tan conocida, visitó varias veces á la enferma alentándola poderosamente, y otras almas caritativas la sostenían asimismo en su esperanza.

Otro apoyo mejor tenía la piadosa joven en el santo sacrificio de la Misa, el cual, por un favor señalado del Santo Padre, se celebraba en el cuarto vecino al suyo desde el mes de Febrero de 1874.

El 14 de Mayo, y hallándose muy abatida, tuvo una gran pena porque el sacerdote no quiso confesarla, y deseaba comulgar al día siguiente.

He aquí lo que ella escribió sobre esto: «Me dormí llena de tristeza, y soñando comunicaba mis penas á la Santísima Virgen. El 15, al despertar, estaba alegre y llena de esperanza. Había visto en sueños á Bernardita puesta delante de mí abriéndome los brazos, abrazándome fuertemente y diciéndome: «Nada temas, serás curada en Lourdes, pero ruega con confianza á la Virgen.» Y yo la había abrazado con efusión, aunque con algún reparo por su toca de Religiosa, pues así estaba vestida. Este dulce sueño me llamó la atención, y el mismo día lo referí á mi confesor y á Mr. de Musy.»

Desde este momento creyó había sido oída. Anteriormente la duda la había atormentado, y había llegado algunas veces á temer la gracia que deseaba tan ardientemente, ante la idea del reconocimiento y gratitud á que la obligaría para con Dios durante su vida un milagro hecho en su favor.

Escribió á diferentes partes pidiendo oraciones. El Santo Padre, cuya bendición había solicitado, respondió: «Pido á la Santísima Virgen que te bendiga y te cure.» La H. María Bernarda, desde el convento de Nevers, ofreció unirse á todas estas peticiones.

La última novena comenzó el 7 de Agosto y debía concluírse en Lourdes el 15, día de la Asunción. La Srta. de Fontenay había escogido esta fiesta para pedir su curación, porque había tenido desde la infancia una especial devoción á este misterio del triunfo de María.

Su confianza era más bien una completa seguridad, de que se gloriaba en toda ocasión. «Miradme bien, decía á cierta persona que la visitaba con frecuencia, es la última vez que me veréis en mi cama.» Hizo preparar un vestido blanco para ponérselo inmediatamente después de su curación.

Partió en cupé-cama con su madre y su hermanito. El abate de Musy tomó asiento en el mismo tren.

El viaje fué penoso: cerca de Agen le sobrevino una violenta crisis nerviosa, costando gran trabajo calmarla. La primera visita á la Gruta tuvo lugar el 12 de Agosto, y los dos días siguientes la enferma oyó la Misa en la Cripta y se bañó en la piscina.

Citemos aquí unas palabras suyas humildes y edificantes: «Las dos horas de la tarde del 14 de Agosto que pasé en la Gruta, fueron horas de combate. La Santísima Virgen me pedía un último sacrificio y una última promesa, y como yo vacilase cobardemente, todavía me obligó á que los hiciera. Entonces me pareció que mi buena Madre estaba ya contenta, llenando mi alma de una alegría particular con la esperanza del día siguiente.»

Desde entonces tuvo una certeza sin vacilación posible, de que curaría al día siguiente.

El 15, un poco antes de las ocho, la Srta. de Fontenay se dirigía en coche á la Basílica, y en el camino la emoción y las lágrimas le hacían interrumpir el Rosario que iba rezando. Penetró en la Cripta llevada en la carretilla que la baronesa de la Rüe dejó el año anterior en la Gruta, y el abate de Musy celebró el Santo Sacrificio.

No queremos quitar una palabra de la historia de una hora referida por la misma Srta. de Fontenay. Dice así:

«A la elevación, no pude menos de decir á la Santísima Virgen: «Buena Madre, es preciso que me curéis en seguida; si queréis, hacedlo hoy en la Misa.» Cuando llegó el momento de dar la Comunión, y al separarse el abate de Musy del altar para traérmela, estaba yo orando. Algunos minutos después, al acabarse la Misa, me sentí conmovida y en cierto modo bajo la mirada directa de la Santísima Virgen. Dos veces quise dudar de esto, y dos veces me pasó lo mismo. Temía la gracia que aguardaba después de tanto tiempo, en el momento mismo en que me era concedida. Yo que un instante antes me consideraba feliz de estar acompañada, hubiera querido entonces estar sola, enteramente sola. Temía conmover sin razón á los piadosos peregrinos y turbar su recogimiento. Tuve un segundo de ansiedad y de lucha, á que siguió una dicha indecible; lloraba dulcemente sin poderme contener; *nunca había yo llorado así*. Llena de emoción y sintiéndome demasiado débil para obrar sin consejo, hice decir por medio de mi madre al abate de Musy: «No sé lo que tengo, pero no puedo contenerme; ¿qué se debe hacer?» Apenas había dicho estas palabras, cuando me pareció que la Santísima Virgen me reprochaba vivamente que acudiera al consejo humano, teniendo el suyo que me decía claramente: «Cree, haz un acto de fe ciega y serás curada.» Ya no pude resistir más, y levantándome resueltamente de la carretilla, fuí á arrodillarme á la mesa de la Comunión. Ce-

lebraba entonces Misa el abate Sire, sacerdote de San Sulpicio, que ha consagrado su vida á la glorificación de la Santísima Virgen en su Inmaculada Concepción, y estaba en el *Credo*. Acabada la Misa continuaba yo de rodillas, tranquila y sin llorar desde el momento en que había obedecido á la Virgen; pero para no conmover á la concurrencia, que lloraba y hablaba, yo me pregunté, sin darme cuenta, si sería prudente subir de nuevo á mi carretilla; pero mirando á la Virgen Santísima exclamé: «Madre mía, Vos me «habéis hecho abandonarla, no permitáis vuelva á su- «bir á ella;» y atravesé corriendo la Cripta para decir á Mr. de Musy: «Creo que estoy curada, no quiero «dudar.» Y él me contestó: «Haga V. lo que la San- «tísima Virgen le inspire.»

«Los circunstantes decían á media voz: «La carre- «tilla, la carretilla.» Mi madre me dijo: «Si estás cu- «rada, arrástrala tú.» Corrí á tomarla, y pidiendo por favor que nadie me ayudara ni empujara, la bajé por la carretera á la santa Gruta.

«Mr. de Musy, que iba delante, abrió las cadenas que impiden el paso, y yo pasé al galope como un caballito escapado, pues me sentí llena de salud y de vida, como que iba á la Gruta, que con ansia deseaba ver, para dar gracias á la Virgen Santísima. Mi hermano por su parte corría en busca del gran cirio que habíamos comprado la antevíspera para el día de mi curación; y mi madre, que desde hacía mucho tiempo me servía de apoyo, quería todavía apartar los obstáculos é impedir que me oprimiesen. Durante este tiempo se produjo un gran movimiento, aunque yo no veía ni oía nada, y no pensaba más que en llevar mi carretilla sola y con resolución.

«Una vez encerrados en la santa Gruta, un sacerdote de Autún que se encontraba allí por casualidad, entonó el *Magnificat*. Yo estaba de rodillas, bien de rodillas, sin fatiga ninguna y dispuesta á correr de nuevo.

«A las diez volvíamos á Lourdes. Yo quería hacerme bendecir por monseñor Peyramale, ponerme mis botinas, porque á cada instante perdía las zapatillas, y cambiar mis medias de lana por otras de algodón, pues no sentía frío; mientras que mis buenas caseras, acostumbradas á verme tiritar, se apresuraban á prepararme un calentador. A las once volví á oír otra Misa en la Basílica, cuyas escaleras subía sin trabajo. Después fuí á dar gracias al abate Sire por los *mementos* que tuvo la bondad de hacer por mí. Yo le había pedido me aplicase la Misa, pero los sábados, y el 15 de Agosto sobre todo, no la dice sino por las intenciones de la Virgen. Después de haberme dado su bendición, dijo: «Al *Confiteor* de la Misa sentí una «conmoción extraordinaria, y sin saber lo qué pasaba «comprendí que la Santísima Virgen acababa de con- «ceder una gracia muy particular.»

«Por la tarde volví á la santa Gruta (con mi vestido blanco) andando, corriendo, poniéndome de rodillas, firmando de pie libros é imágenes. Y por la noche tenía la dicha de saber la conversión de un pecador que, tocado por la gracia á la vista del milagro, había pedido un sacerdote, y tres días después se acercaba á la Santa Mesa.

. . . .

«Nueve días pasé en Lourdes en acción de gracias, durante los cuales fuí bien feliz. Mons. Langenieux, á quien vi varias veces, se mostró bondadoso y afectuoso conmigo, y me dijo: «Ya que escribió V. al Santo Padre para suplicarle bendijera nuestro viaje, escríbale para anunciarle su curación; yo pondré una nota á su carta y la enviaré.»

Mons. Peyramale me impuso por un año el hábito de la Virgen. Mi hermano mayor vino á buscarnos, y en Paray-le-Monial encontré á mi padre al pie del altar del Sagrado Corazón, donde el año anterior había venido varias veces á pedir al Corazón de Jesús que me curara.

«Pronto se cumplirán seis meses de mi curación milagrosa, y no solamente no he vuelto á caer enferma, sino que mi salud general se fortifica todos los días. En cuanto á mi enfermedad interior, la Santísima Virgen la curó instantáneamente; y desde el 15 de Agosto estoy de pie horas enteras, ando y me ocupo como todo el mundo.

«Además, hace tres meses que estoy cuidando á mi madre enferma y dirijo la casa, y mi buena salud es la admiración de toda la familia, de los extraños y de los médicos, que nunca hubieran creído podría yo resistir á estas fatigas.

«¡Cuánto desearía yo que estos pormenores consolaran un poco á los pobres enfermos y les dieran entera confianza en la bondad de la Virgen de Lourdes! Tanto y por tan largo tiempo he sufrido; he tenido tantas miserias físicas y morales, que sintiéndome

hoy llena de salud, de fuerza y de vida quisiera conducir á todos los que sufren á los pies de María, que con tanta bondad me curó á mí (1).

(1) Véanse en los comprobantes, n.º 19, los certificados de dos médicos.

IX

Curación radical é instantánea de una terrible enfermedad de la medula espinal. (Lourdes, 18 de Agosto de 1874).

El 19 de Noviembre de 1874 recibía el Superior de los Misioneros de Lourdes de una persona bien informada de Monpazier, diócesis de Perigueux, la siguiente declaración:

«Tengo el gusto de certificar á V. que la curación de la señorita Labonne ha sido intantánea, radical y persistente. Esta joven ha gozado después constantemente de una salud maravillosa... La relación publicada por *La Semaine religieuse de Périgueux* es completamente exacta.»

Reproducimos con satisfacción, añade el Padre Superior, esta interesantísima relación con las correcciones ligeras hechas por nuestro excelente corresponsal.

La pequeña ciudad de Monpazier está desde hace algunos días bajo la impresión de una alegría bien grande y legítima: ella es testigo de uno de esos sucesos extraordinarios que la ciencia no puede explicar, que la Autoridad eclesiástica se abstiene de calificar, pero que todo fiel piadoso proclama en su alma un verdadero milagro.

La joven María Labonne, de la Congregación de Hijas de María de Monpazier, ha recobrado súbitamente la salud en la Gruta de Lourdes el martes 18 de Agosto. Nació el 19 de Marzo de 1856, y pertenece á una familia cristiana. Su padre, gendarme (guardia civil) en Monpazier durante muchos años, es tipo de bondad y de lealtad, por lo cual le llaman «el buen padre Labonne.» Este pundonoroso militar se quedó viudo desde muy joven, y se consagró enteramente á sus deberes profesionales y á la educación de sus hijos. La mayor de las hijas fué una segunda madre de sus hermanos y sobre todo de María, que era la más joven. Esta tenía un carácter vivo y ardiente, pero estaba dotada de excelente corazón, y fué de parte de su hermana mayor objeto de una solicitud maternal.

A la edad de dieciséis años entró como pensionista en la Comunidad de las Hermanas de Santa Marta, de nuestra ciudad, y estaba allí hacía cerca de dos años cuando el 19 de Marzo último, día en que cumplía dieciocho años, se sintió fatigada. Se atribuyó al principio esta indisposición á un exceso de trabajo, y se creyó que bastaría el descanso para curarla. Entre tanto la debilidad iba en aumento, y la enferma tuvo que dejar el colegio el Domingo de Ramos, 29 de Marzo, para retirarse á casa de su hermana. Algunos días después una familia de Monpazier, muy adicta á Mr. Labonne y á sus hijos, presentó á María al doctor Mayrac, médico de Villereal, quien declaró que la enfermedad era grave y que tenía su asiento en la medula espinal. Según las órdenes del médico, la fueron aplicadas sanguijuelas y fricciones con bálsamo Oppodeldoch. El Doctor la visitó segunda vez, y prescribió nueva medicación, sin que la enferma tuviese alivio.

El 27 de Abril partió para Fumel, en donde debía pasar algunos días al lado de su padre. Llamaron al Dr. Briançon, el cual aprobó la medicación prescrita por su colega, y ordenó friccionar á la enferma todas las noches con tintura de yodo, y que por la mañana la envolvieran en un paño embebido en agua fría. Este régimen era violento; desde el segundo día la piel estaba ennegrecida y quemada en toda la extensión de las fricciones, y no pudiendo soportar más este remedio, hubo que suspenderlo.

El médico hizo aplicar un vejigatorio en toda la longitud de la columna vertebral, y luego ordenó baños sulfurosos y duchas, pero nada aliviaba á nuestra pobre enferma, que andaba con mucho trabajo, siendo preciso casi llevarla en peso.

En los primeros días de Junio volvió á Monpazier. Hicieron por ella una novena á Nuestra Señora de Lourdes, á la cual se asoció de corazón, bebiendo además agua de la Gruta, con la que también se friccionaba. La novena no dió ningún resultado sensible. Las piernas las tenía cada vez más envaradas, los brazos comenzaban á perder sus fuerzas; todo trabajo le era imposible. Esta situación alarmaba á la joven, y la convenció de que la medicina era impotente para curarla.

El 13 de Julio hizo la peregrinación de Lourdes en compañía de una persona de su intimidad. Estaba convencida de que la Santísima Virgen la curaría. No podían separarla de la capilla y sobre todo de la Gruta, en donde oraba con un fervor angelical. Cuando le decían que no se fatigara tanto, respondía: «Poco me

importa, puesto que voy á ser curada.» Pasó tres días en Lourdes, y cuando llegó la hora de partir lloró mucho viendo frustradas sus esperanzas. Volvió á Monpazier más enferma y completamente desalentada.

El Dr. Meyrac la vió al día siguiente de su vuelta, que fué el viernes 17 de Julio. La encontró mucho peor, y le anunció que era preciso recurrir á una operación dolorosa, pero que algunas veces había dado felices resultados; se trataba de quemar las carnes en toda la columna vertebral. La enferma se opuso á esto. No fué posible triunfar de sus repugnancias sino imponiéndole como un deber de conciencia que se sometiera á las prescripciones del médico. Se sometió, en efecto, con edificante resignación, y la operación tuvo lugar el 22 de Julio. Se encendió un brasero y en él se enrojeció el instrumento de la operación. La enferma tuvo valor para presenciar todos estos preparativos. Le quemaron las carnes á lo largo de la columna vertebral, y le aplicaron cuatro botones de fuego en las extremidades, cuya última operación fué tan dolorosa que arrancaba á la paciente rugidos dolorosos. Cuando se acabó la operación, el Doctor conmovido le dijo que parecía un San Lorenzo. «¡Oh, no, respondió ella, sonriendo, yo no tengo la virtud de San Lorenzo; no pediré que me vuelvan del otro lado!»

Mr. Meyrac hizo otra visita el 29 de Julio; el mal no había sido contenido por la operación del fuego; la enferma sufría por el contrario mucho más; ya no podía salir ni aún con auxilio de un brazo extraño; sus piernas estaban hinchadas y sin ninguna fuerza. El Doctor hizo entonces una aplicación de ventosas.

Volvió el 6 de Agosto; encontró á la enferma más fatigada, y mandó se le aplicasen seis cantáridas en el sitio del mal. Manifestó algún cuidado, y al partir recomendó con instancia le advirtieran si llegaba á producirse alguna modificación alarmante en el estado de la enferma.

Durante este tiempo el Cura de Libos organizaba una peregrinación á Nuestra Señora de Lourdes, cuya noticia fué anunciada en Monpazier desde el púlpito. La enferma quiso inscribirse en el número de los peregrinos. Al principio creyeron que no hablaba formalmente, pero pronto se convencieron de lo contrario. Su familia y todas las personas que se interesaban por ella trataron de hacerle abandonar semejante proyecto. El Doctor había manifestado que si emprendía el viaje no volvería á visitarla, pues tenía sus temores de que moriría en el camino. Al fin, cediendo á las instancias del señor Cura de Monpazier, que no había omitido nada para hacerle comprender los inconvenientes y riesgos del viaje, desistió de él. Después de haber tomado esta decisión, ó más bien de habérsela dejado imponer, lloró mucho; y luego, obrándose en su voluntad un cambio brusco, hizo saber al señor Cura que su resolución era irrevocable, que quería ir á Lourdes, que si el médico la rehusaba sus visitas se pasaría sin ellas. «Además, añadió, seré curada y no tendré más necesidad de él.» En vista de esto fué preciso resignarse á dejarla partir para Lourdes, y se decidió que la acompañara su hermana mayor.

La partida tuvo lugar el lunes 17 de Agosto por la noche. Los peregrinos de Monpazier se dirigieron á

Libos, en donde debía organizarse la piadosa caravana. Más de dos horas permanecimos en la estación de esta localidad. La Srta. Labonne encontró allí á su padre y á la segunda de sus hermanas, que habían venido de Fumel para abrazarla. La despedida fué conmovedora. Hubo necesidad de llevar en brazos á la pobre enferma al compartimento que le estaba destinado, donde se encontró con algunas de sus compañeras, su hermana, algunas señoras, el administrador de Correos y el Cura de Monpazier. Se cantaron con devoción algunos cánticos á María, que parece fueron bien recibidos porque los peregrinos de los compartimentos inmediatos varias veces nos felicitaron. La Srta. Labonne, aunque sufría mucho, cantaba sin embargo con un ardor admirable. Juntas rezamos el Rosario y otras oraciones, como que teníamos tantas gracias que pedir.

A eso de las once de la noche llegamos á Agen, haciendo el trasbordo del tren de Orleans al del Mediodía sin obstáculo alguno, gracias á la inteligente disposición de los coches. Fué preciso, no obstante, llevar en brazos á la joven enferma de un vagón á otro.

Al salir de Agen hicimos la oración de la noche, y cada cual procuró descansar un poco. La Srta. Labonne no pudo dormir; hacía seis meses que no había conocido el sueño, y entonces se sentía más fatigada. Los que no dormían la oían dar quejidos producidos por el sufrimiento, y que hacía esfuerzos por ahogar para no molestar á sus vecinos. Su ancha llaga estaba en supuración y la hacía sufrir cruelmente. Llega-

mos á la estación de Lourdes á cosa de las seis menos cuarto de la mañana.

Nuestra joven enferma estaba tan fatigada, que no pudiendo ponerse el sombrero acudió al favor de otra persona.

La instalamos en un coche que la condujo á la iglesia, oyó la Santa Misa á las siete, y comulgó. En seguida la bajaron á la Gruta. Este día había en Lourdes varias peregrinaciones importantes, entre otras las de Nimes y de Agen, calculándose en cerca de seis mil el número de peregrinos.

El día fué pródigo en molestias y dolores para nuestra joven enferma. No pudo acercarse á la piscina ni á la Gruta, porque el gentío lo ocupaba todo. Ella sin embargo estaba bien convencida de que sanaría si podía bañarse en la piscina ú orar en la Gruta; mas á eso de las cuatro la vimos completamente desanimada, lloraba mucho y su hermana también lloraba. Contristábanse de pensar que tendrían que volverse sin haber obtenido lo que ambas deseaban tan ardientemente y esperaban con tanta confianza. Una de las compañeras de María se instaló en la puerta de la piscina por espacio de cerca de una hora, aguardando el momento de poder introducir á su joven amiga. Durante este tiempo, no pudiendo la pobre enferma sostenerse en pie, pidió un asiento que le fué proporcionado por el Hermano encargado del orden alrededor de la piscina.

A las cinco la piscina quedó libre, pero había que renovar el agua, y nuestra enferma no tuvo ni la fuerza ni la paciencia de aguardar. Suplicó á su compañera que le friccionara las espaldas con el agua milagrosa. Hízolo así empapando en ella su pañuelo y frotándole en toda la región afectada. Al mismo tiempo la enferma se lavaba las piernas con bastante trabajo, y juntas rezaban las *Letanías* de la Santísima Virgen y el *Memorare*. Eran las cinco y cuarto.

Ayudaron á vestir á la enferma, y al salir de la piscina encontró en la puerta á su hermana, que le preguntó con ansiedad: «¿Cómo estás?» A lo que respondió: «No sufro nada.» Se sentía curada, pero no se atrevía á afirmarlo. Salió acompañada de su hermana y de su compañera, dirigiéndose á la rotonda destinada á servir de abrigo á los peregrinos, y andaba sin esfuerzo, apoyándose apenas en el brazo de su amiga. Iba rezando el Rosario.

Luego que llegó á la rotonda declaró públicamente que estaba curaba, y corrió á echarse en los brazos de otra de sus compañeras, diciéndole: «¡Estoy curada!» Corrió también á donde estaba el Cura de Monpazier, repitiendo siempre: «¡Estoy curada! ¡estoy curada!» El señor Cura la reprendió bondadosamente diciéndola: «Tenga V. cuidado, hija mía; no cantemos tan pronto victoria, pues eso podría acarrearnos algún disgusto.» Mas ella no pudiendo contener su gozo repetía: «¡Estoy curada! ¡estoy curada!»

El gentío la había rodeado ya. Todos querían verla y darle muestras de simpatía, hasta que con gran trabajo pudo el señor Cura arrancarla de allí para conducirla á la Casa de los Padres de la Inmaculada Concepción, en donde se encontraba el señor Obispo de Agen. Su Ilma. se dignó recibirla; la hizo referir el

maravilloso suceso que acababa de tener lugar, y le dió su bendición. El P. Sempé, superior de los Misioneros, dió permiso al señor Cura de Monpazier para que hiciera entrar en la Gruta á la que tan manifiestamente se había visto favorecida de la protección de la Santísima Virgen, y á todas las jóvenes que la habían acompañado.

Grande fué la dificultad para llegar de la Casa de los Padres á la Gruta, pues se había propalado ya el rumor de la curación, y casi todos los peregrinos se hallaban reunidos en las inmediaciones. Llegados á la Gruta, nuestras Hijas de María cantaron con todo su corazón el cántico de acción de gracias. La multitud pedía á grandes gritos que se mostrase la joven del milagro. Había allí un sillón, y la hicimos subir en él, pero los que estaban retirados á la orilla del Gave no podían verla y reclamaban este favor. Durante este tiempo la puerta de la reja que cierra la Gruta se abrió, y apareció un hombre llevando en sus brazos á una niña de diez años, cuyas piernas acababan de ser bañadas en la piscina, y en el momento en que la bajó en la Gruta, la niña, paralítica desde hacía cuatro años, se puso á andar. Ignoramos la naturaleza del mal que privaba á esta niña del uso de sus piernas; sabemos que era inglesa y que había venido con su padre y sus hermanos del interior del Canadá. Hablaba inglés, y en derredor nuestro nadie comprendía su idioma. El padre, que no podía hacerse entender, presentaba á la muchedumbre las muletas de su hija. El entusiasmo llegó entonces á su colmo. Por todas partes se aclamaba á Nuestra Señora de Lourdes.

La gente, deseosa de ver á nuestra enferma y de oir hablar de su enfermedad y de su curación, andaba siempre en busca de ella.

Hay delante de la Gruta, al lado de la roca donde se apareció la Santísima Virgen, un púlpito desde el cual se acostumbra dar la despedida á los peregrinos. Acordaron hacer subir á él á la joven protegida de María con el abate Rey, cura de Monpazier, y otro sacerdote. El abate Rey refirió la enfermedad de la Srta. Labonne y el suceso de su curación, y cuando dijo que se llamaba *María Labonne,* uno de los asistentes exclamó: «¡Y es la buena María quien la ha curado!» Las aclamaciones continuaron. La señorita Labonne bajó del púlpito. Las gentes se precipitaban á su alrededor, la abrazaban, la hacían firmar estampas y tocar rosarios. Jamás se ha visto una manifestación más conmovedora. El P. Rey se vió obligado á decir varias veces á la multitud, cada vez más compacta y apiñada: «¡No vayan Vds. á matarnos á esta querida joven, ahora que la Santísima Virgen nos la ha curado!»

Condujeron á María á la rotonda, haciéndola seguir el sendero que serpentea la montaña: allí en su compañía cenamos, y la que por la mañana no podía servirse á sí misma nos sirvió por la noche sin ninguna fatiga. Luego fué al pueblo con el señor Cura de Monpazier y con una de sus compañeras á comprar objetos de piedad, y nosotros la encontramos siguiendo en medio de los peregrinos de Monpazier la procesión con hachas encendidas. La despedida á la Gruta y las exclamaciones en honor de María nos ha-

bían conmovido profundamente, y todos cantábamos con entusiasmo. Nuestra dicha era inmensa, y la emoción sobrenatural de nuestras almas imposible de describir. No suspendíamos nuestros cantos sino para derramar lágrimas de alegría. La procesión se hizo desde la Gruta hasta la estación, y la Srta. Labonne la siguió sin experimentar la menor fatiga, recibiendo en el trayecto los testimonios más vivos de simpatía. Partimos de Lourdes á las nueve y media, y llegamos á Libos el miércoles por la mañana á eso de las cinco. Allí todos querían oír contar el suceso de la víspera, y nos era preciso repetir todos sus detalles. La emoción se apoderó de todos los corazones cuando vieron precipitarse á nuestra joven en los brazos de su padre y de su hermana. En verdad, todos llorábamos, pero nuestras lágrimas eran muy dulces.

La Srta. Labonne pasó el miércoles con su padre en Fumel, y llegó á Monpazier el jueves á cosa de las diez. Toda la población estaba en pie para ver andar y correr á la que la antevíspera no podía dar un paso. Se dirigió á la iglesia, y el señor Cura la recibió y llevó al altar de la Santísima Virgen, en donde se cantó el *Magnificat*.

A las siete de la mañana siguiente tuvo lugar la Misa de acción de gracias. ¡Qué encantadora y qué deliciosa fiesta! nada faltaba en ella: afluencia de gente, cantos piadosos, comuniones numerosas, todo había. El altar de la Santísima Virgen estaba magníficamente adornado; un sillón y un reclinatorio con flores blancas habían sido preparados para nuestra joven afortunada.

Las Hijas de María fueron á buscar á su dichosa compañera y le hicieron una escolta de honor; todas las miradas se volvieron hacia ella cuando atravesó el umbral de la iglesia vestida con las castas libreas de la Virgen. Su blanco vestido, su banda de color de cielo, su largo velo con pliegues flotantes, su corona virginal, eran como un reflejo de la alegría y del candor de su alma. Comenzó la Misa, y los cantos piadosos no cesaron de resonar todo el tiempo que duró el Santo Sacrificio. ¡Cuán conmovidos estábamos todos! ¡Y cuánto más lo estuvimos después cuando el señor Cura, cuya dicha no tenía límites, nos dirigió estas palabras: «Comprendo vuestra solicitud y vuestra emoción, que son muy legítimas. Habéis querido uniros á nosotros para dar gracias al Señor, de quien viene todo dón, y á su Santísima Madre. Ya habíamos dado las gracias al Señor Jesús y á la Santísima Virgen en aquella misteriosa Gruta de Lourdes, pero esto no basta; es preciso que todos juntos repitamos: *Gracias á María, á nuestra buena Madre*, que se ha dignado volver sus ojos hacia una de nuestras hijas; sin duda que nuestro agradecimiento es pobre porque nosotros somos pobres, pero haremos lo que podamos cantando con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas el cántico de acción de gracias.»

La ceremonia terminó con la bendición del Santísimo Sacramento y con el canto del *Magnificat*. La joven protegida de María fué de nuevo conducida en triunfo por sus compañeras y por la multitud.

La curación ha sido instantánea y radical, y conti-

núa sin ninguna alteración. Esperamos que Dios acabará su obra, y que esta gracia de la Reina del cielo redundará en beneficio de las almas.

Ruego á V. acepte, etc.

UN PEREGRINO.



DOCUMENTOS COMPROBANTES

N.º 1

Este milagro fué referido por los *Annales de Lourdes* en el mes de Diciembre de 1876, es decir, más de trece años después de sucedido. La relación de la Sra. Anger está fechada en Lavacan el 10 de Septiembre de 1876, y firmada: «Por copia conforme, H. Emanuel.» Mas como Lavacan está situado cerca de Auch, en el departamento de Gers, al otro extremo de Francia, no pudiendo explicarme esta firma y estas fechas en apariencia contradictorias, he escrito á Ploërmel, y he aquí las explicaciones que se ha servido mandarme el venerado Hermano Emanuel, que había copiado la relación:

«Monseñor:

«... Tengo verdadero gusto en poder dar á Vuestra Grandeza las explicaciones que desea.

«La relación que Vuestra Grandeza ha leído en los *Annales de Notre Dame de Lourdes* tocante al milagro obrado en favor del joven Edme Remy, de Ploërmel, fué redactada por el abate Hillion, entonces profesor en el colegio de San Estanislao, de Ploërmel, hoy obispo de Cabo Haitiano, teniendo á la vista la narración que le hizo la Sra. Anger, abuela del joven.

«Los dignos y virtuosos padres del joven del milagro no se dieron prisa á publicar este beneficio. Se contentaron por el momento con dar gracias á Dios y á su Inmaculada Madre en

unión de las piadosas Religiosas Ursulinas que contribuyeron tan poderosamente á obtenerles un favor tan precioso.

«En Septiembre de 1876, habiendo tenido la dicha de acompañar á nuestro reverendo Hermano Superior general que iba á presidir los ejercicios espirituales que hacen todos los años nuestros Hermanos del Mediodía en nuestra casa provincial de Lavacan, cerca de Auch, los piadosos padres del joven Edme Remy me entregaron la relación del milagro, fielmente conservada en los papeles de familia, rogándome que la hiciera insertar en los *Annales de Noire Dame de Lourdes*. Durante mi permanencia en nuestra Comunidad de Lavacan fué cuando transcribí dicha relación, y algunos días después al pasar por Lourdes entregué una copia de ella á uno de los Padres guardianes del venerado Santuario, y esta «copia conforme,» firmada por mí, no fué publicada hasta el mes de Diciembre siguiente.

«He aquí, monseñor, la explicación de las fechas contenidas en la relación que habéis leído y la razón de hallarse mi nombre al final de esta conmovedora narración.

«Añadiré, monseñor, que para responder al deseo de los esposos Remy, modelos acabados de padres cristianos, hice colocar en la misma época en la Basílica de María Inmaculada un *ex-voto* de mármol blanco en memoria perpetua de la fecha del beneficio y de su profunda gratitud hacia la Madre de Dios y la Protectora de su hijo.»

«Dígnese aceptar, monseñor, etc.»

N.° 1 *bis*

«Invitado por la Superiora de la Congregación de señoras Ursulinas de Pons á decir lo que sabe sobre la enfermedad y curación de la Sra. D.ª Justina, en Religión sor P..., el que subscribe hace la siguiente declaración, limitándose á enunciar los hechos cuya interpretación no le corresponde.

«Hace dos ó tres meses la Hermana P... me enseñó un tumor situado en el costado izquierdo. Este tumor tenía el volumen de un huevo de paloma, estaba duro, sin adherencia y la ocasionaba vivos dolores. La enferma atribuía su origen á un golpe que había recibido. Dicho tumor me pareció de naturaleza cirrosa, y empleé para curarlo los medios ordinarios, que no dieron resultado alguno.

«Hace algunos días, quince poco más ó menos, me anunció la Hermana P... que estaba curada, que no sufría ya y que el tumor había desaparecido. Me certifiqué en efecto de la verdad de esta aserción, y no hallé traza alguna del tumor.

«La Hermana me refirió entonces que había sido curada con el agua de Lourdes, casi instantaneamente, después de dos ó tres aplicaciones de dicha agua y durante el curso de una novena.

«**Pons, 7 Mayo de 1872.**

«Dr. Ardouin.»

N.° 2

«Los que suscriben, doctores en medicina de la Facultad de París, médicos del hospital de Mussidán (Dordoña), certifican haber sido llamados en Septiembre último para asistir á la señorita María Dupuy, de Mussidán, atacada de una fiebre nerviosa complicada de turbaciones funcionales graves y variadas manifestándose: del lado de la laringe, por una extinción de voz; del lado del corazón, por palpitaciones más ó menos frecuentes, seguidas algunas veces de opresión; del lado del estómago, por una inapetencia casi absoluta y vómitos frecuentemente repetidos, sobre todo después de la ingestión de la menor cantidad de alimento, cualquiera que fuera su calidad. Que los diferentes medicamentos que los que subscriben han juzgado mejores y han ensayado para combatir este estado mórbido, han sido casi siempre mal soportados, y por consiguiente mal seguidos y sin ninguna eficacia; y que después de hacer uso del agua de Nuestra Señora de Lourdes y á la conclusión de una novena hecha por su intención, la Srta. Dupuy recobró el 15 de Enero último la salud de una manera repentina y completa.

«En fe de lo cual los que subscriben extienden el presente certificado.

«G. Bosviel, *médico*.—E. Dambrier, *d. m.*

«**Mussidán, 5 de Febrero de 1872.**

N.° 3

CERTIFICADO DEL MÉDICO

»Brujas, 29 de Julio de 1873.

«El que subscribe, doctor en medicina, declara haber visto producirse el 16 de Julio de 1872 una curación *completa* é *instantánea* en una Religiosa del convento inglés de Brujas, llamada en Religión sor Teresa José.

«Esta señora, que tiene actualmente cincuenta y cuatro años, hacía dieciséis que estaba enferma. Su afección, bastante compleja, consistía especialmente en accesos de asma complicados de bronquitis crónica con tumefacción pulmonar é hipertrofia del corazón.

«El estado de la enferma presentaba todos los inviernos una ó varias agravaciones ó crisis acompañadas de fiebres y de sudores abundantes, obligándola á guardar cama; y á consecuencia de estas crisis tuvo una gran pérdida de fuerzas, convalecencias largas y penosas, complicadas muchas veces con recaídas, y jamás seguidas de vuelta completa á la salud de modo que le permitieran dedicarse de nuevo á sus ocupaciones y volver á su celda.

«Pero de todas estas recrudescencias, la que tuvo lugar á principios de 1872 fué incontestablemente la más violenta; las tres últimas semanas que precedieron á su repentina curación la enferma no podía soportar el menor alimento ni podía levantarse de la cama; los accesos de opresión eran tan fuertes que no podía articular una sóla palabra sin peligro de sofocación; sus angustias y las palpitaciones habían llegado á su más alto grado; en una palabra, el conjunto de los síntomas era tan alarmante, y tal el agotamiento de fuerzas, que yo esperaba de día en día un desenlace fatal.

«Entre tanto, el 16 de Julio de 1872, durante una novena que se hacía en honor de Nuestra Señora de Lourdes, á eso de las ocho y media de la mañana, después de una noche y una mañana de las más agitadas, la enferma sintió que se obraba en ella un gran cambio, y se encontró subitamente libre de todos sus males y curada por completo.

«Efectivamente, con la curación de sus males le volvieron de repente todas sus fuerzas; y la que unos momentos antes no podía moverse en su lecho de dolor sin transiciones violentas, encontró repentinamente las fuerzas necesarias para levantarse, vestirse y bajar las escaleras. No es esto todo; con gran sorpresa de sus compañeras fué con ellas á participar de su almuerzo y comió con el mejor apetito; y en seguida, desde el mismo día, siguió los diferentes ejercicios de la Comunidad, y por último, llegada la noche, fué á ocupar de nuevo su celda, que había dejado hacía dieciséis años.

«Con posterioridad á esta época, es decir, pasado más de un año, su curación no se ha desmentido; y el convento, en vez de una Hermana enferma y sufriendo, posee actualmente en la persona de Teresa José una excelente enfermera.

«Tal es, con algunos detalles, el hecho extraordinario de que he sido testigo, y no vacilo en declarar que una curación semejante en las condiciones y circunstancias que acabo de exponer, no puede obtenerse con los socorros del arte medical ni con los recursos de la naturaleza, y que debe atribuirse á la intervención de una causa ó de un *poder sobrenatural,* únicos capaces de restaurar *inmediatamente* las fuerzas corporales en un organismo tan consumido.

«E. VAN-DROMME, *m. d. P.*»

N.° 4

INFORME DE MR. PIFFON, DOCTOR EN MEDICINA

El que subscribe, doctor en medicina de la Facultad de París, residente en Lesparre, certifica que son exactos y me son conocidos los siguientes sucesos.

Margarita Bobe, de cuarenta años, domiciliada en Queyrac (Gironde), ha sido asistida por mí desde hace más de veinte años con motivo de una anemia acompañada de accidentes muy graves. Hacía seis años que no abandonaba la cama ó el cuarto, y estaba completamente privada del uso de sus miembros inferiores. Su debilidad era tan grande, que á principios de este año y por consejo mío fué transportada al Hospicio de Lesparre, sin que su estado mejorase. Apesar de su ardiente piedad,

no podía ni aun ir al oratorio del establecimiento, contiguo á la sala donde había estado recogida.

El 4 de Agosto Margarita Bobé me manifestó que tenía intención de ir á Lourdes á pedir á Dios su curación, que la ciencia no podía darle, añadiendo que si no la conseguía se consideraría dichosa en morir y ser enterrada al pie de la Gruta.

Hice todos los esfuerzos para disuadirla de este proyecto, convencido como estaba de que su estado no le permitiría emprender este viaje, que debía durar dos noches y un día.

El 8 de Agosto, con gran sorpresa mía, la vi entrar en mi gabinete andando y gozando al parecer de la mejor salud, y me dijo:

«Dios me ha escuchado... Ando... Fuí á Lourdes, y en cuanto me bañé en las aguas de la fuente milagrosa empecé á andar y me sentí revivir.»

Debo añadir que después ha dado largos paseos, se ha entregado á los trabajos interiores del Hospicio de Lesparre y goza de salud.

De todos estos hechos no puedo menos de deducir *que la curación de Margarita Bobé tiene un carácter sobrenatural que los principios de la ciencia no justifican ni explican, y que, á mi modo de ver, hay que atribuir á causas sobrehumanas.*

Lesparre, 3 de Octubre de 1872.

PIFFON, *doctor médico.*

N.° 5

El que subscribe, doctor médico en Maulevrier, certifica ser en un todo conforme y verdadera la relación del señor Cura de los Echaubrognes referente á María Tisseau.

DESORMEAUX, *doctor médico, P.*

Maulevrier, 24 Mayo de 1873.

N.° 6

Declaración del Dr. Masurel, médico de la casa de Huérfanos, que certifica la naturaleza extraordinaria de la curación.

«El infrascripto, doctor médico, certifica que la Srta. Sofía Druon, de veintiséis años, pensionista en la Misericordia de Lila, estaba atacaba de un raquitismo muy pronunciado, cuyo efecto principal era hacer difíciles y muy limitados los movimientos de los miembros superiores, y dejar completamente inertes los miembros inferiores.

«Este estado de enfermedad, considerado como incurable, lo conocía yo hace doce ó trece años; mas el 8 de Septiembre último, á las nueve de la mañana, examinando á la citada señorita reconocí: 1.° que el enderezamiento y el movimento de los miembros inferiores eran bastante acentuados para permitir una marcha fácil; 2.° que los miembros superiores habían adquirido en la extensión de sus movimientos una mejoría notable.

«Este resultado es tanto más extraordinario, cuanto que se ha producido instantáneamente y sin ninguna transición que permita atribuirlo á la influencia de la medicina.

MASUREL.

«Lila, 12 Septiembre de 1872.

N.° 7

El que subscribe, doctor en medicina de la Facultad de París, residente en Herbiers (Vendee), certifica lo siguiente:

«La joven Filomena Simonneau, de veinte años de edad, que vive con sus padres en Chambreteau, cantón de Mortagne-sur-Sevre (Vendee), de temperamento escrofuloso, que no es único en su familia, fué atacada hace más de cinco años de una *necrosis* de los huesos de la pierna derecha. Yo asistí á esta enferma desde el principio de la afección, en cuya época no ofrecía otros caracteres que los de una *osteites,* cuya naturaleza no tardé en reconocer. Jamás tuve duda en mi diagnóstico, el cual ha sido comprobado por otros colegas míos. La marcha y los fenómenos ulteriores de la lesión no dejaban tampoco la menor duda sobre los realidad de la necrosis escrofulosa.

«Al hacer mis primeras visitas á la joven Simonneau hace más de cinco años, había anunciado que la enferma no tenía probabilidades de curación sino después de largos sufrimientos y de accidentes gravísimos, y tal vez á costa de una enfermedad permanente, la anquilosis de la articulación peróneo-tibio-tarsiana. Efectivamente, la joven Simonneau ha estado constantemente clavada en su lecho desde esta época. Ha tenido abscesos numerosos y sucesivos, y fístulas en diferentes partes: secuestros múltiples y voluminosos han acabado por salir penosamente. Los dos huesos de la pierna derecha han estado enfermos en su mitad inferior, pero principalmente el peróneo, cuyas deformidades se pueden apreciar todavía fácilmente. Este hueso, que en lo normal es recto y liso, está desigual, grueso y tortuoso en su dirección desde su mitad hasta el tobillo.

«Recuerdo que cuando yo asistía á la enferma, todo el miembro estaba incapaz de movimiento voluntario ó comunicado; lo que se explica muy bien por la enorme hinchazón que existía, por el dolor, por la tensión y el cambio de los músculos y de sus tendones, y por el estado inflamatorio de todos los tejidos. Durante varios años la joven Simonneau no ha podido hacer el menor uso de su pierna derecha; y recuerdo también perfectamente que el 11 de Marzo de 1872, habiendo sido llamado á asistirla para una afección aguda de otro género, no pude hacerla sentar sobre el sillón para auscultarla, por estar envarado y doloroso el miembro inferior derecho hasta el punto de no prestarse á ninguna flexión. En aquel entonces no di importancia actual á una enfermedad antigua y crónica cuyo procedimiento racional se había hecho y se hacía siempre regularmente, y cuyo resultado previsto é inevitable, según mi opinión, era la anquilosis si las supuraciones llegaban á extinguirse y los huesos gangrenados á purgarse.

«Después de esta época no volví á ver á la enferma, que confieso no podía fijar especialmente mi atención, dado que la ciencia no tiene armas para combatir estas graves lesiones desgraciadamente demasiado frecuentes, ni era posible prever una curación que parecería sorprendente.

«Habiendo tenido hoy ocasión de ver á mi antigua enferma, que me dijeron se había curado, he examinado con toda la atención posible su estado. A primera vista me sorprendió su apariencia de salud, contrastando singularmente con la fisonomía lánguida que yo le había conocido. Me sorprendió verla venir á mi encuentro con aire alegre y esbelto, contrario á la diátesis escrofulosa que padecía y á la anquilosis del pie. He explorado la articulación, enferma en otro tiempo, y las llagas antiguas que yo había reconocido, y he podido convencerme que no existe ninguna traza de anquilosis de la articulación peróneo-tibio-tarsiana. Las llagas que se habían producido en diferentes épocas encima del maléolo externo, están entera y recientemente cicatrizadas: el color rosa y la apariencia de la superficie del tejido cicatricial dan prueba de ello, como las cicatrices son y serán siempre testigos indelebles y característicos de la lesión diatésica que he reconocido. No hay dolor alguno á la presión ni en el movimiento. La piel está adherida al peróneo, y se siguen todos los contornos rugosos de este hueso, cuyas desigualdades consiguientes á la eliminación de los secuestros y al trabajo de reparación se aprecian perfectamente.

«Existe un volumen considerable en el cuello del pie y en la mitad inferior de la pierna, debido á las concreciones huesosas que han reemplazado al hueso normal, y á la elevación consiguiente de los tendones y membranas, pero sin hinchazón edematosa ni inflamatoria. En fin, me es imposible negar que la pierna de la joven Simonneau está curada, y curada más completamente de lo que podía esperarse después de una enfermedad tan terrible.

«Al mismo tiempo, el estado general es muy bueno. Tanto la enferma como sus padres me han asegurado que las supuraciones habían cesado hacía unas tres semanas, lo cual concuerda con el aspecto de las cicatrices, y que desde entonces la libertad del miembro se había manifestado. Según me han dicho, la época de esta curación tuvo lugar en un viaje que la enferma hizo á Lourdes.

«La cicatrización muy rápida y definitiva de los tejidos blandos y huesosos es ya un resultado que me parece admirable y que la ciencia explicaría difícilmente. Pero la anquilosis verdadera ó falsa, completa ó incompleta, que se cure tan fácil y tan prontamente me parece inexplicable, y yo afirmo que la anquilosis verdadera es absolutamente incurable por los recursos de la naturaleza y del arte. ¿Ha existido esta anquilosis en el caso presente? Yo no puedo certificarlo, no habiendo tenido ocasión de comprobarla antes de la reciente curación. Pero estoy moralmente convencido que la anquilosis debía existir, *verdadera* ó *falsa*. En efecto, si se admite que la anquilosis *verdadera* no

ha sido producida por la larga enfermedad y por la privación absoluta de todo movimiento de la articulación durante más de cinco años, y que sólo se trata de una anquilosis *falsa,* que es más ó menos curable, dejo entonces á maestros más hábiles el cuidado de explicar por los cálculos de la ciencia cómo una articulación tanto tiempo condenada á la inmovilidad, sin haber sufrido la anquilosis verdadera, ha podido tan rápida y completamente volver á su juego sin conservar ningún embarazo en su agilidad, ni la menor claudicación en la marcha de una persona que durante cinco años no ha podido hacer uso de su pierna derecha.

«Si mi buena fe puede encontrar escépticos, si mi afirmación puede suscitar contradictores, los invito á todos á examinar por sí mismos los hechos que he referido (y esto en interés de la verdad que creo servir), y si mis aserciones y observaciones se prueban falsas ó erróneas, yo mismo las condenaré.

«En resumen, mi opinión es que la joven Simonneau, á consecuencia de una afección escrofulosa muy grave de la pierna derecha que debía provocar una anquilosis verdadera ó falsa, aun admitiendo una curación natural, está en este momento perfectamente curada, sin ninguna otra señal permanente que las cicatrices huesosas y cutáneas, y por consiguiente sin *anquilosis* ni *claudicación*. Esta curación sorprendente, que yo certifico, se ha obrado además con una rapidez que nada tiene que ver con la lentitud ordinaria de las curaciones en el género que nos ocupa. Debo, pues, declarar con toda sinceridad en mi alma y en mi conciencia, que la ciencia medical no puede darnos la explicación absoluta de todos los fenómenos de esta curación, que es auténtica y de que yo no he visto jamás ejemplo semejante.

«En los Herbiers, 20 de Octubre de 1872.

«H. Moreau, *doctor.*

N.° 7 *bis*

I

Señora Baronesa:

«Acabo de leer con el más vivo interés la memoria que ha tenido V. la bondad de enviarme, la cual contiene con una exactitud perfecta todos los padecimientos que ha sufrido V. y todas las fases de la larga y dolorosa enfermedad que ha soportado con tanta paciencia como valor.

«He tenido el honor de ver á V. con frecuencia en su lecho de dolor, y su noble resignación á la voluntad de Dios me ha impresionado siempre, con tanta más razón cuanto que V. estaba convencida como yo hacía mucho tiempo de la impotencia de la medicina.

«¿Por qué no había de decirlo el médico de buena fe? Sí, es verdad: V. tenía una de esas enfermedades graves que terminan casi siempre de una manera lastimosa; era V. presa de sufrimientos atroces; había V. llegado á esa edad de la vida en que las enfermedades toman un grado más de gravedad; los remedios más diversos que había aconsejado la experiencia de tres médicos afectos á su persona y amigos de su familia fueron reconocidos impotentes; hacía muchos meses que nos vimos reducidos á no dar á V. más que consuelos y testimonios de simpatía, cuando me hizo V. saber que su señora hija había partido para Lourdes con intención de pedir á la Santísima Virgen la curación que la medicina no podía procurarle. Si no recuerdo mal me habló V. de oraciones que se hacían al mismo tiempo, según su intención, en Brive, Tulle, Lourdes y otros puntos; yo me alegraba de esta última esperanza que quedaba á la familia de V., pero no me atrevía á participar de su confianza.

«Ocho días después Mr. de Lamberterie me escribía: «Venga «V. á felicitarnos: la señora se ha curado: demos por ello gra-«cias á Nuestra Señora de Lourdes.»

«Luego que llegó la carta partí, y tuve el gusto de reconocer que la timpanitis había desaparecido, que el volumen enorme del hígado no existía, que los órganos abdominales, tan seriamente comprometidos algunos días antes, habían recobrado su estado normal.

«Sin embargo, nada de extraordinario se había producido, y la curación hubo de verificarse sin crisis.

«¿Qué pensar de esta curación tan súbdita, realizada en circunstancias tan excepcionales y extraordinarias?

«No titubeo en decirlo: la medicina no debe reivindicar el honor de ella. Con mis felicitaciones muy sinceras y el deseo de ver durar largo tiempo esta curación, reciba V., señora Baronesa, la nueva seguridad de mis respetuosos homenajes.

«ALÉGRE, *d. m. P.*

«Allassac, 21 de Julio de 1873.»

II

«Señora:

«No me corresponde relatar las diversas fases de la larga y grave enfermedad que ha tenido V., por no haber seguido su curso completo y no haber sido llamado al honor de asistir á V. sino en los últimos tiempos de su enfermedad, es decir, hacia fines de Julio de 1872. Pero lo que yo puedo decir es que entonces el estado de V. me pareció de los más graves, de los más peligrosos, de los que no dejan la menor esperanza de curación. Este era el lenguaje que yo usaba con los miembros de su familia que me preguntaban acerca de su situación, y debo reconocer que su restablecimiento ha sido para mí de los más inesperados, y para el cual se puede invocar una intervención sobrenatural.

«Al dirigir á V., señora, este resumen de mi apreciación por haber sido felizmente curada, formo los votos más sinceros por su duración, y ruego á V. acepte el homenaje de mi profundo respeto y afecto.

«POMAREL.

«Brive, 12 de Julio de 1873.»

III

«Señora Baronesa:

«He leído con mucho cuidado é interés la relación que ha querido V. someter á mi juicio. No puedo menos de aprobarla en todas sus partes; mas como en él se exponen hechos que no necesitan mi testimonio, que para nada les sirve, considero más sencillo, recordando y consultando mis notas, redactar un pequeño resumen que dirijo á V. con mi certificación firmada. Habiendo sido observados estos hechos que recuerdo por mis colegas lo mismo que por mí, podrían someterse también á su apreciación; y me sería muy grato que mis honorables colegas se sirvieran modificar ó corregir mis observaciones como les pareciera, pues de antemano me someto á su juicio y á las modificaciones que crean conveniente hacer.

«Reciba V., señora Baronesa, nuevamente mis felicitaciones por los favores que se ha dignado concederle la Reina de Lourdes; confío que su poderosa Auxiliadora, cuya intervención me hago un honor y un deber en reconocer, se servirá completar su obra y darle duración; ésta será una recompensa merecida por su fe bien probada, sus oraciones y las apremiantes instancias de esos ángeles de la familia de V. que han sabido abrir las manos de la divina Madre de nuestro Salvador.

«Ruego á V. acepte, señora Baronesa, el homenaje respetuoso de su humilde y afectísimo servidor,

«DR. BRUN.

«Saint-Ceré, 5 de Julio de 1873.»

«El Dr. Brun que subscribe no puede reconocerse ningún título á la calificación lisonjera que la señora Baronesa de Lamberterie da á los médicos que han tenido el honor de asistirla, pero puede certificar:

«Que desde el mes de Marzo de 1869 la señora Baronesa presentaba en su salud una grave alteración. En los meses de Abril y Mayo siguientes, independientemente de los desórdenes funcionales serios observados en el aparato de las vías digestivas, el infrascripto reconoció con entera certitud por la palpación y la percusión un aumento considerable del volumen del hígado, cuyo órgano traspasaba por su borde inferior tres dedos á las costillas falsas, y el límite superior estaba también un poco elevado.

«El estado de la señora Baronesa sufría alteraciones de mejoría ó gravedad; pero la lesión material del hígado persistía siempre.

«Desde Marzo á Octubre de 1872, una timpanitis desarrollada en el extremo y que resistía á todos los medicamentos, vino á

poner á la Baronesa en el estado más lastimoso, inspirando á los médicos serios temores.

«Así las cosas, perdida la esperanza en lo humano, la señora Baronesa empezó á beber á fines de Septiembre el agua de Lourdes. Desde el 7 de Octubre el Doctor que subscribe veía con sorpresa y complacencia que los síntomas más graves mejoraban, que el vientre perdía progresiva y rápidamente el volumen que tenía, que las funciones digestivas se restablecían de un modo admirable, *mirum in modum*. Desde entonces la convalecencia ha seguido regularmente. Poco tiempo después la señora Baronesa podía emprender viajes bastante largos. El Doctor que subscribe no ha tenido ocasión de poder examinar con cuidado á su interesante enferma hasta el 18 de Octubre; pero ese día observó el notable alivio que había experimentado, y después la ha vuelto á ver y examinar el 17 de Junio de 1873, encontrándola en un estado muy satisfactorio en todos conceptos. Al través de las paredes abdominales ya desinflamadas ha reconocido y comprobado que el hígado ha vuelto á sus proporciones normales. Este órgano no traspasa, por su borde antero-inferior, el borde de las costillas falsas; y su límite superior, apreciado por la percusión, parece normal.

«Saint-Ceré, 7 de Agosto de 1873.

«DR. BRUN.»

N.º 8

INFORME DEL MÉDICO

Desde el año de 1859 he estedo asistiendo á la señora Ancelín, y las principales observaciones que conservo tomadas de las notas escritas por mí en cada una de las visitas que la hice, son las siguientes:

Siempre la he visto sufrir. Yo no la conocía antes de haber empezado á visitarla. Grandes contratiempos habían alterado su salud; casi siempre estaba enfermiza; una pericarditis sintomática de un antiguo reumatismo le causaba frecuentes palpitaciones, sofocaciones inquietantes, una ortópnea intensa; el corazón funcionando mal; el aparato respiratorio estaba alterado. Además, los sudores menopáuticos eran muy abundantes y debilitantes á la vez; estaba sujeta á las fiebres tercianas; su constitución se había gastado enteramente. Vivía penosamente, con tanta más razón cuanto que su estado de fortuna no le permitía satisfacer á las varias exigencias de su enfermedad.

A fuerza de penosas emociones que trabajaban sobre una constitución nerviosa ya muy quebrantada, había llegado al punto de que la menor impresión la ponía enferma y la hacía guardar cama durante semanas y meses.

En Abril de 1869 su hermano el Dr. Morillón, médico de Pont-Saint-Maxence (Oise), le mandó un medicamento muy enérgico que consistía principalmente en purgantes repetidos, nitro y digital. Pero el mal estaba muy arraigado, y ya en Abril de 1870 la enferma se apercibía de la hinchazón de las piernas, signo habitual de una lesión orgánica del corazón, hipertrofia del corazón con insuficiencia de las válvulas. Desde esta época la infiltración subcutánea no desapareció más, siendo especialmente muy fuerte durante los grandes calores del verano y en los fríos húmedos de la mala estación. La infiltración fué poco á poco siendo general (anasarca). Había cierta cantidad de cerosidad en el peritóneo, y la parte alta del vientre estaba muy estirada y timpanizada. Los miembros inferiores se pusieron muy dolorosos: la rodilla derecha sobre todo fué por mucho tiempo el lugar de violentos dolores reumáticos con derrame ceroso en la articulación. La tendencia á la formación de la cerosidad patológica en toda la economía se mantenía siempre. Paso en silencio los diferentes síntomas de esta grave enfermedad, tales como la dificultad y escasez de la orina, la pereza invencible de los intestinos ó las diarreas debilitantes, las hemorragias de narices y una atonía completa. Durante este tiempo y cada seis meses tenía yo que darle un certificado declarando que la enferma se veía en la imposibilidad de presentarse en persona á la Tesorería general para cobrar sus pobres rentas; mi último certificado está fechado el 2 de Julio de 1872.

Desde Enero de 1871 hasta su viaje á Lourdes, su vida ha sido un suplicio: las sofocaciones, las bronquitis catarrales, las hemorragias, los sudores excesivos, la fiebre, la timpanitis, la anasarca, todo concurría á la vez á sus sufrimientos.

El 10 de Abril de 1872, una lechera de San José (carretera de Carquefou), la condujo á su casa en su carro; este cambio de aire le sentó bien y le quitó un poco la opresión, pero el mal volvió algunos días después. Dió cinco ó seis paseos de este

género que le procuraron siempre algún alivio. A fines de Junio de 1872 condujéronla á Santa Ana de Auray. Este viaje lo hizo igualmente bien, tan bien que dejó allí sus muletas; pero la anasiarca persistió con sus demás miserias.

Por fin, cuando la primera peregrinación de Nantes á Lourdes fué resuelta, se apoderó de ella un ardiente deseo de tomar parte en ella con firme propósito de efectuarla. Todos aquellos á quienes comunicó su proyecto, entre quienes me contaba yo, lo calificaron de insensato, temerario é irrealizable. Ella, sin embargo, persistió en su resolución, y contra su voluntad no pudo formar parte del primer tren; sintiólo mucho, y no tuvo consuelo sino cuando supo que se verificaría otra peregrinación el 8 de Octubre. Llegó este día tan deseado, y las dificultades comenzaron. Costó bastante trabajo bajarla de su habitación, no obstante estar en el primer piso, y colocarla en un coche y después en el vagón.

La vi á su regreso: *estaba transformada;* inundada de alegría. Sólo un sentimiento la animaba, el del más vivo reconocimiento á Dios y á la gloriosa Inmaculada Concepción.

La anasarca y la timpanitis, la tirantez dolorosa de las rodillas, las sofocaciones, la fiebre, todo había desaparecido. Y hay que notar que este viaje se efectuó en condiciones deplorables: la Sra. Ancelín estaba en un vagón de tercera clase; la estación era tan mala que, según refieren los peregrinos que la acompañaron y la misma enferma, los chubascos habían sido tan abundantes y multiplicados que sus vestidos estuvieron constantemente mojados, teniendo necesidad de conservarlos así hasta su vuelta por falta de otros para cambiarlos.

Todo concurría, pues, á aumentar su enfermedad más bien que á curarla.

Hoy, 18 de Noviembre, su curación radical se mantiene; la Sra. Ancelín ha recobrado su energía, su actividad y su buena salud de otro tiempo. Desde su llegada á la estación de Nantes, desde la cual se dirigió á su casa á pie, hasta este día, no ha cesado de dar grandes paseos por la ciudad, devolviendo visitas á sus conocidos, que había tenido que interrumpir hacía dos años, todo esto sin apoyo de ninguna clase. La infiltración no ha vuelto á aparecer. Tiene el juego libre de los tendones de la espalda, de las manos y de los pies; los párpados y el rostro no están ademutizados.

Ha habido aquí un fenómeno *evidentemente extraordinario.*

Cuando enfermos como la Sra. Ancelín curan, lo cual es raro, la curación se hace lentamente y es siempre precaria; las recaídas, las reincidencias son casi siempre ciertas, sobre todo cuando llega la mala estación. En el caso presente no ha habido esto. Hace casi seis semanas que esta curación se ha obrado, y la afortunada peregrina continúa gozando de la salud más perfecta.

Nantes, 18 de Noviembre de 1872.

Firmado: EUGENIO THIBAULT, *d. m.*

P. S. Hoy 30 de Noviembre visito de nuevo á la Sra. Ancelín y la encuentro exactamente en el estado descrito anteriormente, gozando del bienestar más completo después de una enfermedad tan larga y dolorosa.

Certificado conforme: J. BORET, *Vic. gen.*

N.º 9

TESTIMONIOS DE LOS NOTABLES DE CHABRIS, Y DE LOS PADRES DE LA SRTA. AURELIA BRUNEAU

Chabris, 16 de Octubre de 1872.

Los infrascriptos, alcalde y habitantes de Chabris, certifican que la Srta. Aurelia Bruneau, que nació en Chabris el 24 de Abril de 1853, nació *sordo-muda,* constándoles que esta joven, educada en las escuelas de sordo-mudos de Déols y de Orleans, no ha oído jamás ningún sonido hasta el 11 de Octubre corriente.

El alcalde de Chabris,
FAUTEREAU.

Han firmado: Patrigeón, propietario.— Champión, teniente alcalde.— Darnault.—Gabriel Patrigeón.—Brissemoret.—Chauvín.— Ricosset.— Ledoux.— Marseille.— Marnotte.— Toupet, tesorero, etc.

Los que subscribimos, padres de Aurelia Bruneau, declaramos que nuestra hija, sordo-muda de nacimiento, oye perfectamente y hace progresos en su lenguaje desde el 11 de Octubre último, por lo cual damos gracias á Dios.

Chabris, 24 de Noviembre de 1872.

BRUNEAU.—M. DE BRUNEAU.

El que subscribe, notario de Montbazón, declara para rendir tributo á la verdad que su sobrina Aurelia Bruneau, que ahora *oye bien y habla,* ha estado completamente sordo-muda desde que nació hasta el 11 de Octubre, y que hasta esta fecha no percibió jamás ningún sonido.

Montbazón, 30 de Noviembre de 1872.

BRUNEAU, *notario.*

DOS CERTIFICADOS DEL DR. DE LA MARDELLE, MÉDICO DE CHABRIS

Chabris, 15 de Octubre de 1872.

El infrascripto, doctor en medicina, residente en Chabris, cantón de San Cristóbal, distrito de Issoudún (Indre), certifica conocer perfectamente desde su nacimiento á la Srta. Aurelia Bruneau, que nació aquí el año de 1853.

Sometida desde su infancia á mis cuidados, reconocí en ella los síntomas de sordo-mudez de nacimiento, de modo que la observación más sostenida y minuciosa ayudada de la atención más racional no hizo sino confirmar á la familia en la certeza de una enfermedad superior á todos los recursos del arte.

El Dr. Delot, de París, á quien llevaron la niña, afirmó por su parte que la enfermedad era incurable.

La niña fué confiada entonces á las Hermanas de Deols, de Chateauroux, encargadas de la instrucción de los sordo-mudos del departamento, y después fué enviada á Orleans á una escuela de la misma especie.

Vuelta otra vez al seno de su familia, la joven Aurelia Bruneau, cuya fisonomía expresiva revela una rica inteligencia, nos presentó enteramente confirmados por la edad todos los caracteres de la sordo-mudez, y ningún medicamento ni operación han sido intentados en estos últimos tiempos para modificar esta enfermedad nativa. Por lo tanto, si la joven Aurelia ha recobrado el oído y la palabra no ha sido seguramente por la intervención de la ciencia ni de la naturaleza, sino el resultado de un hecho sobrenatural.

DE LA MARDELLE, *d. m.*

Visto para la legalización de la firma que antecede de Mr. de la Mardelle, doctor médico de Chabris.

Casa Consistorial de Chabris, 16 de Octubre de 1872.

MARNOTTE, *teniente alcalde.*

(Aquí hay un sello de la Alcaldía).

Chabris-sur-Cher, 6 de Enero de 1873.

En un hecho de observación claramente establecido que la sordo-mudez absoluta, congenial, tiene por consecuencia necesaria un *mutismo completo.*

La ausencia de la audición arrastra la privación de la palabra, aun cuando el examen más atento no hace descubrir en la organización de la oreja ninguna alteración apreciable.

La observación tan interesante de Aurelia Bruneau, antes de ser un prodigio, es una nueva confirmación de estos principios, que encuentran incesantemente su demostración en las salas de clínica de la institución *Stard.*

Después del ensayo infructuoso de los procedimientos usados en semejantes circunstancias, y perdida toda esperanza, Aurelia Bruneau fué colocada en una casa especial de sordo-mudos; allí creció, se desarrolló, se instruyó, se hizo mujer, volvió al seno de su familia, y siguió con la misma sordo-mudez durante más de veinte años.

El 11 de Octubre último, en la casa de las Hermanas de San Martín de Montbazón, en donde vive, de vuelta de una peregrinación á Lourdes, Aurelia Bruneau percibió de repente, claramente y por la primera vez el choque de los cuerpos, la voz hablada, los sonidos del armonium, el ruído de los movimientos

de un reloj y los acentos de la voz en la capilla donde rezan con ella.

Instantáneamente recobró el oido... Por toda medicación la sordo-muda introducía *hacia tres dias* en el conducto auditivo algunas gotas de agua de Lourdes traída por ella.

Mas esta agua, por su naturaleza, está privada absolutamente, según *Filhol,* de toda propiedad curativa.

Las multiplicadas experiencias á que someten á Aurelia, tales como la caída de una moneda, los golpes dados detrás de una puerta, el juego de campanas del reloj de la parroquia, los acordes del piano en una habitación inmediata, etc., etc., confirman en *presencia nuestra* la curación permanente de la joven.

Y no solamente Aurelia oye, sino que pronuncia palabras, habla: «Buenos días, caballero; buenos días, señora... ¿Cómo está V.?... Este album es mío, etc., etc.»

Tales son las condiciones de examen en que *ella se presentó á nosotros en Chabris* el 2 de Enero de 1873.

Su salud es perfecta, su fisonomía se ha modificado felizmente, los órganos de la audición no ofrecen ningún cambio, y no existe señal ni puede comprobarse que haya sufrido ninguna operación; nada, absolutamente nada apreciable existe si no es la *conquista del oido y de la palabra.*

Según nuestra opinión, la *curación continúa cierta, innegable. La sordo-muda oye, habla, y habla porque oye.*

De todos estos hechos me veo forzado á deducir que «esta curación, obtenida fuera de los procedimientos ordinarios de la naturaleza y sin el concurso de la ciencia médica, química ó quirúrgica,» aparece revestida del *carácter sobrenatural.*

De la Mardelle, *d. m.*

Visto para la legalización de la firma del Dr. de la Mardelle.

El alcalde, Champión.

(Lugar del sello de la Alcaldía).

N.° 10

Yo, Alejandro Francisco Aubry, doctor en medicina, certifico: que he asistido á una Religiosa franciscana, conocida en su Comunidad de Blois con el nombre de sor María de la Anunciación; que las medicinas administradas por mi desde Abril de 1871 á Agosto siguiente á fin de obtener las supuraciones sucesivas de una fistula, no pudieron conseguir la curación de ella, la cual me pareció entonces era impedida por el temperamento edematoso de la enferma.

Desde la época en que dejé de visitarla (Agosto de 1871) y en diferentes veces que he estado en la Comunidad para otras personas, tuve ocasión de ver á la H. Anunciación andando en el patio de la casa con mucha dificultad y dolores grandes; y supe después, ha cosa de un año poco más ó menos, que esta Religiosa había curado, es decir, que la llaga fistulosa perianal estaba cicatrizada, y que había recobrado con la libertad perfecta de sus movimientos la desaparición de sus dolores.

Blois, 29 Octubre de 1873.

Dr. Aubry.

N.° 11

CERTIFICADO DEL MÉDICO.

El que subscribe, médico de los hospitales de la ciudad de Puy y de la empresa de caminos de hierro en el centro del distrito de Puy, certifica constarle que la Srta. Rosina Ollivier estaba atacada de una enfermedad de hígado que había sido combatida durante diez años con las aguas de Vichy y de Vals.

Y como esta enfermedad persistía siempre, á pesar de todos los remedios empleados, en una visita de atención que le hice en los primeros días de Enero de 1873, le aconsejé que fuera á Lourdes; y á su regreso la he visto de nuevo, y me he cerciorado de su curación, que no se ha desmentido después.

En fe de lo cual doy el presente certificado.

En el Puy, 31 de Enero de 1874.

G. Arnaud.

El Cura de San Lorenzo, en el Puy, certifica para lo que pueda convenir que ha visto muchas veces á la Srta. Olivier con grandes sufrimientos, y que después de la peregrinación que ha hecho á Nuestra Señora de Lourdes se ha curado completamente.

N.º 12

CERTIFICADO DE LOS MÉDICOS

1.º El Dr. Peyrusse, de Narbona, citado en esta relación escribe:

«He visto en la Cripta á Carolina Esserteau, paralizada de los miembros, siendo en cierto modo un cadáver llevado en brazos sobre un sillón. Al saber su curación súbita, instantánea, quise ver mi cadáver de la Cripta: lo vi, y no era él. Carolina andaba delante de mí con paso firme y seguro. La fuerza muscular, la sensibilidad de sus miembros habían vuelto. Era un milagro.»

2.º El Dr. Vizerie, *protestante,* cirujano mayor del 10.º de coraceros de guarnición en Niort, que había visitado en el Hospicio á Carolina Esserteau, la vió de nuevo después de su curación, y escribió á la Superiora del Hospital lo siguiente:

«Saint-Maixent, 27 de Septiembre de 1873.

«Tengo el honor de mandar á V. el testimonio prometido al hacer el examen de su antigua enferma. No veo ninguna dificultad en esto, por parecerme esta curación insigne un efecto de esa fe que transporta las montañas. Declaro haber visitado en Abril de 1871 á la Srta. Esserteau, que me fué presentada como atacada de una afección crónica de la medula espinal. Esta enferma, entonces incurable, atacada de aquinesia manifiesta de los miembros inferiores, que se sostenía apenas apoyada en sus muletas, la he encontrado completamente curada, andando y corriendo, habiendo recobrado sus miembros su volumen normal como si no hubiera estado nunca enferma.

«VIZERIE, *d. m.*»

3.º El Dr. Grimaud, que había asistido á Carolina durante dos estaciones termales en Berèges, y la había declarado incurable, quiso ir á verla á Niort después de su curación, y en una relación largamente motivada no vacila en proclamar el *milagro,* complaciéndose en publicarlo.

Además escribió de Barèges el 17 de Julio de 1873 la siguiente carta que publicaba la *Semaine liturgique* de Poitiers (21 de Septiembre de 1873):

«Señorita:

«Si soy uno de los últimos en felicitar á V. por su milagrosa curación, no tengo necesidad de decirle que he sido uno de los primeros afortunados en saberla.

«La triste situación en que dejé á V. el año pasado y que no podía mejorarse por los medios puramente humanos, me venía muchas veces á la memoria; así es que mi alegría ha sido grande cuando el telegrama de V. me dió la grande noticia de su resurrección, pues V. es verdaderamente una resucitada y además una elegida, porque Dios no hace semejantes milagros para los corazones indiferentes.

«Ruego á V., pues, no olvide en sus oraciones al que ha hecho esfuerzos afectuosos aunque ineficaces para arrancar á V. de la marcha invasora de su enfermedad. Mi mujer é hija, contentas como todos los que han conocido á V. aquí, me encargan presente á V. sus recuerdos.

«Crea V., señorita, en mis sentimientos afectuosos.

«Firmado: DR. A. GRIMAUD.»

Terminaremos diciendo con el ilustre obispo de Poitiers, Mons. Pie, que interrogó á Carolina, diocesana suya, y escribió al señor Arcipreste de Niort:

«El carácter sobrenatural de esta curación súbita y persistente se revela con tal evidencia, que no puede menos de verse claramente en ella la mano poderosa de Dios. Este prodigio es uno de los más admirables obrados por la gracia divina en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.»

N.º 13

CERTIFICADO

Durante un período de ocho años, desde principios de 1852 hasta fines de 1859, he estado asistiendo al abate Guilmín, cura de Montanel y después de Dragey, por una caries de las últimas costillas esternales que padecía hace algunos años. Dos de estos huesos estaban grave y profundamente interesados en su longitud y en su diámetro, lo que observé repetidas veces introduciendo el instrumento explorador.

Muchas aberturas fistulosas daban salida á una abundante supuración que agotaba las fuerzas del enfermo.

En la época en que á consecuencia de su alejamiento dejé de ver á Mr. Guilmín, su estado se agravó de tal manera, que no solamente no conservaba yo ninguna esperanza de curación, sino que lo consideraba destinado á una muerte cierta en un porvenir más ó menos cercano.

Desde 1860 lo había yo perdido completamente de vista.

Hoy 6 de Marzo de 1876 se ha presentado en mi casa y me ha anunciado que estaba radicalmente curado. En efecto, el examen del sitio de su antigua lesión me ha hecho ver perfectamente cicatrizadas las llagas fistulosas que marcaban la región enferma, y sólo se encuentra sobre los huesos que estuvieron afectados una tumefacción sin carácter mórbido. La lesión local está, pues, perfectamente curada, y Mr. Guilmín goza de la más floreciente salud.

Vivamente interesado en tan extraordinaria curación, quise saber su historia, y el abate Guilmín me refirió que después de treinta años de padecimientos, y de haber renunciado desde hace mucho tiempo á los socorros inútiles de la medicina, debilitado por una abundante supuración, falto de fuerzas y entrado ya en la vejez (tenía sesenta y siete años), le vino la inspiración de hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes, y al concluírla el 22 de Agosto de 1873, se sintió repentinamente aliviado de sus largos y dolorosos sufrimientos, de tal manera que el mismo día pudo hacer un viaje de cuarenta kilómetros.

Este alivio tan repentino no fué acompañado de la salida de ningún fragmento ó astilla de hueso cariado; y desde entonces

la supuración disminuyó progresivamente y acabó por secarse del todo al cabo de ocho meses, desde cuya época la salud del abate Guilmín no ha dejado de ser excelente.

Después de haber oído de la misma boca del abate Guilmín el relato de su curación, y de haberme penetrado por la lectura de la narración escrita que tengo á la vista de todas las circunstancias que la rodearon, *declaro altamente, con toda la sinceridad de mi conciencia, que esta curación acaecida en semejantes condiciones, no tiene explicación en los principios de la ciencia, y que en nada está conforme con las reglas ordinarias de la patología.*

Avranches, 6 de Marzo de 1876.

Firmado: P. Cochet, *d. m.*

CERTIFICADO

Yo, Emilio Fleury, doctor en medicina de la Facultad de París, certifico: Que durante once años (de 1862 á 1873), he estado asistiendo al abate Guilmín por múltiples abscesos situados sobre la costilla izquierda del pecho.

En Julio de 1872 el abate Guilmín, consumido por una supuración abundante y continua, se vió reducido á una debilidad extrema que me hizo perder toda esperanza de curación, por lo que le di un certificado de incurabilidad.

Este estado de abatimiento y de marasmo persistió hasta el mes de Agosto de 1873, de tal suerte que nuestro enfermo parecía condenado á una muerte próxima. Entonces fué cuando él decidió hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes, y enseguida observamos un alivio sensible en su estado general: la supuración disminuyó progresivamente, y no tardó en cesar por completo.

Hace dos años que las llagas se han cicatrizado, que la curación se mantiene, y que el abate Guilmín goza de excelente salud.

En fe de lo cual doy el presente certificado, que declaro ser conforme á la verdad.

Ducey, 6 de Marzo de 1876.

Fleury, *d. m.*

Visto para legalización de la firma del Dr. Fleury que antecede.

Ducey, 28 de Marzo de 1876.

Por el Alcalde dimisionario, el teniente

CHAMPIÓN.

N.º 14

De vuelta á su monasterio, la Madre Superiora escribió á los tres médicos que habían sucesivamente visitado y asistido á la pobre enferma, á fin de tener por escrito su opinión sobre la naturaleza de la enfermedad que Nuestra Señora de Lourdes acababa de curar de una manera tan completa y repentina. He aquí la carta que les dirigió el 11 de Septiembre, cinco días después de la curación:

«Señor Doctor:

«Permítame V. solicite de su bondad una exposición concienzuda y exacta de la naturaleza y de la gravedad de la enfermedad de nuestra querida hermana Dorotea, superiora local del convento de Mostuejouls, á la cual asistió V. con tanta inteligencia.

«Al mismo tiempo ruego á V., señor Doctor, me diga si cree que un viaje bastante largo y un baño de agua natural y fría de un cuarto de hora han podido bastar para curar espontánea y radicalmente su enfermedad.

«Mucho agradeceré á V. se sirva honrarme con una contestación inmediata, que le ruego me dirija á la Besse.

SOR ARTHEMÓN,

«Superiora general de las Hermanas de San José.»

CONTESTACIÓN QUE DIÓ Á ESTA CARTA EL PRIMERO DE ESTOS TRES DOCTORES, MR. BONNEVIALE

«Señora Superiora:

«Acabo de recibir la carta de V., y conformándome con sus deseos me apresuro á contestarle.

«He asistido á sor Dorotea, superiora del convento de Mostuejouls, y confieso que todos mis cuidados han sido inútiles.

«Esta Hermana tenía una enfermedad muy grave, una hemiplejia, ó para emplear palabras que comprenda V. mejor, una parálisis del muslo y de la pierna derecha.

«Después de un detenido examen había yo observado que la locomoción era difícil y que la sensibilidad estaba casi extinguida. Los nervios sensitivos y los nervios motores estaban igualmente dañados. Además, la temperatura del miembro enfermo se hallaba más baja que la del miembro sano. La mesuración no acusaba ningún principio de atrofia muscular; únicamente los músculos del miembro inferior derecho estaban más flojos que los del miembro izquierdo.

«Una vez reconocidos todos los síntomas, atribuí la enfermedad á una lesión de la medula espinal, sea que la misma substancia de la medula estuviera alterada, sea que hubiera allí una compresión ocasionada sobre esta substancia por una causa mórbida.

«No me era posible disimular la gravedad de la enfermedad, y participé mis temores á otra Hermana del mismo convento. La última vez que vi á sor Dorotea, el 12 de Agosto último, la enfermedad había hecho muy rápidos progresos y la parálisis era completa. Carecía de movimiento y de sensibilidad, y tenía una debilidad grande en toda la economía.

«Aconsejé las duchas y los baños de Balaruc por ser ésta la estación balnearia más completa. Pensaba yo que en este establecimiento se podría añadir á la hidroterapia la electricidad, la estrignina, etc., etc. La H. Dorotea me contestó diciendo que me daba las gracias por el interés que yo tomaba por ella, y que seguiría mis consejos. Pero en vez de dirigirse á Balaruc le pareció mejor tomar el camino de Lourdes, en lo que hizo bien, puesto que el resultado de su viaje ha sido tan dichoso. Si realmente esta buena Hermana ha sido espontánea y radicalmente curada, preciso es confesar que la Santísima Virgen es más hábil que los médicos. Las lesiones de que he hablado á V. no han sido destruídas por ningún procedimiento medical, y afirmo que si han desaparecido por el efecto de un baño de un cuarto de hora *esta curación es milagrosa*.

«Firmado: BONNEVIALLE, *d. m.*

«Millau, 12 de Septiembre de 1873.»

CONTESTACIÓN DEL SEGUNDO MÉDICO, EL DR. LUBAC

«Señora Superiora:

«He aquí los datos que pide V. tocante á la enfermedad de sor Dorotea. Los primeros síntomas se manifestaron hace cosa de tres meses. Al principio consistían en una debilidad del miembro inferior derecho con disminución de la sensibilidad cutánea. Hoy la parálisis es completa. La causa del mal no está en el miembro, sino que se encuentra más arriba y en un órgano indispensable á las funciones de la vida, en la *medula espinal*. Este es el que está enfermo así como sus envolturas, y es lo que se llama *mielitis*. La mielitis no compromete la vida en general, sobre todo cuando, como en nuestro caso, el sitio del mal está al nivel de los hombros, pero las funciones del miembro atacado se hallan muy comprometidas; algunas veces se suele curar, pero son raras á pesar de los mejores procedimientos. Así es de temer que sor Dorotea viva paralizada. En cuanto al viaje y al baño de que V. me habla, ya adivino de que se trata á pesar de su silencio. Los considero como absolutamente malos. En lo demás, no es la primera vez que prohibo estos viajes á sor Dorotea. En cuanto á los baños, ya los había yo prescrito, pero eran baños calientes y sulfurosos. Casi todas las mielitis sobrevienen después de un enfriamento. Un baño frío podría duplicar el mal. En mi concepto esta sería la última de las imprudencias.

«Firmado: LUBAC, *d. m.*

«Millau, 12 de Septiembre de 1873.»

La respuesta del tercero está dificultosa. Se ve en ella el respeto humano, el miedo de la Facultad y ese medio racionalismo tan frecuente en nuestros días en los hombres que quisieran prescindir de lo sobrenatural, dando explicaciones naturales más ó menos imposibles que chocan al buen sentido y al verdadero saber. He aquí esta tercera respuesta:

«Señora Superiora:

«Me hace V. el honor de escribirme para que le diga mi opinión sobre la naturaleza de la enfermedad de sor Dorotea, domiciliada en Mostuejouls. Me pregunta V. al mismo tiempo si creo que un viaje bastante largo y un cuarto de hora pasado en un baño de agua *natural* y *fría* fueran propios para curar espontánea y radicalmente su enfermedad. Me permito, señora, copiar textualmente los términos de su pregunta á la cual voy á tratar de responder. La enfermedad de sor Dorotea es una parálisis accidental que reconoce por causa una lesión de la medula espinal, *muy probablemente* reumática. En cuanto á su segunda pregunta, he aquí lo que puedo decir á V.: el medio de que V. me habla es un medio *perturbador muy poderoso*. Al emplearlo se expone uno á que le haga mucho mal, pero también se obtienen á veces resultados muy sorprendentes. En las obras que tratan de la hidroterapia se encuentran curaciones realmente bien extraordinarias por medios análogos. En la clientela ordinaria se abstiene uno habitualmente de todos estos medios, que pueden dar resultados desagradables. Un médico prudente deja por lo regular á la iniciativa personal la elección de semejantes medios. Pero, repito, las curaciones obtenidas por tales procedimientos son más numerosas de lo que pudiera creerse.

«Firmado: RUFÍN, *d. m.*»

Terminaremos estas importantes relaciones con la carta oficial que dirigía al Vicario general, superior del convento, el cura de la Besse, fundador de la Comunidad.

«La Besse, 18 de Septiembre de 1873.

«Señor Superior:

«La tanda general de ejercicios, la partida de las Hermanas y una ausencia forzada de la Superiora han sido la única causa de la demora en escribir á V. He aquí, por fin, los detalles de la milagrosa curación de nuestra buena sor Dorotea, que tuvo lugar el 6 de Septiembre en Lourdes, suceso que será, memorable para la Comunidad de la Besse. Ruego á V. los someta lo más pronto posible á la aprobación de Monseñor, pues nos falta este acto de benevolencia de nuestro venerable é ilustre Prelado á fin de enviar todo el expediente á los reverendos Padres Misioneros de Lourdes, que lo reclaman con instancia y que quisiéramos remitirles sin tardanza.

«Sor Dorotea por obediencia ha escrito de su mano todo lo relativo á su curación. Los tres médicos consultados han respondido, y sólo Mr. Rufín no ha querido dar explicaciones sobrenaturales á la curación; pero al pasar sor Dorotea por Millau para dirigirse á su puesto de Mostuejouls lo visitó, y viéndola andar con tanta facilidad *confesó* el milagro; mas instado para declararlo por escrito contestó que no *podía hacerlo porque no lo permitía la Facultad de medicina.* «¡Quién sabe, «dijo, si dentro de veinte años el arte medical habrá encontrado «el secreto de tales curaciones!» He aquí los frutos del Librepensamiento.

«Sor Dorotea, que está siempre bien, ha impresionado á las gentes de Millau; y nos han escrito que su presencia en Mostuejouls causa admiración y sorpresa en todos; las gentes han venido en masa á verla, y durante quince días apenas ha tenido un momento libre. Yo la había dado mis consejos á fin de que conservara sentimientos de humildad al contacto de una ovación tan extraordinaria. Debo decir que este milagro ha hecho un bien inmenso en las almas, y que no contribuirá poco á llevar numerosos peregrinos al Santuario de Lourdes.

«Firmado: COSTES, *cura de la Besse,*
«*fundador de la Comunidad.*

«La Besse, 12 de Octubre de 1873.

«Por copia conforme:
«COSTES, *cura de la Besse.*»

N.° 15

CERTIFICADO DEL MÉDICO

La Srta. Julia Jadot, nacida y domiciliada en Hauteville (Ardennes), es de una constitución delicada y se resfría por la menor causa.

A fines de Febrero de 1873 tuvo el sarampión; la erupción siguió su curso normal, pero la tos persistió con fiebre, esputos espumosos, dolor en todo el lado izquierdo del pecho, principalmente debajo de la clavícula y del seno.

Apesar de un procedimiento medical enérgico y puntualmente seguido, vejigatorios volantes corridos por todo el pecho, aceite de hígado de bacalo, ipeca, vino de quina, alquitrán, yodo *intrus et extra,* jarabe de lacto-fosfato de cal, el estado de la enferma se agravó de día en día.

A los síntomas primitivos vinieron á juntarse otros síntomas más graves. Opresión, hemoptisis, frecuentes esputos purulentos y abundantes, sudores nocturnos, dolores entre los dos hombros, afonía, pérdida completa del apetito, náuseas, insomnio, debilidad general tan pronunciada que la enferma no podía levantarse, y síncopes frecuentes que duraban á veces un cuarto de hora.

El sábado 4 de Octubre á las dos de la tarde, poco después de haber bebido dos cucharadas de agua de Nuestra Señora de Lourdes, la enferma, que tenía una extinción de voz hacía cuatro meses, llamó á su madre en alta é inteligible voz, diciendo: «No tengo mal, estoy curada.»

En efecto, la Srta. Jadot había recobrado súbitamente la salud, pues á partir de este día la fiebre, la tos, la opresión, la hemoptisis, los dolores de pecho habían desaparecido completamente. La enferma pudo comer al mismo día, dormir, levantarse al día siguiente é ir sola á la iglesia á dar gracias á Dios por su inesperada curación. Desde entonces hasta hoy, 5 de Febrero de 1874, la Srta. Julia Jadot ha continuado gozando de buena salud.

Certificado por mí, el médico asistente, médico del hospital civil de Château-Porcien,

OLIVIER, *doctor.*

Uno mi testimonio al del doctor médico para certificar que la curación de la enfermedad de la Srta. Julia Jadot, ha sido súbita y permanente.

Hauteville, 5 de Marzo de 1874.

VAILLANT, *cura.*

El alcalde: DANTÓN.

N.º 16

Desde su vuelta de Lourdes sor Sofía no ha tenido accesos, y todo hace esperar que no los volverá á tener más. Su salud se ha fortalecido, el apetito le ha vuelto, y la flaqueza se ha cambiado en robustez relativa.

Nimes, 17 de Diciembre de 1873.

A. Puech.

Certifico que al pasar sor María Sofía por Cette cuando iba á Nuestra Señora de Lourdes, he tenido ocasión de reconocer que estaba atacada del delirio de los ladradores en su más alto grado, y que á su vuelta estaba completamente curada; ha sido, pues, con verdadera sorpresa que he visto el entero restablecimiento de las funciones normales de su estómago.

Cette, 29 de Diciembre de 1873.

Dr. César Dumas.

N.º 17

CERTIFICADO DE LOS MÉDICOS

Los infrascriptos declaran la exactitud de los hechos arriba mencionados, y entre otros la impotencia de los remedios, que sólo han producido una atenuación de síntomas ó un alivio momentáneo.

Boulogne, 20 de Marzo de 1874.

Gros, *d. m. P.*,
médico del hospital.

J. Gros, *d. m. P.*

N.º 18

CERTIFICADO DEL MÉDICO

El infrascripto, decano honorario de la antigua Facultad de medicina de Strasburgo, certifica haber asistido durante el verano de 1864, por espacio de seis semanas, á la Srta. Paulina Enriqueta Seydel, de Belfort, que había venido para cambiar de aires á establecerse temporalmente á Sewen, pueblo del valle de Masseveaux (Alto Rhin), á tres kilómetros del de Oberbruck, en donde tenía yo entonces mi domicilio.

La Srta. Seydel, que en esta época tendría sobre dieciocho años, ofrecía los caracteres de una dispepsia anormal. Cualquiera alimento que tomara la producía vómitos que le hacían arrojar todo cuanto había comido. Este mal, que padecía desde hacía seis años sin interrupción, no era acompañado de dolores, pero había producido una extenuación grande y una flaqueza notable.

Inútilmente ensayé durante la permanencia de la Srta. Seydel en Sewen diferentes medicamentos. A falta de peplina, la enferma se sometió al uso de un alcoholato de hiel de becerro. Los eméticos no dieron resultado alguno, ni tampoco las preparaciones de morfina. Aplicáronsele también varios emplastos sobre el epigastrio, pero fueron tan ineficaces como las cauterizaciones del trascuello.

En suma, la Srta. Seydel volvió á su casa poco más ó menos en el mismo estado en que vino.

Tales son los hechos que declaro con toda sinceridad.

Vauxbuin, cerca de Soissons, 17 de Abril de 1874.

R. Coze.

N.º 19

CERTIFICADO DEL DR. MANGÍN

El infrascripto, Doctor en medicina, domiciliado en Baccarat, certifica haber asistido durante varios años á la Srta. Juana María de Fontenay mientras vivía aquí (hoy reside en Autún),

con motivo de frecuentes penalidades que tenía en épocas fijas, las cuales acabaron, después de varios años de sufrimientos bastante vivos, por causar una alteración grave é inquietante en la salud de la enferma.

Entonces fué á consultar á varias celebridades medicales de las Facultades de medicina de Strasburgo y París, y finalmente al Dr. Courty, de Montpeller. Este último, previo un minucioso examen, reconoció una lesión orgánica de las vísceras interiores, que hizo necesaria una medicación dolorosa y varias operaciones. Esta afección debe considerarse evidentemente como punto de partida de todos los fenómenos nerviosos experimentados por la enferma, comprendiendo en ellos la debilidad de los miembros inferiores, que la tenía desde hace mucho tiempo en la imposibilidad de andar, y la forzaba á estar en su cuarto tendida sobre un sillón ó en su cama.

Después de haber seguido sin alivio aparente diferentes procedimientos medicales y quirúrgicos, desesperando de obtener su curación por medios humanos, y animada de una fe viva y de una confianza grande en el auxilio de Dios, emprendió la peregrinación á Lourdes, en donde en presencia de un gran número de testigos fué curada milagrosamente el 15 de Agosto del año de gracia de 1874.

Esta curación tan súbita, tan inesperada, tan fuera del orden natural es para mí un hecho positivamente maravilloso y extraordinario. Hay en él un *quid divinum,* una intervención sobrenatural, visible, incontestable, ante la cual tiene que ceder la obstinación de la incredulidad, pues la naturaleza no procede generalmente así, y cuando obra lo hace siempre con pausada lentitud.

En Lourdes, y contra toda previsión, hase realizado en un instante lo que los médicos no podían hacer después de tantos años.

Baccarat, 16 de Diciembre de 1874.

A. Mangín.

CERTIFICADO DEL DR. LAGOUTTE

El infrascripto, doctor en medicina, residente en Autún (Saône-et-Loire), certifica que la Srta. de Fontenay (Juana María), enferma desde hace mucho tiempo, ha recibido en estos últimos

años las consultas y cuidados de los Dres. Courty, de Montpeller; Bennet, de Cannes, y Bouchacourt, de Lyon, todos los cuales han reconocido en ella una afección uterina que produjo un estado nervioso caracterizado por una grande debilidad y sufrimientos agudos todas las veces que trataba de hacer uso de sus miembros extendidos, de modo que la era casi imposible andar; y que después de una peregrinación á Lourdes, en Agosto último, la Srta. de Fontenay recobró su salud completa é instantáneamente, y todos sus movimientos se ejecutan libremente y sin dolor.

Autún, 31 Enero de 1875.

Lagoutte.

ÍNDICE

Año de 1871

Sor Rógaciana.—María Fanget.—Sor P.—La Srta. María Skrzynska.—León Collongues.—Mauricia Lagorsse.—La Sra. Gousse.—La señorita Blyckaerts.—Dos jóvenes de los Estados Unidos de América.—La Srta. Muller.—Una señora portuguesa en el Brasil.

Año de 1872

La Srta. María Joly.—María Dupuy.—René Becquet.—Raimundo Caral.—La Srta. Juana María Arsón.—Sor María Casimir.—Sor Teresa José.—La Srta. María Luísa Delpón.—La Srta. Mercedes Torres.—Margarita Bobe.—Una Religiosa atacada de lepra.—La Srta. María Tisseau.—Margarita Gehier.—Sofía Druón.—Filomena Patyn.—Josefina Renaux.—La Srta. Clara Chauvin.—La Sra. Constancia Leger.—Filomena Simonneau.—La Baronesa de Lamberterie.—Viuda de Ancelín.—La Srta. Aurelia Bruneau.—Sor María de la Asunción.—Sor San Martín.

Año de 1873

H. Bretón.—La Srta. Rosina Ollivier.—La Srta. V. W., de Courtrai.—La Srta. María Victorina Acquier.—La Srta. Clemencia Gautier.—Carolina Esserteau.—María Juan.—Lucía Fraiture.—El abate de Musy.—El abate Guilmin.—Juana O' Moore.—Sor Dorotea.—La señorita Bárbara Canelet.—Irma Dubois.—Julia Jadot.—La Srta. de Tinseau.—La Srta. María Poirier.—Sor Sofía.—Rosalía Rabot.

Año de 1874

FIN DEL ÍNDICE DEL PRIMER TOMO.

FE DE ERRATAS EN EL TOMO PRIMERO

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
36	6	á mi grito	á mí el grito
39	17	torno	tono
45	15	han estado sintiendo	estuvieron sintiendo
74	28	Gauset	Gauget
85	21	la fuerza de fe	la fuerza de su fe
89	19	estado	costado
141	21	súbdito	súbito
164	4	Echaubrogues	Echaubrognes
179	1	Cura	Curación
243	18	sujeto	sujeta
257	20	sorportar	soportar
303	12	peregrinació	peregrinación
328	15	cómo lo	cómo la
330	19	*Tedéum*	*Te Deum*
332	2	ir Lourdes	ir á Lourdes
391	16	lo madre	la madre
434	3	súbdita	súbita
441	15	En un hecho	Es un hecho
453	20	al mismo día	el mismo día